
SHARP'S
COVE
LIBRO 4
CUATRO CARTAS
SOBRE LA MESA
J. R. PACE

CUATRO CARTAS SOBRE LA MESA

LIBRO 4 DE SHARP'S COVE

J.R. PACE

Cuatro cartas sobre la mesa

Copyright 2022 J.R. Pace

Copyright 2024 J.R. Pace, por la traducción

Título original: Four Cards Exposed

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Paola C Álvarez

Diseño de portada de Maria Spada

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma digital o impresa.

Advertencia: esta es una obra para adultos. En ella aparecen temas que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Agradecimientos
Adelanto: libro 1 de la serie Mont Blanc

1



Susan

Susan Lopes, agente de policía, reprimió un suspiro de frustración cuando vio la furgoneta azul oscuro aparcada frente a la boca de incendios. Supuso que sus dueños estarían en la heladería de enfrente… y debían ser daltónicos, pues no habían visto las marcas del suelo.

Normalmente, Susan no habría dudado en cruzar la calle y tener una breve charla con los propietarios del vehículo.

Le gustaba conocer gente nueva y, desde que había empezado a trabajar en la comisaría de Sharp's Cove hacía dos años, buena parte de su trabajo tenía que ver con las relaciones públicas. Y le encantaba… Le encantaba saber que estaba contribuyendo a que Sharp's Cove, la ciudad donde había crecido y que tanto amaba, fuera un lugar seguro y agradable tanto para lugareños como para visitantes.

Pero Susan llevaba todo el día de pie. Tenía una ampolla del tamaño de una moneda de diez centavos en el talón; para cuando terminara su turno, tendría el tamaño de una de veinticinco. Apenas había dormido un par de horas la noche anterior. Estaba en las últimas.

De forma inconsciente, palpó el bolsillo del uniforme donde guardaba las multas de aparcamiento. Pasó la yema del pulgar por el borde del bloc y apartó la mano con un breve suspiro.

A pesar del cansancio, sabía que sus molestias tenían poco que ver con la distancia que había recorrido ese día o con aquella furgoneta mal aparcada.

Un hombre de mediana edad salió corriendo de la heladería con las llaves en la mano. En su camiseta, de color azul cielo, un Baby Yoda adorable y de aire somnoliento sostenía un cartel en el que se leía: «El mejor papá de la galaxia».

—Agente, estaba a punto de…

Susan asintió y cuadró los hombros.

—Por favor, hágalo. Hay un *parking* justo al otro lado de la manzana.

Cuando el hombre comprendió que no le iba a multar, su alivio fue evidente. Susan tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse seria.

—Gracias, agente —le dijo. Se apresuró a alejarse, como si tuviera miedo de que su suerte cambiara si tardaba demasiado.

Susan cruzó la calle otra vez y volvió al coche patrulla.

Necesitaba dormir. A veces tenía la sensación de que no había pegado ojo durante los últimos seis meses, desde que Jessy Long y ella habían sido drogadas y secuestradas por el acosador de Jessy, que resultó ser el hermano de su difunto prometido. Aquel loco las había llevado a un lugar remoto y, una vez allí, había intentado quemar viva a Jessy. A Susan la había dejado encerrada dentro del maletero.

Susan nunca olvidaría el miedo que había pasado durante la hora que estuvo encerrada. El despertarse en la oscuridad respirando aquel aire estancado y rancio, y dar patadas sin parar hasta que sus piernas acabaron cubiertas de moratones. Había logrado romper la luz trasera, pero eso tampoco permitió que entrara mucho aire, y hacía tanto calor dentro del coche… En ese momento, Susan supo, en lo más profundo de su corazón, que no había forma de salir.

Darryl Berner, el jefe de bomberos y novio de Jessy, las había salvado a ambas. Después, había vuelto a la casa en llamas y estuvo a punto de morir intentando rescatar al acosador. Susan se miró las cicatrices que tenía en las palmas. Se las había hecho mientras arrastraba a Darryl hacia el exterior. Aquellas cicatrices la acompañarían siempre, pero no era eso lo que la

molestaba.

Su verdadero problema eran las pesadillas recurrentes que, en vez de ser cada vez menos frecuentes, lo eran cada vez más a pesar de que el loco que intentó matarlas ya no estaba con vida. Cada noche se acostaba con un único deseo: pasar una noche tranquila y sin sueños. Y cada noche se despertaba temblando y con la mente llena de imágenes de fuego y oscuridad.

Suspiró y miró el teléfono. Todavía le quedaban tres horas para acabar su turno. Podía llamar y decir que estaba enferma, pero entonces su jefa, la *sheriff* Natalie Bowmann, querría saber qué le pasaba y asegurarse de que estaba bien, y no era una conversación que le apeteciera mantener.

Sabiendo que iba a dormir mal de todos modos, decidió pasar por Holly's Café. El café era el mayor placer —adicción, más bien— de Susan. Si no le preocupara su estómago, podría pasarse el día bebiéndolo. Debido a ello, trataba de limitarse a tres o cuatro tazas. Y Holly's Café servía el mejor del pueblo: fuerte, oscuro y amargo.

Cuando Susan entró en el local, inhaló el fragante aroma a nuez tostada.

«Esto es justo lo que necesito».

Se detuvo en seco al percibir una figura familiar sentada en el rincón. Un escalofrío recorrió su espalda.

«¿Qué hace aquí el FBI otra vez?».

—¿Agente especial Vásquez? ¿Lorraine? —preguntó Susan, tratando de mantener su voz firme—. ¿Qué estás haciendo en Sharp's Cove?

Aquella agente del FBI, junto con su compañero, había formado parte del grupo creado para detener al doctor Stephen Ford, un violador y asesino en serie que había adquirido fama en Sharp's Cove. Más tarde, también los habían asistido durante el secuestro de Jessy Long.

Susan miró a su alrededor anticipando ver a James Ramsay, el apuesto e imperturbable compañero de Lorraine.

«No, por aquí no hay nadie que parezca que tiene un palo en el culo».

El pensamiento la hizo reír un poco, pero volvió a ponerse seria cuando Lorraine se levantó para estrecharle la mano.

—Susan, justo la persona que quería ver. —Lorraine extendió las manos para señalar el asiento vacío frente a ella—. Deja que te invite a un café.

Susan se sentó. No le gustaba estar de cara a la pared, pero Lorraine ya había ocupado la silla desde la que se veía la puerta.

Momentos después, la dueña de la cafetería se acercó a su mesa.

—Hola, Susan. ¿Lo de siempre?

—Sí, Diana, por favor. —A Susan le gustaba el café lo más negro posible, sin leche o azúcar, o cualquier otra cosa que diluyera el sabor.

—¿Cómo va todo? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Lorraine con voz ronca en cuanto Diana se alejó.

Susan contrajo el gesto.

Aquella pregunta se había vuelto recurrente, pero nunca tenía una respuesta fácil.

—¿Te ha llamado Natalie?

Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. Natalie era astuta: sabía que algo andaba mal, pero acudir a Lorraine no era su estilo. No solo era su jefa, sino también su amiga. Si hubiera tenido que decirle algo, se lo habría dicho directamente.

Lorraine no respondió de inmediato. Se echó un poco de azúcar y removió el café espumoso con la cucharilla.

—Natalie no te llamó.

—No me llamó. ¿Debió haberlo hecho? —preguntó Lorraine.

—No —dijo Susan con brusquedad—. Es solo que, desde el… incidente…, Natalie y Rob me han estado sobreprotegiendo. Mis días más emocionantes son los que consigo entregar tres multas de aparcamiento.

—Seguro que quieren darte tiempo para recuperarte —afirmó Lorraine. La miró como sabiendo que solo constataba una obviedad.

Se quedaron calladas hasta que Diana le trajo la bebida. Susan inhaló su delicioso aroma. Levantó la taza, inclinando el líquido con suavidad hasta que tocó sus labios. Estaba ardiendo, justo como le gustaba.

—No necesito más tiempo para recuperarme —replicó por fin.

Si Lorraine notó sus ojeras, fue demasiado educada para mencionarlo.

A Susan le gustaba Lorraine Vásquez. Tenía la sensación de que podrían haber sido buenas amigas, y no solo porque ambas tuvieran ascendencia latina. La agente federal tenía algo que hacía que fuera fácil hablar con ella.

Susan había hecho todo lo posible por mantener las distancias, pero no había sido por Lorraine, sino por su compañero, el agente especial Ramsay.

Con sus zapatos pulidos y camisas almidonadas, el estricto agente federal no se parecía en nada al tipo de hombre que solía gustarle a Susan y, aun así, había algo en él que le atraía. No podía evitarlo.

«Que esté tan bueno no ayuda».

Estaba a punto de preguntarle a Lorraine dónde estaba, pero se detuvo justo a tiempo. No necesitaba saberlo.

—No estás aquí para hablar de mí, Lorraine —dijo Susan por fin—. Te agradezco el café, pero ¿por qué no me dices qué está pasando?

La mujer rio.

—Siempre he admirado tu franqueza. —Sacó una carpeta de su bolso de cuero negro y le tendió una fotografía—. Quiero que veas esto.

Susan cogió aire con brusquedad. La joven sonriente de cabello oscuro de aquella imagen bien podría haber sido su hermana gemela. Si alguien jugara a encontrar las diferencias, quizá diría que era un par de años más joven; tenía el rostro un poco más delgado y su piel estaba algo más bronceada que la de Susan, que ya era de un dorado intenso. Pero ¿a primera vista?

«Es como mirarme en un espejo».

—¿Quién es? —Era un primer plano y no revelaba mucho sobre el contexto o la ubicación en la que se había tomado.

Lorraine dejó otra foto sobra la mesa, junto a la primera. Esa vez, su mano tembló un poco.

—Era. —Apretó los labios con tanta fuerza que sus comisuras palidecieron—. Murió hace dos días en un motel de las afueras de Redham.

«Solo a tres horas de aquí».

«En la ciudad».

Susan miró fijamente la segunda foto. Había sido tomada desde arriba, bajo una luz artificial y desagradable. El fotógrafo había centrado el plano con cuidado para capturar a la joven, que yacía sobre una superficie metálica. Una sábana blanca, que cubría su cuerpo por debajo de los hombros, desaparecía por los bordes de la imagen.

Por desgracia, aunque Sharp’s Cove era un pueblo tranquilo, Susan había visto fotografías como esa antes.

«Son las típicas de una morgue».

Lorraine permaneció en silencio, inexpresiva, mientras esperaba a que Susan terminara de examinar la foto.

La mujer estaba pálida, como si hubiera perdido toda la sangre. Tenía los ojos cerrados y, aunque Susan lo agradeció, era evidente que no estaba dormida. Su rostro parecía inanimado. De no ser por la fotografía que había al lado y que confirmaba lo contrario, podría parecer que nunca había estado viva.

«Este es el aspecto que tendría yo si estuviera muerta».

La recorrió un escalofrío. Si Darryl no hubiera llegado a tiempo, Susan se habría asfixiado en aquel maletero y sus padres habrían tenido que presenciar una estampa parecida.

Susan se obligó a sí misma a concentrarse en la foto. No había heridas evidentes ni nada que explicara qué le había sucedido a aquella mujer.

—¿Cómo murió?

—Sobredosis de heroína. No fue algo inesperado, dado su nivel de consumo. Pero su muerte fue… inoportuna.

«Inoportuna».

«Una expresión curiosa».

Implicaba que Lorraine había acudido allí para hacerse cargo de algún asunto oficial.

—¿Qué tiene que ver su muerte con el FBI?

—No es tanto por ella como por su relación con Daniel Guerrero. —Lorraine hizo una pausa, como si Susan pudiera reconocer aquel nombre.

—Nunca he oído hablar de él.

—Es un mexicano-estadounidense. Ha estado en prisión durante los últimos siete años cumpliendo condena por un delito de tráfico de drogas. Forma parte del cártel Mendoza, una organización que está creciendo con un alto grado de diversificación.

—¿Diversificación? —preguntó Susan de forma algo estúpida. Sharp’s Cove no tenía grandes problemas con las drogas, a excepción de algunos chavales que fumaban maría en el puerto durante el verano. Sus conocimientos sobre el negocio de estupefacientes eran pocos.

—Todavía importan cocaína y heroína, pero han orientado su negocio a la producción de drogas sintéticas, sobre todo, metanfetaminas y fentanilo, o una combinación de ambos.

—¿Metanfetaminas y fentanilo? Eso no suena bien.

—Es mortal, pero más fácil de transportar y consumir. Podría decirse que, dentro de la epidemia de drogas nacional a la que nos enfrentamos, se trata de la próxima fase. Y el cártel Mendoza es uno de los responsables de que estas drogas sean accesibles en la costa este.

Susan esperó a que Lorraine siguiera hablando. Sabía que la historia no acababa allí. Por fin, tras otra pausa para reorganizar sus ideas, Lorraine continuó:

—Guerrero lleva siete años en prisión. Se le ofreció reducir su sentencia. Él no era importante y a quien queríamos era a Mendoza. Hace siete años, el cártel era lo bastante pequeño para poder desarticularlo por completo con un poco de ayuda de Guerrero. —Lorraine suspiró y se apartó un mechón de cabello oscuro del rostro—. Se negó a cooperar. No importaba lo que le ofreciéramos, no nos dio ni un solo nombre o ubicación.

—¿Y crees que ahora va a hablar?

—No. Sabemos que no va a hacerlo. Hace años, comprendimos que Guerrero no iba a hablar… y esperamos.

Los ojos de Susan se abrieron de par en par.

—Le tendisteis una trampa. Para cuando este tal Guerrero saliera de prisión.

«Llevan siete años esperando».

Su cabeza daba vueltas.

—Llevamos vigilando a Guerrero desde que supimos que iba a salir de la cárcel. Hace tres días recibió una carta. Dentro, estaba esto.

Lorraine sacó la fotografía de una serpiente de papiroflexia roja y negra y la puso junto a las otras dos.

—¿Qué es?

—Una serpiente de coral. En México las llaman *coralillos*. —El acento español de Lorraine le recordó que la agente federal también tenía raíces mexicanas—. Es una serpiente mortal y el símbolo del cártel de Mendoza. Creemos que significa que alguien va a contactar con él cuando salga.

—¿Y qué tiene que ver… Eh… Qué tenía que ver la chica muerta con todo esto?

—¿Con el cártel de Mendoza? Absolutamente nada. ¿Con Daniel Guerrero? Todo. —Desde el otro lado de la mesa, Lorraine la miró con sus ojos oscuros—. Milena Rojas era la hermana de un criminal de poca monta que resultó ser compañero de celda de Guerrero. Murió en prisión el año pasado tras un incidente con otro recluso. Un incidente en el que salvó la vida de Guerrero.

Susan se tocó las sienes con suavidad. Toda aquella información no aliviaba su dolor de cabeza.

—Entonces, ¿qué? ¿Guerrero siente que le debe algo a la hermana de ese tipo o algo así?

—Empezó a escribirle un par de meses atrás, cuando se enteró de que iba a salir. La convenció para que se mudara a Maine desde Texas. Le dijo que cuidaría de ella. Por eso estaba en el motel en Redham. Estaba esperando a que él saliera de prisión.

Por fin, las piezas del rompecabezas encajaron.

—Guerrero no sabe que Milena está muerta.

—No.

—Y nunca la ha conocido en persona.

—No, pero le envió una foto. «Esta» foto. —Lorraine tocó la foto de la izquierda, en la que Milena estaba viva y sonreía.

—Así que estás pensando… —La voz de Susan flaqueó. Sabía lo que quería Lorraine, pero necesitaba que la agente del FBI lo verbalizara.

—No voy a andarme con rodeos, Susan. Has visto el parecido entre ambas. Sabes por qué estoy aquí y lo que te estoy pidiendo.

Susan se pasó la lengua por los labios, secos de repente.

—Pero, aunque quisiera hacerlo, no sé nada sobre su relación. ¿Cómo podría convencerlo de que…?

—Hemos revisado los registros telefónicos de Guerrero. Nunca han hablado por teléfono, solo por carta, y tenemos toda la correspondencia que él le escribió. La encontramos en la habitación de motel de Milena. También tenemos copias de las cartas que esta le escribió a Guerrero. Él tiró los originales, pero el servicio de correos de la cárcel guarda una copia de todas las cartas que no sean confidenciales. Así que también tendrías acceso a ellas.

—No soy agente del FBI, Lorraine… Trabajo como policía en un pueblo pequeño. No tengo experiencia en operaciones como esta.

Se preguntó si a Lorraine aquella excusa le sonaría tan vacua como a ella.

—¿Crees que no lo sé? —Lorraine parecía incómoda.

—Por supuesto que lo sabes. Yo no era tu primera opción, ¿verdad?

—Es demasiado tarde para encontrar a otra persona. Guerrero saldrá de prisión en dos días. Milena estará allí para recibirlo o no estará.

Susan dio un sorbo a su café, que se había quedado frío, y observó cómo Lorraine guardaba las fotos otra vez en su bolso. Una parte de ella quería marcharse y volver a sus multas de aparcamiento. Pero también sabía que eso no iba a resolver sus problemas; ahora que había estado a punto de morir, ya no volvería a ser la misma persona. Si continuaba así, seguiría agobiada por la preocupación que Natalie y Rob mostraban por ella. Lucharía por conciliar el sueño por las noches y despertaría agotada, preguntándose si era aquello a lo que se había reducido su vida.

Pensó en su madre, que siempre insistía en que las cosas sucedían por una razón. Tal vez su parecido con Milena era una señal: la oportunidad de hacer algo importante con su vida.

«O tal vez estás perdiendo la cabeza y decir que sí te matará más rápido que el insomnio».

—Leeré las cartas esta noche, Lorraine. Es todo lo que puedo prometer. —Susan extendió la mano, segura de que Lorraine también llevaba las cartas en el bolso.

—Es todo lo que podemos pedirte. Gracias, Susan.

Lorraine se levantó y le entregó una carpeta gruesa que Susan dejó sobre la mesa. Aún seguía allí mucho después de que Lorraine se hubiera ido, sorbiendo el café frío y sin atreverse a abrirla y empezar a leer.

2



James

El golpe en la mandíbula le giró la cabeza. James sintió su cerebro rebotar en el interior del cráneo.

«Joder».

«Otro golpe así y voy a perder por nocaut».

No podía permitirse perder aquella pelea. Cada vez que ganaba, consolidaba aún más su posición en el grupo.

Saltó hacia atrás rápidamente, fuera del alcance de su oponente, mientras se palpaba el interior de la boca con la lengua. Saboreó la sangre de su labio partido. No creía que tuviera nada roto, pero había faltado poco.

No miró a la pequeña multitud, unas treinta personas que formaban un círculo a su alrededor; sabía que no le prestarían ayuda. Estaban allí para entretenerse. A la mayoría le divertiría encontrar salpicaduras de sangre en su camisa cuando saliera del bar.

«Cuanto más sangriento, mejor».

Varios hombres comenzaron a corear su nombre.

—¡Jay! ¡Jay! ¡Jay!

Su oponente, un hombre rubicundo y musculoso con una distintiva cabeza cuadrada, eligió aquel momento para aprovechar su ventaja. James lo vio venir de lejos. Tenía un puñetazo brutal; era el tipo de luchador que confiaba siempre en asestar un solo golpe devastador en el punto justo para noquear a su adversario.

«No tendrá otra oportunidad esta noche».

James dejó que se acercara. Fingió sentirse incómodo y bajó el brazo izquierdo unos centímetros dejando un hueco en su defensa a la altura del costado.

No tuvo que esperar mucho. El luchador cayó en la trampa y puso todas fuerzas en un único golpe con el propósito de destrozarle las costillas.

En el último segundo, James se echó a un lado. Vio a su oponente pasar junto a él, incapaz de detener el fuerte impulso y exponiendo el lado derecho de su cabeza.

James no dudó. Si algo se le daba bien, era pelear sucio.

Golpeó el cuello de su contrincante con fuerza, manteniendo la mano en posición vertical para proteger sus nudillos. No quería acabar con la mano rota. Se contuvo en el tramo final. Su objetivo era incapacitar al hombre, no causarle un daño real.

Su oponente cayó al suelo, lo bastante fuerte para que este temblara. James dejó que el árbitro —un hombre pequeño, vestido de negro para ocultar salpicaduras de sangre— lo empujara hacia un rincón. Luego, este se arrodilló junto al luchador caído.

—Seis.

«Quédate en el puto suelo».

—Siete.

«Por favor».

—Ocho.

«No te levantes».

—Nueve. Diez.

El luchador movió los dedos de las manos y los pies, pero no trató de levantarse. El árbitro agarró el brazo de James y lo sostuvo en alto.

—¡Tenemos un ganador!

La multitud rugió.

James miró a su oponente. Esperaba no haberle hecho demasiado daño. El hombre con el que había entrado, probablemente, su mánager, le había puesto de costado y estaba hablando con él en voz baja. James lo tomó como una buena señal.

El círculo se abrió para dejar pasar a un hombre grande y pelirrojo. Su nombre era Sean Moore y era el líder de la organización en la que James —o Jay, como era conocido allí— se había infiltrado.

James bajó la mirada en señal de respeto y también para que Moore no pudiera detectar su animadversión. Durante los últimos tres meses, se había sentido cada vez más cómodo en su papel, pero ocultar sus sentimientos hacia Moore era, con mucho, la parte más difícil del trabajo.

—Jay, chaval —exclamó Sean con una voz estruendosa. Aunque ambos tenían treinta años, le encantaba alardear de su posición refiriéndose a James como si fuera un niño—. Buena pelea. Buena pelea.

James frunció el ceño y se tocó la mandíbula con cuidado. Moore le puso una lata de cerveza en la mano. Estaba helada y a James le habría encantado ponérsela sobre la mandíbula y los nudillos hinchados, pero abrió la anilla y apuró el contenido de un trago. Cuando terminó, la machacó entre los dedos.

«Todo forma parte del espectáculo».

Sonrió a pesar de su labio partido y lanzó una mirada a la multitud que abarrotaba el taller mecánico.

—¿Quieres que noquee a alguien más, jefe?

La multitud pareció retroceder unos centímetros.

—Esta noche no, chaval. Pronto tendrás otra oportunidad —dijo Moore, eufórico. Cuanto mejor fuera el espectáculo, más gente estaría dispuesta a pagar para volver la próxima vez. Para eso tenían que conseguir una invitación y solo Moore podía proporcionarlas.

Aquello no era un evento normal de boxeo. No se podían comprar entradas *online* para las peleas de Moore ni se podían conseguir a través de los otros canales habituales. Practicaban boxeo sin guantes y Moore ponía las reglas.

Solo había tres. Uno: nadie podía cubrirse las manos o los nudillos con cintas o vendas. Dos: solo se permitían golpes con el puño cerrado. Tres: un luchador derribado tenía diez segundos para levantarse o el árbitro detendría la pelea y concedería la victoria al luchador que siguiera en pie.

Mientras los hombres del equipo de Moore pagaban las apuestas, varias jóvenes ligeras de ropa se paseaban entre la multitud sirviendo bebidas.

Moore cogió a James del brazo y lo llevó a un rincón, donde le entregó un fajo de billetes.

—Diez mil. Cinco por pelear y cinco más por ganar. Está todo ahí —dijo sonriendo. James asintió y se guardó el pequeño fajo en el bolsillo sin contarlo. «Jay» no podía permitirse ofender a Moore.

Sabía por qué le gustaba a Moore. James era alto y parecía más delgado y menos imponente que algunos de los otros luchadores de su categoría, por eso, la gente solía apostar en su contra. Gracias a eso, su jefe había obtenido buenos beneficios, especialmente, durante sus primeras peleas. Ahora, el público empezaba a darse cuenta de que Jay era un contrincante a tener en cuenta.

James movió los hombros para liberar adrenalina tras la pelea.

—Relájate, Jay. No hay más combates esta noche. Ven, quiero que conozcas a alguien.

Su jefe lo condujo a una esquina del taller, donde un hombre delgado y bronceado de cabello

oscuro y espeso con un bigote a juego estaba sentado en un sofá de terciopelo rojo. Miraba el tejido como si quisiera iluminarlo con luz ultravioleta.

A James se le aceleró el pulso. Llevaba tres meses infiltrado y era la primera vez que conocía a alguien que podía estar involucrado con el cártel.

«Quizás esta sea la noche».

—Miguel, este es Jay, el luchador del que te hablé. Jay, el señor Mendoza es mi socio y un buen amigo.

«Mendoza».

James se obligó a permanecer impávido mientras lo evaluaba con rapidez. El líder del cártel se llamaba Ernesto Mendoza. Ernesto, no Miguel. Y aunque llevaban años buscándolo, sabían muy poco sobre él; ni siquiera conocían su edad. Miguel podía ser el sobrino de Ernesto. Su hermano. Su hijo.

En cualquier caso, era lo más cerca que habían estado de Ernesto Mendoza.

Miguel se levantó para estrecharle la mano con cortesía. James apretó fuerte, como haría Jay. Aunque otros hombres habrían contraído el rostro en una mueca de dolor o habrían retrocedido, Miguel se limitó a sonreír.

«No es tan delicado como parece».

—Es un placer conocerlo, Jay —dijo Mendoza. Su inglés era casi perfecto, pero James detectó un leve acento español—. Sean me ha hablado mucho de ti; he disfrutado con la pelea de hoy.

—Gracias. —James bajó la mirada. Una de sus formas de mantenerse alejado de los problemas durante los últimos meses había sido hablar lo menos posible. Por suerte, nadie esperaba que un luchador con muchas deudas fuera muy elocuente. Esa era la coartada con la que había logrado infiltrarse en el grupo de Sean Moore. Hasta aquel momento, lo único que se le pedía era pelear.

Por supuesto, eso podía cambiar. Tenía la sensación de que no era una coincidencia que le hubieran presentado a Mendoza.

—Escucha, Jay. Sabemos que tienes deudas pendientes.

James se puso tenso, igual que habría hecho Jay en esa situación.

—Relájate. A todos nos ha pasado —lo calmó Mendoza con un vaivén.

James se fijó en su mano, que lucía una exquisita manicura.

«Dudo mucho que a ti te haya pasado».

—Me estoy haciendo cargo de ellas —gruñó en voz baja.

—Y queremos seguir ayudándote para que puedas hacerlo —lo interrumpió Sean, magnánimo—. Hay una pelea más grande este fin de semana si estás interesado.

«Dentro de tres días».

—¿Cuánto?

—Quince mil para ti. Treinta si ganas.

—Estoy interesado. Dime cuándo y vendré.

—No es aquí —replicó Sean, mirando a Miguel Mendoza—. Se trata de una pelea algo diferente. Vamos a celebrarla en aguas internacionales, con trescientos invitados que disfrutarán de una velada de apuestas, bebida y combates. Todo legal.

«Aguas internacionales».

«¿Será así como están transportando la droga?».

De no ser así, sería otra pérdida de tiempo. Al FBI no le interesaban ni las apuestas ni las peleas sin guantes.

—Parece divertido —dijo con tranquilidad.

Mendoza rio, revelando unos dientes blancos y brillantes.

—No has preguntado contra quién vas a pelear.

—Por treinta mil, pelearé contra el mismísimo Zeus.

—Quince. Solo son treinta mil si ganas.

James flexionó los gruesos brazos y frunció el labio superior, mostrando los dientes.

—Créeme, ganaré.

—Me gusta este tipo, Sean. De verdad. Tengo grandes esperanzas puestas en el viernes por la noche.

Era medianoche cuando James llegó al horrible bloque de apartamentos que llamaba hogar. A esas horas, su calle estaba desierta. Sus costillas protestaron mientras bajaba de la motocicleta, pero ignoró el dolor. Tenía preocupaciones más importantes.

Su próxima reunión con su responsable era el lunes tras la pelea del barco. Tenían un sistema para reunirse en caso de emergencia, pero cualquier cambio en el plan conllevaba un riesgo adicional.

Iría al barco el viernes por la noche y luego hablaría con su responsable. Para entonces, después de pasarse meses sin nada de lo que informar, confiaba en tener noticias de verdad. Cada vez que se reunían, lo único que podía enseñarle James era su colección de moratones.

Miró la fea estructura de cemento. Sean Moore era el dueño de todo el edificio. Cobraba poco, siempre y cuando peleara y ganara. Supuso que, en cuanto dejara de hacerlo, lo echarían muy rápido de allí.

Era una hipótesis que no podía permitirse poner a prueba, al menos, en aquel momento.

Empujó la puerta del edificio. La cerradura ya estaba rota cuando había llegado hacía tres meses y era obvio que nadie tenía intención de arreglarla. Nada más entrar, le cegaron las luces amarillas y parpadeantes.

Pasó junto al ascensor averiado, que uno de sus vecinos estaba usando como espacio extra de almacenamiento, y se dirigió a las escaleras. Su mano ya estaba en la barandilla cuando lo detuvo un leve sonido.

Una pequeña figura se acurrucaba en el espacio sombrío bajo la escalera, encorvada sobre algo. Incluso de espaldas, James reconoció a Dom, su vecino de arriba. A menudo despertaba con el ruido que hacía el niño jugando al baloncesto en su cuarto, que estaba justo encima del suyo. Dom compartía aquella habitación con tres o cuatro hermanos menores por lo menos.

Antes de que el niño tuviera oportunidad de escapar, James lo agarró por el cuello de la camisa y lo sacó a la luz.

—¡Suéltame! —gritó, golpeándolo con los codos y las piernas, pues tenía algo en las manos. Logró impactar a James en las costillas maltratadas con uno de sus pequeños codos huesudos y contuvo una maldición.

—Soy yo, Jam… Jay —dijo James, sorprendido de haber estado a punto de revelar su identidad.

«Debo de estar más cansado de lo que pensaba».

Sin soltarle el cuello de la camisa, se inclinó para descubrir qué llevaba en las manos. El corazón de James latía con fuerza.

«Solo tiene siete años».

—¿Qué diablos llevas ahí?

«¿Ya está tomando drogas?».

—No es asunto tuyo —exclamó Dom. Tenía los ojos oscuros entrecerrados por el miedo. James aflojó su agarre.

—Lo siento. No pretendía asustarte.

El niño abrió las manos, revelando lo que sostenía.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó James, aunque podía verlo perfectamente: una pequeña bola de pelo temblorosa.

—Es mío —dijo Dom, enseñando los dientes. Tenía un hueco donde deberían estar sus incisivos y eso le recordó lo joven que era.

James lo soltó. El chico no iba a ir a ninguna parte.

Dom enderezó los hombros.

—Lo encontré en el sótano. Estaba solo, lo prometo. No lo separé de su madre.

James asintió.

—Te creo, chico.

—No quiere beber nada —prosiguió Dom. Miraba a James con una expresión que basculaba entre la preocupación y la esperanza—. ¿Puedes ayudarme?

«Mierda».

—Déjame ver.

Dom le ofreció la bola de pelo. Los ojos del gatito estaban abiertos, así que no era tan joven como James había pensado al principio, pero estaba desnutrido: era todo costillas, patas y ojos.

«Y seguro que aún es demasiado pequeño para beber de un tazón».

Disimuló un suspiro. Quería ponerse hielo en la mandíbula y en las costillas, pero tendría que esperar.

—Sube. Tengo una idea.

Dom le siguió sin decir palabra hasta el segundo piso, donde James abrió la delgadísima puerta de su casa. En aquel edificio, todo era fino como el papel y olía a podrido.

—¿Tu madre sabe que estás fuera?

—Trabaja esta noche. Mi hermana Maya está con los pequeños.

Conocía a la madre de Dom. La había visto volver del trabajo cuando salía a correr temprano por la mañana. Siempre parecía agotada. Era camarera en algún club: James no sabía si aquel era su único trabajo y no podía implicarse en los problemas de aquella familia. Pronto se marcharía de allí.

—Vale. Aun así, deberías volver a casa.

James fue a la cocina y cogió un guante nuevo de goma desechable de debajo del lavabo. Sentado a la mesa, sacó una navaja plegable del bolsillo. La expresión de Dom no varió al ver la navaja y James sintió una opresión en el pecho al comprender que al chico le parecía normal que la gente llevara armas encima.

Pinchó con cuidado la punta del dedo índice del guante para hacer un pequeño agujero.

—¿Qué estás haciendo?

—Vamos a poner la leche dentro —explicó James. No tenía ni idea de si los gatos podían beber leche de vaca, pero supuso que sería mejor que nada.

—No puedo quitar leche de…

James sabía lo que iba a decir: que no podía quitarle la leche a sus hermanitos.

—Debería haber algo ahí dentro —dijo James, señalando el pequeño frigorífico.

Sin dejar de sostener al gatito, Dom sacó el cartón de leche.

—Está casi lleno.

—Vierte un poco en el guante. Solo un poco. Así.

Las primeras gotas de leche salpicaron la cabeza gris del animal. A James le preocupaba que estuviera demasiado débil y cómo se lo tomaría Dom si no lograba salvarlo.

—Toma, Charlie —susurró Dom—. Es para ti.

Por instinto, el gatito movió la cabeza hacia la leche y casi de inmediato se puso a succionar el pezón de goma con todas sus fuerzas; su pequeño cuerpo temblaba con el esfuerzo.

Los ojos de Dom se agrandaron.

—¡Está funcionando!

Se sentaron en silencio hasta que el pequeño animal dejó de beber. Luego, se quedó dormido en los brazos de Dom.

—Parece que la leche lo ha dejado en coma —bromeó James—. Vamos, tienes que volver a casa. Llévate la leche y el gatito, pero, antes de hacer nada, pregúntale a tu madre mañana. Puede que no quiera un gato, Dom.

Prefirió no mencionar que quizá la madre de Dom no podía mantenerlo.

—Me haré cargo de él. Conseguiré un trabajo.

James sacó un billete de veinte dólares de su bolsillo y se lo ofreció.

Los ojos de Dom se ensancharon y luego se estrecharon. No hizo ademán de cogerlo.

—¿Qué tengo que hacer a cambio?

James sacudió la mano.

—Hoy he ganado una pelea —dijo con voz ronca a modo de explicación—. Dáselo a tu mamá para que pueda comprar leche para el gatito mañana, ¿vale?

El billete desapareció en el bolsillo trasero de Dom antes de que terminara de hablar.

—Gracias.

—Y ahora lárgate de aquí, chico. Necesito dormir.

Les dio al niño y al gatito con la puerta en las narices mientras se recordaba a sí mismo de nuevo que no podía involucrarse.

El estudio que le había proporcionado Moore era pequeño. Un agente inmobiliario lo habría llamado «acogedor».

«Aunque “tugurio” sería una descripción más acertada».

No era el lugar más miserable en el que había estado, pero cuando llegó, se pasó mucho tiempo limpiando. Al entrar en el baño, su mirada se dirigió de inmediato a las grietas sucias de los azulejos junto a la ducha y el lavabo. No importaba lo mucho que frotara, no había podido eliminar esa mugre. Y había frotado bastante porque, si algo odiaba James, era estar rodeado de suciedad.

Sabía que sus sentimientos por la limpieza y el orden eran casi una obsesión. Otras personas no sentían el mismo nivel de satisfacción que él cuando veían una camisa perfectamente almidonada o un par de zapatos pulidos y brillantes. Pero el orden lo ayudaba a pensar, a recordar que tenía el control de su vida y no al revés.

Lo más difícil de trabajar como agente infiltrado, además de lidiar con las tonterías de Moore, era ocultar aquella parte de sí mismo. Pero tenía que hacerlo, porque Jay no podía tener esa clase de preocupaciones y la primera regla del trabajo como infiltrado era que debías convertirte en la persona que fingías ser.

Afortunadamente, James era casi tan bueno compartimentando como lo era peleando. Lo primero se lo enseñó el FBI, pero lo segundo ya lo dominaba cuando llegó a la academia. Había adquirido aquella habilidad cuando era muy joven, en las calles. James negó con la cabeza. No

estaba dispuesto a sucumbir a los recuerdos; no esa noche.

Se quitó la camiseta, apretando con los dedos los oscuros moratones de su pecho. El dolor no empeoraba al coger aire, así que supuso que no tenía ninguna costilla rota.

Entró en la ducha y aguantó bajo el chorro de agua tibia tanto como le fue posible antes de salir a respirar. Cogió la pastilla de jabón y formó espuma frotándola entre sus palmas para lavarse el pelo. Lo llevaba más largo de lo que le gustaba; lo bastante como para que se le rizara alrededor de las orejas y a veces se le metiera en los ojos. Eso también obedecía a un motivo; se suponía que Jay estaba ahorrando para saldar su deuda y no gastaría el dinero que tanto le costaba ganar en una peluquería.

Se secó con una toalla vieja y se metió desnudo en la cama. La pelea lo había dejado agotado, pero, al mismo tiempo, se sentía con energías renovadas. Después de tres meses intentando acercarse a Moore, las cosas por fin estaban progresando. Podía sentirlo.

3



Susan

—Lo haré —dijo Susan, sin más preámbulos.

Se había pasado la mitad de la noche despierta, leyendo la correspondencia entre Daniel Guerrero y Milena Rojas.

A juzgar por su torpe prosa, tenía la sensación de que Guerrero quería ayudar a Milena y no tenía intención de perjudicarla. Tuvo que detenerse varias veces para no simpatizar demasiado con él. Al margen de sus sentimientos por Milena, Guerrero seguía siendo un narcotraficante y un criminal. No era alguien a quien admirar.

También supo que iba a decir que sí mucho antes de terminar de leer.

Desde que ella y Jessy habían sido secuestradas y habían estado a punto de ser asesinadas, Susan sentía que algo no funcionaba en su vida. Y no eran solo las pesadillas, que la dejaban agotada. Era como si viviera en piloto automático, y lo odiaba, porque no era en absoluto su estilo.

«Todo está mal».

«Es como si nada importara ya».

Quizás si pudiera ayudar a acabar con el cártel, volvería a sentirse completa.

—¿Estás segura? —preguntó Lorraine, levantando la mirada del café.

Susan endureció la expresión. Sabía que a Lorraine se le daba bien leer a las personas. Si descubría lo mucho que a Susan le costaba lidiar con su vida, retiraría la oferta.

—No trates de hacerme creer que quieres que cambie de opinión, Lorraine —le dijo con desparpajo.

Lorraine soltó una carcajada.

—Tienes razón. Es justo lo que no quiero.

—Pero tengo algunas condiciones.

Lorraine entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de condiciones?

—Mi jefa tendrá que saber lo que estoy haciendo. No voy a mentir a Natalie.

—Está bien, puedo hablar con ella. Podemos ponerte a rotar con nosotros. ¿Algo más?

—Bueno, es una pregunta más que una condición. ¿Voy a recibir un curso intensivo antes de infiltrarme o algo por el estilo?

Lorraine pareció incómoda.

—No hay tiempo para eso. Si aceptas, tienes que entrar allí y convertirte en una mujer invisible. Te mezclarás con Guerrero y su banda, lo observarás todo y estarás de acuerdo con todo lo que digan. Nunca llames la atención, por ningún motivo.

—¿Cuánto tiempo estaré allí?

—No mucho. Ya hay otro agente encubierto que ha conseguido infiltrarse en un grupo que creemos que está trabajando con el cártel, pero de momento no ha sido capaz de acercarse a Mendoza.

Susan reflexionó durante un segundo.

—¿Cómo reconoceré a ese otro agente? ¿Hay alguna contraseña? —preguntó por fin. Lorraine hizo una pausa—. Olvida tus dudas, Lorraine. No habría aceptado si no pensara que soy capaz de hacerlo.

Por fin, Lorraine asintió.

—Ya conoces al otro agente. Es James.

«James».

«Eso explica muchas cosas».

James había estado en el incendio en el que ella y Jessy habían estado a punto de morir. La había ayudado a rescatar a Darryl y la había llevado al hospital. Desde entonces, había cogido la costumbre de llamarla cada semana, solo para ver cómo estaba. Eran conversaciones de treinta o cuarenta segundos y Susan se había acostumbrado a ellas. Pero desde hacía tres meses, había dejado de llamar. Susan había asumido que James había descubierto que tenía cosas mejores que hacer.

La embargó una ira irracional.

«Podría haberme dicho que se iba».

«Habría dejado de preocuparme».

Respiró hondo. No estaba saliendo con James. A él no le gustaba Susan y ella nunca podría enamorarse de un hombre tan estricto y obsesionado con el orden. Daba igual lo atractivo que fuera.

Que James fuera el agente encubierto también explicaba por qué Lorraine tenía interés en el caso. A Susan le había parecido que se lo tomaba como algo personal desde el principio. Ahora entendía por qué: estaba preocupada por su compañero.

—¿James sabe que estás hablando conmigo?

Lorraine negó despacio con la cabeza.

—No. Nos informa una vez por semana y no he podido hablar con él desde que tú y yo nos vimos. Sabe lo de Guerrero, pero no que han adelantado la fecha en la que va a salir de prisión.

Susan asimiló la información.

—Escucha —continuó Lorraine—. Cuando lo veas, no reacciones. Seguramente, tendrá un aspecto muy distinto al de la última vez que lo viste.

—Claro, no soy idiota. No voy a poner en peligro su vida. ¿Y ahora qué?

—Pasado mañana, Guerrero saldrá de prisión a las diez de la mañana. Para que esto funcione, tienes que estar allí con el coche de Milena para recibirlo.

—De acuerdo. Pero no voy a vestirme con la ropa de una mujer muerta.

Lorraine la evaluó con la mirada.

—No. Tampoco te quedaría bien su ropa. Milena consumió más drogas que alimento durante mucho tiempo —aclaró con cuidado, aunque Susan no se ofendió. Tenía un espejo en casa y, aunque nunca sería delgada, sabía que no estaba gorda.

—Tendremos que ir de compras —decidió Lorraine—. ¿Alguna vez has visto *Pretty Woman*?

Susan puso los ojos en blanco.

—Tengo fotos de la ropa que Milena tenía en el maletero de su coche. Tenemos un día para encontrarte unas similares.

4



Susan

«Estás lista».

«Tan lista como puedes estarlo».

Susan había releído las cartas para asegurarse de que recordaba todo lo que se habían dicho Guerrero y Milena. Era una suerte que nunca hubieran hablado por teléfono.

«Menos posibilidades de estropearlo».

A juzgar por las cartas, había deducido que Milena y ese «hermano mucho mayor que ella» no habían tenido una relación muy estrecha. Pero Susan tendría que tener cuidado, pues tenía poca información.

Lorraine la había acompañado durante todo el proceso. Primero, habían ido juntas a la comisaría para explicárselo a Natalie y a Rob, que habían mostrado su preocupación, pero también le habían brindado su apoyo. En particular, Natalie parecía entender los motivos por los que Susan necesitaba hacer aquello.

Después, Lorraine la había llevado a un lugar seguro a medio camino entre Sharp's Cove y la ciudad. Era una casita blanca al fondo de un callejón sin salida en una zona residencial. No se parecía en nada a la imagen que Susan se había hecho de lo que podía ser un «lugar seguro».

«Probablemente, es eso lo que buscan».

Una experta en peluquería y maquillaje le había explicado cómo peinarse para parecerse a la Milena de la foto que había visto Guerrero. Por suerte, su pelo era lo bastante similar en color y textura como para que no requiriera mucho trabajo. Sin embargo, tenía que acordarse de llevarlo suelto en lugar de recogérselo en una coleta o trenzarlo como solía hacer.

A continuación, se concentraron en la vestimenta. Las «compras» no habían requerido ir de tiendas, pues la ropa inspirada en la que habían encontrado en el coche y la habitación de hotel de Milena había aparecido como por arte de magia. Susan odiaba probarse ropa. Había intentado poner buena cara, pero cada nueva prenda solo servía para hacerla sentir más incapaz de representar su nuevo papel.

«¿Y si no consigo engañar a nadie?».

«¿Qué harán si descubren quién soy?».

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza.

A medida que pasaba la tarde, descubrió que el gusto de Milena difería mucho del suyo. Mientras que a Susan le gustaban los vaqueros y las camisetas holgadas, el equipaje de la chica estaba lleno de pantalones ajustados y tops de tubo.

—¿No tenía frío saliendo a la calle con esto? —protestó Susan, preocupada de reventar su top.

—Recuerda, tú acabas de llegar de Dallas —dijo Lorraine. A Susan no se le escapó el cuidadoso uso que hizo del pronombre—. Allí no hacía tanto frío.

—Lo entiendo. Pero ¿tiene que ser todo tan ajustado? No sé si voy a poder respirar.

Lorraine ni siquiera se molestó en responder.

Por fin, Susan reunió suficiente ropa para llenar la mochila de Milena. Intentó no pensar en que esas serían las únicas prendas que llevaría en el futuro próximo.

La siguiente en llegar fue una mujer de mediana edad con gafas gruesas que se presentó como la doctora Mallory.

Lorraine las dejó solas y la médico empezó a hacerle preguntas a Susan sobre su salud, cada vez más íntimas.

Cuando mencionó que tenía un DIU, Mallory asintió y escribió algo en su iPad. La boca de Susan estaba seca como el papel de lija. Después del secuestro, no quería que la tocaran, lo que implicaba que no había tenido sexo. Ahora, la mera idea de acercarse a alguien de ese modo, de dejar que alguien la tocara, la llenaba de pánico.

La doctora notó que su respiración se aceleraba y le preguntó si estaba bien. Susan pidió hablar con Lorraine.

—No pienso tener relaciones sexuales con nadie —le soltó a la agente en cuanto entró en la habitación—. Bajo ninguna circunstancia. No lo haré.

—Nadie lo espera, Susan. Has leído la correspondencia entre Guerrero y Milena. Nuestro servicio de inteligencia cree que los sentimientos de Guerrero por ella son de naturaleza fraternal. Pero si resulta que no es así, tenemos nuestros propios métodos. Podemos sacarte de allí muy rápido.

—¿Qué clase de métodos?

—Hay un parque a tres manzanas del bar de Sean Moore. Nos veremos allí todos los miércoles por la mañana, entre las ocho y las once.

—¿En qué zona del parque?

—Entra a comprar un café en el puesto que hay dentro. Nosotros te encontraremos.

—¿Y si necesito contactar contigo en otro momento?

—Ve a la oficina de correos y envía una carta. Cualquier carta —le explicó con paciencia—. Habrá un agente vigilando la oficina y sabremos que necesitas hablar. Cuando salgas, ve a pasear al parque. Te buscaré.

La doctora Mallory miró por encima de sus gafas y le mostró algo sospechosamente similar a las pistolas perforadoras de orejas que se usaban en Claire’s.

—También llevarás un localizador.

—¿Es necesario? —preguntó Susan. Odiaba las inyecciones.

—Es el procedimiento estándar. Así podremos encontrarte siempre —explicó Lorraine. La doctora Mallory no le dio a Susan la oportunidad de decir nada más, pues le inyectó el rastreador en el brazo.

—¿Y James… Ramsay también tiene uno?

Mallory la miró de nuevo, sorprendida de que conociera su nombre.

—Sí, él también tiene uno. Insisto, es el procedimiento estándar.

Cuando Lorraine y otro agente dejaron a Susan en el motel, ya era noche cerrada. Justo antes de irse, Lorraine le quitó la cartera y el teléfono. Luego, le entregó el permiso de conducir de Milena, sesenta dólares y un teléfono barato.

—Hay unos veinte números en la memoria. Todos son falsos, excepto «Tía Lola». Llama ahí en caso de emergencia. Los agentes que estén cerca sabrán que necesitas ayuda.

Susan estaba demasiado nerviosa para reírse del nombre elegido por Lorraine.

—Gracias, trataré de no estropearlo todo.

—Sin heroicidades, Susan. Es lo único que te pido. Si sientes que estás en peligro, sigue el procedimiento y te sacaremos de inmediato.

Lorraine se marchó poco después, pero Susan no pudo dormir. Cuanto más trataba de no pensar en la pobre Milena, que había perdido la vida en una habitación muy parecida unos días antes, más difícil le resultaba pensar en otra cosa.

Despertó temprano por la mañana, cansada pero incapaz de dormir más.

—Milena. Milena. Milena —repetía frente al espejo. Y luego, en español—: *Te llamas Milena*.

Gracias a sus cartas, había descubierto que Milena era medio mexicana como ella. Milena lo era por parte de padre, mientras que Susan lo era por parte de madre.

Se detuvo a pensar en sus propios padres. Su padre se había criado en Sharp's Cove. Había conocido a su madre durante unas vacaciones de primavera en México y la había convencido para que se viniera de vuelta con él. Habían pasado cuarenta años desde entonces y durante ese tiempo ambos habían vivido felices en Sharp's Cove.

Su padre quería a su madre más que a nada en el mundo. La quería tanto que incluso había decidido darles a sus hijos su apellido para ayudar a preservar su cultura. De pequeña, Susan pensaba que todo el mundo encontraba ese tipo de amor. Ahora sabía que no era así.

Estaba muy unida a sus padres. Se alegró de que en ese momento estuvieran en México visitando a la familia de su madre; de lo contrario, le habría costado mantenerlos al margen.

Por suerte, sus dos hermanos trabajaban en el ejército y también estaban en el extranjero. No les habría gustado saber que su hermanita estaba poniendo su vida en peligro, incluso si era algo que ellos hacían con frecuencia.

Se obligó a dejar el tema. Pensar en sus padres no iba a ayudarla. Milena era huérfana. No había tenido a nadie que la cuidara y había estado durmiendo en su coche cuando Guerrero se puso en contacto por primera vez. Por eso había aceptado mudarse a la otra punta del país para encontrarse con un hombre que nunca había visto antes.

«Ese es el estado mental al que necesitas llegar».

El coche de Milena estaba abollado, con la pintura oxidada en varias zonas. Sin embargo, por dentro estaba impecable. Susan sospechaba que había sido su posesión más preciada. Se preguntó qué habría hecho la joven con su vida si no hubiera tenido un final tan trágico.

«¿Habría podido darle un giro a sus circunstancias?».

Por sus cartas, estaba claro que Guerrero pensaba que podía ayudarla. Pero era un narcotraficante y fue alguien como él quien le vendió a Milena las drogas que la mataron. Susan no podía sentir simpatía por Guerrero.

Cuanto más se acercaba a la prisión, más temblaban sus manos. Se dijo a sí misma que estaba bien. Las manos de Milena también estarían temblando.

Por fin, vio las torres. Susan observó el lugar con curiosidad. Aunque nunca había estado antes, sabía que Hunter, el marido de Natalie, había pasado doce años dentro por un crimen que no había cometido. Susan se alegraba de que Hunter y Natalie hubieran colaborado para encontrar al verdadero responsable y de que hubieran formado una familia.

Aparcó el coche y tomó una profunda bocanada de aire. No tenía que atravesar esas puertas enormes. Si todo iba según lo previsto, Daniel Guerrero debía salir de la prisión en treinta minutos exactos.

Miró la puerta, alarmada, cuando esta se abrió. Un hombre grande, de piel morena, musculoso y vestido con una camiseta blanca y vaqueros azules desgastados, permaneció inmóvil al otro lado con las piernas separadas. Susan reconoció a Daniel Guerrero gracias a la única foto que había visto de él. No parecía tener prisa. Era como si estuviera dando un paseo matutino.

Susan abrió la puerta y salió muy rápido del vehículo, tanto que estuvo a punto de caer de bruces. Recuperó el equilibrio, miró hacia arriba desconcertada, y se alejó del coche.

«Desconcertada está bien».

«Milena también estaría desconcertada».

«Respira».

Un guardia se acercó a Guerrero. Le dijo algo y este asintió. Luego, le entregó una bolsa de

papel. Guerrero se giró y atravesó la puerta abierta sin mirar atrás ni una sola vez al edificio donde había pasado los últimos siete años. A medida que se acercaba, se dio cuenta de lo grande que era: sus brazos eran tan gruesos como los muslos de Susan y sus muslos, tan gruesos como pequeños troncos de árbol.

Resistió el impulso de echar a correr. No tenía a dónde ir.

Guerrero la miró como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Sus labios delgados y crueles se curvaron en una sonrisa que pareció rejuvenecerlo.

—Has venido —dijo, complacido. Su voz sonaba americana al cien por cien. Igual que la suya cuando no imitaba el acento español. Se preguntó si el verdadero acento de Milena era muy fuerte. Se alegró de que Guerrero y ella nunca hubieran hablado por teléfono, porque así no tendría que imitarlo.

—Aquí estoy.

—Te pareces mucho a tu hermano.

A Susan no le costó fingir un encogimiento de hombros leve y triste. La idea de perder a uno de sus hermanos hacía que quisiera echarse a llorar.

—¿Cómo debería llamarte? —preguntó con timidez. Guerrero siempre había firmado sus cartas con una «G».

—Guerrero —dijo con firmeza—. ¿Te importa si te llamo Milly?

Milly era como llamaba a Milena su hermano, pero Susan había decidido no dejar que Guerrero se dirigiera a ella con un apodo. Ya tendría bastante problemas para recordar un solo nombre.

—Por favor, llámame Milena.

Guerrero asintió, transigiendo.

—¿Has estado cuidándote, Milena? —preguntó, y añadió en español—: *Estás cansada*.

—No he dormido bien. Estaba nerviosa —confesó, y bajó la mirada.

Guerrero alargó la mano y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Susan se quedó quieta. Una de las cosas más difíciles que había hecho en la vida.

—Eres la hermana de Guillermo. Nunca te haría daño —prometió Guerrero—. *Nunca*.

Susan sabía que lo decía en serio. Sin embargo, también sabía que había mujeres y niños que morían a diario por culpa de su trabajo.

Se inclinó para darle un abrazo. Ella se puso tensa, pero trató de reprimir el miedo. Milena podía estar nerviosa, pero no asustada de Guerrero; más bien estaría esperanzada. Una mujer desesperada como ella, en una situación igualmente desesperada, habría tratado a Guerrero como si fuera su última oportunidad.

—No debes preocuparte, Milena. Yo te protegeré. Es lo que habría querido tu hermano.

Susan asintió. No se atrevía a decir nada.

Guerrero abrió la puerta del coche y se metió dentro. Susan hizo lo mismo por el otro lado e inspiró hondo para calmarse antes de encender el motor. Desde que la encerraron en el maletero, tenía problemas con los espacios cerrados, y compartir aquel pequeño cubículo con Guerrero no ayudaba.

—Estás temblando —observó el hombre—. No estarás consumiendo, ¿verdad?

—No, estoy limpia —dijo Susan mientras pensaba en la mujer muerta que yacía en la morgue.

—Bien. Sigue así. Estamos destinados a hacer cosas más grandes y mejores.

—¿A… A dónde debería ir?

—Conduce hacia la ciudad. Vamos a reunirnos con unos amigos. —Guerrero tenía una

pequeña serpiente de papel en la mano.

Susan asintió y comenzó a conducir. La asombraba que todo hubiera sido tan sencillo.

5



James

James se quedó con la boca abierta. El barco no era lo que esperaba.

Supuso que sería un *ferry* pequeño y sucio, o puede que un pesquero; un barco con olor a combustible con la pintura descascarillada por debajo de la línea de flotación. En su cabeza, había visualizado un vehículo viejo, maltratado, igual que el garaje y el bar que Sean Moore tenía en uno de los barrios conflictivos de la ciudad.

En cambio, descubrió que era un crucero pequeño pero impoluto. El tipo de barco que James imaginaba navegando hacia destinos exóticos; el Caribe, en invierno y el Mediterráneo, en verano. No era que estuviera familiarizado con ese tipo de vacaciones. De hecho, en los nueve años que llevaba en el FBI, no se había tomado un solo día libre.

«Tal vez debería hacerlo cuando esto termine».

—Pareces sorprendido, Jay. ¿Qué opinas? —preguntó Sean sonriendo.

James trató de parecer impresionado.

—¿Esta preciosidad es suya, señor Moore?

—Mía del todo. La conseguí de un hombre que no podía pagar sus deudas y comprendí enseguida que no podía deshacerme de ella. Algún día viviré en este barco y viajaré por el mundo.

James respondió con un murmullo ambiguo.

—Cuarenta *suites* con balcón más las habitaciones para la tripulación. Por supuesto, esta noche nadie dormirá en las *suites*. No es esa clase de viaje. Sube a bordo y echa un vistazo. —Mientras hablaba, Sean lo condujo a través de la pasarela—. Hice algunas modificaciones en el atrio y los salones.

James no tuvo que fingir sorpresa cuando se adentraron en el barco. El enorme candelabro que colgaba del techo y la majestuosa escalera señorial eran, quizás, lo único que quedaba de lo que fue el atrio del barco.

El resto era todo nuevo y al estilo Moore. Había docenas de máquinas tragaperras, mesas de juego y varias áreas de bar. En la parte trasera, James vio varias salas de póker con paredes de cristal.

«Ha convertido el atrio en un casino».

El lugar estaba vacío, salvo por tres individuos de pie junto a la escalera. James reconoció al primero: era uno de los hombres de Moore. El segundo era Miguel Mendoza. Su figura delgada parecía empequeñecida al lado del tercer hombre.

James lo reconoció.

«Daniel Guerrero».

Había visto la foto de Guerrero cuando se estaba preparando para infiltrarse en el grupo de Moore. Sabía que estaba a punto de salir de la cárcel y que el cártel Mendoza, que ahora era mucho más poderoso que cuando había ido a prisión, querría agradecerle sus servicios y su silencio.

«Y ahora está aquí».

«Por fin».

«Todas las piezas encajan».

Mendoza dio un paso al frente.

—Sean, este es Daniel Guerrero, el hombre del que te hablé. Es un amigo de confianza, mío y de mi hermano.

—Tu amigo es mi amigo, Miguel —dijo Moore con zalamería.

Moore y Guerrero se dieron la mano y luego Moore presentó a James.

—Este es Jay, uno de nuestros mejores luchadores.

James se dio cuenta de que Guerrero estaba evaluándolo. Esperó con curiosidad cuál sería el resultado de su escrutinio. Con un metro ochenta y ocho y noventa y cinco kilos, James no era, precisamente, un peso ligero. Sin embargo, no era tan grande como algunos de los hombres contra los que había peleado en los últimos meses y, desde luego, no tanto como Guerrero.

Por fin, Guerrero asintió. Sus ojos brillaron con respeto.

—Miguel me ha hablado de ti. Espero que podamos encontrarnos alguna vez en el *ring*.

James asintió con la cabeza con vigor, pero confiaba en haberse ido mucho antes de que pudiera organizarse una pelea así. Solo un imbécil querría luchar contra Guerrero.

—¿Qué pinto yo aquí, Sean? —preguntó Jay con tono aburrido—. ¿Esperas que luche en medio de un casino?

Moore rio, un sonido estruendoso que hizo temblar su amplia barriga.

—Si intentas pelear con alguien aquí, ordenaría tu ejecución. No tienes ni idea de cuánto dinero he gastado renovándolo. No, ven conmigo. Las peleas serán en el salón de abajo.

Se dirigieron juntos a lo que Moore llamaba «el salón». Comparado con el atrio, era un espacio frío y oscuro. Un escenario elevado en una esquina, que en un principio parecía diseñado para actuaciones en directo, se había convertido en una zona de bar, que estaba vacía. Sin embargo, el centro de la sala estaba ocupado por un círculo pintado en el medio, rodeado por filas de bancos elevados con estrechos corredores entre cada área de asientos. James hizo un cálculo rápido en su cabeza: aquel espacio podía albergar a unas cien personas.

—Es aquí —dijo Moore con grandilocuencia—. Primero, pelearás. Luego, te mezclarás con los invitados. Puedes beber, por supuesto, y apostar. Siempre y cuando ganes el combate.

Apenas había distancia entre los luchadores y la primera fila. La gente sentada allí acabaría manchada de sangre.

Moore rio como si pudiera leerle la mente.

—Los hombres y las mujeres que vengan esta noche, y habrá muchas mujeres, te lo aseguro, han pagado una buena cantidad de dinero para verte pelear. Querrán estar lo más cerca posible de la sangre, ya sabes a lo que me refiero.

James parpadeó dos veces. Tenía que ocultar mejor sus pensamientos.

—Cerca pero no demasiado, ¿verdad? —dijo, haciendo crujir los nudillos.

—Lo has entendido.

—Tiene buena pinta —comentó James—. ¿Pero no nos detendrá la policía? No quiero problemas —agregó con rapidez.

Vio que Guerrero también asentía.

«No quiere volver a prisión».

—No te preocupes por eso —dijo Moore, haciéndose el importante—. Nadie nos molestará. La policía local me conoce y sabe que es mejor no venir por aquí.

«Es bueno saberlo».

—Además, estaremos en aguas internacionales. Todo será completamente legal.

«Sí, claro».

—Jay, tú solo preocúpate de ganar. He apostado mucho dinero por ti, chaval. Hazme sentir orgulloso y pronto saldarás todas tus deudas; tendrás más dinero del que puedas gastar.

James dejó que sus ojos se iluminaran con codicia. Formaba parte de la historia que había empleado para infiltrarse: necesitaba el dinero con desesperación y haría cualquier cosa por

conseguirlo.

—No perderé, señor Moore. Voy a aprovechar al máximo la oportunidad que me ofrece —agregó con respeto.

—Bien, bien. Eso es lo que quiero oír. Sigue haciendo lo que te diga y pronto…

—No voy a perder peleas a propósito —lo interrumpió James en voz baja para que solo Moore pudiera oírlo—. Es lo único que no haré.

Moore se rascó la barba.

—Nunca te pediría que hicieras algo así —respondió.

James mantuvo una expresión neutral. Sabía que Moore no tendría reparos en contradecirse. De nuevo, James confiaba en no estar allí cuando sucediera.

—Ahora ve y prepárate. El vestuario está justo al fondo. Miguel y yo tenemos asuntos que discutir.

Aunque James preferiría haberse quedado a escuchar, juntó las manos frente a él e inclinó la cabeza con respeto hacia Moore y Mendoza. Se frotó los nudillos magullados con los dedos de la mano izquierda; un recordatorio de que debía tener cuidado en la pelea de esa noche. Romperse una mano podría dar al traste con toda la operación.

6



Susan

Susan trató de mantener la bandeja en equilibrio sobre las manos. Nunca había trabajado de camarera y se había sentido tentada de rechazarlo cuando Moore se lo había sugerido a Guerrero. No lo hizo, pues sabía que Milena estaría agradecida de ganar unos cuantos dólares, pero, sobre todo, porque era su oportunidad de acercarse a Guerrero y su nuevo grupo.

Dos días antes, cuando habían llegado a la ciudad, Guerrero la había llevado a un almacén viejo que albergaba un garaje y un bar. Allí, le presentó a dos hombres: Miguel Mendoza, un mexicano delgado que besó su mano y le habló con deferencia; y Sean Moore, un americano brusco de cara rojiza que parecía ser el dueño del almacén y también del barco en el que estaba en aquel momento.

«Mierda».

«Casi la dejo caer otra vez».

El hecho de que aún no se hubiera acostumbrado al balanceo del barco no ayudaba. Una de las camareras —una mujer rubia un par de años más joven que Susan pero que parecía llevar toda la vida trabajando en esto— le había echado un rápido vistazo cuando la llevó Guerrero. Después, sacó una botella de Dramamine y se la ofreció. Gracias a ese acto de bondad, Susan podía seguir en pie.

Llenó la bandeja de vasos vacíos y se dirigió de nuevo al bar. Mientras caminaba, analizaba a los invitados que deambulaban por el casino. Eran casi todos hombres, pero también había bastantes mujeres. Susan no era una experta, pero sus vestidos de noche con tirantes y sus centelleantes joyas no parecían baratos.

—¿Cuánto habrán pagado para estar aquí? —preguntó en voz baja mientras dejaba los vasos vacíos en la bandeja del lavavajillas de acero inoxidable.

—Este no es lugar para hacer preguntas, cariño —respondió la rubia—. Lo único que necesitas saber es que les ha costado mucho más de lo que tú vas a ganar este mes.

Susan miró por la ventana.

—Todavía nos dirigimos mar adentro.

La mujer sacudió su cabello rubio.

—Seguiremos en línea recta hasta medianoche; luego, iremos volviendo despacio.

Susan se lamentó para sus adentros. Eso significaba que, como pronto, no estarían de vuelta hasta las cuatro de la madrugada. Para entonces, las ampollas de sus pies tendrían sus propias ampollas.

—¿Solo vienen para beber y apostar? —susurró. Aunque algunas personas echaban monedas en las tragaperras y había otras sentadas en las mesas de las ruletas, le dio la impresión de que, en general, deambulaban por la sala sin apostar.

La camarera la evaluó durante un momento.

—¿Cómo te llamabas?

—Milena —dijo Susan sin titubear. Había practicado bastante frente al espejo.

—Encantada de conocerte, Milena. Soy Candy —respondió la camarera—. Estas personas no han venido a apostar. Solo es un pequeño plus que al señor Moore le gusta ofrecer.

—¿Entonces vienen a beber? —preguntó Susan.

Candy la ignoró.

—Concéntrate en el trabajo. Lleva esa bandeja de bebidas a esa gente tan amable de la ruleta.

Acababa de servir las bebidas cuando volvió Guerrero.

—¿Cómo te va? —quiso saber—. ¿Te están respetando?

Solo a duras penas Susan logró evitar poner los ojos en blanco cuando oyó aquel comentario tan retrógrado, pero no pudo evitar agradecérselo. Puede que Susan Lopes pudiera patearles el trasero a aquellos hombres, pero Milena Rojas, no, a menos que estuviera dispuesta a salirse del papel.

Asintió, tratando de parecer sumisa.

—Ven conmigo. Te necesitan abajo. Una de las chicas acaba de vomitar sobre los invitados y vas a sustituirla.

—¿Qué hay abajo? —preguntó Susan, que no quería parecer demasiado ansiosa.

Sus tacones se hundían en la moqueta mullida mientras seguía a Guerrero por el pasillo.

—Espérame. No puedo caminar tan rápido.

—Lo siento —respondió Guerrero, brusco. La hizo descender por dos tramos de escaleras, esta vez más despacio—. Ahí. El salón está detrás de esa puerta.

Guerrero se hizo a un lado y Susan vio por fin el interior. La sala tenía el mismo tamaño que el casino de arriba, pero estaba mucho más oscura. No había candelabros brillando; allí la iluminación era fría, casi industrial. Como en el interior de un acuario.

Sintió la energía que chisporroteaba en el cuarto antes incluso de entrar. Lo que fuera que hubiera allí sin duda era excitante; todas las personas parecían concentradas en un mismo punto en el centro, donde había un escenario, rodeado de… ¿gradas?

—¿Qué es esto? —preguntó Susan—. ¿Qué está pasando aquí?

—*No más preguntas* —dijo Guerrero. Y luego, volviendo al inglés, le ordenó—: Sígueme.

Parecía tener prisa de repente. Susan sabía lo que eso significaba: Miguel Mendoza estaba cerca. Era la única persona a la que Guerrero quería impresionar.

Pum.

Desde el escenario le llegó el sonido de alguien golpeando un trozo de carne.

«No es un trozo de carne».

«Son dos personas pegándose».

Alguien gruñó.

La multitud se estremeció y lanzó vítores.

«Es una pelea».

«Eso es lo que han venido a ver».

El escaso número de personas que había en el casino de arriba cobró sentido. Los juegos de azar y la bebida eran un complemento agradable, pero en realidad la gente había ido para ver sangre.

—¿Qué es esto? —susurró. Guerrero la agarró del codo, pero Susan arrastró los talones, reacia a acercarse más.

—No te pongas aprensiva ahora, Milena —susurró—. Ve al bar. Las chicas que están allí te dirán qué hacer.

Guerrero la dejó y se acercó a un grupo de hombres. Miguel Mendoza era uno de ellos. Susan reconoció el traje de lino y el cabello negro engominado hacia atrás. Estaba de pie, cerca de la pelea pero lo bastante lejos para que la sangre no manchara su ropa elegante.

A su alrededor, los ruidos brutales del combate continuaban.

Susan se acercó al bar —que estaba elevado del suelo— por inercia, y luego se dio la vuelta.

En el centro de la sala, dos hombres se enfrentaban como gladiadores en un pequeño anfiteatro romano.

El hombre que estaba de frente a Susan era un vikingo alto y de piel dorada con el cabello

rojizo y erizado, y un cuello tan grueso que parecía una extensión de su cuadrada cabeza. Llevaba el pecho cubierto por tatuajes grandes y coloridos de criaturas mitológicas. Cuando flexionó los bíceps y le enseñó los dientes a su oponente, Susan se estremeció a su pesar.

—Relájate, cariño, te acostumbrarás pronto —le dijo una mujer a su lado.

—¿Qué tengo que hacer? —susurró Susan.

—Coge estos vasos vacíos y colócalos en la cesta del lavavasos. Así de simple.

Susan hizo lo que le pedían, pero no pudo evitar observar la pelea. El segundo hombre aún no se había dado la vuelta, así que solo podía ver su espalda desnuda. Su piel brillaba por el sudor, resaltando sus músculos bien formados. Era igual de alto y musculoso que el vikingo pero más delgado, con hombros anchos y caderas estrechas. A Susan le recordaba más a un nadador que a un luchador. Tenía el cabello espeso y oscuro, lo bastante largo como para empezar a rizarse a la altura del cuello de la camisa; en caso de que llevara una.

Susan sonrió ante la idea.

Mientras se movían en círculo en el sentido de las agujas del reloj, esperando a que el rival lanzara el siguiente golpe, su sonrisa se desvaneció. De repente, no tuvo que imaginar qué aspecto tendrían esos hombros anchos bajo una camisa blanca.

Soltó el vaso que llevaba en la mano. Este cayó en la cesta haciendo mucho ruido.

«James».

Apenas lo reconoció y, sin embargo, no había duda de que era él. No solo tenía el cabello más largo. Parecía haber envejecido cinco años en los últimos meses.

James alzó la mirada en ese momento y sus ojos se encontraron por encima de las cabezas de la multitud. Su expresión no cambió, pero sus penetrantes ojos azules brillaron de emoción.

Como si sintiera que su rival flaqueaba, el vikingo eligió aquel momento para atacar y lanzó una combinación de golpes que hubiera derribado un árbol. James esquivó los dos primeros, pero había perdido la concentración y el tercer golpe le dio justo sobre un ojo.

La sangre brotó del corte y cayó sobre sus manos desnudas, y también sobre el suelo y los espectadores. La multitud rugió, enfervorecida.

James retrocedió, parpadeando rápidamente a través de una cortina de sangre.

—No puede ver —dijo, asustada.

—Relájate, cariño. El árbitro ha parado la pelea. El *cutman* tiene treinta segundos para detener el sangrado.

James se fue a la esquina, donde un hombre apretó algo contra su ojo.

—Veintiocho. Veintinueve. Treinta. ¿Estás listo para continuar? —preguntó el árbitro en voz alta.

James asintió y se dirigió con rapidez al centro del círculo, donde el vikingo ya estaba dando vueltas como un tiburón listo para atacar.

Susan no sabía lo que había hecho el hombre de la esquina, pero había funcionado: el corte sobre el ojo de James todavía estaba rojo y en carne viva, pero ya no sangraba.

—Oye —la llamó la chica, mirándola extrañada. Susan supuso que estaba dejando traslucir el mareo que sentía—. Reparte estas bebidas entre el público. No te preocupes, no suelen matarse entre ellos.

Susan comenzó a repartir las bebidas. En cuestión de segundos, la bandeja quedó vacía y tuvo que volver a por más.

Seguía pendiente de los luchadores. Nunca había visto peleas de boxeo sin guantes. Era primitivo, salvaje y violento, y a Susan le costaba aceptar que el hombre enfrascado en la pelea era el mismo agente federal mesurado y tranquilo que recordaba. Con su corte de pelo perfecto,

sus zapatos pulidos y su camisa almidonada, aquel hombre era el polo opuesto del luchador que estaba en el *ring*.

Esta vez, James no esperó a que atacara el vikingo. Asestó una sucesión de golpes directos y ganchos; luego, antes de que el pelirrojo tuviera oportunidad de reaccionar, lo golpeó con un directo en los riñones. Los golpes consiguieron su objetivo. El vikingo aulló; primero, cayó de rodillas y luego, se desplomó hacia adelante.

James retrocedió para dejar espacio al árbitro, que comenzó a contar casi de inmediato. Poco después, fue proclamado ganador.

Incluso mientras lo rodeaba la multitud, James la observó directamente. Sus miradas se encontraron durante un instante. Después, escupió sangre en el suelo y se alejó.

7



James

Se duchó veloz con cuidado de no tocarse la cara. La adrenalina que el médico había usado durante la pelea había detenido el sangrado de la ceja de momento, pero el corte era demasiado profundo como para que se cerrara solo.

«Mierda».

Esperaba que Moore conociera a alguien que pudiera coserlo sin causarle una infección en el proceso.

Se puso unos vaqueros y una camiseta gris mientras se recordaba que podría haber sido peor; ahora mismo podía estar inconsciente, como su contrincante.

Se miró en el espejo. Parecía tranquilo, pero, por dentro, incluso media hora después de la pelea, todavía se estremecía a causa del esfuerzo, la adrenalina… y la rabia.

«¿Qué diablos estaba pensando Lorraine cuando envió a Susan aquí?».

«Esto lo cambia todo».

Cuando volvió a salir, el área reservada para la pelea estaba vacía, salvo por un pobre hombre que se esforzaba por limpiar la sangre con una fregona. James se tocó la herida de la ceja con la mano casi inconscientemente. Casi toda la sangre era suya.

Se preguntó qué habrían hecho con el otro luchador. Esperaba que estuviese durmiéndola en algún lugar.

La fiesta se había trasladado arriba. James tenía que ir con los invitados y comenzar a relacionarse, tal y como Moore le había pedido.

Pero primero tenía que encontrar al propio Moore… Cobrar sus treinta mil dólares y luego pedir que le cosieran la herida. Eso era lo que haría Jay.

Divisó la imponente figura de Moore en una de las salas de póker con paredes de cristal.

—Ah, nuestro campeón —exclamó Moore. Señaló un montón de billetes que había en la mesa junto a él—. Tengo tu dinero aquí. ¿Quieres jugar una partidita?

James frunció el ceño.

—No, gracias. No puedo permitirme perder este dinero.

Moore se rio.

—Podrías doblarlo. O multiplicarlo por cinco.

—Déjalo en paz, Sean —dijo Miguel Mendoza—. Jay ha ganado ese dinero de forma honesta. Siento respeto por los hombres que no se dejan influenciar por los demás. —Miguel tocó su propia ceja—. Podría coserte eso si quieres.

—¿En serio?

—Estudié Medicina en México antes de…

James no necesitó que terminara la frase.

—Se lo agradecería, señor Mendoza.

—Llámame Miguel. Sígueme. Buscaremos la enfermería.

—Asegúrate de pasar un rato con nuestros invitados, Jay —dijo Moore—. Volveremos en tres horas, así que aún falta para cerrar el casino y el bar.

James asintió.

—Por supuesto.

La enfermería estaba en una de las cubiertas inferiores y parecía bastante bien equipada. Chasqueando la lengua, Mendoza extendió las cosas sobre una toallita desechable. Por último, se lavó, frotándose las manos y subiendo hasta los codos. Miró a su alrededor, como si esperara que

una enfermera le ofreciera unos guantes estériles. Se encogió de hombros.

—Bueno, esto no es una operación a corazón abierto.

Alguien pasó muy rápido por delante de la puerta.

James creyó reconocer a Susan, pero la verdad era que, desde que la había visto, le parecía verla por todos los rincones del barco. La mujer que había pasado por ahí podía ser cualquiera.

—Ah, espera, *señorita* —la llamó Mendoza.

Un segundo después, la mujer asomó la cabeza desde el marco de la puerta.

«Susan».

Sus preciosos ojos castaño oscuro estaban circundados por las pestañas más espesas que había visto nunca. La zona bajo sus ojos estaba más oscura que el resto de su piel, como si no durmiera bien.

También llevaba una gruesa capa de maquillaje que James nunca le había visto antes. Susan tenía una belleza natural, no necesitaba maquillaje.

James rechinó los dientes cuando se dio cuenta de que no era el único que la estaba admirando.

—*¿Señor?* —preguntó Susan con voz suave y melodiosa.

—Necesitamos una botella de vodka. *Rápido*.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

Ni siquiera miró a James antes de dar media vuelta y salir.

James pensaba que el culo de Susan tenía una pinta espectacular cuando vestía con su uniforme caqui de agente de policía, pero aquella noche, con falda y tacones altos, podría haber hecho llorar a un hombre adulto.

—Espero que el vodka no sea para ti —dijo James con expresión seria.

—Es para ti. Esto va a doler de la hostia.

—Puedes empezar. Tolero bien el dolor.

Mendoza se encogió de hombros.

—Es tu piel, así que tú verás, pero no te muevas. No soy cirujano plástico.

—Eso no me preocupa mientras la herida se cierre. De lo contrario, no podré luchar la semana que viene.

James cerró los ojos, agradecido, cuando Mendoza empezó. Cosía con pericia y mucha seguridad.

Aún tenía los ojos cerrados cuando Susan volvió a entrar en la enfermería, pero pudo sentir su presencia. Por fin, Mendoza se apartó.

—Ya está. Hecho —anunció. Parecía satisfecho con el resultado.

Susan permaneció silenciosa en una esquina. Las manos con las que sostenía la botella de alcohol temblaban.

En ese momento, Mendoza recibió una llamada.

—Por supuesto, iré ahora mismo —dijo—. Tengo que irme. ¿Sabes cómo volver a la planta de arriba?

James asintió.

Mendoza se dio la vuelta para marcharse, pero antes se detuvo para hablarle a Susan en español:

—*Ofrécele un trago, preciosa. Lo necesita.*

Después, se quedaron solos.

—¿Qué ha dicho?

Susan sonrió con amabilidad.

—Que igual necesitas un trago. Seguro que hay un vaso por aquí.

James bajó de la mesa y se acercó a ella.

—No necesito un trago.

La expresión de Susan se ensombreció.

—¿Estás bien?

Tomó la botella de sus manos temblorosas y la dejó en la mesa. Luego, la tomó del brazo.

Susan se miró el brazo como si aquel contacto quemara y James redujo la fuerza del agarre. La idea de causarle dolor lo hacía sentir enfermo.

—Lo siento —le dijo—. No quería hacerte daño.

—No me has hecho daño. —Susan se pasó la lengua por sus labios color rojo rubí—. Es porque es la primera vez que me tocas.

No era la primera vez. Él la había cogido en brazos cuando se había desmayado en el exterior de la casa en llamas. Pero no pensaba sacar el tema.

Susan buscó cámaras a su alrededor. Él ya lo había hecho y pensaba que no había ninguna, pero todo cuidado era poco.

—Soy Jay —dijo James, dando un paso atrás. No lo ayudaría mucho si lo llamaba por su verdadero nombre.

—Milena Rojas.

James frunció el ceño. Había pensado en Susan cuando había visto fotos de la verdadera Milena Rojas, pero nunca había dicho nada. Claramente, no era el único que lo había pensado.

«Voy a matar a Lorraine».

—¿Qué haces aquí?

—Daniel Guerrero me ayudó a conseguir un trabajo. Conocía a mi hermano —explicó Susan, fiel a su papel.

—No quiero que estés aquí —susurró.

—Yo tampoco quiero que tú estés aquí —respondió en voz baja. Rozó su frente con los dedos. El toque fue tan ligero como el roce de una pluma—. Estás muy cambiado.

James se inclinó hacia ella antes de retroceder.

—Mañana iré a buscarte. ¿Dónde vives?

—En un apartamento a unas cuantas manzanas del bar de Moore. Estoy con otras tres mujeres.

—¿Te sientes segura?

Si Susan decía que no, James no dudaría en mandar a la mierda toda la operación en aquel momento.

Ella asintió con rapidez.

—Sí. Estoy bien.

—Mañana. Diez de la mañana. En el parque. Busca los patos.

—¿Es seguro?

—Créeme, después de esta noche, la gente estará durmiendo la mona.

—Apártate de ella, joder —dijo una voz desde la entrada.

Daniel Guerrero irrumpió en la enfermería. Medía lo mismo que James, pero era mucho más corpulento. James le enseñó los dientes y avanzó para interceptarlo antes de que alcanzara a Susan. Moriría antes de dejar que alguien le hiciera daño.

—Guerrero, este es Jay —dijo Susan, apareciendo por detrás de James. Quería apartarla, pero se contuvo, sabiendo que Jay no haría algo así.

—Sé perfectamente quién es —gruñó Guerrero.

—Solo estaba saludando a la nueva camarera —dijo con lentitud—. ¿Hay algún problema?

—Ninguno —replicó Guerrero—, siempre y cuando no la toques. La chica está bajo mi protección.

—No me estaba molestando —intervino Susan con tranquilidad. Volvía a sujetar la botella de vodka—. Miguel Mendoza me pidió que le trajera esto.

Actuando como Milena, Susan se comportaba de una forma mucho más tímida de lo que era habitual en ella.

«Está interpretando un papel, igual que tú».

«Recuérdalo».

—Me largo. Sean quiere que vaya a entretener a sus invitados. Fue un placer conocerte, *señorita* Milena —se despidió James.

Giró a la izquierda en el pasillo para dirigirse a una de las múltiples escaleras metálicas que conectaban las cubiertas. Luego, miró al mar. Estaba tan oscuro que era incapaz de ver la línea que separaba el agua del cielo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió la sombra de algo que solo podía ser otro bote más pequeño alejándose de su barco, lo bastante silencioso como para pasarlo por alto si no hubiera estado allí mismo.

Se giró para asegurarse de que nadie lo estaba mirando y corrió hacia el borde. Sus manos heridas agarraron la barandilla con fuerza, pero fue demasiado tarde para ver gran cosa. Solo una sombra desapareciendo en la noche.

«¿Estarán las drogas a bordo?».

Su corazón se aceleró. Tenía que averiguar cómo de frecuentes eran aquellos viajes. Aquella podía ser la oportunidad que estaban buscando.

8



James

En los tres meses y una semana que llevaba infiltrado, James no había dejado de correr ni un solo día.

«Tal vez porque, ahora más que nunca, tu vida depende de ello».

Cada pocos días se enfrentaba a un nuevo oponente en una pelea ilegal; combates que no terminaban hasta que alguien acababa noqueado en el suelo. La integridad física de James, pero también su utilidad para Moore, dependía de su memoria muscular: de poder lanzar un golpe a tiempo y moverse lo bastante rápido para evitar las acometidas de su contrincante.

A medida que su reputación aumentaba, se apostaba más durante sus peleas y, en consecuencia, los combates se volvían más difíciles.

Escondía el dinero que iba ganando debajo del colchón para dárselo a su equipo cuando la operación terminara y Moore y el cártel Mendoza se hubieran convertido en algo del pasado.

Algo que esperaba que sucediera pronto. Porque cualquier día se acabaría su suerte en el *ring*; recibiría un impacto lo bastante fuerte para dejarlo inconsciente o se rompería la mano al lanzar un golpe y ya no sería útil para Moore.

Además, desde que Susan estaba allí, el asunto se había vuelto mucho más arriesgado.

Odiaba pensar que Susan estaba en peligro o que su incapacidad para acercarse al cártel Mendoza hubiera provocado que Lorraine la metiera en esto.

«Hablando de Lorraine».

«¿Dónde demonios está?».

«Supongo que demasiado asustada para dar la cara hoy».

El sudor resbalaba por su frente mientras comenzaba a dar su tercera vuelta alrededor del parque. Aunque la ciudad era famosa por sus espacios verdes, la mayoría se concentraban en las zonas pudientes de la ciudad; los barrios de bajos ingresos eran prácticamente eriales. Green Acres Park, aunque tenía un nombre muy poco original, era una excepción: siete acres de zonas verdes, con campos deportivos, espacio para correr y muchas fuentes.

Se detuvo al llegar al puesto de café y perritos calientes tras saludar con una inclinación de cabeza a los dos sintecho sentados en un banco. Compró una botella de agua, como casi todos los días.

—¿Podrías darles un par de perritos calientes más tarde, Sundeep? —preguntó James mientras asentía de nuevo hacia los mendigos y le entregaba veinte dólares al vendedor.

—Claro, ¿tuviste una buena pelea anoche? —Sundeep amagó un directo y señaló la ceja de James, cubierta con una venda.

—No fue mal. Deberías ver al otro tipo.

Sundeep estalló en carcajadas. James decidió que la próxima vez que se encontrara con el agente en la oficina, iba a golpearlo.

Una corredora se acercó con su perro y pidió un café grande con leche desnatada, sin espuma.

—Esto no es Starbucks —gruñó James entre dientes. Luego, en voz alta, añadió—: Bonito perro.

Se agachó para acariciar al animal, que era un cruce de razas. Lorraine se giró hacia él.

—Sabía que no te perderías la reunión de hoy —dijo, forzando la sonrisa. Cuando vio su cara, su rostro se ensombreció—: ¿Estás bien?

James trató de reprimir su irritación, pero fracasó.

—¿Qué coño está haciendo ella aquí, Lorraine?

—Se ofreció voluntaria, James. No la obligué.

—No ha sido entrenada para esto.

Lorraine se encogió de hombros y bajó la voz.

—Era nuestra única oportunidad de tener a alguien cerca de Mendoza. —Alzó la mirada y sus ojos oscuros se clavaron en él—. También creo que necesitaba hacer algo así, James. No ha sido ella misma desde… el incidente.

James frunció el ceño.

—¿Y crees que esta es la solución? Ya es demasiado tarde para debatirlo. Ojalá me lo hubieras dicho antes.

—No había tiempo.

—La protegeré —dijo con brusquedad—. Pase lo que pase.

—Sé que lo harás.

—Sabe cómo dar la voz de alarma en caso de emergencia, ¿verdad?

Lorraine asintió. Lanzó la pelota al perro —que, claramente, había pedido prestado a un colega— y se deshizo en elogios cuando el animal la trajo de vuelta.

—Moore tiene un pequeño crucero, el Eleanore. Allí fue donde celebró la pelea de anoche. Mendoza también estaba. Moore y él desaparecieron juntos durante un buen rato, y creí ver otro barco. Es posible que sea así como mueven la droga.

—Hemos revisado todas las propiedades de Moore. ¿Cómo se nos ha podido pasar esto?

James se encogió de hombros y se estiró en el banco con cuidado de no mirar a Lorraine.

—Lo investigaré. Puede ser la oportunidad que buscábamos. ¿Cuándo es la próxima pelea?

—Todavía no lo sé. Me lo harán saber.

—James, ten cuidado.

Lorraine terminó su café y lo tiró a la basura. Luego, llamó al perro.

—¡Vamos, Daisy!

James la vio alejarse. Conocía a Lorraine y sabía que en cuestión de minutos estaría trabajando en ello. Cuando cayera la noche, sabría más sobre el Eleanore que las personas que lo fabricaron.

Paseó por el parque para enfriarse después del ejercicio. Su cabello se rizaba y se le pegaba a los lados de la cabeza. Nada le habría gustado más que volver a lucir el corte pulcro, casi militar, que llevaba desde que se había convertido en agente federal, pero tenía que resistir. Tenía que mantener el personaje.

Pasado un rato, se acercó al pequeño estanque de agua turbia que estaba en medio del parque. No necesitaba mirar su reloj para saber que faltaba poco para las diez de la mañana.

Susan ya estaba allí, alimentando a un grupo de patos marrones y famélicos con pedacitos de pan.

—¿Sabes?, está prohibido darles de comer —dijo James, acercándose.

Con la cara limpia parecía más joven, más parecida a la Susan de siempre: tan bonita que dolía mirarla. Su mano se dirigió a su cabello de forma inconsciente, como si fuera a ajustar su cola de caballo. Luego cayó en la cuenta de que llevaba el cabello suelto y volvió a bajarla para meter algunos mechones por detrás de sus orejas.

Susan arqueó una ceja y se rio.

—Tú tampoco seguías las reglas anoche… —Rozó el vendaje de su ojo con la mano—. ¿Estás bien?

Su contacto lo hizo sentir tan bien que James tuvo que hacer esfuerzos para no acercarse más

a ella.

—Estoy bien —aseguró mientras se levantaba. Retrocedió un paso cuando se dio cuenta de que, debido a la diferencia de altura entre ellos, Susan tenía que alzar el cuello para mirarlo.

—Viste algo cuando saliste de la enfermería anoche, ¿verdad?

James asintió.

—Había otro barco, más pequeño. Estaba ahí justo cuando Mendoza y Moore desaparecieron. Creo que es así cómo mueven la droga.

—Eso explica por qué Guerrero y Mendoza estaban en el barco, sí… No parecían muy interesados en tu pelea. Te dieron fuerte. ¿Seguro que estás bien?

—Si necesitas que te saque de aquí, me lo dirás, ¿verdad?

Susan entrecerró los ojos.

—Deja de preguntarme eso —murmuró.

Susan

James usó una esquina de la camiseta para limpiar el sudor de su cara, dejando a la vista unos abdominales que eran una obra de arte.

A Susan se le secó la boca. Lo había visto sin camiseta la noche anterior, durante la pelea, y se había fijado en los músculos duros y bien definidos que escondía bajo sus camisas. Pero, por algún motivo, atisbar de refilón su cadera estrecha enmarcada por aquellos músculos en forma de V le pareció mucho más íntimo e impúdico.

Se obligó a apartar la vista y centró toda su atención en el trozo de pan en su mano. Lo tiró al agua con tan mala puntería que estuvo a punto de golpear a un patito en la cabeza con él.

«Vaya».

James soltó la camiseta y Susan fue capaz de respirar de nuevo.

—No deberíamos quedarnos aquí mucho tiempo.

—No soy una prisionera. Puedo ir donde quiera.

—No creo que Guerrero esté muy contento de que me acercara a ti anoche.

Aunque no podía imprimir sus erres con la misma fuerza que ella, su acento español no era malo del todo. Debía de haber recibido clases en la escuela. Había muchas cosas que Susan no sabía sobre él.

—No creo que quiera hacerme daño, Jam… Jay. Tengo que acostumbrarme a llamarte Jay. Me parece que de verdad quiere ayudar a Milena.

—No pienso apartarme de tu lado. Jay estaría interesado en ti. Demonios, muy interesado. Y yo… —James se pasó la lengua por sus gruesos labios—. Necesito estar cerca de ti.

—¿Porque piensas que no soy capaz de hacer esto? No soy yo quien está recibiendo golpes casi a diario.

—Porque necesito que estés a salvo.

—¿Cuándo aprendiste a pelear así?

Su mandíbula se tensó y Susan supo que había tocado un tema sensible. No era algo de lo que James quisiera hablar.

—Hace mucho tiempo. Crecí en un barrio no muy diferente a este. Siempre fui grande para mi edad, así que he estado peleando contra hombres adultos desde los trece años. Aparentemente, es como montar en bicicleta.

«Hay tantas cosas que no me está diciendo».

«¿Por qué peleó de niño?».

James encogió sus anchos hombros y, por un momento, la mente de Susan se quedó en blanco. Siempre le había gustado mirar sus hombros. Le parecían hombros de nadador.

«Hombros de luchador».

—¿Cuándo te veré de nuevo? —preguntó. No quería que se fuera.

—¿Trabajas esta noche?

Ella asintió.

—En el bar, detrás del garaje. —Miró su ceja con preocupación—. ¿Tienes que pelear?

—Esta noche, no. No nos permiten pelear con vendajes en la cara.

—¿Pero con puntos, sí?

—Con puntos, sí. Estaré listo para mi próxima pelea.

Susan lo miró dubitativa.

—No te irá muy bien si te vuelven a golpear en el mismo sitio.

—Entonces, tendré que asegurarme de no recibir un golpe ahí. Iré a verte esta noche. Así nos podremos conocer un poco mejor. —Se detuvo—. Intenta fingir que te gusto, ¿vale?

Susan tenía la boca tan seca que parecía que se le hubiera quedado pegado un trozo de algodón en el paladar.

—¿Qué te hace pensar que no me gustas?

«Es difícil respirar cuando estás cerca».

«Pero eso no significa que no me gustes».

«Si acaso…».

Su risa parecía irónica, pero detectó dolor en sus penetrantes ojos azules.

—Relájate. No tienes que darme explicaciones. Solo te lo digo.

Sin más, se dio la vuelta y se alejó.

Los patos graznaron ruidosamente mientras miraban con avaricia el pan que tenía en las manos. Había leído en alguna parte que solo las hembras graznaban. Los machos emitían un sonido diferente, pero no recordaba cuál era.

—Ahí van —dijo mientras partía un par de trozos más. Hacer feliz a alguien la hacía sentir bien, aunque solo fuera un pato. Pero aún daba vueltas a las palabras de James.

«Intenta fingir que te gusto».

Lo cierto era que siempre lo había encontrado atractivo. Se lo había parecido desde que llegó con Lorraine a Sharp’s Cove por primera vez, persiguiendo a un violador en serie convertido en asesino.

La había atraído desde el principio, pero nunca había entendido por qué. Con sus zapatos pulidos y su apariencia pulcra hasta lo obsesivo, era la viva imagen del típico agente federal modélico. Un estereotipo andante que había cobrado vida solo para irritarla. Nunca tenía un pelo fuera de lugar o una arruga en la camisa, incluso cuando estaban en el bosque buscando a una mujer desaparecida.

Para Susan no tenía sentido. Siempre la habían atraído los chicos malos y James era todo lo contrario.

Sabía que era guapo, por supuesto; un hombre de cabello oscuro con ojos azules y brillantes y un cuerpo perfectamente cincelado. Pero una cosa era saberlo en un sentido racional y otra muy distinta que su atractivo la dejara patidifusa.

Al verlo ahora, con barba de tres días y el pelo lo bastante largo como para agarrarlo con los dedos durante el sexo… Y al pensar en la noche anterior, cuando tenía el pecho al descubierto y la cara ensangrentada por la pelea… James era la belleza y el poder combinados; un chico muchísimo más malo de lo que Susan podría haber imaginado.

Había algo oscuro en su interior, algo que solo estaba comenzando a aflorar, pero que explicaba por qué siempre lo había encontrado irresistible.

«Concéntrate en el caso».

«No en James».

Susan no era tonta. Lo que había dicho James tenía sentido. Si fingían que se gustaban, tendrían una excusa para pasar tiempo juntos y estarían más seguros. Pero no podía olvidar que estaban fingiendo. Tenían un objetivo claro: encontrar suficientes pruebas para acabar con el cártel Mendoza. Y salir vivos.

Cuando se le acabó el pan, volvió a su apartamento. Pia, una de las camareras con las que compartía piso, estaba despierta. Aunque eran casi las once de la mañana, estaba preparando el desayuno.

—¿Dónde estabas? Me desperté a las diez y te habías ido —preguntó Pia, suspicaz, como si

cualquiera que se levantara antes de las diez no fuera de fiar.

Susan se encogió de hombros.

—No podía dormir, había demasiado ruido. —Al menos, esa excusa podía tener sentido para Pia. El trasiego de ambulancias era constante, incluso con la ventana cerrada era imposible no oírlas como si las tuvieran al lado. Y luego estaban los chavales que se pasaban la vida en el callejón, gritando y jugando todo el día, a veces hasta bien entrada la noche. Adolescentes, por supuesto, pero también niños más pequeños a los que, en otros barrios de la ciudad, aún no les permitirían salir solos de casa.

—Te entiendo.

—Fui al parque a dar un paseo y les di pan a los patos.

Pia sacudió la cabeza.

—Vaya forma de desperdiciar el pan. Estoy haciendo huevos revueltos. ¿Quieres?

Susan no iba a aceptar su comida. En el poco tiempo que llevaba allí, se había fijado en el cuidado con el que Pia gestionaba su presupuesto.

—No, gracias, no suelo comer nada hasta el almuerzo —mintió. Luego sacó una pequeña bolsa de papel del bolso—. Pero pensé que nos merecíamos un capricho. He comprado un par de *croissants*, uno para cada una.

La cara de Pia se iluminó y alargó la mano hacia la bolsa.

«Por fin hago algo bien».

—¡Gracias! Me encantan los *croissants* —dijo, mordiendo uno de los cuernos—. Ummm… La mantequilla quizá sea lo mejor que hay en la vida.

Susan se rio.

—Junto con la nata montada.

Pia lo meditó un momento.

—La nata está bien, pero la mantequilla es mejor. —Con cuidado, dejó el dulce sobre una servilleta y comenzó a batir los huevos que acababa de romper—. Ojalá tuviera tu problema.

—¿Mi problema? —preguntó Susan, cautelosa.

—Ya sabes, no poder dormir. Siempre estoy cansada. Si me despertara más temprano, tendría más tiempo para… —Se detuvo y aceleró los movimientos con el tenedor.

—¿Más tiempo para qué? —preguntó Susan con curiosidad.

Pia no respondió, pero sus ojos se desviaron a un cuaderno que había sobre la mesa de la cocina.

—¿Puedo?

Susan se acercó. Pia se encogió de hombros. Su expresión volvía a ser recelosa.

«No es un cuaderno».

«Es un bloc de dibujo».

Susan abrió el bloc por la última página. Había un dibujo al carboncillo de una mujer con un vestido de noche y un candelabro detrás de ella. En la página anterior había dos hombres con traje sentados en una mesa de póker. Las pinceladas eran ligeras, el detalle y las sombras, increíbles.

—Estos son de anoche. ¿Los has hecho tú?

—Sí, cuando volvimos —dijo Pia a la defensiva.

—Son increíbles —dijo Susan—. Has captado el momento con tanto detalle… Es como si volviera a estar ahí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Pia. La mano con el tenedor se detuvo.

Susan pasó otra página y se le cortó la respiración. Era un primer plano de la pelea. James la

miraba desde el papel con el rostro medio oculto por el enorme cuerpo de su oponente. Su único ojo visible brillaba con determinación.

—¿Te gusta? —preguntó Pia al tiempo que vertía el huevo en la sartén caliente y comenzaba a revolverlo con rapidez.

—¿El dibujo? Claro.

—Digo el hombre.

—¡No! —Susan soltó el dibujo como si se hubiera quemado.

—No pasa nada si te gusta. Es guapo, pero no es de fiar. Esa clase de hombres nunca lo son. Pero resulta agradable a la vista.

—Has logrado captar su mirada —susurró Susan.

Observó el único ojo que podía ver. Cuando conoció a James, llevaba gafas; ahora sabía que las guardaba en un bolsillo del traje y las usaba para leer. Cuando se había quitado las gafas y la había mirado directamente a los ojos por primera vez, Susan se había sorprendido de lo penetrante que era su mirada azul.

Se estremeció. Pia no era su amiga y Milena acababa de conocer a Jay.

—No es mi tipo —dijo Susan.

—¿En serio? Pensaba que sería el tipo de cualquiera. Salvo por lo de la pelea. No me gustan los hombres violentos. No quiero estar nunca con un tipo que me golpee. —La expresión de Pia se ensombreció—. Recuerda usar protección, ¿vale?

—No voy a… Desde luego, no con él —replicó Susan.

—Relájate, Milena. Solo es un consejo para que no termines como yo… Con un hijo.

—¿Tienes un hijo? —preguntó Susan, sorprendida. Pia solo tenía un par de años más que ella.

—Conocí a un hombre. Me gustaron sus ojos, sus hombros, su… Y nueve meses después… —Pia se encogió de hombros.

—¿Dónde está el niño?

—La niña. Su nombre es Laura y tiene cinco años. Vive con mi mamá.

Susan tragó saliva.

—Debe de ser difícil no poder verla todos los días.

Pia sirvió la tortilla en un plato verde astillado antes de responder.

—En este trabajo se cobra bien. Hago lo que tengo que hacer para asegurarme de que tiene lo que necesita.

Ahora entendía por qué Pia era tan cuidadosa con su dinero. Susan deseó poder hacer algo para ayudar, pero tenía que interpretar su papel. Milena no ayudaría a Pia.

Milena querría salir de su propio agujero primero.

Susan tomó de nuevo el cuaderno y se fijó en otro boceto de la zona del casino. Este había sido dibujado desde más lejos.

—Todas esas personas… —empezó.

—No preguntes sobre ellas —la interrumpió Pia con rapidez; se metió el tenedor en la boca y lo acompañó de un pequeño mordisco del *croissant*. Entrecerró los ojos con evidente placer. Luego, los abrió de nuevo—. A Sean no le gusta que hagamos preguntas.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? ¿Es… Es un buen jefe?

—¿Te refieres a si nos obliga a acostarnos con hombres? —preguntó Pia, todavía masticando.

Susan contuvo un escalofrío.

—No lo hace. A veces, uno de sus socios de negocios quiere una chica. Pero Sean siempre

pide voluntarias, así que no te verás obligada a acostarte con alguien si… —Pia hablaba con cuidado—. Si no es algo que estés dispuesta o seas capaz de hacer.

Susan se preguntó por la elección de palabras de Pia.

«¿Qué le hace pensar que no estaría dispuesta a dormir con alguien?».

«¿Tan evidente es?».

—¿Qué hace todo el mundo por el día? —preguntó Susan, cambiando de tema—. No entramos hasta por la tarde.

Pia cogió más huevo con el tenedor.

—Lo que quieras. A veces voy a ver a mi niña. Luego, vamos al bar a trabajar a las cuatro, salvo las noches que nos necesitan en el barco.

—¿Con cuánta frecuencia sucede eso?

Pia se encogió de hombros.

—No es algo constante. Uno de los hombres de Sean nos lo dice, normalmente, esa misma mañana. Se paga más trabajando en el barco, pero algunas chicas no tienen estómago para ello. Parece que anoche tú lo llevaste bien. —Susan asintió—. Espera a ver una tormenta. Esas son las noches que te ponen de verdad a prueba.

—¿Zarpamos incluso con tormenta?

Pia asintió. Su tenedor raspó el borde del plato, que ya estaba vacío.

—Una vez han decidido salir, salimos. Da igual lo que pase. Incluso si solo se presenta un cuarto de los invitados, o incluso menos. —Pia se encogió de hombros y se acercó al fregadero. Lavó el plato con rapidez y se secó las manos en la blusa—. Insisto, es mejor no hacer demasiadas preguntas. Voy a ducharme. Nos vemos luego.

Susan le devolvió el cuaderno a Pia.

—Gracias por compartir tus dibujos. Eres una verdadera artista.

Pia tomó el cuaderno sin decir nada y por un momento temió haberla ofendido. Luego, sonrió.

—Gracias —dijo en voz baja.

9



Susan

Durante la siguiente semana, Susan trabajó todas las noches en el bar. No le ofrecieron ningún día libre, pero tampoco lo pidió. Adaptó su comportamiento con base en el de las otras camareras; ninguna pedía días libres.

«Haz lo que haría Milena».

Se preguntó qué habría pensado Milena de aquel trabajo. ¿Lo vería como una oportunidad de cambiar sus hábitos? ¿O, simplemente, le habría dado acceso fácil a las drogas que acabaron costándole la vida?

La sorprendió no ver muchas drogas. Algunas camareras bebían mucho, lo que estaba permitido mientras no interfiriera en su trabajo. Pero nadie parecía estar tomando nada más, al menos, en público. Fuera lo que fuera que estaba pasando con esas drogas, estaba ocurriendo fuera de su vista.

La mayoría de las veces, a Susan le pedían llevar bebida y comida a los clientes. De vez en cuando tenía que encargarse de la barra durante unos minutos mientras otra camarera se tomaba un descanso. Había aprendido a tirar bien la cerveza y disfrutaba de esos momentos y de la escasa barrera que proporcionaba la barra.

Esa noche no tuvo suerte. Eran las diez y se sentía como si ya hubiera recorrido una docena de kilómetros yendo y viniendo de las mesas al bar. La única que le interesaba de verdad era una en la que no habían pedido nada. Guerrero llevaba sentado en ese reservado de la esquina toda la noche con Mendoza, Moore y uno de los hombres de Moore.

Vio cómo juntaban las cabezas como si tramaran algo. Pero tenía instrucciones claras de no acercarse al reservado a menos que pidieran bebidas y, hasta ahora, no lo habían hecho.

Le dolían mucho los pies. Bajó la mirada hacia los culpables: sus tacones. Le habría gustado ver a Moore caminando toda la noche con ellos.

No obligaba a las camareras a llevar uniforme, pero había dejado muy claro el tipo de ropa que consideraba aceptable. Por eso, Susan vestía unos vaqueros cortos que habría reservado para un día de playa y tacones de diez centímetros que no se habría puesto jamás. La mayoría de las mujeres llevaban cosas por el estilo.

Forzó una sonrisa y llevó la cuarta ronda de copas a un grupo de hombres sentados a una mesa redonda. Cada vez eran más ruidosos y sus comentarios, más ofensivos. A Susan le habría gustado no tener que servirles más.

—Eh —les advirtió mientras se acercaba—. Cuidado, traigo las bebidas.

—Ven aquí, nena, te prometo que tendré cuidado contigo.

El hombre extendió la mano, pero en lugar de coger una copa, agarró la cadera de Susan con tanta fuerza que la hizo sisear de dolor y sorpresa.

Susan había recibido clases de defensa personal. En su mente, se vio dándose la vuelta hacia el propietario de aquella mano, curvando los dedos de la suya y golpeándolo en la garganta antes de alejarse.

«Eso no es lo que haría Milena».

«Eso *no* es lo que haría Milena».

—¿Eres diestro? —preguntó una voz detrás de ella. Susan no tuvo que darse la vuelta para saber quién era.

«James».

—Lo soy —dijo el hombre riendo a carcajadas. No soltó su cadera. Al contrario, sus dedos la

apretaron aún más. Susan estaba convencida de que tendría moratones al día siguiente—. ¿Qué más te da?

—Entonces, te sugiero que la toques con la izquierda. Así no tendrás que masturbarte con la mano débil cuando te rompa la otra.

El borracho tardó un momento en comprender la amenaza. Cuando lo hizo, soltó a Susan, empujándola a un lado con violencia. Se habría ido al suelo, y la bandeja de bebidas se le habría caído encima, de no ser porque James consiguió mantenerla en pie —tanto a ella como a la bandeja— dándole así la oportunidad de recuperar el equilibrio.

El borracho enseñó los dientes.

—¿Quién diablos te crees que…?

El más sobrio del grupo reconoció a James como uno de los luchadores de boxeo sin guantes e hizo retroceder a su amigo.

—Ah, Rog, mejor no. No queremos causar problemas —se apresuró a añadir.

Los ojos azules de James ardían con una furia apenas contenida.

—Lo he pensado mejor. Tócala de nuevo y te romperé ambas manos —dijo con una voz sorprendentemente suave—. Luego, empezaré con las de tus amigos.

Susan dejó las bebidas en la mesa y sostuvo la bandeja contra su pecho, en vertical, confiando en que nadie viera lo mucho que le temblaban las manos.

—No pretendíamos faltarle al respeto a nadie —intervino el hombre que parecía más listo que su compañero—. Nos tomaremos las copas y nos largaremos.

—Bien. No olvidéis dejar una buena propina a la señorita —gruñó James. Siguió a Susan mientras se alejaba, sin perderlos de vista—. ¿Estás bien? —preguntó en voz baja—. ¿Te ha hecho daño?

«¿Estoy bien?».

Su corazón aún latía con fuerza. Sintió que se acercaba una migraña.

«¿Estoy bien?».

Si decía que no, le daba la impresión de que James se la echaría al hombro y la sacaría de allí; la enviaría de vuelta a Sharp’s Cove.

—Estoy bien. —Se pasó la lengua por los labios y echó un vistazo al bar. Pia intentaba llamar su atención—. ¿Por qué eres tan amable conmigo de repente? Siempre has sido un…

No terminó la frase.

—¿Un cabrón? —completó James con ironía—. Puede que lo sea, pero este cabrón no quiere que te hagan daño.

—¿Por eso estás bebiendo más estos días?

—¿Quién dice que estoy bebiendo más? —James la rozó con los dedos en el mismo sitio en el que el borracho la había agarrado. No era que su tacto anulara el dolor, pero mágicamente lo convirtió en placer. Susan jadeó.

—Las otras chicas dicen que has empezado a venir al bar más a menudo desde que llegué.

—Quizás me gusta mirarte. ¿No te parece una buena forma de pasar la noche?

Susan contuvo el aliento. Sabía que estaban fingiendo, pero en momentos así tenía problemas para diferenciar a James de Jay.

«¿A qué está jugando?».

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Susan retrocedió y miró a Guerrero. Estaba tan centrada en James que no lo había visto levantarse del reservado.

—*¿Te ha tocado este cabrón?* —Guerrero se irguió. James no reaccionó a las palabras, pero

sí al tono. Apretó los puños.

—No, Guerrero. Solo estábamos hablando —dijo Susan, que pasó caminando tranquilamente entre ambos. No creía que Guerrero fuera a hacerle daño.

La nuez de Guerrero subió y bajó.

—Si alguien te molesta, me lo dirás, ¿verdad?

—No la estaba molestando, tío —intervino James, mirando por encima de Guerrero a Mendoza y Moore, que se estaban acercando.

—¿Qué está pasando aquí? —los interrumpió Moore.

—Nada, señor Moore —dijo Susan con rapidez—. Justo estaba…

—La chica y yo estábamos hablando —interrumpió James—, y de repente apareció este gorila.

—¿Gorila? —Guerrero masculló, flexionando sus enormes bíceps.

—Relájate, Guerrero —dijo Mendoza con voz suave—. Estoy seguro de que Jay lo dice como un cumplido, ¿verdad, Jay? Sé que ninguno de los luchadores de Sean insultaría a un amigo mío…

Moore se puso tenso y Susan, por un momento, temió que se fueran a pegar. James bajó la mirada y encorvó los hombros.

—Lo siento, señor Moore, señor Mendoza. No quise faltar a nadie al respeto.

—Pide disculpas a Guerrero —dijo Moore con una voz dura como el acero.

James tragó saliva.

—Lo siento. No quería ofenderte.

—Bien. Resuelto, entonces. Ahora vete a casa, Jay. Duerme. Necesitas prepararte para la próxima pelea. —Moore arrastró a James lejos de Susan, a la que ni siquiera miró. Pronto, se encontró sola con Guerrero y la estúpida bandeja aún en los brazos.

Los labios de Guerrero, llenos de cicatrices, se curvaron hacia arriba.

—¿Seguro que estás bien, Milena? Le prometí a tu hermano que cuidaría de ti.

Susan lo tomó de la mano.

—Te agradezco que me hayas traído aquí, Guerrero, pero Jay no me estaba haciendo daño.

El hombretón asintió, pero parecía dubitativo.

—Tengo que marcharme unos días.

Susan se recompuso. Aquello estaba relacionado con la conversación que llevaban manteniendo toda la noche en el reservado. Estaba segura.

—*¿Dónde vas?*

—*A casa. Miguel y yo nos vamos a casa.*

—¿A México? Estás… ¿Ahora trabajas con ellos?

—Cuanto menos sepas, mejor. Pero volveré pronto y Moore cuidará de ti mientras tanto.

«Mierda».

Susan no quería que Moore cuidara de ella.

—Tengo que aprender a cuidarme sola —dijo Susan. Sabía que el miedo que sentía era muy real y que eso jugaba a su favor—. Ten cuidado, Guerrero. No quiero que te hagan daño.

—Lo tendré. Estaré de vuelta la semana que viene. Si ese tío te da problemas…

—¿Quién, Jay? No va a darme ningún problema. Es inofensivo —mintió.

«Inofensivo».

James era lo opuesto a inofensivo. No dejaría que nadie la tocara, pero Susan sabía, de forma intuitiva, que su corazón no estaba a salvo con él.

10



James

Todo se estaba desmoronando.

James había organizado su vida adulta en torno al control. Así había construido la clase de vida que necesitaba, aunque no fuera necesariamente la que quería. Una vida en la que cada día era idéntico a los demás, sin importar la ciudad en la que se encontrara: trabajar, cenar, hacer ejercicio, trabajar un poco más y luego irse a dormir. Y a la mañana siguiente, otra vez a empezar.

Así era como le gustaba hacer las cosas.

Ahora podía sentir que ese control se le escapaba entre los dedos.

Había trabajado de incógnito antes y, aun así, había mantenido el control. No había ningún motivo por el que esa vez tuviera que ser distinto. O quizá había demasiados. Estaban los combates, la violencia. Un vestigio de su juventud, de la vida que había dejado atrás hacía tantos años, una vida en la que el que golpeaba primero y más fuerte era el que sobrevivía. Y estaba Susan. Susan, cuya presencia lo desestabilizaba todo porque lo hacía anhelar…

«¿El qué?».

«¿Qué podrías ofrecerle tú a alguien así?».

«Nada».

James no podía ofrecerle nada; ni ahora, como Jay, ni cuando volvieran a su vida de verdad.

Cuando aquel borracho había agarrado a Susan de la cadera, le habría partido la muñeca sin titubear. Las dos muñecas. No le habría importado su condición de agente federal. Tampoco poner en riesgo toda la operación.

Susan, por supuesto, no se había salido de su papel ni un solo instante.

Era puro acero envuelto en el más suave de los terciopelos.

Aún podía verla hablando con Guerrero. No lo había mirado ni una sola vez desde que se había alejado, pero sentía su atención. O tal vez James se lo estaba imaginando, porque solo era capaz de pensar en ella.

«Dios santo».

La primera vez que había visto las piernas de Susan con esos *shorts* diminutos… Nunca volvería a pensar en el tejido vaquero de la misma forma. Sus piernas eran perfectas: largas, esbeltas y fuertes, musculosas en los lugares adecuados.

Era lógico que todos la miraran.

James observó sus manos. Los moretones de la última pelea no se habían curado aún y pronto tendría que subir de nuevo al *ring*.

11



Susan

Cuando Susan llegó al bar el día siguiente por la tarde, la enviaron directamente al garaje de atrás para preparar las cosas.

Moore suspiró al advertir su mirada confundida.

—Sigue a Pia. Ella te enseñará lo que hay que hacer —le ordenó a modo de despedida.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —le susurró a su compañera cuando Moore se alejó.

—Hay una pelea esta noche. ¿Crees que el bar está lleno durante una noche normal? Pues espera a ver cuánta gente viene al evento. Y cuánto beben. Te vas a hartar de servir copas.

El corazón de Susan se encogió de miedo.

—¿Quién pelea? —preguntó, tratando de mantener un tono casual.

Pia se rio, confirmando que no lo había conseguido.

—Tu hombre contra algún campeón de boxeo sin guantes del medio oeste.

«Mi hombre».

Susan intentó sonreír, pero sentía la piel de los pómulos tensa, como si hubiera pasado mucho tiempo al sol. Se iba acostumbrando poco a poco a ciertas cosas de aquella nueva vida. Los zapatos de tacón alto ya no dolían tanto como antes y dormir de día no estaba mal si bajabas las persianas y estabas lo bastante cansada.

Pero si había algo a lo que no se había acostumbrado —y no quería hacerlo nunca—, era ver a James herido. El nivel de violencia de la única pelea que había presenciado…

—¿Cuándo empieza?

—En un par de horas. Venga, ayúdame a limpiar esto.

Ni todo el trabajo del mundo habría impedido que Susan pensara y se preocupara por James, sobre todo, a medida que el almacén empezaba a llenarse. Reconoció a algunos de los habituales que acudían al bar todas las noches y también detectó un perfil diferente: tipos que no venían a beber, sino a ver sangre.

«La sangre de James».

—Ese es el nuevo luchador —dijo una de las chicas.

Su piel era de un rosa pálido, color panza de rata. Tenía el pelo corto y oscuro, una frente ancha y una nariz plana que parecía que le hubieran roto varias veces. Era enorme, más grande que James, más de lo que aquel pequeño espacio parecía poder contener. Mientras lo observaba, la multitud retrocedió un paso, ampliando el círculo.

—Ni siquiera están en la misma categoría de peso.

Pia se encogió de hombros.

—Estas peleas no funcionan así. Jay ya tiene una reputación. Hay mucho dinero en juego esta noche.

El hombre miró en su dirección. Su oscura mirada las sobrevoló y luego volvió, como si hubiera visto algo que le gustaba. Susan se estremeció.

—¿Cómo se llama?

—Alan «algo» —dijo la tercera camarera—. Escuché que lo llaman Bestia.

Incluso desde el otro lado de la sala, podía ver las cicatrices en sus nudillos; gruesas crestas de piel, el resultado de haber hecho eso cientos de veces.

Susan apretó los dientes y se obligó a tragar la bilis.

«Relájate».

«James puede cuidar de sí mismo».

Apretó las palmas sudorosas contra las medias negras de rejilla, como si eso pudiera detener el temblor de sus manos.

«¿Y si se hace daño?».

«¿Y si lo matan?».

Susan se preguntó si debería salir corriendo y hacer la llamada.

«Tía Lola».

Podía detenerlo. James la odiaría, pero…

Un murmullo comenzó a extenderse entre la multitud. James estaba allí. Ya era demasiado tarde.

Aquella noche vestía *shorts* negros y una camiseta blanca. Había cubierto sus muñecas y sus palmas con vendas oscuras que terminaban a un centímetro escaso de los nudillos. Susan había aprendido que era una de las pocas reglas que tenía el boxeo sin guantes.

Los ojos de James tenían un brillo peligroso. Susan aún podía ver la cicatriz de su ceja, un recuerdo de su última pelea. Le habían quitado los puntos, pero el tejido todavía estaba rugoso.

Los ojos de James se cruzaron con los suyos durante un instante. Susan no se molestó en ocultar su miedo. En respuesta, él le guiñó un ojo. Fue solo un instante; luego, su mirada volvió a ser fría como el hielo.

«Un guiño».

«Si sobrevive, lo mataré yo misma».

—Bebidas, chicas, aseguraos de que todos tengan una —siseó Moore mientras pasaban caminando junto a ellas—. No quiero ver un solo vaso vacío.

La multitud se abrió para dejarles paso y se cerró detrás de ambos cuando llegaron al *ring*.

—¡Amigos! —Moore se dirigió a la multitud con una expresión jovial—. Hoy es una noche muy especial. A mi derecha, tenemos a Jay, que lleva diez peleas invicto. A mi izquierda, a Bestia, que ha venido desde Missouri para fastidiar su racha. Caballeros, conocen las reglas. Esta noche es una pelea a todo o nada. ¡Que empiece el espectáculo!

A Susan le zumbaban los oídos y le resultaba difícil escuchar sus palabras.

—Ey —dijo Pia, parada a su lado—. Es un tipo fuerte. Intenta relajarte y vuelve al trabajo antes de que Sean te vea.

Susan asintió y siguió el ejemplo de Pia. Llenó su bandeja con botellas de cerveza vacías y las llevó detrás de la barra.

Cuando levantó la vista de nuevo, el árbitro se había movido para situarse en el centro del círculo. James y su oponente se habían quitado las camisetas. Bajo la iluminación amarillenta, sus músculos brillaban como si estuvieran cubiertos de aceite.

Los dos luchadores se observaban el uno al otro como lobos. La multitud que los rodeaba había crecido. Ni siquiera un niño habría sido capaz de acercarse al cuadrilátero. Aunque, sinceramente, tampoco era un evento apto para niños.

—¡Preparaos para el combate!

La pelea fue brutal desde el principio. James aportó a la lucha sus noventa y cinco kilos de poder bruto y agresividad natural. Sin embargo, su oponente hacía honor a su apodo. Susan podía imaginarse a Bestia volteando neumáticos de tractor por diversión. No había ni atisbo de miedo en sus ojos oscuros. Ni miedo ni cualquier otra emoción.

Cuando James lo golpeó con un gancho que hubiera derribado un árbol, Bestia se limitó a escupir un diente y sonrió como si fuera algo cotidiano.

Mientras intercambiaban golpes, Susan vio cómo la multitud se enfervorecía.

Sabían que alguien iba a acabar muy mal y estaban expectantes.

James atacó con un torbellino de golpes que hicieron temblar el cuerpo de su contrincante, pero no logró ralentizarlo.

Entonces llegó el turno de Bestia. James no logró agacharse y recibió un fuerte golpe en la cabeza. Mientras retrocedía por instinto, Bestia lo rodeó con una sonrisa aviesa. A Susan le recordó a un oso jugando con su comida.

«No parece cansarse».

James debió de llegar a la misma conclusión. Susan lo vio retroceder, pero Bestia lo golpeó en las costillas con tanta fuerza que lanzó un aullido y cayó al suelo.

Un coro de «oooooh» se propagó por la sala.

El árbitro comenzó a contar.

Susan le rogó en silencio que no se levantara.

«Quédate ahí o seguirá golpeándote».

James dio una palmada en el suelo. Todavía apretaba la otra mano contra el abdomen. Susan comprendió que iba a levantarse. Ambos sabían que, si James no ganaba la pelea, sería inútil para Moore, perdería su posición dentro del grupo y, probablemente, lo echarían.

A Susan no le importaba. No merecía la pena morir por ningún trabajo. Encontrarían otra manera de entrar en la organización.

De pronto, James estaba de nuevo en pie, tambaleándose como un potro recién nacido y encorvado sobre su lado izquierdo, pero en pie. La multitud rugió de forma salvaje. Bestia levantó la vista desde su esquina. Los dos luchadores cruzaron una mirada. En ella, Bestia pareció transmitir que respetaba a cualquier hombre dispuesto a enfrentarse a él.

El momento pasó. Bestia gruñó y chasqueó los nudillos.

Todavía tambaleándose, James alzó los puños para protegerse la cara.

La multitud enmudeció, expectante. Incluso el tintineo de los vasos se había detenido. Susan podía oler al público de las primeras filas; su sudor, su impaciencia, su deseo.

En ese instante algo cambió dentro de ella. Ya no quería parar la pelea. Quería que James ganara. Y, aún más importante, necesitaba que supiera que estaba de su parte.

—¡Mantente en pie, Jay! ¡Derríbalo! —Las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas.

James reconoció su voz. Arqueó una ceja en su dirección. Casi parecía divertido.

—Adelante, chica —le susurró Pia al oído.

Bestia también la miró y se distrajo durante un momento. James aprovechó para atacar, golpeándolo en la sien derecha con un buen gancho. Mientras Bestia se tambaleaba, James aprovechó la ventaja. Estaba furioso y era implacable —una máquina—, pero siempre se cuidaba de mantener su tren superior lejos del alcance de Bestia.

Bestia parpadeó en rápida sucesión; una, dos, tres veces. Fue la primera señal de que algo iba mal. Extendió sus grandes brazos como si quisiera agarrar el aire y, por un momento, Susan no entendió a dónde estaba apuntando. Luego se dio cuenta de que no podía ver dónde estaba James.

Él debió percatarse al mismo tiempo. Retrocedió, avanzando silenciosamente de puntillas, y rodeó a Bestia. Sus manos estaban levantadas, a unos centímetros de sus riñones, pero se contuvo y miró al árbitro.

Y entonces terminó. James fue declarado ganador. Un hombre muy pálido que quizá era el hermano de Bestia lo ayudó a sentarse.

James se acercó a la esquina y le dijo algo, demasiado bajo para que nadie más lo oyera. Bestia asintió y levantó su puño para un breve choque.

La multitud se apartó para dejar pasar a James. Cruzó por delante de su jefe y fue directo a donde estaba Susan.

—Ponme una bebida, encanto —dijo en tono burlón, apoyando el codo en la barra. Se agarraba las costillas con la mano. La cinta que cubría sus muñecas y sus palmas estaba manchada de sangre. Susan comprendió por qué los luchadores preferían usar vendas negras.

Antes de que pudiera servirle, James se inclinó y vomitó en una pequeña papelera.

—Jesús —dijo Moore, acercándose por detrás, pero sus ojos chispeaban. Aquello era bueno para el negocio—. Ha sido una buena pelea, Jay.

El cuello y el pecho de James estaban cubiertos de ríos de sudor teñidos de rosa por la sangre. El sudor resaltaba sus músculos y Susan se imaginó cómo sería alargar la mano y tocarlos.

Pero algo la hizo contenerse.

«Está herido».

Dios. Acababa de vomitar y había altas posibilidades de que tuviera que hacerlo de nuevo. No debería estar comiéndoselo con los ojos. Pero no podía evitarlo. Cualquier otro hombre, incluso los luchadores, podía quitarse la camiseta en cualquier momento y ella ni siquiera se daría cuenta. Pero James… la afectaba de un modo difícil de explicar.

Se dio cuenta de que los dos hombres seguían hablando.

Jay asintió y tomó el sobre que le ofrecía Moore. Se lo guardó en el bolsillo de los *shorts*. Parecía que iba a decir algo más, pero miró otra vez la papelera y se tambaleó.

—Deja que uno de mis chicos te lleve a casa…

—No confío en tus chicos —gruñó James.

Moore se rio.

—Siempre tan cauteloso, Jay. Eso me gusta. —Miró alrededor y sus ojos se posaron en Susan, que se acercaba con una cerveza.

—Tú. Deja eso y sácalo de aquí. Asegúrate de que llegue a casa sano y salvo. Lo necesito en buena forma para luchar la semana que viene.

Susan dejó el vaso y pasó al otro lado de la barra. Rodeó la cintura de James por abajo para evitar lo que estaba convencida de que eran costillas fracturadas o rotas. James pasó un brazo alrededor de sus hombros y cargó su peso sobre ella. Susan luchó por sostenerlo. Le habría gustado no llevar aquellos estúpidos tacones. Luego se enderezó.

—No puedes ponerte de pie, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

James le dedicó una mirada débil. Como si la agresividad lo hubiera abandonado o como si se estuviera preparando para vomitar de nuevo.

—No te dejaré caer —le prometió Susan, y dio el primer paso.

12



James

—No vas a desmayarte, ¿verdad? —preguntó, preocupada, mientras salían del almacén.

James respiró el fresco aire nocturno, poniendo a prueba sus costillas. Le parecía que estaba respirando a través de cristales rotos, pero podía hacerlo sin sentir que iba a desmayarse. Supuso que sus costillas estaban fisuradas, no rotas.

Miró hacia atrás para asegurarse de que estaban solos y liberó a Susan de parte de su carga. Aunque se sentía fatal, no estaba tan mal como había dado a entender y no quería aplastarla.

—Puedes apoyarte en mí —dijo ella, malinterpretando su gesto—. Soy más fuerte de lo que parezco.

James contuvo un suspiro. Sabía que era fuerte. Probablemente, la persona más fuerte que conocía.

—¿Puedes quedarte aquí mientras busco un taxi?

James sonrió. No iba a encontrar muchos taxis por la noche en aquel barrio.

—No es necesario. Vivo a dos calles de aquí. Estoy bien, S… Milena.

Se maldijo por su error. Quizá lo habían golpeado más fuerte de lo que pensaba.

Susan mantuvo el brazo alrededor de su cintura. Era evidente que no le creía. Le agradaba el contacto, así que lo permitió.

—Indícame el camino, entonces.

Pasaron por delante de un oscuro callejón que olía a basura y meados y a cosas peores. Al otro lado, se movió una sombra. James se puso tenso, luego se relajó cuando comprobó que solo era una pareja drogándose. Parecían jóvenes, pero en esa parte de la ciudad el ser joven no quería decir nada.

«Mierda».

Qué rápido pasaba uno a considerar normal lo anormal.

A su lado, Susan se puso rígida. Su cuerpo temblaba, pero James usó su impulso para que siguiera caminando y dejar atrás a los adolescentes, que ni siquiera se percataron de su presencia. No había nada que pudieran hacer para ayudarlos; nada, excepto seguir trabajando para acabar con los cárteles uno por uno. Comenzando por el cártel Mendoza.

Apoyó el brazo sobre Susan, deseando poder protegerla de aquella imagen y llevarla a casa. No al lugar que Moore le estaba alquilando, sino fuera de la ciudad, de regreso a Sharp’s Cove. Allí estaría segura, lejos de Moore y Mendoza y de la miseria que los rodeaban.

«Lejos de mí».

Incluso ahora podía captar su olor. Había estado trabajando en el bar toda la noche y olía a sudor y a alcohol. Pero, por detrás, James aún podía percibir ese aroma fresco tan característico en ella. Había pillado a los hombres mirándola aquella noche, como de costumbre. Seguro que ellos también podían olerla.

Cogió aire con fuerza, tratando de resistir un dolor que solo era físico en parte.

Condujo a Susan a su edificio, agradecido de que en aquel momento no hubiera nadie merodeando fuera. Atravesaron la puerta abierta, dejaron a un lado el ascensor roto y subieron la escalera a oscuras. James se agarró al pasamanos, impulsándose hacia arriba con cada paso.

Por fin, cuando estaba a punto de decirle que necesitaba parar a descansar, llegaron a su rellano.

Allí había alguien tratando de entrar en su apartamento. James se tensó, empujando a Susan

tras él, pero se dio cuenta de que era Dom. El niño estaba de rodillas, pegado al ojo de la cerradura, mirando al interior.

—¿Qué haces, chico?

Dom pegó un brinco asustado y luego se relajó al reconocerlo.

—¡Jay! Has vuelto.

Los ojos del niño se ensancharon cuando vio su aspecto, pero, para hacer honor a la verdad, no se amilanó.

—¿No deberías estar en casa a estas horas? ¿Qué tienes ahí? —preguntó James con suspicacia, mirando algo escondido entre sus delgados brazos.

Fue Susan quien intervino, saliendo de detrás.

—¿Eso es un gatito?

«Por supuesto».

«Ese maldito gatito».

James lo había olvidado por completo. Se fijó en el diminuto hocico rosa que asomaba bajo el codo de Dom.

—¿Cómo está Charlie? —preguntó tras recordar el nombre con el que Dom había bautizado al animal.

Dom tragó saliva.

—He venido a ver si tenías más leche —tartamudeó. James se dio cuenta de lo difícil que le resultaba pedir cualquier cosa, incluso algo tan simple—. Charlie se la bebió toda.

El niño miró a Susan como si la viera por primera vez.

—Lo siento —murmuró el niño, mirando al suelo—. Estás ocupado.

—Entra —dijo James con brusquedad—. Vamos a ver qué hay.

Sacó la llave y fingió que forcejeaba un poco con la cerradura, aprovechando la oportunidad para examinar los dos pelos que había pegado en la parte inferior de la puerta. No había entrado nadie.

Dom fue directo a la cocina y abrió la nevera. Gritó de alegría cuando vio el litro de leche que había dentro.

—¿Tienes otro guante? —preguntó con timidez—. Charlie mordisqueó el viejo. Tiene buena mordida.

James se agachó bajo el fregadero para sacar una caja de guantes desechables. Cogió unas tijeras de un cajón.

—Puedo hacerlo yo —dijo el niño.

James lo rodeó y sacó una cerveza de la nevera y una bolsa de guisantes del congelador. Apoyado contra la encimera, se puso los guisantes sobre las costillas, aguantando el dolor. Luego, le dio un largo trago a la cerveza.

Se quedó mirando hasta que el niño terminó de hacer el agujero en el guante y soltó las tijeras, demasiado grandes para él. Después, se apartó de la encimera.

—Ven conmigo —le dijo a Susan con brusquedad, que no había movido un músculo desde que puso un pie en el apartamento—. Al dormitorio.

Se llevó otra vez la cerveza a los labios y miró hacia atrás al oír un gemido. Al principio pensó que era el gatito. Luego, se dio cuenta de que provenía de Dom. El niño temblaba como un flan y de vez en cuando ese sonido seco y animal escapaba de su boca. Sus ojos miraban a todas partes y a ninguna al mismo tiempo.

Parecía que estuviera teniendo algún tipo de ataque.

—¿Dom? ¿Qué pasa? —preguntó Jay, preocupado. No sabía cómo ponerse en contacto con

la madre del niño. Debería haber…

Dom se pasó la lengua por los labios antes de responder.

—No vas a hacerle daño, ¿verdad, Jay? —Su voz estaba a caballo entre el miedo y la esperanza.

James se quedó de piedra.

—¿Hacerle daño? ¿Por qué dices eso?

—El tono que has usado… es el que usaba mi papá con mi mamá. A la mañana siguiente, su cara siempre estaba magullada. Como la tuya ahora.

James soltó una maldición. Quería hablar con Susan a solas, pero no había pensado en la impresión que iba a causarle al niño mandándola al dormitorio.

Fue Susan quien dio un paso al frente.

—No me va a hacer daño, Dom —dijo con calma—. Pero gracias por cuidar de mí. Eres muy valiente.

—No soy valiente. —El labio inferior del niño temblaba—. Nunca hice nada para detenerlo.

James apretó las muelas tan fuerte que pensó que se le iba a fracturar la mandíbula. Se acercó al niño, pero se detuvo a medio metro de distancia. Se puso de rodillas y apoyó las palmas en el suelo. Odiaba la imagen que transmitían sus nudillos ensangrentados. Se obligó a relajar los hombros. Lo último que quería era asustarlo.

Pensó en lo asustado que había estado él cuando llegó a la casa de Paul Ramsay a los quince años. Era su novena casa de acogida y en aquel momento había asumido que no sería la última. Sin embargo, Paul lo había aceptado y se había ocupado de él. Fue él quien le enseñó cómo ser un hombre. También le había dado a James su apellido.

Ojalá Paul hubiera vivido más tiempo. Suspiró. Él habría sabido qué decirle a Dom. Siempre sabía elegir las palabras correctas.

—Dom… A veces los adultos hacen cosas que no deberían, a sí mismos o a los demás, pero nunca es culpa de los niños. Lo sabes, ¿verdad?

Dom se encogió de hombros. No parecía convencido.

—Eso es lo que siempre decía mi mamá.

Su respeto por la madre de Dom aumentó.

—Te prometo que no voy a hacerle daño. Sé que la diferencia puede no ser evidente —dijo, mostrándole a Dom sus nudillos magullados y sangrientos—, pero no es lo mismo pelear que golpear a alguien. Una pelea solo es justa si ambos oponentes están igualados.

Susan apretó los puños. A pesar de la poca ropa que llevaba y de sus tacones de diez centímetros, tenía un aspecto feroz.

Dom asintió. Aunque aún encogía los hombros, al menos, había dejado de temblar.

El gatito maulló, desviando la atención del niño. Llenó el guante con leche, con cuidado de no derramar una sola gota. Se sentó y lo colgó frente al gatito, que chupó con avidez, a veces golpeando el guante con sus patas aterciopeladas. Muy pronto ya no lo necesitaría.

James trató de mantener un tono agradable y casual.

—¿Tu papá todavía viene por aquí?

Dom negó con la cabeza, pero sus ojos estaban llenos de preocupación.

—No desde hace mucho tiempo.

Susan se acercó a él.

—Si aparece, quiero que bajes aquí y busques a Jay.

—Me aseguraré de que no le haga daño a tu mamá —prometió James. Incluso mientras hablaba, estaba pensando en lo que sucedería una vez terminara aquel trabajo y se marchara.

Tenía que averiguar todo lo posible sobre aquel hombre.

El labio inferior de Dom temblaba. A James se le partió el corazón al pensar en el tiempo que aquel niño había convivido con ese terrible miedo.

—Ahora vete a casa, Dom. No preocupes a tu mamá. —Le entregó la leche—. Llévatela, Charlie la necesita más que yo. Y cómprale comida al gatito —dijo, poniendo un par de billetes en su mano.

—Gatita.

—¿Gatita?

—Charlie es una niña. Lo dijo mi mamá.

—Gatita, entonces. Dale esto a tu mamá y consigue comida para Charlie, ¿de acuerdo?

Dom asintió. James lo condujo hacia la puerta. Llevaba la leche en la mano. Apretaba el otro brazo contra el cuerpo, acunando a la gatita adormecida, que estaba acomodada en el hueco.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, Dom —dijo James en voz baja. Cerró la puerta y se apoyó contra ella mientras ponderaba las consecuencias de las decisiones que acababa de tomar.

«Una mariposa agita sus alas y, en algún lugar, se desencadena un tsunami».

«O algo así».

—James, ¿estás bien? —preguntó Susan. Se había quitado los tacones. Allí, descalza y moviendo los dedos de los pies, parecía más joven y tan hermosa que dolía mirarla.

Susan

Lo vio apoyarse contra la puerta. La conversación con el niño lo había dejado agotado, más aún que la pelea.

—Estoy bien —aseguró James, respirando por la nariz con dificultad.

Susan recogió la bolsa de guisantes a medio descongelar y se acercó a él. La apoyó suavemente en su mejilla, allí donde comenzaba a formarse un hematoma. Ahora que se había quitado esos ridículos tacones, tenía que ponerse de puntillas para alcanzarlo.

Durante un momento, James se inclinó, como buscándola.

—Voy a llevarte a la cama.

—Estoy bien, Susan.

El uso de su verdadero nombre no le pasó inadvertido.

—¿Es seguro…?

—No hay cámaras ni micrófonos. Hago un barrido de la casa todos los días sin excepción y nadie ha entrado mientras estábamos fuera.

Ella asintió y lo tomó de la mano. Luego, le puso la bolsa de guisantes sobre los nudillos ensangrentados. James cogió aire con fuerza, pero no se apartó.

—¿Es el baño? —preguntó, dirigiéndose hacia una puerta pequeña. Sobre el lavabo había solo lo esencial: un peine, un cepillo de dientes, un desodorante de aspecto masculino y una botella de ibuprofeno.

James la siguió al interior. Cogió su cepillo de dientes y se los lavó, evitando mirarla a los ojos.

Susan humedeció un paño y cogió la botella de ibuprofeno. Volvió al salón y señaló la mesa del comedor. James se sentó en una de las sillas desparejadas y astilladas mientras se apretaba las costillas con la mano.

Inclinó la botella para que dos pastillas cayeran sobre su palma. Quedaban muy pocas y Susan supuso que las había estado tomando como si fueran caramelos.

—¿No deberíamos ir al hospital? —preguntó mientras él se tragaba las pastillas sin agua.

James cogió aire con serenidad y sacudió la cabeza.

—Creo que me he fisurado un par de costillas. Pero no hay nada roto.

Susan limpió su cara primero y después pasó a los nudillos. El paño adquirió un tono rosado y luego, rojo.

—¿Puedes mover los dedos?

Gimió ligeramente, pero hizo lo que le pedía y los flexionó.

—Tampoco están rotos.

—¿Dónde aprendiste a pelear? —preguntó con suavidad.

La mandíbula de James estaba tensa.

—Digamos que tuve mucha práctica desde pequeño. Era el tipo de infancia que me habría llevado a la cárcel de adulto. Tuve suerte de escapar.

Susan esperó a que James le diera más información, que le explicara cómo se convirtió en agente del FBI, pero no dijo nada más y el dolor en sus ojos azules era más intenso que su curiosidad.

—¿Es por eso…? ¿Por eso te gusta que todo esté tan ordenado?

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pararlas. Se tapó la boca con la mano, pero era demasiado tarde.

James soltó una risa ronca y carente de alegría.

—Tienes razón. Me gusta el orden y controlar mi entorno tanto como sea posible. A veces no lo consigo. —Hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios agrietados de una forma que a Susan le resultó dolorosa.

—Háblame de las cosas que no puedes controlar —dijo sin apartar la mirada de él. No le importaba sonar suplicante.

—No puedo… No puedo controlar lo que siento por ti.

«Él también siente algo».

Le pareció que estaba flotando. Se acercó más y sintió el calor de su brazo cuando este rozó su pecho. Luego, contempló sus profundos ojos azules.

Su mirada descendió de su pómulo magullado a sus labios gruesos. Esos labios, tan discordantes con el resto de su rígida personalidad, fueron una de las primeras cosas que le llamaron la atención de él.

De pronto, necesitaba besarlos.

James permaneció inmóvil como una estatua mientras Susan se inclinaba hacia él. Se acercó aún más, lo bastante como para sentir el tenue soplo de aire que denotaba la respiración de James. Esperó durante dos latidos del corazón, dándole la oportunidad de apartarse. No lo hizo, así que superó los últimos centímetros que los separaban.

Sus labios eran cálidos y firmes. Sabían a menta; sabían «a él». Le acarició con sus propios labios. Su deseo era tan intenso, tan profundo que pensó que podría entrar en combustión.

James se movió y la rodeó con los brazos. Sus labios se abrieron. Sus lenguas se encontraron y Susan perdió por completo el control del beso que había empezado. De pronto, él tomó la iniciativa y la besó con una desesperación que nunca había experimentado antes. Como si quisiera meterse dentro de ella.

«Sí. Sí».

Susan respondió con la misma intensidad. Quería —no, necesitaba— que aquel beso no terminara nunca.

Y entonces él se apartó con un gruñido desgarrador y la tomó de los brazos. Susan sintió la presión de aquel contacto y comprendió que James estaba luchando entre el deseo de acercarla más o alejarla. Había algo ardiendo en sus ojos.

Al final la alejó de sí, manteniéndola a un brazo de distancia. Como si necesitara que hubiera esa separación entre ellos. Como si necesitara ese abismo separándolos.

—No podemos hacer esto —susurró con voz grave.

«¿Por qué no?».

—¿Por qué no? —Miró sus medias de rejilla, avergonzada de repente—. Pensé… Pensé que esta noche te habías fijado en mí.

Con un gruñido, James se levantó y se apartó de la mesa, lejos de ella. Sus ojos estaban llenos de dolor.

«¿Es por sus costillas o por mis palabras? ¿Quizá por ambas cosas?».

—¿Fijarme? No he dejado de fijarme desde la primera vez que te vi, Susan. Cuando cierro los ojos, todavía puedo verte claramente, plantada frente a la comisaría el día que nos conocimos.

Susan recordó que James tenía memoria fotográfica.

—Sé que recuerdas las cosas.

Él negó con la cabeza con lentitud.

—No. No así. Puedo recordar cosas que veo o que leo. Pero contigo lo recuerdo todo. Recuerdo demasiado.

«No he dejado de fijarme en ti».

Eso fue todo lo que oyó su corazón traicionero, incluso mientras trataba de escuchar aquello que James no llegaba a decir.

—No podemos estar juntos. No soy… No soy la persona adecuada para ti, Susan.

—Me gusta la forma en la que pronuncias mi nombre.

—No debería pronunciar tu nombre.

—¿Porque se supone que debo ser otra persona? ¿Milena?

Él negó con la cabeza despacio.

—Porque soy yo, y no puedo ser lo que necesitas. Ni ahora ni nunca.

La ira, afilada como un fragmento de vidrio, explotó aquella burbuja de felicidad y deseo que se había formado en torno a ambos.

—¿Cómo sabes tú lo que quiero o necesito, James? No me conoces en absoluto.

La nuez de James subía y bajaba mientras tragaba.

—He visto cómo miras a Natalie y a Hunter, a Rob y a Emma, a Darryl y a Jessy. Sé que tú también quieres lo mismo.

—¿Y qué si lo quiero? —Susan bufó.

James levantó las manos en un gesto conciliador.

—Nada. Te lo mereces, Susan. Te mereces a un hombre que pueda darte eso. Pero yo no puedo dártelo. Nunca podré. Mi destino es estar solo.

—No lo entiendo. —Sentía la lengua pastosa.

—Lo siento —dijo James, y Susan comprendió que la decisión estaba tomada—. Pasaremos la noche aquí. Es lo que espera Moore. Dormiré en el suelo. Mañana, nosotros…

Antes de que pudiera pensárselo dos veces, Susan superó la distancia que los separaba y se echó sobre el pecho de James. Era cálido y fuerte y la tensión de sus músculos indicaba lo mucho que la deseaba.

La deseaba a pesar de sus palabras.

«Él me desea».

Apoyó la mano abierta sobre su amplio pecho, justo encima de su corazón palpitante.

—Dejemos de fingir. Vamos a concedernos esta noche. Los dos lo necesitamos.

Aquellas palabras lo hicieron exhalar un gruñido grave. De pronto, tenía sus manos en la cintura de Susan, que estaba volando. James la hizo descender con suavidad sobre la encimera de la cocina. Sus manos quemaban sobre sus caderas.

—Dios, eres preciosa —dijo, mirándola a los ojos—. Soy incapaz de resistirme.

Ninguno de los dos se movió, pero sus bocas volvieron a juntarse; labios, dientes y lenguas chocando. Un estallido de deseo tan fuerte que a Susan le pareció que estaba viendo las estrellas.

Se dejó ir, dándolo todo. Para que no quedara duda de lo mucho que lo deseaba. Frotó sus caderas contra él sin el menor pudor confirmando que, dijera lo que dijera, él también sentía lo mismo. Hacía tanto tiempo que Susan no deseaba a un hombre… Cualquier hombre.

Su deseo era aún más intenso precisamente porque llevaba mucho tiempo sin experimentarlo; incluso había olvidado lo que se sentía.

«Es lo que tiene vivir una experiencia cercana a la muerte».

«Pasas un tiempo encerrada en un maletero sin aire, asfixiándote… y, oh, sorpresa, el sexo deja de ser una prioridad».

Enterró aquel pensamiento en el rincón más profundo de su mente. No era momento de pensar, sino de sentir. Con James, no había lugar para el miedo. Sabía que podía confiar en él. Pasara lo que pasase, sabía que aquel deseo, aquel anhelo, era seguro.

Su barba le irritaba la boca. Susan se acercó aún más. Odiaba tener que romper aquel beso y parar para respirar.

—Vamos a la cama —jadeó.

James

Sus ojos se fijaron en las marcas rojas de su mejilla; marcas que eran culpa suya, producidas por el roce de su barba contra la piel suave de Susan.

«¿Qué estás haciendo?».

Eran marcas pequeñas, apenas visibles o solo perceptibles porque estaba mirando fijamente sus labios rojos y turgentes. Pero también eran una señal de que podía lastimarla, aun sin quererlo.

Susan deslizó su lengua pequeña y rosa por sus labios, como si todavía pudiera saborearlo.

Estaba… deliciosa.

James fue incapaz de contener el gruñido que brotó de su pecho. Si seguía a su lado un segundo más, iba a acabar abalanzándose sobre ella.

Se obligó a caminar hasta el fregadero. Dejó correr el agua, como si pretendiera comprobar la temperatura, aunque sabía que allí siempre salía tibia.

De pronto, Susan estaba detrás de él, invadiendo su espacio personal.

—¿Y si es lo que quiero? —le preguntó, acariciando su costado. Era cálida y suave al tacto —. ¿Y si esto fuera bueno para ambos?

James se estremeció. Se quedó quieto por pura fuerza de voluntad.

—Este no es el momento ni el lugar, Susan. No así…

Susan suspiró y aquel leve soplo de aire calentó su espalda.

—Normalmente, estaría de acuerdo contigo. Pero esta noche… creo que nos necesitamos el uno al otro —dijo en voz baja, apoyada en su espalda.

Fue el tono de su voz lo que acabó de quebrar su voluntad. James se giró para estar cara a cara. Sus manos ya estaban sobre su cuerpo. Su cabello olía a mar y aquel olor lo transportó de vuelta a Sharp’s Cove, donde se habían conocido.

James había recorrido todo el país con el FBI. Había viajado tanto que apenas recordaba el nombre de los lugares en los que había estado a excepción del pequeño pueblo costero donde vio a Susan por primera vez. Nunca iba a olvidar ese nombre.

—Hueles tan bien —gimió.

Susan sonrió con picardía.

—Apuesto a que sabré aún mejor.

Sus labios se encontraron. Susan abrió la boca y lo dejó entrar. Su sabor era como su olor: recordaba a una fresca brisa marina.

James acercó las manos a su cintura y se abrieron camino más allá de la camiseta ajustada hasta alcanzar su estómago tonificado y plano. Luego, bajaron a sus voluptuosas caderas. Apretaba muy fuerte, pero no tanto como para dejarle moratones.

Susan gimió junto a su boca y James pareció devorar aquel gemido con avidez.

Ella se apretó aún más contra su cuerpo, como si no pudiera acercarse lo suficiente. James sintió que se le ponía dura.

—Espera, necesito una ducha.

—Después. —Su miembro se estremeció cuando Susan le susurró aquello al oído. Apoyó las manos sobre su pecho. Sus cortas uñas rojas rozaban su camiseta.

—Sí —coincidió. Su miembro estaba anulando su cerebro a toda velocidad. Antes de que pudiera meditarlo bien, le quitó la camiseta a Susan, dejándola solo con un sujetador *balconette* negro y los vaqueros cortos y ajustados. Sus senos parecían presionar el sostén y los pezones

amenazaban con salirse.

James acarició la parte superior de sus tetas por encima del sujetador. Las besó tras bajar la tela para facilitar el acceso. Empujados por el sostén, sus pezones eran todo un espectáculo: marrones y duros como pasas. James se llevó uno a la boca y lo chupó con suavidad mientras acariciaba el otro con la mano. Luego, cambió de lado, sorprendido de que sus pezones crecieran aún más con sus caricias.

—Eres tan hermosa —dijo él.

Susan gimió.

—Llévame a la cama —susurró.

James la tomó en sus brazos. Durante un momento, se vio asaltado por el recuerdo de la última vez que la había sostenido así, durante el incendio que estuvo a punto de acabar con la vida de sus amigos. Casi podía oler su piel quemada.

—¿James? —La voz de Susan estaba teñida de preocupación.

—Estoy bien —susurró tras volver al presente con la boca cerca de su nuca. La dejó con suavidad sobre la cama. El viejo colchón chirrió, pero, al menos, las sábanas estaban limpias, pues las había cambiado esa mañana.

—Lamento lo de la cama. Lamento todo esto. —James recorrió la habitación desnuda con la mirada, deteniéndose en las grietas de las paredes.

—Ven aquí —susurró ella. James pasó las manos por su espalda y desabrochó el sujetador, liberando sus senos.

Estaba en el cielo. Bajo la cinturilla de sus pantalones, su miembro se hinchó como si buscara una vía de escape. Fue incapaz de apartar la mirada de aquellos pezones puntiagudos hasta que Susan se recostó en la cama y James se fijó en el movimiento de sus manos, que se dirigían al botón de sus vaqueros cortos. Lo desabrochó y se los bajó.

Sus medias de rejilla se movieron y James vio las marcas en su piel, allí donde habían presionado con fuerza sus muslos.

—Joder.

—Sí. No es lo más *sexy* del mundo, ¿eh? —respondió ella, bajando las medias por debajo de sus caderas y quedándose vestida solo con un diminuto tanga negro.

—Te tiene que doler —afirmó. Sintió que perdía la libido.

Susan examinó su propio cuerpo y abrió la boca, asombrada.

—¿Te refieres a estas marcas? —preguntó mientras se pasaba la mano por la piel dorada—. Desaparecerán en unos minutos.

—Si tanto le gustan a Moore, debería ponérselas él —murmuró James, que tomó la iniciativa y terminó de quitarle las medias. Las marcas eran peores alrededor de la parte alta de sus muslos y casi invisibles a lo largo de sus pantorrillas.

Apretó su carne con las manos. Tras unos momentos, Susan se relajó y gimió con el contacto. Su miembro también reaccionó con aquel sonido.

—Date la vuelta. Déjame darte un masaje.

Quería borrar todo su dolor.

Susan se acostó en la cama y lo miró. Su cabello largo y oscuro flotaba alrededor de su rostro en forma de corazón.

Él se puso de rodillas junto a la cama y comenzó a masajear sus pies. Dispuso ambas palmas a cada lado de su pie izquierdo. Luego, giró suavemente un lado hacia adelante mientras empujaba el contrario hacia atrás en un movimiento de torsión que repitió desde el tobillo hasta los dedos y viceversa. Hizo lo mismo con el otro pie.

Volvió a masajear el primer pie, colocando las manos a los lados con los pulgares estirados. Tiró con firmeza hacia afuera, dejando que el pie alcanzara su anchura natural después de haber pasado tanto tiempo constreñido por los tacones.

Susan gimió cada vez más relajada.

—Eso es… genial —susurró.

En silencio, James empezó a trabajar en el otro pie.

—¿Te sientes mejor?

Así acostada, James solo podía ver uno de sus ojos, pero detectó de inmediato la sonrisa lenta y astuta que se dibujó en su rostro.

—Creo que mis gemelos también necesitan un poco de atención.

Sonriendo, James se concentró en sus piernas fuertes y bien torneadas. Ya sabía que Susan hacía atletismo y se preguntó qué otros deportes practicaría para mantenerse en tan buena forma. Subió hasta sus muslos, donde las marcas en forma de rejilla eran más evidentes, y los masajeó con firmeza.

El cuarto se llenó con sus suaves gemidos. Despacio, Susan abrió los muslos. James vaciló y dirigió su atención a la zona aún oculta bajo el tanga.

Su mano tembló junto a la delgada tira negra de la ropa interior.

Susan alzó el torso, apoyando los codos en la almohada.

—¿Te estorba mi tanga, James?

Él asintió y apoyó las manos en sus caderas. Quería ser delicado y al mismo tiempo arrancárselo de un tirón. Optó por la gentileza, porque Susan se merecía todo el cuidado y la delicadeza del mundo y James habría preferido morir antes que hacerle daño.

El tejido negro se quedó pegado a su cuerpo. Cuando James lo retiró, brillaba, húmedo con sus fluidos.

—Estás muy mojada —dijo mientras acercaba el dedo a su sexo.

—Primero, quítate la ropa —le exigió Susan. No hizo amagos de ocultarse, pero se apartó un poco, girándose para apoyarse sobre la espalda—. Ahora me toca mirar a mí.

«Dios».

Nunca antes había estado tan excitado.

James se quitó la camiseta. Apenas notó el dolor de sus costillas: toda la sangre estaba en su entrepierna y lo único que sentía era su erección presionando los pantalones cortos.

—Sigue. —Susan tenía los ojos cerrados. Movió una mano, que descansaba sobre su cadera, como si fuera a…

«Se está tocando».

Observó, hipnotizado, cómo Susan buscaba su clítoris con el índice. Lo frotó con suavidad, estimulando el pequeño botón.

James se quitó los pantalones cortos, liberando su polla. Susan se la quedó mirando. Dejó de frotar su clítoris y abrió los brazos para recibirlo.

James se puso encima y jadeó bruscamente cuando Susan le agarró el miembro.

—Si sigues haciendo eso, me voy a correr…

—No —susurró, sin dejar de tocarlo, incluso mientras su mano se manchaba de fluido preseminal—. No hasta que estés dentro de mí.

—La verdad es que no ayudas. —James rio. Se recolocó justo frente a su sexo. Susan abrió más las piernas para facilitarle el acceso. Gracias a su memoria eidética, James siempre había tenido recuerdos muy visuales; sabía que aquella vagina rosada, abierta y brillante alimentaría sus fantasías durante años.

Introdujo el índice entre sus pliegues con suavidad. Susan cerró los ojos y su mano aflojó la presión sobre su miembro. James no tardó en emplear un segundo dedo.

«Dios, qué estrecho».

Iba a resultar difícil introducir su polla. James la penetró despacio con los dedos, preparándola para el momento, mientras rozaba el clítoris con el pulgar.

—Por favor, así —le suplicó.

—¿Quieres correrte, cariño? —preguntó James, manteniendo el mismo ritmo lento y constante.

—*Sí, sí. Más*.

No pareció darse cuenta de que había cambiado de idioma, pero no importaba: incluso el pobre español de James bastaba para comprender sus deseos.

Susan alzó las caderas, buscando más, persiguiendo a James, y él hizo todo lo posible para no penetrarla allí mismo. La deseaba con locura. Pero quería que fuera una buena experiencia para ella más de lo que había deseado nada en la vida, y se contuvo.

De pronto, Susan se abandonó al orgasmo; su sexo presionó sus dedos mientras le apretaba los bíceps con las manos.

James la abrazó hasta que dejó de temblar. Hasta que sus ojos, aún velados por el placer, volvieron a enfocarlo.

—Guau.

—Acabamos de empezar, Susan. —Fue al mismo tiempo una pregunta y una afirmación.

Ella dejó caer las piernas y abrió las rodillas. El mensaje estaba claro.

—¿Estás segura? —preguntó James.

Asintió con impaciencia y lo atrajo hacia sí. Él se inclinó sobre ella, listo para…

«Mierda».

«No llevo condón».

Casi se le paró el corazón.

Había estado a punto de saltarse una de sus reglas más sagradas.

Hurgó en sus pantalones cortos en busca de la billetera, rezando porque hubiera un condón dentro. Por favor, que hubiera uno…

«Aquí está».

—Sí.

Mostró el preservativo como si fuera un trofeo. Susan lo observó sin disimular su diversión.

James se lo puso con rapidez, se inclinó de nuevo sobre ella e introdujo su polla suavemente. Susan pareció darle la bienvenida con su propio cuerpo. El contacto con su sexo, muy prieto, hizo que le entraran ganas de correrse de inmediato. Siguió penetrándola poco a poco hasta introducir su miembro por completo.

Se quedó inmóvil, en parte para darle tiempo a Susan a acostumbrarse, pero también para tratar de recuperar el control. James no quería pasar a la historia como el peor encuentro sexual de aquella mujer.

—¿Estás bien? —le preguntó, acercando la frente a la suya. En cierto sentido, aquel contacto fue tan íntimo como el de la unión de sus cuerpos.

Susan lanzó un gemido gutural. Sus uñas le arañaron la espalda.

—*Más* —susurró.

James empezó a moverse. Al principio, lo hizo con lentitud para no correrse antes de que ambos estuvieran listos.

Nunca antes había experimentado un placer semejante. Sentía una conexión con Susan que

iba más allá de lo evidente. Más allá de lo físico.

Miró sus ojos oscuros y brillantes. Ahí estaba, esa mirada de asombro absoluto que daba a entender que ella también sentía lo mismo y estaba igual de confundida y abrumada.

—¿James? —preguntó Susan. Su voz vacilaba—. Necesito…

Se detuvo, como si no recordara lo que quería decir.

—Dime qué necesitas, cariño —pidió él. Iba a conseguir que llegara al orgasmo aunque le fuera la vida en ello; y bien podía ser así. Sentía un hormigueo en los testículos y la necesidad de correrse era cada vez más difícil de ignorar.

Cuando Susan se relamió, James no pudo evitar besarla intensamente.

Las piernas de la mujer se cerraron sobre su espalda y apretó sus caderas con las pantorrillas. Desde luego, de no haber estado listo para correrse ya, aquel gesto habría hecho que no tardara mucho.

—Espera. —James pasó una mano por detrás de su espalda y los alzó a ambos hasta que acabaron sentados, con Susan en su regazo.

«Dios, ahora estoy todavía más dentro».

—Sí —gimió Susan. Le mordió el cuello y aquel dolor agudo incrementó aún más su placer. James presionó sus caderas con las manos, la hizo descender de nuevo y se inclinó para rozar su clítoris con cada nueva embestida.

Sabía que lo estaba haciendo bien porque Susan tembló como si la hubieran electrocutado. Sus gemidos eran más urgentes y James comprendió que el orgasmo estaba cerca.

Junto a su cuello, Susan susurró con voz rota:

—Voy a…

—Sí, cuando quieras. —Y entonces ella se corrió y su sexo se cerró sobre su polla como si quisiera ordeñarlo hasta dejarlo seco.

Durante un instante, James no supo si podría terminar. Llevaba resistiéndose tanto tiempo que ahora le empezaba a costar llegar al orgasmo. Se quedó atrapado en aquel punto de no retorno durante unos segundos, pero, por fin, cayó por el mismo precipicio, corriéndose en el condón.

Después, la hizo descender con suavidad sobre la cama. Tocó el punto donde ambos cuerpos permanecían unidos, disfrutando del calor que ambos despedían. Por primera vez en la vida, deseó no llevar preservativo para no tener que salir y quedarse dentro de ella para siempre.

Los ojos de Susan estaban vidriosos. Su cara reflejaba una expresión luminosa que a James lo hizo sentir genial.

El pensamiento cristalizó en su cerebro, embotado tras el orgasmo. Con Susan nunca iba a tener suficiente. Ni aquella noche ni nunca.

Mientras se sacudía, agarró el condón y se apartó de ella.

13



Susan

Susan miró la ventana con los ojos entrecerrados, sorprendida de ver la luz. Se sentía… descansada.

«Sin pesadillas».

«Sin arañar el interior de un maletero donde apenas queda aire».

«Sin fuego».

«Sin miedo».

«Solo un sueño reparador».

No había dormido toda la noche de golpe en… meses. Estaba tumbada de lado con la espalda apoyada contra algo duro y caliente.

«Demasiado caliente».

«Demasiado duro».

Recordó de golpe todo lo que había pasado la noche anterior. La pelea. El gatito. El sexo.

«Dios, el sexo».

Podía culpar al sexo, aunque le había parecido mucho más que eso.

—Buenos días —dijo James. Tenía la voz ronca al despertar. Susan contuvo una risita mientras él se apartaba un poco.

«Demasiado tarde».

Susan agarró la sábana para mantenerla alrededor de su pecho y se giró hacia él. Observó sus pectorales bien formados y alzó la vista hacia su rostro. Se quedó sin aliento contemplando su mandíbula bien cincelada y su penetrante mirada azul.

«Es tan guapo que no quiero parpadear para no perderme nada».

Un momento después, se estremeció al ver el moratón de su mejilla, que había adquirido un color fuerte y oscuro durante la noche.

—¿Te duele? —preguntó. Su dedo se detuvo justo sobre la marca.

—Estoy bien —dijo él, evitando la pregunta—. ¿Te preparo el desayuno?

Recorrió su cuerpo con la mirada y se detuvo al llegar a la sábana con la que se cubría de cintura para abajo. Sabía que debajo estaba tan desnudo como ella. Sus ojos azules se oscurecieron bajo su escrutinio.

—No me refiero a ese tipo de desayuno. Café. Sé que te gusta el café.

—Me encanta el café —dijo Susan, casi sin aliento.

—Te prepararé uno. —James se levantó y se puso los pantalones cortos antes de que Susan pudiera mirarlo demasiado. No se molestó en ponerse ropa interior.

Susan tiró de la sábana y se envolvió en ella como si fuera una toga mientras recogía su ropa del suelo.

No había prestado mucha atención al baño la noche anterior. Con la luz del día, el cuarto tenía un aspecto tristón y decrépito. Era casi idéntico al que Susan compartía con las otras camareras a tan solo unas calles de distancia.

Aunque estaba limpio y ordenado, la suciedad se había ido acumulando en los rincones, haciendo que los azulejos parecieran más grises que blancos. El espejo estaba cubierto de manchas negras que parecían provocadas por algún producto de limpieza abrasivo. En circunstancias normales, Susan no habría entrado en un sitio así, y estaba convencida de que a James le resultaba aún más difícil, pues en la vida real era muy limpio y ordenado.

Se dio una ducha rápida y se puso la misma ropa del día anterior, pero prescindiendo de las

medias. Buscó un cepillo para el pelo, pero lo único que vio fue un pequeño peine, así que se apañó usando los dedos.

Cuando salió, James ya había preparado el café.

—Lo siento. Solo tengo café instantáneo. Me alegro de que no lo tomes con leche, porque Charlie se la llevó toda.

«Recuerda cómo tomo el café».

Susan sonrió y cogió la taza.

—No pasa nada. Sinceramente, no esperaba ver una Nespresso en este lugar.

James también había hecho huevos revueltos y tostadas. Había dispuesto los platos y cubiertos de forma simétrica, alineándolos con el borde de la mesa.

Eso le recordó a Susan las camisas almidonadas y los zapatos lustrosos que siempre llevaba cuando iba a Sharp's Cove como agente del FBI.

La perfección era algo que valoraba mucho.

—Esto te está resultando difícil, ¿verdad?

—¿Esto?

—Ser Jay —dijo ella sin más.

James asintió.

—Cada vez que me meto en su piel, pongo mi vida en pausa. ¿Qué haría Jay? ¿Qué haría Jay? Y, ahora, todo se ha vuelto más peligroso. —Se encogió de hombros.

—¿Porque estoy metida en esto y soy una mujer? —preguntó Susan con los dientes apretados.

—Porque estás aquí —coincidió James—. Porque juré protegerte y la idea de que te ocurra algo me destroza.

Susan tomó aire y le dio un sorbo al café instantáneo.

—Sé que no pretendes sonar como un machista imbécil —dijo por fin.

James resopló.

—No, no es lo que pretendo. Sé que puedes cuidar de ti misma, Susan. Pero estos hombres son peligrosos y no quiero que te hagan daño. Actuando como Milena, estás en peligro todos los días. Si alguien descubre que no eres quien dices ser…

—Igual que si alguien descubre quién eres tú —lo interrumpió, impaciente.

—Necesitamos ser pragmáticos.

—Ah, pragmático. Lo que toda mujer quiere escuchar después de un rollo de una noche.

James frunció el ceño.

—Esto no ha sido un rollo de una noche.

El corazón de Susan dio un brinco. Luego, otro. Se puso tensa al recordar cómo, en los últimos meses, había comenzado a hacer cosas extrañas e inesperadas. Un latido perdido aquí, un acelerón allá. En una ocasión, había ido al hospital convencida de que sufría un ataque al corazón, pero su diagnóstico era mucho más común: un ataque de pánico. Probablemente, provocado por el trauma experimentado, según los médicos.

Sin embargo, esa era una sensación muy distinta. Susan era capaz de reconocer cuándo su ritmo se aceleraba por la emoción y no por el miedo.

«No fue un rollo de una noche».

«¿Qué podría ser si no?».

«¿Podría ser acaso…?».

—No fue un rollo sin más. Jay y Milena se acostaron juntos anoche y no van a ocultarlo.

Susan controló su rostro para no mostrar ninguna emoción a pesar de que sintió que una

sensación de vacío se extendía por su pecho, como si su corazón se desplomara.

«Por supuesto».

James no hablaba de ellos.

Quería que los personajes que habían creado salieran juntos. Era una forma de mantenerla cerca más que otra cosa.

«Pragmático».

—Quieres que Jay y Milena empiecen una relación.

—Mantendremos esa historia —dijo él, asintiendo para sí.

Susan apretó las muelas con tanta fuerza que dolía.

—Podríamos haberlo hablado sin más, ¿sabes? No hacía falta que te pasaras media noche con tu polla dentro de mí.

James se echó hacia atrás como si le hubiera abofeteado. Su boca se abrió y cerró un par de veces, como un pez fuera del agua.

«Por fin, el agente especial Ramsay se queda sin palabras».

—N-no —tartamudeó—. Eso no es lo que yo…

Su evidente malestar disipó el enfado de Susan.

—No pasa nada. Pragmático, lo pillo. Puedo ser pragmática.

Apartó su plato sin terminarse los huevos revueltos. No estaban mal, pero habrían sabido mejor con un poco de leche.

—Susan, por favor, sabes que no he querido decir eso. —James contrajo el rostro—. Mierda, tengo que ir a ver a Moore.

—Yo voy a mi apartamento a cambiarme. Hoy me toca limpiar el bar y no pienso hacerlo con tacones.

14



James

Cuando James entró en su oficina, Moore lo miró de arriba abajo.

—¿Te sientes mejor? Anoche te dieron una buena tunda. Llegué a preguntarme si no iba a acabar perdiendo dinero contigo.

«Cabrón».

Los ojos aviesos de Moore se estrecharon aún más.

—¿Qué ocurre? Pareces el gato que se comió al canario. Mierda. Te la follaste. Te follaste a la camarera, ¿verdad?

James se imaginó golpeando a Moore en la boca. Bajó la mirada con rapidez.

—¿Qué coño va a decir Guerrero cuando vuelva? No quiero tener ningún problema con el cártel.

James tragó saliva.

—No es que la chica fuera virgen, jefe —dijo arrastrando la voz.

Moore rio. La tensión en sus hombros desapareció.

—No. Apuesto a que no. —Sus ojos se movieron hacia arriba y a la izquierda, como si estuviera recordando algo en particular.

A James le daba asco pensar que ese «algo» podía ser el cuerpo de Susan.

—Además, Guerrero y ella no están juntos —prosiguió James.

Contuvo el aliento, esperando la respuesta de Moore. Estaba dispuesto a cancelar toda la operación si era necesario. El mundo podía irse a la mierda, pero Guerrero no iba a tocarle ni un pelo a Susan.

Moore lo hizo esperar, haciendo gala de su poder.

—No, no creo que estén juntos, pero he visto cómo la mira. Alíviate si te hace falta, Jay, pero no te involucres demasiado. Guerrero puede quererla de vuelta en algún momento.

«Por encima de mi cadáver».

—Está bien —dijo James, tragándose la bilis—. Puede quedarse con las sobras.

Susan y él se habrían marchado mucho antes de que eso ocurriese.

—Ahora hablemos de negocios. Cuando vuelva Guerrero, vamos a salir a navegar otra vez. Será un viaje especial.

—¿Especial en qué sentido?

—Especial en formas de las que no necesitas preocuparte. Pero te organizaré una buena pelea. Mejor que las que has tenido hasta ahora.

—¿Cuánto? —preguntó James.

—Cuarenta mil.

—¿Gane o pierda? —preguntó James con los ojos entrecerrados.

—Ganes o pierdas. Pero necesito que ofrezcas un buen espectáculo. Va a haber gente importante observando.

James se frotó las manos.

—¿Cuándo será?

Moore se encogió de hombros.

—Ya nos enteraremos. Pero será pronto. Así que haz lo que quieras con la chica, pero asegúrate de descansar bien por la noche.

—Entendido, jefe —respondió James.

Tenía que ponerse en contacto con Lorraine.



Susan

Cuando llegó a su apartamento, Susan se puso un tanga limpio. Trataba de no pensar en lo que había sentido cuando James le quitó la ropa la noche anterior: lo ardiente que había sido y lo *sexy* que la había hecho sentir.

Había tenido tiempo para reflexionar mientras volvía a casa. A pesar de su enfado inicial, no había motivos para creer que todo lo que había ocurrido entre ellos hubiera sido fingido. Susan había visto la emoción en sus ojos y sabía que había sido real.

Le parecía mucho más probable que James se hubiera dejado llevar. La adrenalina de la pelea y, por qué no, la innegable atracción que llevaba gestándose entre ellos durante meses habían terminado por propiciar aquel encuentro.

Pero no tenían futuro.

Ambos lo sabían.

Así que, en realidad, era bueno ser pragmáticos al respecto.

«Ojalá no doliera tanto».

—Vámonos —dijo Pia.

«Mierda».

—Aún no estoy lista. Necesito unos minutos más. Te veré en el bar.

—Claro, cielo, pero no tardes mucho. El bar no se va a limpiar solo.

Susan se vistió con unos vaqueros ajustados y un top de tubo: el mismo tipo de ropa que llevaban las otras camareras durante el día. Completó su atuendo con un par de deportivas viejas y se recogió el cabello en un moño alto. Si a Moore no le gustaba, podía irse a la mierda. No iba a arreglarse para limpiar un baño lleno de vómito o cosas peores.

Bajó las escaleras y abrió la puerta del edificio, mirando fijamente el callejón que había más allá. Estaba casi vacío, salvo por un par de niños que jugaban en mitad de la carretera y una figura solitaria recostada contra la pared de su edificio, con un pie apoyado en ella como si lo estuviera sosteniendo. En su mano, humeaba un cigarrillo liado a mano.

—Qué asco —le espetó—. Bueno, ¿qué pasó? ¿Moore te dio permiso para follarme?

La expresión de James se congeló al oírla hablar con tanta crudeza. Asintió, arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la bota.

—Sabe que te deseo.

—¿Y?

—Y es una buena excusa para que estemos juntos.

—No soy yo quien recibe una paliza cada par de noches.

James ignoró la pulla.

—También me advirtió de que a tu amigo Guerrero podría no gustarle.

Susan suspiró.

—Guerrero ha sido muy protector conmigo, pero no ha intentado nada —comentó, indecisa. Ya había malinterpretado las intenciones de un hombre en el pasado y casi les había costado la vida a Jessy y a ella—. Llego tarde. Tengo que ir al bar.

—Te acompañaré —dijo James. Todavía olía un poco a tabaco, pero no lograba ocultar del todo el aroma limpio y masculino que desprendía.

Para distraerse, Susan se concentró en los niños. Había un área vallada en el centro del callejón que debía de haber sido un parque infantil; allí seguía, triste y en decadencia, ignorado por los niños que jugaban a solo unos metros de distancia. Distinguió a duras penas el armazón

oxidado de un tobogán, como un elefante escondido tras la hierba alta. Junto a este, había unas barras rotas que parecía que nadie había tocado en años.

Un par de chicos mayores pasaron a toda velocidad sobre sus tablas de *skate*.

—*¡Ay, mamita!* —le gritó uno al pasar. Susan trató de no reír: aún tenía voz de niño.

—Vamos, hay que mantener un perfil bajo en este vecindario.

Susan se tragó la irritación.

Un ruido fuerte y grave llamó su atención. Era un gran camión de basura que estaba dando marcha atrás en el callejón. Susan podría no haberse fijado en él de no ser porque se movía muy rápido. Mientras lo observaba, el grupo de niños pequeños se dispersó, corriendo hacia la isla central vallada. Todos menos uno. Un niño pequeño se quedó inclinado sobre la carretera, mirando algo en el asfalto.

—¡Cuidado! —gritó Susan. James miró en la dirección que señalaba. Sus ojos se agrandaron cuando vio al niño.

«Lo van a aplastar».

Susan comenzó a correr hacia él. En cuestión de segundos, James se puso casi a la par. Ella se había quedado sin aliento, pero él agitó los brazos y gritó al conductor del camión. El hombre ni siquiera se giró.

Susan aceleró, pero James, que tenía las piernas más largas, la adelantó con facilidad. El camión ya casi estaba encima del niño.

«No vamos a llegar a tiempo».

De repente, Susan vio a uno de los adolescentes que los había rebasado con su tabla de *skate*. Se había sentado en un banco y lo había apoyado en vertical junto a él. Susan se desvió, perdiendo un segundo precioso, para coger una de las tablas, sin dejar de correr y sin siquiera disculparse. Agarró un extremo y se inclinó hacia delante, soltándolo en el último momento mientras plantaba su pie delantero sobre él.

Se inclinó sobre el monopatín para ganar más velocidad. Pasó volando por delante de James, concentrada en el tramo de escaleras que tenía delante.

«¿Son cinco o seis escalones?».

Habían pasado muchos años desde que Susan había hecho un *ollie* en unas escaleras y rezó porque no hubiera perdido la memoria muscular. Al llegar al borde del primer escalón, levantó la parte posterior de la tabla y desplazó su pie delantero, realizando un *ollie* en el aire. Mientras lo hacía, miraba el punto donde quería aterrizar. El camión estaba casi encima del niño. Susan no podía fallar.

Voló sobre los escalones, encogiendo los pies para mantenerse más tiempo en el aire. Cuando sintió que empezaba a descender, alineó sus pies sobre los ejes del monopatín y dobló las rodillas para absorber el impacto. Aun así, dolió de la hostia, pero fue un dolor bienvenido y, cuando lo experimentó, supo que lo había conseguido.

Susan llegó a la carretera, tan cerca del camión que pudo oler el hedor de la basura. Se agachó y agarró al niño pequeño, cuyo rostro estaba congelado por el pánico. Rezando para que su impulso bastara para conducirlos al otro lado, giró los hombros para que el camión no embistiera al niño primero. No había nada más que pudiera hacer.

El viento en su espalda le indicó que el camión había pasado de largo.

Susan saltó del monopatín y se arrodilló con el niño todavía en los brazos.

—¿Estás bien? ¿No oíste el camión? —preguntó, aflojando su abrazo.

El niño la miró, sus ojos oscuros eran más maduros de lo que daba a entender su escaso tamaño; comenzó a llorar en silencio. Un silencio solo roto ocasionalmente por un sollozo o un

jadeo.

—Oye —dijo Susan, abrazándolo—. Está bien, todo va a ir bien.

—*¡Mijo! ¡Mijo!* —Una mujer de tez rojiza, del mismo tono que la del niño, corrió hacia ellos. Susan lo soltó muy rápido y lo vio trepar en silencio hasta los brazos de su madre—. Gracias —dijo la mujer en un inglés con acento—. Salvaste a mi hijo.

Luego, se volvió hacia el niño y comenzó a hacerle señas.

«Es sordo».

«Por eso no oyó el camión».

—Me alegro de que esté bien —le dijo. Y luego, en español, añadió—: *Me alegro*.

Mientras se levantaba, Susan oyó un ruido ahogado. James había sacado al conductor del interior de la cabina. Lo empujó contra el lateral del camión con bastante fuerza como para que se le cayera uno de los auriculares.

—Podrías haberlos matado —exclamó James, que parecía a punto de golpearlo.

—No los vi —balbuceó el hombre, asustado—. Estaban en mitad de la carretera. Por favor, déjame irme…

—Déjalo, Jay —dijo Susan con cuidado de no usar su verdadero nombre—. Estás montando una escena.

James se giró hacia ella y la miró con sus ojos azules. Por un momento, pensó que iba a gritarle a ella también. Su nuez subía y bajaba al tragar. Por fin, asintió y soltó al conductor, que se escabulló de nuevo dentro del camión y desapareció veloz, dejando los contenedores de basura llenos a rebosar.

Susan buscó la tabla de *skate*, que había seguido rodando hasta la acera. Apoyó el pie en la parte trasera y extendió la mano para cogerla.

Se la devolvió a su dueño, que se había unido al grupo de mirones.

—*Gracias* —le dijo al adolescente, sonriendo ante su expresión de asombro. Se sentía bien. Tal vez volviera a practicar *skate* cuando regresara a casa.

James la agarró del codo y la apartó del grupo.

—Joder —susurró. Parecía a punto de golpear algo—. ¿Entiendes lo que quiere decir no llamar la atención? —Susan se giró para protestar, pero se dio cuenta de que James también estaba conteniendo una sonrisa—. Venga, vámonos.

15



Susan

Alguien le dio a Susan unos golpecitos en el hombro. Se giró, sobresaltada, y estuvo a punto de tirar la bandeja.

—Milena —dijo Guerrero, acercándose mucho a ella—. ¿*Cómo estás*?

Susan recuperó el equilibrio de la bandeja antes de responder, contenta de no haber dejado caer ninguna bebida.

—Has vuelto.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con una amplia sonrisa en el rostro. Parecía diferente por algún motivo; más audaz, más seguro. Como si algo en México hubiera cimentado su posición en aquel mundo y quisiera que todos se enteraran.

Susan sonrió. En las últimas semanas, había aprendido que a menudo una sonrisa hacía que los hombres olvidaran que le habían hecho una pregunta.

Se giró y vio a Moore y a James acercándose.

Pese a las atrevidas palabras de hacía una semana —James había informado a Moore de que iba a tener algo con ella— no la había vuelto a tocar. A Susan le parecía que había pasado casi todo el tiempo entrenando en el gimnasio o tratando de relacionarse con Moore y sus subalternos. Pero hoy había ido temprano al bar y llevaba observándola toda la noche con una expresión hambrienta en su rostro.

Susan se estremeció.

«¿Me desea o solo está interpretando un papel?».

«¿Sabía que Guerrero iba a volver?».

Confiaba plenamente en James, pero no le gustaba no saber lo que pasaba en realidad.

Moore estrechó primero la mano de Mendoza. Sus manos eran mucho más grandes y el apretón las ocultó casi por completo.

—Miguel —exclamó Moore—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, bien. Mi hermano te envía saludos —dijo Mendoza, acompañando sus palabras con una pausa significativa.

Moore se hinchó como un pez globo.

—Excelente. Guerrero —dijo Moore, incluyéndolo por fin en la conversación—. ¿Y qué le pareció nuestra idea a tu hermano? —preguntó, mirando a su alrededor para involucrar también a James—. Mi chico está listo para pelear.

Los labios de Mendoza se tensaron, formando una línea fina bajo el bigote.

Susan fingió retirarse, consciente de que llevaba allí parada demasiado tiempo, pero Mendoza la detuvo alzando una mano. Chasqueó los dedos, luciendo su manicura.

—*Muchacha. Unas cervezas.*

Susan miró las cervezas que tenía sobre la bandeja y se las ofreció, pero Mendoza sacudió la cabeza con disgusto.

—*Cerveza mexicana, mujer*.

—Corona —dijo Susan en voz baja, citando el nombre de la única cerveza mexicana que tenía el bar. Corona era una de las marcas más populares del mundo, pero no solía ser la favorita de los mexicanos. Esperó pacientemente la respuesta airada.

«Tres. Dos. Uno».

Nunca llegó.

—Claro, tráenos unas botellas —claudicó Mendoza, arrugando la frente.

—¿Hay algún problema? —preguntó Moore, fulminando a Susan con la mirada.

—Ningún problema —dijo Mendoza con suavidad—. ¿Solo tienes una marca de cerveza mexicana? Sean, tienes que expandir tus horizontes.

Los labios de Moore se curvaron hacia arriba en una sonrisa un poco forzada.

—Estoy listo para expandir mis horizontes, Miguel. Lo sabes.

—Lo sé. Y mi hermano, también, Sean. Todo está arreglado.

Ahora Moore sí sonrió, quizá con demasiado entusiasmo.

—No se arrepentirá. Será una pelea memorable, ¿verdad, Jay?

James asintió. Su mirada azul era fría como el hielo.

—Solo dime contra quién tengo que pelear, jefe, y allí estaré.

—Sé que así será, chaval —dijo Moore. Luego, pareció olvidarse incluso de que James estaba allí. Posó su manaza sobre la espalda de Mendoza—. Ven a mi oficina, Miguel. Tenemos mucho de qué hablar.

Parecía que Guerrero iba a decir algo, pero Mendoza hizo un gesto y los acompañó a la oficina. James y Susan se quedaron allí.

—¿Estás bien? —preguntó él en voz baja.

—No te preocupes por mí —dijo Susan, y luego suavizó el tono—. Ojalá pudiéramos seguirlos. Va a pasar algo. Esta pelea…

—Por la forma en que habla Moore, es mucho más que una pelea.

—Tal vez otro envío…

Ambos sabían que no bastaba con un cargamento. No estaban allí para parar un envío ni siquiera para detener a Moore. Si querían tener éxito, debían acabar con toda la operación y, en particular, con Ernesto Mendoza. Porque si Mendoza salía indemne, se limitaría a buscar otro grupo que lo ayudara a llevar la droga a Estados Unidos.

James pareció leerle la mente.

—Sonaba como algo importante. Como si Mendoza fuera a unirse a su hermano.

—¿Aquí? ¿En territorio estadounidense? —Era más de lo que podrían haber esperado. Si lograban atrapar a Mendoza allí con un envío, podrían juzgarlo en los Estados Unidos. Nunca podría volver a hacerle daño a nadie. Susan trató de recordar qué era lo que Miguel había dicho exactamente.

Pero, por supuesto, James lo recordaría. James lo recordaba todo.

James

James apretó los dientes al sentir el dolor de su brazo, procurando no moverse.

Si alguien le hubiera dicho hacía seis meses que estaría sentado en un rincón de un bar dejándose tatuar por un artista sin licencia, se hubiera reído en su cara.

Trató de no pensar dónde habría aprendido el oficio, aunque se podía hacer una idea.

—Ya está —dijo el hombre, que tenía voz ronca de fumador—. Un buen trabajo si se me permite decirlo. ¿Estás seguro de que no quieres nada más? Podría tatuarte otro en el otro lado —dijo, mirando el otro brazo de James.

—Déjame ver primero lo que me has hecho, viejo.

James tomó el espejo de mano que le ofreció el tipo. Estaba lleno de huellas dactilares. Rezó porque el resto de sus herramientas estuvieran más limpias. Al menos, había visto la aguja salir de un envoltorio esterilizado.

El exterior de su brazo, desde el bíceps hasta el hombro, mostraba la silueta de un luchador anónimo con los puños levantados en una postura defensiva, recortado contra un fondo brumoso, humeante.

El dibujo era excepcional siempre y cuando te gustaran los tatuajes, pero no era el caso de James. Se preguntó cuánto le costaría eliminarlo. Le pasaría la factura al FBI y si no estaban conformes, podían irse a la mierda.

—¿Qué te parece? —preguntó el viejo.

—Me gusta. ¿Cuánto te debo?

El viejo movió la cabeza, sonriendo.

—Moore me pidió que le diera a su mejor luchador lo que quisiera. Me sorprende que hayas permanecido virgen tanto tiempo.

Detrás de él oyó una risa suave. James se volvió para ver a Susan.

—Milena, ¿qué te parece? Ven aquí y bésame para hacerme sentir mejor.

—¿Realmente eras virgen, Jay? —preguntó. Sus dedos rozaron el área alrededor del tatuaje, pero tuvo cuidado de no tocar el propio dibujo.

—Te lo demostraré —dijo en tono burlón, agarrándola por la cintura para echarla sobre su regazo. Era lo que Jay habría hecho, pero también lo que quería hacer James. El ardor que existía entre ambos era más real que cualquier otra cosa que hubiera sentido en el pasado. Era algo que no podía fingirse.

—Os dejo solos —dijo el viejo, recogiendo sus cosas.

—Eres un verdadero artista —dijo James. Cogió unos billetes y se los dio al viejo mientras le estrechaba la mano.

—Gracias. Lo apostaré por ti el domingo.

James asintió, sin dejar entrever que hasta ese momento no había sabido la fecha de la pelea.

«Así que la pelea será el domingo».

Sintió que Susan también se ponía tensa en su regazo. Tardó un poco en darse cuenta de que no tenía nada que ver con el tatuador, sino con el hombre que venía hacia ellos. James agarró sus caderas con más fuerza cuando Susan hizo ademán de levantarse.

Era una de las pocas veces que había visto a Guerrero fruncir el ceño. Claramente, el ver a Susan —a Milena, en realidad— en los brazos de otro hombre no era motivo de alegría para él. Alguien debía de haberle contado a Guerrero que se estaban acostando juntos.

Con cuidado de no apartar la mano de la cadera de Susan —pues estaba marcando su

territorio— se levantó, manteniéndola pegada a él.

James se mantuvo firme mientras Guerrero se acercaba. Lo hizo porque rechazar una pelea no era algo propio de Jay, pero, sobre todo, porque James quería dejar claro que acabaría con cualquiera que supusiera una amenaza para su chica.

—Guerrero, ¿qué tal las vacaciones? —preguntó con descaro.

—¿Qué demonios estás haciendo?

James arqueó una ceja, malinterpretándolo a propósito. Su mano permaneció en la cadera de Susan.

—Quítale tus sucias zarpas de encima —lo amenazó Guerrero.

—Guerrero, no es… —comenzó Susan.

James la interrumpió, como si no hubiera abierto la boca.

«Eso la va a enfadar un montón».

—¿O qué? —preguntó con rudeza—. Ella no te pertenece.

—Yo la traje aquí —dijo Guerrero, sacando pecho.

—Sigue sin ser tuya.

—No soy de ninguno de los dos —dijo Susan. Su cuerpo temblaba, cargado de energía. James sabía que estaba a punto de darle una patada en los huevos y marcharse. No era la mejor forma de terminar aquella conversación.

—Dile que estamos juntos, Milena —pidió con suavidad. Sus dedos trazaban círculos suaves en el interior de su muñeca, tratando de transmitirle el mensaje.

Poco a poco, Susan se relajó.

—Estoy pasando el tiempo con Jay, Guerrero —dijo por fin. Su voz era apenas un susurro.

—¿Te obligó? —Guerrero tenía la cara roja de furia.

—Que te jodan, Guerrero. A lo mejor tú te comportas así, pero yo no fuerzo a las mujeres. Nunca lo haría.

Probablemente, era la única cosa cierta que había salido de su boca delante de él.

—No, Guerrero. Solo… nos estamos conociendo.

James le dedicó una sonrisa lobuna.

—Habla en sentido bíblico, Guerrero, si sabes a lo que me refiero. —James contoneó las caderas en un gesto lascivo.

La cara de Guerrero pasó del rojo al púrpura oscuro. Como si una fuerza invisible lo estuviera ahogando.

James vio su hombro moverse hacia atrás. El idiota estaba telegrafiando su puñetazo de forma evidente. Esquivó el golpe con facilidad. Se puso detrás de Guerrero para empujar su brazo contra su espalda, pero era tan fuerte que necesitó ambas manos para hacerlo.

—Maldito seas —gruñó Guerrero.

—Voy a disfrutar haciéndote daño —le susurró James al oído—. Casi tanto como estoy disfrutando con Milena.

James incrementó aún más su agarre, haciendo que el hombre aullara; un grito cargado de furia y dolor.

De pronto, dos personas echaron los hombros de James hacia atrás. No, no eran dos personas. Solo era Moore.

—¿Qué diablos? ¿Estás peleando en mi bar? —preguntó, incrédulo, como si la idea de que alguien peleara sin que él que se beneficiara con ello estuviera más allá de su comprensión—. Más vale que alguien me explique lo que está pasando. Rápido.

Alguien más se adelantó: Miguel Mendoza.

—Creo que Guerrero siente que le deben una compensación —dijo con su voz suave.

—¿Compensación por qué? —preguntó Moore mientras sus ojos brillaban.

—Yo no le he quitado nada —masculló James.

—Milena estaba bajo mi protección, cabrón.

—Y ahora está bajo la mía —afirmó James. Miró de nuevo a Moore—. No le he quitado nada, señor Moore, lo juro.

Moore sonrió con frialdad.

—¿Queréis pelear? Hacedlo el domingo, en el barco. Será una pelea especial. El ganador se queda con la chica. Miguel y yo… ganaremos el dinero.

Detrás de él, Susan soltó un ruido ahogado. James confió en que se quedara callada.

Guerrero balbuceó.

—Miguel, esto no es…

—Somos invitados de Sean, Guerrero. No lo olvides. Y creo que puede ser divertido verte… ¿Cómo dicen ustedes, los americanos? Verte barrer el suelo con este *gringo*.

A modo de respuesta, James le enseñó los dientes a Guerrero.

Sean rio a carcajadas.

—Mi *gringo* ha ganado todas las peleas en las que ha participado, Miguel.

Él abrió sus delicadas manos magnánimamente.

—Entonces, no te ofenderá si mi hermano y yo apostamos por Guerrero.

16



James

—No quiero que pelees —dijo Susan.

James terminó de doblar la camisa antes de responder. Había tenido suerte esa mañana. Por una vez, la lavadora del sótano de su edificio no estaba averiada, así que tenía ropa limpia para el resto de la semana.

La noche anterior, después del enfrentamiento con Guerrero, Susan se había marchado temprano del bar con otra camarera. Tanto Guerrero como él habían tratado de acompañarla, pero les había dejado claro que no eran bienvenidos.

James no había pegado ojo en toda la noche, preocupado por si había tomado la decisión correcta. Para bien o para mal, sus acciones habían desencadenado algo. El principio del fin. Pero la idea de Guerrero sobando a Susan —la posibilidad de que pudiera hacerle daño de verdad— era superior a sus fuerzas.

Hoy, tras subir de la lavandería, la había visto esperando fuera de su apartamento, justo donde la semana pasada había encontrado a Dom y a su gatita.

Ahora estaba sentada en su cama. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta negra de pico con la palabra «Rebel» serigrafiada en blanco. Parecía enfadada y preocupada al mismo tiempo, y James sabía que tenía que abordar el tema, pero era difícil pensar en algo que no fuera en lo mucho que le gustaba que estuviera allí, en su casa. Se preguntó cómo se sentiría si aquella hubiera sido su verdadera vida.

Su apartamento de verdad tampoco era gran cosa y apenas pasaba tiempo allí, pero al menos era más nuevo y estaba más limpio que aquel tugurio; además, tenía unas vistas impresionantes.

Susan hizo un gesto con la mano, abarcando la habitación en un ademán interrogativo.

—He revisado si hay micrófonos esta mañana. Tranquila.

—Guerrero es peligroso, James. Tenemos… Tenemos que contactar con Lorraine y salir de aquí antes de la pelea.

James se quedó inmóvil con los pantalones cortos que iba a doblar en la mano.

—¿Él…? —comenzó. Sentía la boca seca y le picaba la lengua—. ¿Te ha hecho daño, Susan?

Susan sacudió la cabeza rápidamente.

—No. Siempre ha sido un perfecto caballero. Pero Lorraine me habló del tiempo que pasó en prisión. Es peligroso.

—Tenemos que hablar con Lorraine —coincidió James—, pero la pelea es la última de nuestras preocupaciones. Anoche hablé con un par de hombres de Moore y, sea lo que sea lo que va a pasar, va a ser grande. Creo que Mendoza va a estar allí.

Susan se encogió de hombros confundida.

—Por supuesto que va a estar. Lo vimos anoche.

—No me refiero a Miguel, sino a Ernesto. Por eso Moore está tan interesado.

—¿Tú crees? —Susan lo pensó un poco—. Aun así, no merece la pena arriesgar tu vida por eso, James.

—Ven aquí, cariño. Todo va a salir bien. Lo de anoche fue un riesgo controlado. Sé lo que estoy haciendo.

—Quizá crees que sabes lo que estás haciendo, James. Pero cuando estés en el *ring*, a solas con Guerrero…

Él ahogó su preocupación con un beso. Cuando sus labios se encontraron, fue como si su

mente se llenara de fuegos artificiales, dejándola en blanco. Solo sentía la presión de sus labios y la sensación de su lengua al catarla. Susan lo besó como si estuviera en el desierto y James fuera un vaso de agua fresca y fría. Fue como su primer beso otra vez, solo que aún mejor, porque ahora sabía cómo sus suaves curvas presionaban las facciones angulosas de su propio cuerpo y lo bien que se complementarían cuando la penetrara.

Gimiendo, la atrajo hacia sí.

Susan

—Susan —murmuró James. Su voz era una caricia suave junto a su oído.

Sus labios eran firmes pero suaves al contacto. Calientes, o tal vez era ella la que estaba ardiendo. Sentía más calor de lo que nunca había sentido antes.

No había podido dejar de pensar en él desde la última vez que habían hecho el amor.

«Nos acostamos».

«Solo nos acostamos».

«Nada más».

Era difícil considerarlo solo sexo cuando James parecía haberla tocado por todas partes; no solo las partes de su cuerpo, también las de su alma.

—James —susurró—. No quiero que te hagan daño.

Sentía que las lágrimas se acumulaban y sabía que, si parpadeaba, se derramarían. Cerró los ojos para recuperar el control. De pronto, él la estaba besando en los párpados y en la nariz. Era como si su contacto le abrasara la piel.

—Oye, todo va a salir bien —susurró—. Ven aquí.

De pronto, Susan estaba entre sus brazos con la oreja apretada contra su pecho, sobre su corazón.

Recorrió su espalda con las manos, disfrutando de la forma en que sus grandes músculos temblaban cuando los tocaba.

James la empujó suavemente hasta que los dos estuvieron tumbados, mirándose a los ojos. Susan rozó el tatuaje de su brazo con la mano.

«Tantos sacrificios».

«¿A cuántas cosas está dispuesto a renunciar por este caso?».

—¿Duele?

James negó con la cabeza. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No esperaba que el tatuador fuera tan bueno. Casi me va a dar pena quitármelo.

Localizó el borde de su camiseta, la alzó y dejó su ombligo al descubierto.

—Llevo tiempo tratando de recordar si tenías el ombligo hacia adentro o hacia afuera. Ahora ya no lo olvidaré —dijo mientras lo besaba y seguía cubriéndole el estómago de pequeños besos.

Susan se quedó muy quieta.

—¿Has estado pensando en mí?

—No he podido apartarte de mi mente. —James inhaló con fuerza—. No debería hacerlo. Debería dejarte ir. Pero te deseo —susurró—, más de lo que necesito seguir respirando.

Susan sintió que su propio aliento se interrumpía tras aquella confesión, pero sabía que reaccionar a las palabras de James sería un error. Eso solo lo alejaría.

En cambio, lo miró a los ojos y le dedicó lo que confiaba que fuera una sonrisa sensual.

—Tengo que volver al bar al mediodía —dijo mientras se sentaba y se quitaba la camiseta. Debajo llevaba un sostén de encaje fucsia. No era uno de los colores que Susan solía llevar, pero a juzgar por el guardarropa de Milena, había sido uno de sus favoritos.

La tristeza por Milena amenazó con dominarla, así que trató de concentrarse en el presente aferrando el cabello de James, que ahora era lo bastante largo como para poder enredar sus dedos.

Un gemido entrecortado fue su recompensa.

James deslizó la mano por el costado y la agarró del trasero. Incluso a través de los

pantalones cortos notaba el calor de sus manos. Susan alzó la pierna para facilitarle el acceso. James se deslizó hasta la intersección y frotó con suavidad con el pulgar.

—Puedo sentir tu calor. —Su voz había bajado una octava y sonaba más grave de lo habitual.

Susan movió las caderas con descaro hacia él, tratando de incrementar la presión. Necesitaba más. Nunca había podido satisfacerse sola sin usar el clítoris, pero tampoco había experimentado aquel calor antes; un placer tan intenso que era casi dolor.

—Quítame la ropa —le suplicó.

«Tócame».

«Llénname».

«Soy tuya».

James enganchó los pulgares en la cintura elástica. Le quitó los *shorts* y la ropa interior con un solo movimiento.

—Vaya, sí que son ajustados.

—Es la moda. —Susan rio, pero la risa murió en su garganta cuando James presionó el pulgar contra su sexo. Ahora no había tejido entre ellos.

Frotó hasta llegar a su clítoris y se detuvo allí.

Susan gritó de placer.

—Estás tan mojada… Mojada para mí.

«Para ti».

Era una verdad incontestable.

«Concéntrate en lo físico».

«Concéntrate en el placer».

No podía pedirle más a James. No, cuando había dejado claro que no buscaba nada más.

La penetró con el índice, grueso y largo, moviéndose en armonía con el pulgar que presionaba su clítoris; así era fácil olvidar todo lo demás.

—Tan mojada y tan prieta para mí.

Susan jamás habría tomado a James por alguien que disfrutase diciendo guarradas durante el sexo. Se dio cuenta de que no lo conocía en absoluto.

Sintió que se abría como una flor buscando su contacto; era un placer delicioso. Un segundo dedo se sumó al primero, haciendo un movimiento de tijera en su interior. Aunque presionaba muy fuerte, aquello no era nada comparado con su polla.

—¿Quieres correrte mientras te toco? —preguntó en voz baja. Lo dijo como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si Susan no estuviera muriéndose de gusto con aquel contacto.

—No. —La palabra, aunque había surgido de sus propios labios, la sorprendió.

—¿No? —preguntó James, que volvió a esbozar una sonrisa irónica.

—Quiero correrme con tu polla —dijo ella.

Sus ojos brillaban. Se dio cuenta del esfuerzo que estaba haciendo para controlarse. Se quitó los pantalones de golpe. No llevaba nada debajo y, joder, eso la excitaba aún más.

Ya estaba duro, tan duro que a Susan la sorprendió no ver la marca de una cremallera en su pene.

Un momento después, se había puesto el preservativo. Apoyó su cuerpo, grande y duro, entre sus curvas.

—¿Lista?

—Por favor —Susan gimió, y se mordió el labio—. Ahora.

—Qué codiciosa. —James rozó su boca con el índice. Susan abrió los labios y el dedo se introdujo en su boca, explorando el interior como ella quería que hiciera su polla. Chupó con

avidez hasta que sus ojos chispearon de nuevo. Él también estaba sufriendo por el deseo. Sufriendo por ella.

«Ahora ya no estás tan tranquilo».

Aun así, se tomó su tiempo. Frotó el glande contra su clítoris. Susan vio las estrellas, pero no fue lo bastante fuerte como para llegar al orgasmo. Sintió un vacío en su interior.

Descubrió que no tenía reparos en suplicar.

—James. Por favor.

James la rodeó con los brazos, movió las caderas hasta que Susan estuvo encima de él.

—Toma lo que necesites, cariño —dijo James. Su voz estaba teñida de algo.

«Emoción».

«Deseo».

«Anhelo».

Susan no necesitó que se lo dijera dos veces. Se levantó, alineó su miembro con su sexo y se fue inclinando lentamente. Era más grande de lo que recordaba. En aquella posición, casi demasiado para que entrara.

—Dios —dijo—. Eres…

«Tan grande».

«Tanto».

Y de repente, estaba dentro.

Susan gimió.

Nunca se había sentido tan llena antes.

James estaba inmóvil como una estatua, dejando que Susan se acostumbrara a la sensación. Sus labios gruesos dibujaban una línea delgada en su rostro. Apretaba tan fuerte la mandíbula que parecía a punto de estallar.

Le puso las manos en las caderas, lo bastante fuerte para que Susan las sintiera, pero no tanto como para marcarle la piel. Eso le dio el impulso necesario para empezar a moverse sobre él. Arriba y abajo, justo como quería.

—Sí —murmuró él—. Sí.

James le tocó los pechos con sus manos grandes, tirando de sus pezones marrones. Estos parecían sincronizados con su sexo, formando una autopista de placer.

Encontró el ritmo y se movió más rápido sobre él, disfrutando de cómo James movía sus caderas para frotar su clítoris con cada embestida.

—Susan… —jadeó—. Estoy a punto de correrme…

«Sí».

James volvió a apoyar las manos en sus caderas, apretando con más fuerza, embistiéndola con empellones de cadera que solo podían conducirla a un sitio. Exactamente a donde Susan quería ir.

Un instante más tarde, Susan encontró el precipicio. Saltó al vacío sin dudarlo. Sintió su coño contraerse alrededor de la polla de James. El orgasmo creció y creció, ahogándola de placer, llegando hasta las puntas de los dedos de los pies y de las manos. Susan supo en qué instante él se corrió también porque los dos dieron el mismo gemido desgarrado. Sus ojos se encontraron con los de James en un momento único de placer compartido.

17



Susan

Hacia las once de la mañana, Susan salió a hurtadillas de la casa de James. Esa vez no había niños jugando fuera. Las basuras seguían desbordadas; el camión aún no había vuelto a pasar.

Si se daba prisa, tendría el tiempo justo para pasar por la oficina de correos y llegar a tiempo al trabajo.

Se le ocurrió que, si James no hubiera usado condón, su semen aún estaría goteando. En lugar de vergüenza, sintió una oleada de calor que solo podía interpretarse como deseo.

«Mierda».

Tenía que poner en orden sus ideas. Esa no era la clase de cosas que podía compartir con Lorraine. Si la agente federal supiera lo que estaba pasando, la sacaría de allí y la enviaría de vuelta a Sharp's Cove; y con razón.

Tres empleados de aspecto aburrido levantaron la vista cuando Susan entró en la oficina. Eligió un conjunto de postales ya franqueadas con fotografías de playas y pagó en efectivo. No iba a enviarlas. Lorraine le había asegurado que bastaría con que entrara en la oficina. Alguien del FBI estaría vigilando y se pondría en contacto con ella.

Se preguntó cuánto tiempo los llevaría encontrarla.

La respuesta llegó muy rápido, pues vio a Lorraine en un banco fuera de la oficina de correos.

Susan se sentó y sacó las postales. Mientras hurgaba en el bolso, Lorraine le ofreció un bolígrafo que llevaba en la mano, como haría un desconocido.

—Gracias —dijo Susan, cogiéndolo.

—Pensé que igual vendrías hoy —comentó Lorraine, lanzándole una mirada significativa.

Susan sintió calor en las mejillas.

«¿Sabe que James y yo estamos durmiendo juntos?».

«¿Cómo se ha enterado?».

—Interceptamos unos correos electrónicos entre Miguel Mendoza y su hermano —prosiguió Lorraine en voz baja—. Están planeando algo.

«Un correo electrónico».

«Nada que ver con nosotros».

Con la primera postal en el regazo, Susan comenzó a escribir unas frases para un amigo inexistente.

—¿Podéis rastrear el barco? Creemos que este domingo puede ocurrir algo y, sea lo que sea, Ernesto Mendoza estará allí.

Lorraine no pudo ocultar su asombro.

—¿Ernesto Mendoza? ¿Aquí? ¿En los Estados Unidos?

Susan asintió, mordiendo la punta del bolígrafo como si buscara inspiración para la postal. Se sentía incómoda. Nunca se había considerado buena actriz.

—No creo que se atreviera —susurró Lorraine.

Susan se encogió de hombros. Lorraine tendría que creerla. Explicarlo le llevaría demasiado tiempo.

Por el rabillo del ojo, vio que la agente comenzaba a temblar de excitación.

—Entonces, debemos estar listos.

Susan se preguntó si se arrepentiría de sus próximas palabras, pero fue incapaz de contenerse.

—Escucha, Lorraine… Quizá deberías apartar a James de la operación ya. Va a pelear con alguien que… Alguien que podría hacerle daño. Tengo un mal presentimiento.

—¿Quién?

—Daniel Guerrero.

Lorraine pareció dudar, pero, finalmente, negó con la cabeza, rechazando la idea.

—No podemos sacarlo ahora. Mendoza y Moore sospecharían. Pero nos aseguraremos de tener un equipo listo para apoyaros a ambos —añadió con rapidez.

Susan vio como el bolígrafo en su mano temblaba.

«¿Qué esperabas?».

«¿Que Lorraine cancelara toda la operación debido a un mal presentimiento?».

Asintió en silencio.

—Por favor, no le digas que te lo he pedido. No lo entendería.

Lorraine asintió. Luego, dudó un instante.

—James se reunió con su responsable en el parque. Nos pidió que te sacáramos.

Susan se estremeció. Él no le había dicho nada. Había estado con ella, en la cama, y no había dicho nada.

—¿Le dio algún motivo? —preguntó en voz baja.

—Dijo que las cosas se están volviendo peligrosas. Está preocupado por ti.

—Estoy bien, Lorraine. No tienes que preocuparte por mí. —De repente, se sentía perdida y se preguntó por qué—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Lo de siempre. No llames la atención. Encontraremos la manera de subir a ese barco contigo. Permanece cerca de James, ¿me oyes? Confía en él. Es bueno en su trabajo.

Susan asintió.

—Gracias por el bolígrafo —dijo en voz alta, devolviéndoselo a Lorraine. Metió la postal de nuevo en el bolso y se levantó sin mirar atrás.

Entró en el bar un minuto antes de la hora. Justo a tiempo, en realidad, ya que necesitaba ese minuto extra para cambiarse de calzado y quitarse las viejas Vans.

Sintió un dolor punzante en los meñiques cuando metió los pies en los zapatos de charol de tacón alto. Apretó los dientes. Se iría haciendo más fácil a medida que avanzara la noche.

Confió en que James usaría el sentido común y se mantendría alejado. No quería verlo; no ahora, que sabía que había intentado deshacerse de ella, actuando a sus espaldas para sacarla del caso. Tal vez solo fuera policía en un pueblo pequeño, pero nadie en Sharp’s Cove la había tratado con tan poco respeto.

Se secó las lágrimas de rabia con el dorso de la mano, agradecida de no haberse puesto aún el maquillaje. Tendría que esperar un rato hasta que se sintiera más fuerte.

Oyó una vocecita en la cabeza.

«Eres una hipócrita».

«Tú has hecho lo mismo».

Ignoró la voz mientras cogía un trapo y fregaba furiosa la superficie de las mesas.

—Milena.

«Hablando del diablo».

Se volvió hacia James, molesta de que, incluso con tacones altos, tuviera que alzar el cuello para mirarlo a los ojos.

Lo fulminó con la mirada y volvió a concentrarse en el trapo que tenía en la mano, como si este fuera mucho más interesante.

—Hola —insistió él. Sus dedos se cerraron en torno a su muñeca. Su tacto era cálido y suave.

Susan le dio un sonoro bofetón en la mejilla. Las pocas personas que había en el bar se giraron para mirarlos.

James se quedó congelado con la boca abierta. Su mejilla se tornó de color rosa.

Susan hervía de rabia. No podía decirle lo que ocurría sin arruinar su tapadera, y nunca haría algo así.

Percibió el momento justo en el que James se dio cuenta de lo que había ocurrido. Su mirada se suavizó.

—Cariño… —dijo con voz baja y ronca.

—No me llames «cariño». Creo que voy a alejarme de los hombres. No se puede confiar en ninguno de vosotros.

Iba a añadir algo, pero se dio cuenta de que había alguien más con ellos. Pia.

—¿Milena? ¿Puedes ayudarme en la cocina?

Susan siguió a Pia detrás de la barra.

—Hola. ¿Va todo bien?

—Estoy bien. Jay no iba a hacerme daño.

Pia la miró muy seria.

—No, no tenía pinta de que fuera a devolverte el golpe. Me preocupaba más que tú siguieras golpeando al luchador favorito de Sean.

Susan sonrió un poco.

—Eso no quedaría muy bien, ¿verdad? —Resolló ruidosamente—. Es un imbécil.

—Todos los hombres lo son —confirmó Pia—. Escucha, Milena, sé que no es asunto mío y me callaré si me dices que me calle, pero… no me gustaría que cometieras los mismos errores que cometí yo.

Susan sintió una presión detrás de sus ojos que le indicaba que estaba a punto de echarse a llorar.

—Mi hija es lo mejor que me ha pasado. No la cambiaría por nada del mundo. Pero si pudiera haberla tenido con… con un hombre que estuviera a mi lado… —Pia también resolló y se limpió la nariz con la manga—. Si él no es así, no te conformes.

Susan miró a James, que todavía estaba de pie, congelado, al otro lado del bar. Era un hombre que valoraba el honor y el control por encima de todo. Un hombre que nunca aceptaría cambiar sus valores. Un hombre del que cualquier mujer estaría orgullosa. Incluso si la había herido profundamente.

Tomó la mano enrojecida de Pia entre las suyas.

—Gracias, Pia. Eres una buena amiga.

18



James

James trotaba por la cubierta, estirando las piernas. Dentro había cientos de personas —tanto invitados como empleados— agolpándose en el bar y el casino. Pero arriba, de momento, James estaba completamente solo; a solas con el cielo de color gris tormentoso.

Se detuvo y observó el tenue horizonte de la ciudad desvaneciéndose. Pronto estarían demasiado lejos para ver la costa.

Confiaba en Lorraine de forma implícita. Sabía que su equipo habría encontrado la forma de subir al barco y se pondría en contacto cuando llegara el momento.

«Suponiendo que tengas razón».

«Que algo va a ocurrir esta noche».

James cruzó un brazo por encima del cuerpo para apoyar el codo opuesto y ahondar en el estiramiento.

—¿Preocupado por la pelea de esta noche?

James se sobresaltó y, al girarse, vio a Miguel Mendoza de pie a menos de un metro de distancia. Ni siquiera lo había oído acercarse.

Se encogió de hombros. No lo preocupaba la pelea. Aquella noche, que Guerrero le diera una paliza era la menor de sus preocupaciones, pero no iba a decírselo a Mendoza.

Mendoza se acercó a él. Sus suelas de goma no hacían ruido sobre la cubierta. Agarró la barandilla con sus manos bien cuidadas y miró el océano.

—Es tan hermoso y tan diferente a nuestra tierra.

—Diferente, ¿en qué sentido? —preguntó James.

—Todo es más frío aquí. Más oscuro. —Se encogió de hombros—. Deberías estar preocupado. Guerrero es una bestia y hará cualquier cosa para demostrar lo que vale.

—¿Para demostrártelo a ti?

La risa de Miguel fue musical.

—No a mí.

Miguel se encogió de hombros.

—Deberías perder la pelea. Moore lo entenderá. Igual hasta se alegra.

—Nunca he amañado una pelea y no voy a empezar esta noche. —Hizo una pausa para girar sus anchos hombros—. Pero intentaré dejar vivo a tu chico. Como señal de respeto.

La risa de Miguel resonó en el crepúsculo.

—Me caes bien, Jay —dijo—. Realmente, me caes bien. Espero que Guerrero no te mate esta noche.

Se quedaron allí, sumidos en un silencio agradable; ninguno sentía la necesidad de decir nada más. El único sonido era el de los motores del barco hasta que de pronto un ruido diferente resonó en la noche. Otro motor, un sonido más débil, más agudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Jay. Apretó la barandilla lo bastante fuerte como para hacer crujir el metal, pero su rostro permaneció inexpresivo.

—Ya está aquí —dijo Miguel, simplemente.

—¿Quién?

—Mi hermano.

—¿Tu hermano está aquí?

«¡Sí!».

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Jay? —preguntó Moore, dando tumbos hacia ellos. James

se dio cuenta de lo mucho que se movía el barco. No se había percatado hasta ahora.

—Solo estábamos charlando —dijo Miguel con suavidad.

Los ojos de Moore se clavaron en James.

—No deberías estar aquí. Baja y prepárate para pelear.

James se giró para cumplir la orden, pero no sin antes observar cómo un pequeño barco se alineaba junto al suyo. En la cubierta, había un hombre solitario de cabello oscuro.

«Espero que estés viendo esto, Lorraine».

19



Susan

El árbitro apenas se había apartado cuando Guerrero lanzó el primer golpe. James bloqueó y esquivó, pero a Susan le pareció que aquel gesto ya establecía el tono de la pelea.

Ambos hombres tenían el torso desnudo. Bajo la tenue luz amarillenta, sus músculos brillaban: Guerrero, grueso y robusto; y James, esbelto, pura fuerza masculina.

A Susan la sorprendió descubrir lo mucho que lo deseaba. Incluso después de que hubiera tratado de sacarla del caso a sus espaldas. Podía estar enfadadísima con él, pero su cuerpo seguía deseándolo.

Cerró los ojos un instante, pero no servía de nada, ya que seguía oyendo los golpes. Volvió a abrirlos. Ninguno de los golpes intercambiados hasta ahora era peligroso, pero al final alguno causaría un daño real.

Había captado la señal de James antes de comenzar la pelea. Se había rozado la ceja izquierda con la mano, justo sobre su reciente cicatriz. Solo había sido un roce, pero le confirmó a Susan que Ernesto Mendoza estaba en el barco.

«Estoy lista».

Estaba más que lista para acabar de una maldita vez con todo aquello.

—¡Milena, las bebidas! —oyó decir a Pia como si estuviera muy lejos. Miró la bandeja vacía en sus manos. Los invitados habían cogido todas las bebidas y ni siquiera se había dado cuenta.

—¡Ya voy! —dijo, caminando a tumbos hasta el bar. Se agarró a la superficie de cobre para no caerse sobre un cliente borracho.

«¿El barco se movía tanto hace unos minutos?».

No sabía mucho de navegación, pero aquello no tenía buena pinta y había un par de invitados tan mareados como ella. Las otras camareras, mujeres con mucha más experiencia y expertas en llevar bebidas sin derramar una sola gota, también parecían tener problemas.

Pia la miró y suspiró.

—Parece que va a ser una de esas noches. ¿Seguro que estarás bien? —preguntó. Rozó la mejilla de Susan con la mano.

«¿Voy a estar bien?».

«¿Vamos a estarlo todos?».

«¿Ese ruido es el viento aullando por encima de nosotros?».

Por supuesto, Pia no tenía ni idea de que iba a ocurrir algo. Solo hablaba de la tormenta.

Quería advertirla de que se quedara detrás de la barra, pero no podía. Tenía que confiar en que ella y el resto de mujeres tuvieran el suficiente sentido común para mantener la cabeza baja cuando llegara el momento.

—Malditos tacones —se limitó a decir.

—Ya te digo. —Pia se rio—. Toma, lleva estas bebidas allí. Algunos invitados tienen el estómago bien entrenado y seguirán bebiendo aunque la tormenta nos ponga horizontales…

Susan comprobó que los vasos estaban llenos hasta la mitad. Tomó la bandeja, la estabilizó apoyándola contra su costado y se dirigió otra vez al *ring* para repartir las bebidas.

Y para observar la pelea. Porque no podía librarse de la ridícula idea de que no le pasaría nada a James mientras ella estuviera allí.

James tropezó y recibió de lleno un gancho de Guerrero en el hígado. James hincó una rodilla en el suelo. A Susan se le escapó un grito. Era como si le hubieran golpeado a ella.

James se puso blanco como el papel; sus labios, casi de color grisáceo. Parecía a punto de

desmayarse.

«Tal vez eso sería lo mejor».

«Fin de la pelea».

Pero James no cayó.

—*¿Quieres más, cabrón?* —le espoleó Guerrero.

James se incorporó con esfuerzo y le enseñó los dientes, apretando los puños.

Guerrero aún se estaba regodeando cuando James lanzó el contraataque: un golpe a la barbilla que impactó en los dientes de Guerrero. La sangre brotó de su labio partido. Goteaba sin freno por su mentón.

—Ven a por mí, Guerrero —dijo James arrastrando la voz mientras protegía su rostro tras la guardia.

De repente, las luces amarillas parpadearon y sumieron la sala en la oscuridad. El barco bandeó en la tormenta. La gente gritó. Alguien echó a correr junto a Susan y estuvo a punto de tirarla al suelo.

En cuanto recuperó el equilibrio sobre aquellos malditos tacones, el barco se bandeó de nuevo. Algo duro la golpeó en la cadera.

Sintió como el dolor recorría toda su pierna.

Pero el dolor no era lo peor. Lo peor era el miedo.

Tan denso que podía olerlo.

Estaba de vuelta en el maletero, quedándose sin aire y siendo arrastrada de un lado a otro como una marioneta. Su estómago se tensó. La gente gritaba a su alrededor, pero apenas la oía, perdida como estaba en aquel recuerdo aterrador.

Se le escapó un breve gemido, como el sonido que hace un juguete inflable cuando se libera el aire de su interior.

Susan clavó las uñas en las palmas.

«No».

No iba a permitir que aquel miedo la dominara, no permitiría que dictara su vida. Eso era exactamente lo que temían James y Lorraine, que no fuera capaz de lidiar con él. Que, cuando las cosas se pusieran difíciles, no estuviera a la altura.

«Voy a estarlo».

A tientas, se dirigió hacia lo que esperaba que fuera el *ring*. El último lugar donde había visto a James.

Un conjunto distinto de luces se encendió; la tenue iluminación de emergencia bañó el salón en una luz rojiza.

Un hombre la empujó. Susan lo siguió con la mirada y lo vio unirse a la multitud de invitados que abarrotaban las puertas y que casi parecían más líquidos que sólidos, moviéndose por instinto hacia lo que consideraban un sitio seguro.

Susan parpadeó y apartó la mirada de las puertas. Se volvió hacia el *ring*. Una imagen silenciosa y estática se manifestó ante ella.

James estaba de pie frente a Guerrero. Ya no peleaban; se miraban desafiantes. Tenían las piernas abiertas a cierta distancia para combatir los vaivenes del barco.

«Y no llevan tacones».

«¿Por qué sigo llevando tacones?».

Sacudiendo la cabeza, Susan se quitó los zapatos. Movió los dedos de los pies sobre el suelo frío para desentumecerlos. Prefería estar descalza a partirse un tobillo.

Había otros hombres cerca de James y Guerrero. Moore seguía allí, gritando al teléfono como

si la persona al otro lado de la línea pudiera detener el caos que se había desatado a su alrededor. A su lado, estaba Miguel Mendoza, delgado y elegante con su traje color marrón claro, y, sobre todo, tranquilo, como si aquello no fuera con él. Y, junto a él, otro hombre: una versión más gruesa y madura de Miguel.

«Ernesto Mendoza».

Susan sintió que se le secaba la boca. Lorraine le había enseñado fotos, pero no le hacían justicia. Tenía un rostro alargado y anguloso, bronceado, salvo en una zona sobre el labio. Allí, una marca blanca indicaba un bigote afeitado hacía poco. Pero fueron sus ojos los que captaron toda su atención. Bajo las luces parpadeantes, parecía un reptil más que una persona.

Y entonces se quebró el silencio. Una docena de linternas iluminaron la sala, sostenidas firmemente por hombres y mujeres con uniformes tácticos.

—¡FBI! ¡No se muevan! ¡Quédense donde están!

Incluso Susan, que había estado esperándolos, se quedó helada.

—¡No! ¡No! —gritó Miguel, aferrándose a la camisa de Moore—. ¡Nos has traicionado!

Ernesto rugió. Algo brilló en su fría mirada de reptil y una navaja con la hoja curvada como un colmillo apareció resplandeciente en su mano.

«¿De dónde ha salido?».

Ernesto se lanzó sobre Moore, pero James saltó para ponerse entre los dos. Sus músculos se tensaron mientras forcejeaba con Ernesto, a quien la furia parecía otorgarle una fuerza sobrehumana.

El barco volvió a balancearse y James perdió el equilibrio. Susan oyó el sonido de la navaja hundiéndose en su hombro.

Chilló y corrió hacia James. Tenía que llegar hasta él. Tenía que…

Entonces fue empujada con fuerza contra el cuerpo de otro hombre.

«Guerrero».

—Milena —jadeó Guerrero, y la rodeó con los brazos. Eso le impidió ver a James.

Susan se giró, tratando de superar el muro que había levantado Guerrero con su cuerpo.

—¡Déjame ir! —gritó. Pisó la bota de Guerrero, pero con los pies descalzos apenas tuvo efecto. Sus ojos se llenaron de lágrimas. No tendría que haberse quitado los malditos tacones—. ¡Déjame ir, Guerrero!

—No voy a dejar que te hagan daño, Milena. —Guerrero la soltó, pero se quedó cerca, preparado para volver a agarrarla si se movía.

Las luces se acercaron, cegándolos.

—¡Manos arriba o disparamos! —gritó una voz.

Susan tardó un momento en comprender que también se referían a ella.

«No».

«No saben que estoy con ellos».

«Di algo».

«Haz algo».

«Vas a recibir un disparo».

Se preguntó si la luz que la cegaba sería lo último que vería.

Y entonces James estaba allí. Susan casi lloró de alivio. La sangre goteaba de su hombro, pero estaba en pie.

«Está vivo».

«Está bien».

Los ojos azules de James se llenaron de una honda emoción. Asintió en su dirección; luego,

se volvió para confrontar a los agentes del FBI.

—¡Soy un agente federal! Y ella es una agente de policía —anunció en voz alta. Su cuerpo la protegía—. ¡No disparen!

—¿Milena? —dijo Guerrero. Dio un paso atrás, atónito.

Susan tragó saliva.

—Lo siento…

Un agente se lanzó contra Guerrero y lo tiró al suelo. Le pusieron las manos a la espalda. Guerrero tenía una expresión estoica. Sus ojos estaban clavados en Susan y la miraba como si todo su mundo se hubiera puesto patas arriba.

—¡Llévenselo! Es Ernesto Mendoza —ordenó James por detrás. Las facciones del narcotraficante se contrajeron de furia mientras lo alejaban a rastras, esposado.

Otro hombre echó a correr y varios agentes lo persiguieron.

Entonces apareció Lorraine.

—Buen trabajo. Susan, James.

—¿Buen trabajo? —La vergüenza le impedía hablar con normalidad.

«Hemos revelado nuestra identidad».

«James lo ha hecho para salvarme».

—Lo habéis hecho bien —insistió Lorraine. Oyó algo por el auricular—. También hemos atrapado a Moore. —Les entregó a James y a Susan dos camisetas azul oscuro con las palabras «FBI» en amarillo en la espalda. James se puso la suya. Susan lo copió, tirando cuando la camiseta, que era muy grande para ella, se le enganchó en el top.

Lorraine le entregó un arma a James.

—Aquí tienes, compañero.

Susan estuvo a punto de preguntar dónde estaba su arma, pero era una pregunta estúpida porque sabía exactamente dónde se encontraba: guardada en una caja fuerte en la comisaría de Sharp’s Cove.

De repente, la asaltó una nostalgia muy fuerte, casi abrumadora. Aquellos no eran sus amigos. James era el compañero de Lorraine, no el suyo. Susan no era agente federal.

Lorraine los empujó hacia la salida.

—Salid de aquí. El helicóptero os está esperando. Nosotros nos encargaremos de esto.

A Susan se le revolvió el estómago cuando el barco se escoró hacia un lado.

—Vamos —dijo James, tendiéndole un brazo para ayudarla—. La tormenta está empeorando. Tenemos que salir de aquí.

Susan se estabilizó con esfuerzo.

—¿Estás bien? —James apretaba los dientes. Tenía la mano izquierda apoyada sobre su hombro derecho. Susan podía ver la sangre bajo aquella la luz intermitente. Necesitaba aplicar mucha más presión si pretendía detener la hemorragia.

Miró la barra. Había un montón de trapos de cocina limpios detrás. Tal vez podían…

Un destello de color captó su atención. La sala ya estaba casi vacía. Las pocas personas restantes se amontonaban alrededor de la puerta principal. Pero sus ojos no mentían. Una figura delgada se estaba escabullendo por la pequeña puerta trasera que había detrás de la barra.

«Pia».

Susan corrió tras ella.

20

James

—¡Susan! ¿Dónde demonios vas?

«Mierda».

James corrió sujetándose el hombro herido con la mano. No iba a dejarla sola ni un instante.

Cuando había visto a los agentes apuntar a Susan con sus armas, su corazón había estado a punto de detenerse. Sabía que ese instante formaría parte para siempre de sus pesadillas.

Miedo, como nunca lo había experimentado antes.

Tan espeso que podía saborearlo.

La constatación de que, si uno de los agentes disparaba, todo habría terminado. Sus sueños. Sueños que, hasta ahora, no había sido capaz de confrontar.

Pero Susan estaba bien. Solo tenía que mantenerla con vida y sacarla de allí.

«Mierda».

«¿Dónde demonios ha ido?».

«Es como si hubiera desaparecido».

La sangre burbujeó en su hombro, un sonido húmedo y repugnante. No pensaba que la navaja hubiera penetrado demasiado hondo, pero seguía sangrando, y eso no era buena señal.

James lo ignoró. No era momento de pararse a pensar en las consecuencias.

Sostuvo la pistola —con el seguro quitado— mientras atravesaba la siguiente puerta a la carrera.

Hizo un esfuerzo por escuchar. Ya no oía el ruido constante de los motores.

«¿Los han apagado o es la tormenta la que los ha averiado?».

«¿Puede una tormenta hundir un barco de este tamaño?».

No tenía idea de lo que hacía falta para hundir un barco, pero había visto *Titanic*.

Tenía que sacar a Susan de allí.

Pero, para eso, primero tenía que encontrarla.

El barco volvió a zozobrar, lanzándolo contra la pared del pasillo.

James se aferró al pasamanos con el brazo sano.

Un oficial corrió en dirección contraria, cargando con un montón de chalecos salvavidas. Su cabello estaba empapado, como si hubiera estado en el exterior, bajo la tormenta.

—¡Ayúdame! —pidió James—. Estoy buscando a una mujer de cabello oscuro que ha pasado hace unos segundos.

—Sal de aquí, tío —replicó el oficial. Sus ojos estaban muy abiertos, como enloquecidos. Se echó hacia atrás todo lo que pudo mientras cruzaba junto a James, como si tuviera algo contagioso. En el último momento se dio la vuelta y le arrojó uno de los chalecos a los brazos—. Nos estamos hundiendo.

James contuvo un gemido.

«¿Qué probabilidades había de que pasara algo así?».

—¡Mierda!

Esa era la voz de su compañera a través de la radio.

—¿Lorraine?

—Mierda. Mierda. Miguel Mendoza y uno de sus hombres acaban de caer al mar.

—¿Aún tienes a Ernesto? —James contuvo la respiración.

«Dime que lo tienes».

«Dime que todo esto no ha sido en vano».

—Lo tenemos en un lugar seguro. —Lorraine se detuvo un segundo—. ¡James! ¿Dónde diablos estáis Susan y tú? ¡Tenemos que salir de aquí ya!

«La estoy buscando».

—Danos un minuto —dijo, tratando de mantener el equilibrio en un pasillo que había dejado de estar en posición horizontal. Ascendió, aunque sabía que en realidad estaba bajando a la sala de máquinas—. ¡Susan! ¡Susan!

«Me sacaba menos de veinte segundos de ventaja».

«¿Dónde ha ido?».

Escuchó la voz de Susan, vacilante, a través de uno de los camarotes sin ventanas.

—¿Pia?

James se agarró al marco de la puerta con ambas manos, ignorando el dolor de su hombro. Susan estaba justo al otro lado, ilesa. El corazón de James latía con fuerza.

Había otra mujer en la habitación de espaldas a ellos. Su silueta le indicó a James que sostenía algo pesado en los brazos. La mujer comenzó a darse la vuelta y James levantó el arma, apuntando al centro. La bajó cuando vio lo que llevaba.

«Una niña».

No podía tener más de cuatro o cinco años. Era tan pálida que las pecas en su nariz destacaban como pintadas con kohl. Se aferraba al cuello de su madre como si le fuera la vida en ello.

—La niñera canceló la cita —balbuceó Pia—. Tuve que traerla aquí. Le pedí que se quedara en el camarote y pasé a ver cómo estaba cada media hora. No sabía… —sollozó.

Susan corrió hacia ella.

—No pasa nada. Vamos a sacaros a las dos de aquí —dijo con voz tranquila.

Como si pretendiera desautorizarla, el barco se escoró aún más. Esta vez no recuperó su posición original. Por encima del ruido de la alarma, James escuchó algo aún más preocupante: el sonido del agua salpicando en algún punto «dentro» del barco.

—¿Oyes eso? —preguntó Susan con la voz teñida de miedo.

—¡James! —gritó Lorraine—. El helicóptero…

La línea se llenó de estática, pero James no necesitaba escuchar el resto del mensaje.

Entró en el camarote y cogió a la niña de los brazos de su madre, levantándola con su brazo izquierdo. La cría tenía tanto miedo que no emitió ningún sonido; solo bajó la barbilla y se aferró a su cuello.

James empujó a las dos mujeres delante de él, hacia el pasillo.

—¡No podemos volver por donde hemos venido! ¡Girad a la derecha! —gritó James. Se habían internado tanto en las entrañas del barco que era preferible buscar la siguiente salida de emergencia. Tenían que escapar de allí.

La alarma sonaba con más fuerza. La niña se refugió en su pecho todavía más si es que era posible. El hombro le dolía, pero el dolor palidecía si lo comparaba con el miedo de fallarles.

—Tranquila, todo va a salir bien —dijo en voz baja para que solo la niña pudiera escucharlo.

Las mujeres se apoyaron la una en la otra y también en la pared mientras el barco se inclinaba hacia un lado, pero no se detuvieron. Pia se giraba cada pocos pasos, como si necesitara confirmar que su hija seguía allí.

La siguiente puerta estaba cerrada. Si sus cálculos eran correctos, los llevaría al exterior. Si se equivocaba, el otro lado podía estar inundado. La mirada aprensiva de Susan le confirmó que ella pensaba lo mismo.

James se percató de que el chaleco salvavidas todavía colgaba de su brazo.

—Parad un momento —les instó a las mujeres. Se detuvo y se lo puso a la niña, apretando las correas todo lo que pudo.

«Mierda. Sigue siendo demasiado grande».

«Si acabamos en el agua, se soltará».

Susan lo ayudó. Tras unos cuantos nudos ejecutados con pericia, confirmaron que el chaleco salvavidas no iba a irse ninguna parte.

—Gracias —dijo James en voz baja.

Susan correspondió con una pequeña sonrisa luminosa.

La radio de su bolsillo crepitó con la estática. Era la voz de Lorraine otra vez, que parecía haber perdido los papeles.

—¡No! ¡No nos vamos sin ellos!

James alzó a la niña por encima de su cadera. Le dolía todo. Iba a necesitar un montón de paracetamol cuando todo terminara. Miró la manga de su camiseta oscura. Era imposible saber cuánto estaba sangrando.

«No importa».

«No te vas a desangrar antes de ponerlas a salvo».

—¿De verdad sois del FBI? —preguntó Pia, mirando su ropa.

—Él es del FBI —aclaró Susan en voz baja—. Yo soy agente de policía.

—Todo este tiempo… no eras camarera.

James detectó sorpresa en su voz, pero no malicia. En cualquier caso, no era el mejor lugar para mantener aquella conversación. Si el helicóptero se había ido, necesitaban encontrar otra forma de salir de allí.

Le entregó la niña a su madre y pegó el oído a la puerta. Susan estaba junto a él.

—No oigo agua —dijo Susan.

—Por si acaso, sujétate a algo mientras abro.

James apoyó las dos manos sobre la válvula de apertura. Estaba preparado para emplear toda su fuerza, pero la válvula giró con facilidad. La puerta se abrió, revelando el oscuro cielo nocturno.

«Que se vea el cielo es bueno».

«Significa que aún no nos hemos hundido».

—Vamos —ordenó James. Tomó a la niña de los brazos de su madre otra vez—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El susurro fue tan débil que apenas lo oyó. Parecía un soplo de aire en su cuello más que una palabra.

—Laura.

—Lo estás haciendo muy bien, Laura. Solo sigue agarrada a mí, ¿de acuerdo?

—Mi mamá…

—Está justo detrás —le aseguró, sin molestarse en comprobar que decía la verdad.

Por encima de ellos oyeron un zumbido similar al de un insecto.

James alzó la vista; ya sabía lo que se iba a encontrar.

—El helicóptero se ha ido —dijo Pia, derrotada.

—No podían esperar más. Eso es lo que trataba de decirnos Lorraine. —James apretó los dientes.

El barco se inclinó de nuevo —a estribor, recordó, ya que estaban mirando a la parte delantera— y todos se agarraron a la barandilla.

—Hay que buscar los botes salvavidas —sugirió Susan con tranquilidad. Comenzó a correr

hacia la pequeña escalera, en dirección a la cubierta superior, donde colgaban los botes.

James la siguió cargando con la niña. No necesitaba comprobar si Pia los acompañaba. Allá donde fuera la niña, ella iría detrás.

La cubierta estaba completamente vacía. Alguien había soltado la mayoría de los botes, pero aún quedaban dos, colgando como caparazones de tortuga invertidos.

«Dos barcos».

«Dos oportunidades».

«Solo necesitamos uno».

Se asomó para ver el mar y distinguió algunos de los botes alejándose.

—Tenemos que irnos ya —dijo Susan con urgencia—. No podemos permanecer cerca del barco cuando se hunda.

James asintió. Susan había crecido en Sharp's Cove. Sabía mucho más que él sobre barcos.

—¿Cómo bajamos el bote? —preguntó.

Las manos de la niña presionaron sus hombros y estuvo a punto de gritar de dolor, pero se contuvo en el último instante.

Sin embargo, Susan se dio cuenta. Se daba cuenta de todo.

—Tomaremos este —dijo, decidida—. Alguien ya se ha encargado de hacer el trabajo pesado. —Saltó al bote y añadió—: Tenemos vía libre. Empuja esa manivela.

James empujó, confiando en estar haciendo lo correcto. Sintió un gran alivio cuando el bote se posicionó junto a la cubierta.

—¡Subid a bordo! —gritó Susan.

El barco se bandeó de nuevo. James cayó hacia delante. Protegió la nuca de la niña con la mano por si acaso, pero logró detener la caída con las rodillas.

Ayudó a Pia a subir al bote salvavidas y esperó mientras este se balanceaba de nuevo, alejándolo tres metros del casco del barco. Demasiada distancia para saltar, incluso sin una niña en brazos. Tenía que esperar.

Miró a Susan directamente a los ojos.

—Espera —dijo ella—. Espera. *Ahora*.

James se lanzó sobre el bote salvavidas. Pia sollozó y le arrebató a su hija de los brazos. Susan los empujó a ambos al centro del bote.

—Quédate aquí, Pia. Agárrate a algo.

—¿Y ahora qué? —preguntó James. Odiaba presionarla, pero confiaba en que tuviera una respuesta.

—Tira de eso, es el dispositivo de hombre muerto.

James tiró y sintió un vacío en el estómago cuando el bote cayó. Pia gritó y la niña rio.

«Mierda».

Soltó la manija y el bote se detuvo con brusquedad. James miró hacia abajo. Aún estaban muy lejos del agua.

—¡Rápido! Antes de que el barco vuelva a zozobrar o nos aplastará. Haz descender el bote sobre el agua.

James no necesitó que se lo dijeran dos veces. Tiró de la manija y empezaron a caer de nuevo. Solo soltó el freno cuando estuvieron casi sobre la superficie del agua.

—Perfecto.

Susan liberó el bote de los últimos enganches.

—¿Este trasto funciona con llave? —dijo James, acercándose al pequeño motor de la parte trasera del bote—. Espero que sepas encenderlo sin ella —bromeó sin convicción.

Susan sonrió levemente y se sentó a su lado, apretando la rodilla contra él.

Movió una palanca para arrancar el motor.

No ocurrió nada.

Lo intentó de nuevo, frunciendo el ceño.

—¿Supongo que debería estar pasando «algo»?

—Prueba tú. Hay que hacerlo con más fuerza.

Susan volvió la vista hacia el barco. Parecía contar los segundos hasta que el mar los arrojara de nuevo hacia él.

«Nos aplastará como a una nuez».

James trató de arrancarlo. Lo hizo con fuerza y rapidez, pero no pasó nada.

«Mierda».

«¿Es que hoy nada va a salir bien?».

James miró a su lado. Tal vez era preferible lanzarse al agua y arriesgarse.

Pero Susan tenía otra idea. Se había puesto de pie y se dirigía al centro del bote.

Vio lo que estaba buscando: remos.

James se levantó tambaleándose. Cuando llegó a su lado, Susan ya había pasado dos remos a través de unos soportes que supuso que habían sido diseñados para aquel propósito.

—Espérame. —James detectó el agotamiento en la voz de Susan, pero la mujer se movió con seguridad, alzando otros dos remos por turnos para pasarlos también por los soportes—. A la de tres —dijo Susan.

James imitó sus movimientos, inclinándose hacia adelante y empujando con las muñecas hasta sumergir las palas de los remos en el agua. Apretó la mandíbula para que no se le escapara un gemido.

El viento y la lluvia azotaban sus cuerpos. Delante de él, Susan se encogía cada vez que la golpeaba el agua, pero no dejó de remar.

Durante un rato, parecía que no iban a ningún sitio. El pequeño bote salvavidas permanecía estático sin importar cuánto remaran. Pero, de repente, como guiado por un hilo mágico, empezó a desplazarse hacia adelante.

«Sí».

—Más fuerte —susurró Susan.

James remó con más fuerza, como si sus vidas dependieran de ello; lo que, por otra parte, era cierto. Remó y remó, siguiendo el ejemplo de Susan, que parecía incansable.

La radio de su cadera crepitó.

—James, dime que sois vosotros los del bote salvavidas. —La voz de Lorraine nunca le había sonado tan bien.

Susan miró hacia atrás para contemplarlo. Sus labios estaban agrietados y su rostro pálido, pero una gran sonrisa atravesó su cara.

Él se la devolvió.

Iban a conseguirlo.

21



Susan

Mientras la Guardia Costera trabajaba para ayudar a los demás pasajeros, James y ella fueron conducidos de inmediato a la parte trasera de un enorme todoterreno.

James apoyó la cabeza contra la ventanilla y cerró los ojos. Alguien le había puesto una venda de compresión en el hombro. No sabía si la herida era grave, pero llevaba mucho tiempo sangrando.

Observó el paisaje pasar a toda velocidad. No hablaron hasta detenerse junto a algo que no era un hospital. Si acaso, parecía una granja.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es un lugar seguro —explicó Lorraine desde la parte delantera del todoterreno. El agente tras el volante aún no había abierto la boca—. Pasaréis la noche aquí.

«Claro, el FBI tiene lugares seguros como este por todas partes».

—James tiene que ir al hospital —recordó Susan.

Lorraine se volvió y sonrió.

—No te preocupes. Hay un médico esperando dentro.

Susan se puso tensa.

—No necesita un médico. Necesita un hospital —insistió, terca.

—Relájate, Susan. Voy a estar bien —dijo James.

Lorraine la miró con una expresión que parecía decir: «¿Ves? Sigue vivo».

—Vamos, Susan. —Lorraine abrió la puerta trasera del coche—. El médico os hará un chequeo a ambos.

—Estoy bien —dijo Susan, pero tropezó al salir del coche. Solo se mantuvo en pie gracias a Lorraine, que la agarró del codo.

—No sé qué…

—Es la adrenalina. Es normal.

Mientras el médico veía a James, Lorraine condujo a Susan a otra habitación, donde la esperaba una muda de ropa.

—¿Estás herida? ¿Hay algo que debamos saber?

«Dos preguntas muy diferentes».

Susan decidió responder a la primera.

—No estoy herida, salvo por algunas ampollas en las palmas —dijo, mostrándole las manos a Lorraine—. No estoy acostumbrada a remar.

Lorraine asintió con rigidez y luego se dio la vuelta mientras Susan se quitaba la ropa mojada y se ponía el pantalón de chándal gris y la camiseta. Ambos le quedaban demasiado grandes, pero, al menos, estaban secos.

Se preguntó si alguien le habría dado ropa seca a James para que se la pusiera también.

—¿Cuándo empezó todo entre vosotros? —preguntó Lorraine en voz baja.

A Susan le entraron ganas de fingir que no sabía a qué se refería, pero supuso que haciéndolo no ganaría más que un minuto o dos a lo sumo.

—He visto la forma en que lo miras —continuó Lorraine.

«Claro que lo ha visto».

«No puedo evitarlo».

—También he visto la forma en que te mira él.

Susan alzó la cabeza tan rápido que le dolió el cuello.

Lorraine se rio.

—Hablo en serio.

—Yo… No es… Nosotros no somos…

—No te preocupes. No voy a decírselo a nadie. No creo que sea relevante para el caso y mentiría si dijera que no me había dado cuenta antes.

—¿De verdad?

—Claro. Vi cómo te miraba en Sharp's Cove, pero pensé que no haría nada al respecto. James siempre ha…

La conversación se detuvo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Susan?

El rostro de James parecía haber recuperado algo de color. Llevaba un chándal gris y una camiseta, iguales que los suyos, solo que a él le quedaban mucho mejor. Por debajo de una de sus mangas asomaba un vendaje blanco.

—¿Estás bien? —preguntó.

Susan rio y señaló su hombro.

—¿No debería ser yo la que preguntara?

—Solo es un rasguño —dijo James. Empezó a mover el hombro, luego se lo pensó mejor y se detuvo a dos metros de ella.

«Parece que podemos mantener la profesionalidad».

«Parece que…».

James salvó la distancia entre ellos con dos pasos y la cogió de la mano.

Su tacto ardía, una sensación que le pareció muy poco profesional. La forma en la que quería abrazarlo tampoco tenía nada de profesional y… Susan siseó cuando los dedos de James rozaron las ampollas de sus palmas. Él la soltó muy rápido y su mandíbula se tensó cuando vio nuevas heridas en aquellas manos ya surcadas por cicatrices.

—Susan…

—Estoy bien —se apresuró a decir ella—. Solo es un rasguño.

A James no le hizo gracia la broma, pero Lorraine y la mujer que estaba detrás de él se rieron. Susan recordaba a la médica, la había visto antes de infiltrarse. Solo habían pasado unas semanas, pero parecían años.

—Agente Lopes, creo que es hora de mantener una charla. La cuidaré bien, agente especial Ramsay.

Lorraine empujó a James fuera de la habitación con suavidad.

—¿Cómo se siente, agente Lopes?

—Susan.

—¿Cómo te sientes, Susan?

—No estoy herida si te refieres a eso. Literalmente, estas ampollas son lo único que me duele.

La doctora asintió, sacó un antiséptico de la bolsa y comenzó a limpiar sus palmas con suavidad y eficiencia. Ardía, pero no tanto como Susan había esperado.

—Mañana te harán un interrogatorio completo. Esta noche solo necesito saber si necesitas atención médica.

—¿Se va a poner bien?

—¿Quién, Ramsay? —preguntó la doctora—. Perfectamente. Soy buena en mi trabajo. Apenas dejará cicatriz. Debería preocuparlo más ese tatuaje que lleva en el otro brazo. ¿Seguro que estás bien, Susan?

Susan sacudió la cabeza.

—Sí. Cansada.

La médica señaló la cama.

—Es comprensible. Hoy puedes dormir aquí. Si quieres, también puedo quitarte ya el localizador.

Susan asintió y levantó la manga. Dolió mucho menos al salir que al entrar.

Cuando la médica se fue, Susan entró en el baño. Se lavó las manos con una pastilla de jabón inodora y los dientes con el cepillo que le habían dejado.

«Eso ha sido un detalle».

Se preguntó quién habría dejado todo eso allí.

Asumió que debía dormir con el chándal, así que se metió directamente en la cama. Se tumbó, rígida como una tabla, incapaz de relajarse a pesar de que aquel colchón era cien veces más cómodo que el que había en la casa que compartía con Pia y las demás camareras, que estaba lleno de bultos.

«Pia».

Tenía que buscar a Lorraine para confirmar que Pia y su hija se encontraban bien y averiguar a dónde las habían llevado. No podía esperar hasta mañana.

Estaba a medio camino de la puerta cuando oyó un golpe rápido. La puerta se abrió un segundo después.

«James».

Susan se lanzó a sus brazos con cuidado de no hacerle daño en el hombro.

—James —dijo sin importarle que su voz pusiera de manifiesto todo el dolor y la confusión que sentía en aquel momento.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿A dónde vas?

—Necesito hablar con Lorraine. Necesito saber que Pia y la niña están…

—Están bien —confirmó James—. Las han llevado a otro piso seguro en la ciudad. Son testigos.

—¿Testigos?

—Era la única forma de protegerlas. Así estarán a salvo ahora que Moore y Mendoza van a caer.

—¿Van a juzgarlos por esto? Mendoza no escapará por algún tecnicismo, ¿verdad? ¿Y qué dijo Lorraine sobre la desaparición de Miguel? ¿Que si…?

—Susan, Susan, tranquila. Podemos hablarlo todo mañana, pero Ernesto Mendoza ya está en la cárcel. No va a ir a ninguna parte. Esta noche necesitamos dormir.

—Dormir. Estaba tratando de dormir. No estaba funcionando.

—Eso es porque no estaba yo aquí —dijo, burlón.

—¿Vas a pasar la noche conmigo? —Ella bajó la mirada—. No creo que yo…

James se rio.

—Nada de sexo. Estoy demasiado cansado para eso. Solo quiero abrazarte. —Su expresión se tornó seria—. Sabía que no podría dormir a menos que estuviera aquí contigo.

Se acostó en la cama junto a ella.

—¿Y si nos ve alguien? —Susan se detuvo. Lorraine ya estaba enterada; sabía que habían estado durmiendo juntos.

—Ya le he contado a Lorraine lo nuestro. Quería que fuera oficial.

—¿Oficial? —Susan saboreó aquella palabra.

—Lo nuestro no ha terminado, Susan —dijo James, acurrucándola con el brazo sano—. Ni

por asomo.

Susan apoyó la cabeza sobre su hombro. Podía sentir los latidos fuertes y rítmicos de su corazón.

—No —corroboró Susan, y, un momento después, estaba dormida.

22



James

James se acomodó en aquel sofá demasiado bajo, tratando de ocultar su impaciencia. Sabía que habrían hecho el interrogatorio en otra parte si Susan no hubiera estado involucrada. Pero llevar a alguien que no era un agente federal a sus oficinas habría requerido tiempo y una tonelada de burocracia, la suficiente como para mantener a Lorraine ocupada toda la semana, así que tuvieron que conformarse.

Comenzaron a las ocho de la mañana y solo pararon una vez para tomar un sándwich pastoso y una taza de café frío.

Ahora eran las dos de la tarde.

Miró a Susan, derrengada sobre un incómodo sillón. Parecía agotada.

Le habría gustado dar marcha atrás al reloj y volver al momento en el que despertaron por primera vez en los brazos del otro. Quería que se quedara en la cama tanto tiempo como necesitara, hasta que las ojeras desaparecieran. Eso es lo que habría deseado si fuera un hombre corriente. Pero, como agente federal, sabía que meses de trabajo —todo el caso, de hecho— dependían de que ahora hicieran lo correcto. De que fueran capaces de ofrecer todos los detalles y datos necesarios, y hacerlo al pie de la letra.

—Ya hemos estado en ambos apartamentos. ¿Has dejado algo de lo que tengamos que estar enterados?

—No —dijo Susan, mirando directamente a la cámara que grababa la sesión—. Solo mi ropa, que ni siquiera es mía. Era de Milena. Y su coche, supongo. Las llaves deben estar dentro del apartamento.

Lorraine anotó algo con rapidez.

—Asumo que encontrasteis el dinero debajo del colchón —intervino James—. Había unos cien mil dólares, más o menos, de las peleas.

Lorraine silbó.

—Supongo que en el boxeo sin guantes se cobra más que en el FBI.

James sonrió con ironía.

Lorraine les entregó copias del informe. Sacó unas gafas de lectura del bolsillo y se las dio a James.

Este sonrió y se las puso de inmediato, feliz de tenerlas de vuelta.

Susan jadeó mientras agitaba su copia de su informe.

—¿Noventa kilos de cocaína?

—Noventa kilos de cocaína pura. Sellada al vacío en paquetes de medio kilo. Eso fue lo que Mendoza descargó esa tarde en el barco.

Esta vez fue James el que silbó.

—Con eso habrían ganado unos veinte millones limpios en la calle.

—También había cuarenta y dos kilos de fentanilo, que es cien veces más potente que la heroína.

James pensó en Dom y en los otros niños de aquel barrio. Una parte de él deseaba que no hubiera sido Miguel Mendoza el que cayera al mar, sino su hermano. Se estremeció. Su trabajo no era establecer un castigo justo para Ernesto Mendoza. Los tribunales se encargarían de eso.

Lorraine asintió.

—Tenemos suficientes evidencias para acusar a Ernesto Mendoza y a Sean Moore de posesión presuntiva, pero, con tu testimonio, también podemos acusarlos de dirigir operaciones

con drogas.

—¿México querrá a Mendoza de vuelta? —quiso saber James. Lorraine lo miró directamente a los ojos. Sabía lo que le estaba preguntando en realidad.

«¿Se mantendrán los cargos contra Mendoza?».

—Lo tenemos a él, a Moore y a la mayoría de sus hombres. Ya hemos contactado con las autoridades mexicanas. Es un año electoral, así que no querrán que el asunto escale. —Hizo una pausa—. No hemos encontrado a Miguel Mendoza. El helicóptero todavía está buscando su cuerpo.

James pensó en aquel hombre educado y elegante.

—No me preocuparía demasiado del más joven de los Mendoza. Creo que Miguel era una persona muy reservada.

—A mí también me dio esa impresión —dijo Susan con expresión triste—. Creo que el pobre siempre estaba tratando de impresionar a su hermano.

James se echó el pelo hacia atrás; seguía cayendo sobre su frente. Lo primero que haría al llegar a casa sería cortárselo.

«Casa».

Por mucho que deseara olvidarse de Jay, la idea de volver a su apartamento vacío no le proporcionaba mucho consuelo.

Sobre todo, porque Susan volvería a Sharp's Cove.

Suspiró.

No había tenido el valor de mencionarlo la noche anterior y esa mañana tampoco le había parecido el momento adecuado, pero tenía que hablar con ella antes de que se fuera.

—Vale, creo que hemos terminado por ahora. —Lorraine se levantó y le estrechó la mano a Susan, agradeciéndole formalmente su papel en la operación, antes de apagar la cámara. Susan sonrió tímida, pero no miró a James.

—Así que supongo que ya podéis volver a vuestras anteriores vidas —comenzó Lorraine. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Podría hablar con Susan un segundo, Lorraine?

—Claro. Voy a ver si los coches están listos.

—Un coche —dijo James con firmeza—. Solo vamos a necesitar uno.

Lorraine desapareció cerrando la puerta tras ella.

—¿Un coche? —preguntó Susan mientras retorcía las manos sobre el regazo—. Debo volver a Sharp's Cove. Hablé con Natalie durante el descanso. Se preocupará si no regreso esta noche.

James asintió.

—Te llevaré de vuelta.

—Pero tu hombro…

—Está bien. —James se aclaró la garganta. Le habría gustado vestir su propia ropa en lugar de aquellos ridículos pantalones de chándal—. Escucha, Susan…

Susan lo miró con sus ojos oscuros y brillantes. Podría perderse en esos ojos si no tenía cuidado.

—Lo que dije anoche iba en serio.

No sabía qué esperaba. Quizás alguna resistencia. Algún recelo. Una lista de preocupaciones. Él era una persona obsesiva y adicta al trabajo y Susan era… Susan era la mujer más increíble que había visto jamás. Ya sabía que no era lo bastante bueno para ella.

Susan lo sorprendió una vez más. Se levantó y salvó la distancia entre ellos. Luego, se puso de puntillas.

—Me gustaría —susurró. Su voz le hacía cosquillas en el oído. Después, sus labios suaves se unieron a los suyos y todos sus pensamientos se desvanecieron, dejando solo placer en su lugar.

23



Susan

Hope, el ayudante de la *sheriff*, la abrazó y la apretó como si no quisiera dejarla marchar.

Susan fingió resistirse.

—¿Rob? Necesito respirar.

Por fin, Rob se echó hacia atrás, pero mantuvo su manaza posada en su antebrazo.

—Diablos, me alegro de tenerte de vuelta, Susan. Te hemos echado de menos.

—Yo también os he echado de menos. ¿Cómo está Emma? No me he perdido la boda, ¿verdad?

Él se rio.

—No, y no te la habrías perdido en ningún caso. Habríamos esperado a que volvieras.

Susan parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

Alma apareció con una gran taza en las manos. Era la taza favorita de Susan, con las palabras «Mi Día Comienza con Café y Termina con Café» en el lateral.

—Toma, querida. —La voz de Alma era amable y tranquila, como uno esperaría de una mujer que llevaba trabajado treinta años como operadora de radio para la oficina del *sheriff* y el parque de bomberos. Sus ojos, detrás de sus gafas a la moda, brillaban con lágrimas contenidas.

Susan, en cambio, dejó escapar una que se deslizó por su mejilla.

—Gracias, Alma.

Miró a su alrededor para distraerse. Todo seguía igual. Eso… Eso era lo que había echado de menos durante el tiempo que había pasado en la ciudad. No Sharp's Cove en sí, sino a esas personas. Formaban parte de su familia al mismo nivel que aquellos con los que tenía lazos de sangre.

Había tres periódicos sobre un escritorio; uno de ellos era local y los otros dos, nacionales. La noticia aparecía en las tres portadas. Dos de ellas tenían incluso una foto de Ernesto Mendoza siendo arrestado.

La cámara había capturado a la perfección su fría mirada de reptil.

Tomó nota mental de que debía llamar a sus padres y decirles que había vuelto. No tenía prisa; no sabían que había estado en peligro y, aunque hubieran visto la redada y el arresto en el periódico, no lo relacionarían con su hija. Estaba demasiado lejos de Sharp's Cove para que se preocuparan.

Natalie entró corriendo en la comisaría y fue directamente hacia ella.

—¡Susan! Íbamos a recogerte.

—Me ha traído James… El agente especial Ramsay —se corrigió Susan.

Los ojos azules de Natalie no vacilaron. Si aquello la sorprendió, no dijo nada. Era la única persona allí que sabía que James también se había infiltrado.

—¿Ah, sí? ¿Todavía está aquí?

Susan negó con la cabeza.

—Volvió a la ciudad. Tiene… mucho papeleo atrasado por delante.

—Nosotros también tenemos papeleo atrasado —estalló Rob—. Te dije que te hemos echado de menos, ¿verdad?

Natalie se mordió el labio y tomó una decisión.

—No. Vas a tomarte el día libre, Susan. Ve a casa. Descansa. Nos vemos mañana.

Susan sintió como su pecho se encogía por el pánico. No soportaba la idea de volver a su apartamento. Asumió que no podría dormir. Quizás nunca podría dormir de nuevo.

«Salvo cuando James está contigo».

«Entonces sí que duermes».

Susan silenció aquella voz traicionera. No podía depender de un hombre para dormir. Tenía que conseguirlo por su cuenta.

«Pero no hoy».

—Quiero trabajar, por favor. Necesito… Necesito recuperar la rutina.

Un hombre que no conocía entró en la oficina. Tenía su edad, cabello rubio oscuro y ojos color avellana. Era casi tan alto como James. Lo reconoció por una foto que formaba parte de un montón de currículos que había reunido para Natalie antes de irse. Llevaba el mismo uniforme caqui que Natalie y Rob, pero el suyo parecía más nuevo, como si todavía no lo hubiera utilizado mucho.

Natalie se aclaró la garganta.

—Agente Lopes, te presento al agente Bell.

Susan estrechó su mano.

—Hola. He empezado esta semana. Es un placer conocerte, agente Lopes.

—Llámame Susan.

—Entonces, a mí llámame Michael.

—Un placer conocerte, Michael. Supongo que esto significa que ya no soy la agente más nueva de Sharp's Cove. ¿Asumo que ahora será él quien se haga cargo de la mayoría de las multas de aparcamiento? —dijo, volviéndose hacia Natalie.

Natalie se rio.

—Intenta no asustar al nuevo, Susan.

—No me asusto fácilmente —dijo el hombre. Aunque sonreía, su voz sonaba firme.

—Puedes quedarte, Susan. Pero tómatelo con calma, ¿vale? —Parecía que Natalie quería añadir algo, pero Susan sabía que no lo haría; no, con todos mirando—. Quizás el agente Bell y tú podéis patrullar en el coche.

—Claro, pero conduzco yo —dijo Susan.

Bell asintió en su dirección.

—Y no hagas planes para mañana por la noche. Hay mucha gente que quiere verte —añadió Natalie.



«Mucha gente» resultó ser el eufemismo del año.

Nunca había visto el Siren's Call tan abarrotado. Habían acudido todos los de la comisaría, por supuesto: Natalie, Rob, Alma y el nuevo. Eran los únicos que sabían dónde había estado Susan. Los chicos del departamento de bomberos también estaban allí, pero pensaban que solo había estado rotando, haciendo unos turnos en la ciudad.

El Siren's Call seguía como siempre. Era cálido y acogedor… Todo lo contrario que el bar donde había pasado tanto tiempo últimamente. Miró a Afra, la mujer detrás de la barra, con renovado respeto.

Se preguntó qué estaría haciendo James en aquel momento. Era viernes por la noche y todavía estaría enterrado bajo montañas de papeleo, pero había prometido que iría a verla mañana. Para hablar, había dicho.

Cuando se despidió, había dejado claro que estaba considerando algún tipo de futuro juntos. Era más de lo que Susan había esperado y una parte de ella no quería creerlo, pero sabía que

James cumpliría su palabra. Iría a Sharp’s Cove el sábado. Pero ¿seguiría siendo el hombre del que se había enamorado? ¿O este habría sido reemplazado por el frío agente federal?

«¿Qué?».

«¿Amor?».

«No estoy enamorada».

«No puedo estarlo».

Dos personas entraron en el bar. A Susan le dio el tiempo justo a prepararse antes de que Jessy Long se abalanzara sobre ella.

—¡Susan! ¡Has vuelto!

Aunque era delgada, la fuerza de su abrazo la empujó contra la mesa. Por fin, Jessy la soltó y dio un paso atrás para mirarla. Siempre habían sido amigas, pero su pequeño escarceo con la muerte a manos de Don Lowe las había hecho conectar todavía más.

—Pareces cansada —dijo Jessy.

«Nunca se anda con rodeos».

Era una de las cosas que le gustaban de la científica de tiburones.

Susan «estaba» cansada, aunque no tanto como antes de irse de Sharp’s Cove. Por lo menos, había dormido bien un par de noches en los brazos de James.

—Jessy, estás estupenda.

Y lo estaba. Iba vestida de negro, como siempre. Esa vez con unos vaqueros ajustados que le quedaban como un guante y una fina camiseta con cuello en uve.

Susan pensó en su propia ropa. Nunca vestiría con tanto estilo como Jessy, pero, tras usar la ropa de Milena durante varias semanas, por fin podía volver a llevar sus propios vaqueros azules y una camisa blanca, y no podría estar más feliz.

Estudió los ojos oscuros de Jessy buscando vestigios de miedo, pero no encontró nada. Para hacer honor a la verdad, había ocasiones en las que la rápida recuperación de Jessy la había hecho sentir débil. Su trauma superaba de lejos al de Susan, aunque aquello no fuera una competición. Mientras a Susan solo la habían metido en un maletero y la habían abandonado allí para que muriera, Jessy había sido atada a una cama por el hermano de su difunto prometido con la intención de hacerla arder, a ella y a Darryl.

Susan suspiró. Tal vez ahí estaba, en parte, el problema. El tiempo que había pasado en el maletero, asfixiándose lentamente, sin saber qué le estaba ocurriendo a la persona que debía proteger… Eso afectaría a cualquiera.

Jessy miró a alguien que había detrás de Susan. Por el modo en que su sonrisa se ensanchó no necesitó girar la cabeza para saber que era Darryl Berner, su novio y el jefe de bomberos del pueblo. Lo acompañaba el resto de su equipo de Sharp’s Cove, como patitos siguiendo a su madre.

«Grandes patitos».

«Patitos enormes».

Patitos cuyos bíceps se tensaban contra los polos de su uniforme. Susan podía apreciar sus formas masculinas, pero ni Adrian Walsh ni Jack y Alex Miller estimulaban su libido.

«Porque no son James».

«Porque no estás enamorada de ellos».

«Otra vez esa palabra».

—Susan —exclamó Darryl—. ¿Cómo estás? Me alegro de verte.

Cuando se inclinó para abrazarla, aprovechó para mirar sus manos. Susan reprimió el impulso de ocultar sus cicatrices. Sabía que Darryl se sentía responsable. Él era quien la había

rescatado; su rostro duro y apuesto había sido lo primero que vio al salir del maletero. Luego, Susan lo había salvado a él cuando, por intentar hacer lo correcto —o quizá por cometer una estupidez—, había vuelto a entrar en la casa en llamas para buscar al secuestrador.

Incluso ahora, si cerraba los ojos, podía notar el calor. Todavía podía oler su carne chamuscándose y sentir las quemaduras en su espalda y sus pantorrillas mientras arrastraba el cuerpo inerte de Darryl fuera de la casa. En aquel momento, no le había importado que pesara el doble que ella; fracasar no era una opción, incluso cuando empezaron a salirle ampollas en las manos. Pero a veces se preguntaba qué habría pasado si James no hubiera aparecido para ayudarla y si habría podido llevar sola a Darryl hasta el césped.

Era difícil separar al James de ahora del que recordaba entonces. Ese agente especial James Ramsay con el cabello perfectamente peinado, camisas almidonadas y zapatos pulidos.

Susan se sacudió. Se dio cuenta de que le estaban hablando.

—¿Dónde están Vásquez y Ramsay? ¿Han venido contigo?

Susan negó con la cabeza.

—Volvieron a la ciudad —dijo, tratando de mantener una voz neutra.

Darryl asintió.

—Bueno, me alegro de que estés de vuelta. La primera ronda la pago yo —anunció. Tomó nota de todas las bebidas y fue a la barra donde Afra, la camarera y propietaria del bar, que también era prima de Adrian, lo estaba esperando.

—Pareces… —comenzó Jessy con cautela—. Distinta.

De pronto, sonó el teléfono de Susan.

¿Q*ué estás haciendo, cariño?*

Su corazón se aceleró.

Susan apagó la pantalla, pero no lo bastante rápido.

—Has conocido a alguien —dijo Jessy con una amplia sonrisa.

Susan estuvo a punto de negarlo. James era su secreto. Su relación era demasiado reciente, demasiado nueva, para compartirla. Pero se dio cuenta de que no quería mantenerlo oculto. Después de pasarse semanas fingiendo ser otra persona, estaba de vuelta en Sharp’s Cove. Volvía a ser ella misma y estaba con sus amigos, con gente que la amaba. Personas en las que podía confiar.

No iba a esconder su felicidad por miedo a que las cosas no funcionaran.

Pensó en su madre, que siempre decía que por amor valía la pena arriesgarlo todo.

—Así es —dijo, e hizo una pausa—: es James.

—¿James? —Jessy le dio vueltas a aquel nombre, como si no conociera a nadie llamado así —. ¿James Ramsay? ¿El agente especial James Ramsay?

—Shhh… Baja la voz. Todavía no lo sabe nadie.

—¿Nadie sabe el qué? —preguntó Natalie, acercándose por detrás.

—Natalie, ¿cómo estás? ¿Hunter se ha quedado en casa con el bebé?

—Se ha ido a llevarla a la granja con su madre. Vendrá en un rato. Él también quiere darte la bienvenida. —Natalie puso los brazos en jarras—. Bueno, ¿qué es lo que nadie sabe?

—He conocido a alguien —dijo Susan, rápidamente.

Natalie suspiró, aliviada.

—Gracias a Dios. Por un momento, temí que Lorraine te hubiera convencido de unirte al FBI. Pensé que iba a perderte.

Susan cogió aire. No había hecho planes a tan largo plazo. Y Natalie era su amiga, pero también su jefa.

—No, me encanta Sharp's Cove. No voy a ir a ninguna parte. Pero quizá deberías saber…

Natalie sonrió.

—No pasa nada, Susan. Incluso si hubieras decidido cambiar de trabajo, todos nos alegraríamos por ti si es lo que quieres. Somos amigos, Susan. Somos familia.

Susan asintió, relajándose.

—Creo que él es bueno para mí.

—Entonces, ¿quién es?

—James Ramsay.

La boca de Natalie se abrió.

—¿El agente especial James Ramsay?

Jessy rio, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

—¡Esa fue justo mi reacción!

—Él… no es lo que parece.

Natalie asintió.

—No tienes que explicarnos nada. El corazón sabe lo que quiere.

«Mi corazón quiere a James».

Natalie se acercó para darle un abrazo. Sus amigas querían hacerle más preguntas sobre cómo había ocurrido todo y qué implicaciones tenía. Susan no esperaba mantener aquella conversación y no tenía ni idea de cómo responder.

Sacó el teléfono y se debatió entre el arrojo y la cautela. Todo era muy nuevo aún. Y James podía ser tan serio… Quizás era mejor darle algo de tiempo.

«Pero él me escribió primero».

«Quería saber qué estaba haciendo».

«¿Me atrevo a decírselo?».

Envió dos mensajes en rápida sucesión antes de que pudiera echarse atrás.

Estoy en el Siren's Call.

He hablado con Natalie.

Confío en que no quisieras mantener lo nuestro en secreto.

Esperó, conteniendo el aliento.

Pasó un segundo.

Dos segundos.

Susan comenzó a preguntarse si no habría cometido un grave error.

Tres mensajes parpadearon rápidamente.

Te llamaría, pero todavía estoy en la oficina y el subdirector está aquí.

No más secretos.
Ya le dije al subdirector que no volveré a trabajar de incógnito.

Susan dejó de respirar.

Aquel era un gran cambio.

¿*Por qué? ¿No deberíamos hablarlo?*

Mañana es sábado. Estaré allí antes del almuerzo. Pero quería que supieras mi posición al respecto. Diviértete, cariño. Saluda a tus amigos de mi parte.

Susan guardó el teléfono en el bolsillo.

«Una noche más».

Podía esperar una noche más.

Cuando alzó la vista de nuevo, Natalie y Jessy estaban sonriendo de oreja a oreja.

—Entonces, ¿de qué iba la cosa?

—Supongo que hay más en Ramsay de lo que se ve a simple vista —dijo Natalie.

—¿Qué pasa con Ramsay? —preguntó Rob, que se acercó a ellas mientras rodeaba con el brazo a Emma, su prometida. Susan sabía que James había jugado un papel fundamental para localizarla cuando fue secuestrada por un asesino en serie que la retenía en el bosque.

—Que quizá ahora lo veáis mucho más, eso es todo —intervino Jessy.

Susan se sonrojó.

¿Estaba lista para que lo supiera todo el mundo?

—¿De verdad? ¿El FBI va a abrir una oficina en Sharp's Cove?

—Estamos… Estamos juntos —dijo Susan con torpeza. Iba a tener que aprender a hacerlo mejor.

Emma soltó un chillido agudo.

—¿Qué? ¿Tú y Ramsay? Eso es…

—Estupendo —completó Rob con la mano en el hombro de su prometida.

Susan le lanzó una mirada agradecida.

—Bueno, es hora de que el nuevo pague una ronda, ¿no? —preguntó Walsh, mirando a Michael. Walsh era un gigante con bíceps tan gruesos como los muslos de Susan.

—Adrian, sabemos que tú y tu prima Afra sois dueños del bar, así que deja de intentar que nos gastemos el dinero que tanto nos ha costado ganar —dijo alguien.

Walsh rio mientras hacía una peineta a sus amigos.

—No me importa pagar una ronda —dijo Michael, terminando su cerveza. Susan miró al nuevo para asegurarse de que los bomberos no lo estaban intimidando. Como Sharp's Cove era un pueblo tan pequeño, la oficina del *sheriff* y el departamento de bomberos trabajaban juntos a menudo y eran casi como una familia, aunque el nuevo no lo supiera. Pero no, Michael parecía tan tranquilo como siempre—. Y estoy seguro de que Walsh pagará la siguiente —agregó.

—Vale, vale. Pero no pidáis las bebidas caras cuando me toque a mí —gruñó Walsh de buen humor.

—Os he echado de menos a todos —dijo Susan en voz baja.

—Sé que no puedes contarnos todo lo que pasó, Susan —comentó Natalie muy seria—. Pero si alguna vez necesitas hablar con alguien, puedes contar conmigo.

Susan asintió.

—Gracias, estoy bien. —Meditó con cuidado sus próximas palabras. Recordó cómo se había sentido mientras pasaba el tiempo con Moore y Miguel Mendoza. Cómo a veces el miedo y la soledad le habían pasado factura—. Pero no creo que trabajar infiltrada sea lo mío. No me gustó estar lejos de Sharp's Cove y de todos vosotros.

Natalie sonrió.

—Ni te imaginas cuánto te hemos echado de menos, Susan.

Se recostó, disfrutando con las bromas bienintencionadas del grupo. Las cosas se habían calmado mucho desde que algunos de los miembros del equipo se habían enamorado y sus parejas habían comenzado a acudir a aquellas reuniones. Se dio cuenta de que Darryl no estaba bebiendo. Probablemente, se había cogido la guardia para que sus hombres pudieran relajarse y descansar.

Un par de horas después, la fiesta terminó. Natalie y Hunter se fueron primero, sin duda con la idea de aprovechar al máximo su tiempo libre juntos, ya que no volverían a buscar a su hija hasta el día siguiente.

Susan observó cómo Hunter agarraba a su esposa de forma protectora, como si fuera su mayor tesoro. A Susan siempre le había caído bien Hunter. Era un hombre que lo había tenido difícil en las primeras etapas de su vida; había pasado más de una década en prisión por un delito que no había cometido. Pero ahora tenía una esposa, una hija y una nueva vida; una que quizás no hubiera creído posible el día que salió de la cárcel.

Susan quería lo mismo con James. Tal vez no el niño y la valla blanca. No creía que a James le gustara el blanco y era demasiado pronto para pensar siquiera en lo otro. Pero quería la oportunidad de tener una vida en común. Eso era lo que más deseaba.

«No más secretos».

Era lo que había dicho James.

Tal vez Susan debía contarle cómo se sentía de verdad.

Darryl y Jessy se fueron después, seguidos un poco más tarde por Rob y Emma. Después, solo quedaron los solteros más jóvenes. Aquellos eran sus amigos. A la mayoría los conocía de toda su vida. A Susan le habría gustado pasar el rato con ellos, pero esa noche quería irse a casa y mirar sus mensajes durante un rato antes de irse a dormir.

Michael se levantó cortés en cuanto Susan se puso en pie.

—¿Vas a ir andando a casa? —preguntó él.

—Solo vivo a unos minutos de distancia.

—Me encantaría acompañarte —le ofreció con gentileza.

Jack, el pequeño de los Miller, se rio.

—Cuidado, tío, te estás metiendo en territorio peligroso.

Michael levantó las manos en un gesto conciliador.

—¿Qué? Solo estoy siendo…

—Caballeroso, lo sé —interrumpió Susan—. Tengo un padre chapado a la antigua, dos hermanos y muchos pseudohermanos alfa. Pero no necesito que me acompañen a casa.

—Te lo dije, tío —dijo Jack—. Tienes suerte de que no te haya dado una tunda.

—Cállate, JMiller. No voy a golpear a nadie. Gracias por la oferta, Michael, estoy bien. Puedo defenderme, pero pronto descubrirás que Sharp's Cove es un pueblo seguro.

Fuera del bar, la brisa fresca de la noche acarició su cabello. Giró la cabeza en la dirección del viento, inhalando profundamente. Olía a mar más que nunca.

En Sharp's Cove, Susan podía sentir la proximidad del océano. Podía entender por qué su madre nunca había querido irse de allí; a decir verdad, no podía imaginarse viviendo en otro lugar.

De repente, se le ocurrió que para James aquello podía no ser negociable. Se preguntó qué haría ella de ser así.

La llave se atascó en la cerradura. Tiró y empujó. Estaba tan distraída que tardó en detectar los arañazos que había fuera del mecanismo.

«Esos arañazos no estaban aquí esta mañana».

Bajó la mano hacia el arma, pero recordó que la había dejado en la comisaría. Retrocedió un paso, lista para echar a correr por los escalones del porche, cuando la puerta se abrió y algo la arrastró dentro.

Una mano rodeó su boca y otra hizo lo mismo con su cuello, apretando fuerte.

—*Hola, Milena* —susurró una voz grave en su oído.

La puerta se cerró con un golpe seco y algo afilado le pinchó el cuello.

24



James

Le había dicho a Susan que llegaría a Sharp's Cove a la hora del almuerzo, pero si comían a esa hora, iba a ser casi un desayuno. Como tarde, estaría allí a las once de la mañana.

Se había despertado temprano, sintiéndose como un niño en Navidad. Tras su *jogging* matutino y un desayuno rápido, había salido a las ocho.

Ardía en deseos de verla.

Llevaba vaqueros limpios y planchados y una camiseta *henley* oscura más ajustada de lo habitual; había ganado bastante músculo durante los últimos meses. No se había vestido de un modo completamente informal, pero tampoco llevaba uno de sus típicos trajes. Se preguntó qué pensaría Susan cuando lo viera.

Acababa de salir de la autopista cuando lo llamó un número desconocido.

—Ramsay —contestó.

Si era alguien del trabajo, pensaba pasarles el contacto de Lorraine y colgar. Nadie iba a arruinar su fin de semana.

—James, soy Natalie.

Conocía a un par de mujeres con ese nombre, pero no le hizo falta preguntar. Reconoció la voz de Natalie Bowmann.

Su corazón se detuvo. Trató de sobreponerse al pánico y mantener sus manos firmes sobre el volante.

—¿Natalie? ¿Va todo bien?

—Susan ha desaparecido —dijo ella sin preámbulos.

«No».

«Por favor, no».

—¿A qué te refieres cuando dices que ha desaparecido? —La pregunta era ridícula, como si no fuera un agente federal y no hubiera escuchado esas horribles palabras antes.

«Incontables veces».

«En muchos contextos terribles».

Apretaba el volante con tanta fuerza que el cuero crujía.

—Cuéntame qué ha pasado, *sheriff*.

—Tenía que venir a trabajar esta mañana durante unas horas para ayudar al chico nuevo. Pero no ha aparecido.

—¿A qué hora iba a ir?

—Iban a encontrarse a las siete. A las siete y media, Alma la llamó. —Natalie hizo una pausa —. Luego, Rob se pasó por su apartamento. Su puerta estaba entreabierta.

«Joder».

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó él. De pronto, tenía la boca seca.

Natalie hizo una pausa.

—No durmió en su cama. Creemos que sucedió anoche.

Las sienes de James palpitaban. La combinación de mareo y confusión lo hizo pensar en el envenenamiento por monóxido de carbono. Se preguntó si debería detener el coche, pero, si lo hacía, no llegaría a Sharp's Cove.

«Para el coche antes de que te estrelles».

Una salida apareció frente a él. James la cogió y redujo la velocidad. Se detuvo en cuanto se apartó del tráfico. Sus manos temblaban sobre el volante. No estaba familiarizado con aquel

miedo, con esa incapacidad para pensar; solo podía temblar.

—¿Sigues ahí, James?

—He tenido que parar el coche —confesó él.

—Has hecho bien. Debería habértelo pedido yo —dijo Natalie.

—¿Se sabe algo más? —preguntó. Fue la primera pregunta razonable que había hecho desde que comenzó la conversación.

—No mucho —respondió Natalie—. Rob y Michael, que es el chico nuevo, ya están en la escena del crimen. Yo estoy de camino, pero quería llamarte primero.

—Gracias —dijo él. Natalie no le debía ningún favor.

«La escena del crimen».

«El apartamento de Susan».

James ni siquiera se molestó en silenciar el teléfono antes de abrir la puerta y vomitar.

Después cerró y dio un sorbo a la botella de agua tibia que estaba en el asiento junto a él.

Natalie emitió un sonido ahogado, pero no dijo nada y James le agradeció su silencio.

—Anoche estuvimos todos juntos.

Recordó su mensaje de texto.

«Confío en que no quisieras mantener lo nuestro en secreto».

«No más secretos».

Estaba contento de habérselo dicho.

Pero tendría que haberle dicho tantas cosas más…

En esa ocasión, fue el instinto el que hizo que silenciara el micrófono antes de golpear el volante con las palmas de las manos. El plástico y el cuero vibraron. Sus manos, aún magulladas por la pelea en el barco, palpitaban. El dolor no bastaba ni de lejos.

—Algunos nos fuimos antes. Susan se quedó un poco más con los chicos.

—¿Quiénes? —preguntó James. Sentía retortijones. Sabía mejor que nadie que la mayoría de delitos eran perpetrados por alguien que la víctima conocía bien.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y las limpió con rabia, alegrándose de que Natalie no pudiera verlo a través del teléfono.

«Mantén la calma».

«Mantente fuerte».

«Averigua qué ocurrió».

«Recupera a Susan».

—Después de que yo me fuera, Susan se tomó otra cerveza con Adrian Walsh, Jack y Alex Miller, y Michael Bell. Todos se fueron poco antes de medianoche. Me han contado que Michael se ofreció a llevarla a casa, pero Susan no quería. —La voz de Natalie se quebró—. Vive a solo cinco minutos del bar. No… Nunca…

James comprendió su dolor, pero no tenía energías para consolar a la *sheriff*.

—El último nombre que has mencionado no me suena. ¿Quién es?

—El agente Bell es el nuevo agente de la oficina. Ha empezado hace poco.

James memorizó aquel nombre.

—¿Sabemos si Susan llegó a casa?

—No sabemos nada con seguridad desde que salió del bar. Pero su puerta estaba entreabierta. Alguien la forzó. —Natalie habló con alguien más—. Estoy en su casa ahora mismo. Tengo que colgar.

—Voy de camino —dijo James—. Natalie…

No pudo terminar la frase, no sabía qué decir. Se había quedado sin palabras.

—Lo sé, James. Lo sé.

Después de colgar, James no arrancó el coche de inmediato. Le pareció que estaba sufriendo una experiencia extracorpórea. Podía verse a sí mismo y oler los restos de vómito en sus labios. Podía ver sus manos temblar sobre el volante, los nudillos aún en carne viva, magullados.

Parecía que estuviera mirando a otra persona si no tenía en cuenta el dolor. Aquel dolor era suyo. James nunca en la vida había sentido un dolor como aquel. Era una agonía que comprimía sus pulmones, los presionaba con fuerza y no permitía el paso del aire. Su visión comenzó a estrecharse y se convirtió en un túnel de luz.

Gimió, un sonido triste y patético.

Para un hombre que siempre había valorado el control por encima de todo, aquella sensación implicaba una pérdida absoluta del mismo.

Quería gritar. Quería golpear algo. Cualquier cosa para distraerse de aquella… tristeza.

Pero no era momento para el duelo. Habría mucho tiempo para eso si…

James se obligó a respirar una vez, y luego otra.

Sus pulmones se expandían lentamente, como si no estuvieran acostumbrados a aquel esfuerzo.

«Concéntrate en respirar».

Eran las mismas palabras que había usado incontables veces con otras personas.

Traerían a Susan de vuelta siguiendo el procedimiento. Tenía que recuperar el control.

«Control».

«Mantén el control».

Con manos aún temblorosas, marcó un número que conocía de memoria.

Le respondió una voz agitada. James podía oír la cinta de correr.

—Vásquez.

—Necesito tu ayuda, Lorraine.

El sonido de la cinta se detuvo de inmediato.

—Pensé que ya estarías de camino a Sharp’s Cove.

—Susan ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con… desaparecido? —James casi podía oír los engranajes girando en su cabeza mientras evaluaba las implicaciones de sus palabras.

—La vieron por última vez justo antes de medianoche, caminando de vuelta a casa. Encontraron su puerta entreabierta esta mañana.

—¿Dónde estás?

—A menos de una hora —dijo él. Hablar con Lorraine ayudaba. Aquel era su trabajo. Arrancó el coche y volvió a la carretera.

—¿Estás bien para conducir? —preguntó Lorraine en voz baja. No tenía sentido fingir que aquel era un caso normal.

—Estoy bien.

—Hay una posibilidad… Hay una posibilidad de que esto esté relacionado con Ernesto Mendoza.

James se tragó la bilis. Si aquel asunto tenía algo que ver con Ernesto Mendoza, entonces habían llevado el peligro hasta la puerta de Susan y James nunca debería haberla dejado sola.

Y si no… ¿quién era el responsable? ¿Quién podría habérsela llevado? Sharp’s Cove era un pueblo costero tranquilo. Aunque había tenido un asesino en serie, lo habían atrapado y estaba muerto. Aquel asunto no podía estar relacionado con Stephen Ford.

—Necesito que vuelva.

—«Necesitamos» que vuelva —lo corrigió su compañera—. Déjame hacer unas llamadas. Avísame en cuanto llegues allí.

—Gracias, Lorraine.

James condujo más despacio que de costumbre, pues seguía sin confiar en sí mismo. Entró en Sharp's Cove y subió por la calle principal, pasando por delante de un par de cafeterías, varias tiendas impolutas que vendían ropa, artículos para el hogar y chismes de todo tipo… Cualquier cosa que un turista pudiera desear. Era un pueblo igual que muchos otros que había visitado con Lorraine durante los últimos años y, sin embargo, también era completamente distinto, porque era donde vivía Susan.

La primera vez que la vio fue como si le hubiera alcanzado un rayo. Pero Susan era demasiado buena para alguien como él. Estaba destinado a acabar solo. No podía contaminarla con su oscuridad.

Había hecho todo lo posible por manifestar indiferencia, incluso cuando todo su ser le pedía acercarse. James tenía mucha práctica. «Indiferente» podría haber sido su nombre de pila. Era mejor agente y mejor investigador cuando mantenía las distancias.

Cuando estaba llegando al final de la calle principal, se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde vivía Susan. Nunca había estado en su casa. Recibió un mensaje y se apresuró a abrirlo por si era suyo, pero se lo había enviado Natalie y era una dirección.

Dos minutos después, aparcó frente a la casa de Susan, que estaba dividida en varios apartamentos.

Supo inmediatamente cuál era el suyo. Estaba en la planta baja y tenía flores de colores colgando de la ventana. Recordó que Susan le había contado que le encantaban las flores, pero no las que habían sido cortadas. Le gustaban las plantas. Le gustaba la «vida».

Sintió un dolor agudo en el pecho mientras subía los escalones del porche, pero se sobrepuso y se obligó a adoptar una expresión neutra.

Había dos apartamentos en la planta baja. El de la izquierda estaba abierto. James se acercó, sujetándose al marco de la puerta con ambas manos. Aquella no era la forma en la que había imaginado que vería el apartamento de Susan por primera vez.

«Deja de sentir lástima de ti mismo».

«Esto no va sobre ti».

La madera crujió bajo sus dedos.

—James, entra —pidió una voz grave. James se encontró mirando de frente los cálidos ojos marrones de Darryl Berner, que en aquel momento estaban llenos de preocupación.

—¿Qué haces aquí? Esto no es un incendio.

Darryl se cruzó de brazos.

—Hemos venido todos. Vamos a quedarnos el tiempo que sea necesario hasta que la encontremos.

A James le costó contener el llanto. Se mantuvo erguido como una vara y siguió a Darryl hasta la sala de estar de Susan.

Natalie estaba allí con unos guantes. Darryl también los llevaba.

James no tenía. Ni siquiera recordaba dónde los había dejado.

Natalie le entregó un par y él los aceptó agradecido.

—Encontramos su bolso —le explicó Natalie, señalando un pequeño bolso negro sobre la encimera de madera que separaba la sala de estar de la cocina—. Es el mismo que llevaba anoche.

James se dio cuenta de que los bordes del bolso habían sido alineados cuidadosamente con el

borde de la encimera. Justo como él lo habría colocado.

—¿Lo encontrasteis así?

Natalie asintió.

—Lo movimos para revisar el contenido, pero volvimos a ponerlo exactamente donde estaba. El dinero seguía ahí, pero su teléfono y su cartera han desaparecido.

James miró aquella sala de estar pequeña y ordenada. Susan había llegado a casa anoche. Lo que hubiera ocurrido había ocurrido allí. Pero no había tenido oportunidad de luchar. El que la secuestró logró doblegarla muy rápido.

—También encontramos algo más —dijo Rob. James lo acompañó de vuelta a la puerta principal—. Mira estos arañazos en la cerradura. Creo que alguien forzó la puerta y esperó a que Susan regresara.

—¿Y sus llaves? —preguntó James. Tenía la garganta en carne viva, como si hubiera estado en un incendio.

—También han desaparecido.

—Alguien la asaltó cuando llegó a casa.

El dormitorio y el baño estaban ordenados y limpios. James encontró una sencilla goma negra en el suelo del baño. Sabía lo mucho que Susan odiaba que el pelo se le metiera en la cara. Dondequiera que estuviera, seguro que la echaría de menos y la querría de vuelta. Antes de cambiar de opinión, la recogió y se la metió en el bolsillo.

Se apoyó en el lavabo; el lavabo de Susan. Dios, podía olerla por todas partes. Un sollozo estremeció su cuerpo. Alzó la vista, temeroso, confiando en que nadie lo hubiera oído. Necesitaba mantener el control o lo apartarían de la investigación, y con razón.

25



Susan

Tenía la espalda apoyada contra un muro. Todavía medio dormida, Susan se apartó y acabó chocando contra otra pared.

Sacudió la cabeza con la esperanza de que la pesadilla terminara. Pero aquel tacto duro bajo ella le indicaba que no estaba acostada en su cama y, al extender los brazos, palpó los contornos de algo duro.

«Un ataúd».

Estaba dentro de un ataúd.

Susan gimió.

Estiró las piernas y golpeó algo duro y metálico.

«Demasiado cuadrado».

«No es un ataúd».

«Parece algún tipo de caja».

Su pecho se encogió. Se parecía a una de sus pesadillas, pero era real, así que era peor. Esa vez no podía darse un pellizco para despertar.

Una parte de ella quería quedarse encogida en posición fetal. Encogerse y no volver a moverse nunca.

Otra parte quería descubrir dónde estaba y cómo demonios había terminado allí.

Susan se concentró en ese pensamiento. De forma intuitiva, sabía que era la parte de sí misma a la que tenía que escuchar.

Se obligó a llevar aire a sus pulmones. Este tenía un olor rancio, como si llevara tiempo respirándolo.

«Averigua dónde estás».

Ya sabía que no era un ataúd y tampoco el maletero de un coche. El suelo era demasiado liso, el espacio demasiado simétrico, y no había movimiento.

Susan palpó tres paredes de madera y una rejilla metálica con las manos.

Su corazón dio un brinco.

«Una jaula».

«Es una jaula para perros».

«No».

«¡No!».

No podía estar encerrada de nuevo.

Susan golpeó la puerta metálica con el pie descalzo, y luego, las paredes. Asestó patadas hasta magullarse los tobillos y los dedos, pero la puerta era sólida. No iba a escapar así.

«Piensa».

«Caminaste hasta casa».

«Abriste la puerta».

«Luego… Nada».

Fue justo esa «nada» la que terminó por derrotarla; eso le dio forma a aquel miedo salvaje que coexistía con ella en aquel espacio oscuro.

«Nadie va a venir».

Susan sintió la humedad descendiendo por sus piernas. Acababa de perder el control de su vejiga. Se acurrucó como el animal para el que había sido creada aquella jaula y sollozó.

26



James

—James, tienes que comer algo —dijo Natalie mientras le ofrecía un sándwich envuelto en plástico.

James lo cogió, pero lo dejó sobre la mesa frente a él, intacto. Su estómago rechazaría cualquier cosa que intentara comer.

Michael Bell pasó con la cabeza gacha, dejándole a James su espacio. Poco antes, le había contado que se había ofrecido a acompañar a Susan a casa y que ella lo había rechazado.

Pero aquel hombre no era responsable de lo que había ocurrido. Ahora lo sabían. Nadie en aquella oficina era responsable, salvo James. Él era el único culpable.

Cuando se calmó un poco, comprendió que tenían que empezar por lo evidente: y no había nada más evidente que el cártel, muy por delante de los amigos y familiares de Susan.

—Las cámaras de tráfico no captaron nada raro anoche —explicó Rob—. Pero la verdad es que no tenemos tantas.

A James le sonó el teléfono.

«Lorraine».

Lo cogió rápidamente y activó el manos libres.

—Estoy en un avión —dijo Lorraine—, volando hacia el aeródromo de Aries, a unos quince kilómetros al sur de Sharp's Cove.

«Las cámaras de tráfico no captaron nada».

«Aeródromos».

«Necesitamos revisar los aeródromos».

—Es el único aeródromo en un radio de ciento cincuenta kilómetros de Sharp's Cove —siguió Lorraine, como si le estuviera leyendo la mente—. Tres *jets* privados partieron esta mañana temprano. Uno con rumbo a Rhode Island. Uno a Florida. Y uno a México.

«México».

«En la vida real no existen las coincidencias».

—Iré a recogerte —dijo, levantándose.

Natalie también se incorporó.

—Te llevaré.

—No es necesario —gruñó James. Necesitaba tiempo para pensar.

—No es una sugerencia —replicó Natalie con un tono de voz implacable.

James se encogió de hombros.

—Entonces, tú conduces.

Agradeció que Natalie no intentara mantener una conversación banal con él. De hecho, condujo en silencio hasta que llegaron al aeródromo veinte minutos después.

Era casi idéntico a las decenas de aeródromos que Lorraine y él habían visitado en los últimos años. Había dos pistas bien cuidadas y, en un extremo, un espacio para los hangares y varios edificios de mantenimiento. Allí estarían las oficinas.

Mientras observaban, vieron un pequeño avión aproximarse en el horizonte. James reconoció la aeronave del gobierno. Lorraine y él la habían usado en el pasado. Se preguntó cómo su compañera había conseguido el avión con tanta rapidez.

Cuando James vio la expresión grave con la que Lorraine salió del avión, fue como si recibiera un puñetazo en las costillas. Natalie también debió darse cuenta, porque extendió la mano como si creyera que iba a marearse.

—¿Qué pasa, Lorraine?

—El móvil de Susan envió un mensaje al teléfono de Jay.

James estaba aturdido y tardó un momento en comprenderlo.

«El teléfono de Jay».

«Lo habían dejado como evidencia en la casa segura tras responder a las preguntas del FBI».

—¿Qué?

—Están pasando cosas que aún no entendemos del todo, James. Mientras tú y yo nos reuníamos ayer con el subdirector, pusieron a Guerrero en libertad bajo fianza.

—¿Cómo? Eso es imposible. Él…

—Alguien ha cometido un error, James —dijo Lorraine con cuidado—. No es algo que implique solo a Susan. Todo el caso podría depender de esto. Necesitamos a Guerrero.

«Eso explica el avión».

—Enséñame el mensaje.

Lorraine lanzó una mirada a Natalie que aterrorizó a James.

—El mensaje, Lorraine —gruñó. Aunque aún mantenía el control, sentía que su mundo se desmoronaba.

Lorraine sacó el *smartphone* gris oscuro que James había llevado en su bolsillo durante meses, un teléfono que conocía casi tan bien como el suyo.

En la pantalla, parpadeaba una sola imagen. Era Susan con vaqueros y una blusa blanca y sucia, inconsciente en el interior de una especie de jaula. Estaba demasiado oscuro a su alrededor para ver nada más.

La mano de James temblaba tanto que Lorraine le quitó el teléfono.

—Llegó hace quince minutos —dijo en voz baja—. El equipo técnico ya está estudiándola. Si hay información relevante en esa foto, la encontrarán.

—¿Está… Está viva? —preguntó James con voz ronca.

—Sí, James. Si no la hubieran querido viva, no se la habrían llevado.

—Tienes razón. No estoy pensando con claridad. —James se pasó una mano por el cabello corto. Una de las primeras cosas que había hecho cuando recuperó su identidad fue ir a cortárselo.

«La han metido en una jaula para perros».

A James se le nubló la vista. Sabía lo mucho que Susan odiaba los espacios cerrados.

Giró la cabeza y vomitó, agradecido de que su estómago estuviera casi vacío. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano y se enderezó.

—Esa es la ropa que llevaba anoche, en el bar —comentó Natalie. Su piel había adquirido una tonalidad verdosa.

—Eso nos ayuda a saber cuándo desapareció —dijo Lorraine.

—¿Ha sido Guerrero? —preguntó James. Su rostro se contrajo de ira—. Cuando lo encuentre, lo voy a matar.

—Quienquiera que haya sido, envió esto al teléfono de Jay. Tiene que haber un motivo.

Por supuesto.

Tenía que empezar a pensar.

Tenía que recuperarla.

—Dame el teléfono —exigió James.

—¿Estás seguro? Creo que deberíamos seguir…

—Por favor, Lorraine —suplicó.

Lorraine le entregó el teléfono y James escribió tres palabras sencillas.

T *ienes mi atención.*

P resionó enviar y contuvo la respiración, rezando para no haber cometido el mayor error de su vida.

Menos de veinte segundos después, el teléfono volvió a pitar.

¿E *res tú, Jay? ¿O debería decir, agente especial Ramsay?*

J ames leyó el mensaje, pero no respondió.

«Vamos».

«Sigue hablando conmigo».

«Vamos».

Tres pequeños puntos aparecieron en la pantalla.

Luego, por fin, una pregunta.

¿L *a quieres de vuelta?*

L a mano de James temblaba. Fue Natalie la que tomó el teléfono de su mano y escribió la respuesta. Cuatro simples palabras.

L *a quiero de vuelta.*

U na vez más, aparecieron los tres pequeños puntos. Todo su mundo estaba contenido en esos tres puntos. Le pareció que pasaba un rato tan largo que quien fuera que estuviera escribiendo al otro lado quería torturarlo.

S *an Jerónimo.*

Ven solo o ella morirá.

—¿S an Jerónimo? ¿Qué demonios es eso?

Lorraine ya estaba conversando con alguien por teléfono. Todavía habló un poco más antes de colgar.

—Hablaba con el equipo técnico. Están intentando rastrear el teléfono desde el que están mandando estos mensajes.

Las palabras de Lorraine despertaron un pequeño soplo de esperanza en James. Si lograban rastrear el teléfono…

James se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil. Sabía lo peligrosa que podía ser la esperanza. A lo largo de su carrera en el FBI, había visto las esperanzas de familias enteras destrozadas; gente que se había atrevido a tener fe porque eso era lo único que podían hacer.

Pronto, el teléfono de Lorraine volvió a sonar. Las palabras de su compañera fueron bruscas. La mayoría de la gente no habría sabido, al mirarla, si estaba recibiendo buenas o malas noticias. Pero James no era como la mayoría de la gente. Conocía a Lorraine demasiado bien.

—No pueden rastrearlo —dijo él. Fue una afirmación más que una pregunta.

A su lado, Natalie soltó un breve sonido ahogado.

Lorraine negó con la cabeza.

—Lo siento. La señal no dejaba de saltar. Y ahora le han sacado la batería. Quizá tengamos más suerte si lo encienden de nuevo. Nuestro equipo está listo.

—¿Qué es San Jerónimo?

—Un pequeño pueblo en México —contestó Natalie, levantando la vista de su propio teléfono—. Apenas un punto en el mapa. Justo en medio del territorio del cártel.

James asintió. No había nada que decidir. Iba a ir para allá.

—No —dijo Lorraine, leyendo su mente. James sonrió irónico. Lorraine lo conocía tan bien como él la conocía a ella.

Pero Lorraine era su superior, así que necesitaba su ayuda para hacer lo que quería.

—Diles a los pilotos que preparen el avión.

—Nos va a llevar un tiempo arreglar las cosas, James. No digo que no se pueda hacer… Este caso tiene la máxima prioridad. Pero tienes que tener paciencia.

—Lorraine, por favor. Tienen a Susan en una jaula. —James se pellizcó la nariz, conteniendo la angustia. No podía permitirse llorar.

Lorraine habló con ese tono con el que se había ganado la reputación de ser una de las mujeres más duras del cuerpo.

—Vamos a hacer esto juntos, James. Hay que hacerlo bien. El FBI ha trabajado con las autoridades mexicanas en el pasado. Solo necesitamos tiempo para…

—Lorraine. «Nosotros» no vamos a ir ninguna parte. Voy a ir yo. —James levantó la mano —. No, déjame terminar. Sea quien sea, es a Jay a quien quiere. Ha pedido que vaya solo.

—Sabe tu maldito nombre, James. No sé cómo lo ha descubierto, pero no va a limitarse a estrecharte la mano y dejaros ir cuando llegues. No seas tonto.

—Tiene razón, James —intervino Natalie—. Entiendo cómo te sientes, pero…

—No. No, no lo entiendes —protestó James—. Sin querer restarle importancia a tus experiencias, no tienes ni idea de lo que se siente al saber que el amor de tu vida está atrapado en una jaula diseñada para un perro de tamaño mediano.

Natalie se encogió y dio un paso atrás como si la hubiera abofeteado.

James soltó un gruñido.

«Mierda».

«Ellas no tienen la culpa».

«La culpa es tuya».

«Tú eres el que no ha sabido proteger a Susan».

—Lo siento, lo siento —se arrepintió James—. Lorraine, voy a ir. Solo necesito que me ayudes con el avión.

—Es un suicidio, James. Lo siento, pero no puedo permitirlo.

—Iremos contigo —dijo Natalie. Ambas mujeres se movieron para ponerse delante de él. Como si algo o alguien pudiera impedirle subir a ese avión.

James las miró fijamente a los ojos.

—No. Tú tienes una hija esperándote en casa y un marido que me mataría si te ocurriera algo —le dijo a Natalie—. Y tú, Lorraine, eres la única en la que puedo confiar para que esta operación llegue a buen puerto. Puedes dar con nosotros. Aunque le quitamos el localizador a Susan, aún puedes usar el mío para encontrarnos.

—Será demasiado tarde, James; para cuando lleguemos…

—Yo haré todo lo posible por recuperar a Susan. Pero si no lo consigo, necesito saber que tú estarás allí. Que la encontrarás.

Aunque había visto llorar a Lorraine antes, aquella era la primera ocasión en la que James era el objeto de sus lágrimas.

—Te lo prometo, James. —Lorraine se dirigió al avión para hablar con el piloto. Por primera vez desde que había oído la voz de Natalie, James se relajó.

«Estoy de camino, cariño».

«Estoy de camino».

27



Susan

Cuando Susan despertó de nuevo, mantuvo los ojos cerrados. Tenía miedo de abrirlos. Se puso de lado, esperando que su hombro golpeara uno de los lados de la caja.

No sucedió.

En cambio, algo metálico tiró de su muñeca, impidiéndole moverse más. Giró la muñeca de un lado a otro. Era una agente de la ley y conocía la sensación de llevar puestas unas esposas.

Cuando abrió los ojos, el alivio de no encontrarse dentro de la caja fue rápidamente eclipsado por el miedo cuando comprendió la situación en la que se encontraba.

Estaba tumbada en el suelo de una habitación con paredes de piedra que no desentonaría en el sótano de algún castillo medieval. La única luz entraba por dos pequeñas ventanas cuadradas en la parte superior de la pared, casi tocando el techo.

«Un sótano».

«Pero al menos hay luz».

La suficiente como para ver sus manos esposadas. Una cadena las unía con un par de anillas de hierro clavadas en la pared.

Las esposas estaban muy apretadas. Se preguntó cuanto tiempo llevaba así. Sus dedos hormigueaban por la falta de circulación.

Susan se sentó. Tiró de la cadena, pero las anillas se mantuvieron firmes. Sus muñecas palpitaron.

No iba a ir a ninguna parte.

El problema más apremiante era su vejiga. Al moverse, se había dado cuenta de que estaba llena. Necesitaba ir al baño o tendría un accidente. De pronto, se dio cuenta de que ya lo había tenido.

«En la caja».

Se había hecho pis encima. Y alguien le había cambiado de ropa. Alguien le había quitado los vaqueros y le había puesto un vestido blanco semitransparente.

«¿Qué más me hicieron?».

Movió las piernas con cuidado. No sentía dolor y aún llevaba puesta su propia ropa interior.

«Es una buena noticia».

No se le ocurrían más buenas noticias.

Estaba encerrada, esposada, y por si fuera poco, muerta de frío. Minuto a minuto, la temperatura iba descendiendo y ella estaba allí sentada con lo que en esencia era un vestido de manga corta.

Su mente seguía dándole vueltas a la caja.

«¿Dónde está?».

«¿Y si me meten allí de nuevo?».

No podría sobrevivir a eso.

Pasara lo que pasase, incluso si eso significaba morir allí, encadenada a aquella pared, no quería ver el interior de esa caja nunca más.

La puerta se abrió con un chirrido.

—Ah, *querida*, estás despierta. Susan, ¿verdad? No Milena —dijo Miguel Mendoza con una voz suave y cantarina. Susan abrió la boca de par en par.

Todos pensaron que Miguel se había ahogado, pero no habían encontrado nunca el cuerpo. Y ahí estaba. Vivo y coleando.

Tenía la cartera de Susan en la mano, con su carnet de conducir y sus tarjetas, así que no tenía sentido negar que su nombre era Susan.

—Miguel. Estás vivo. Me alegro —comentó Susan con sinceridad—. Me alegro mucho.

Siempre le había gustado aquel hombre de ademanes suaves y se había preguntado qué habría sido de él si no hubiera tenido a Ernesto como hermano. Nunca había podido ser él mismo, pero ahora, «ahora» podía ser lo que quisiera.

—Bienvenida a México.

«México».

Eso explicaba la humedad y el cambio de temperatura. Ya había estado en México con sus padres y sabía que en aquella época del año las temperaturas podían ser altas durante el día y bajar muy rápido por la noche. Cuando pensó en su madre, le entraron ganas de llorar. Se contuvo. Necesitaba concentrarse en Miguel.

Miró detrás del hombre, preocupada por que apareciera Guerrero. Tenía que hablar con Miguel a solas antes de que eso sucediera.

—¿Miguel? Tienes que dejarme ir, por favor.

Sus ojos marrones adquirieron una expresión grave. Desplegó un pañuelo y se secó la frente con cuidado.

—¿Alguna vez has deseado volver atrás en el tiempo? —preguntó. Hablaba en voz tan baja que tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo.

—Por favor, Miguel —suplicó Susan—. Sea lo que sea lo que te haya dicho Guerrero, aunque te esté amenazando con…

—«Yo» no —dijo él, respondiendo a su propia pregunta.

—¿Qué?

Sus cejas, cuidadosamente depiladas, se arquearon.

—Nunca he deseado volver atrás en el tiempo, porque estoy justo donde quiero estar. He construido mi vida paso a paso, momento a momento, con paciencia y tesón.

Las palabras que Susan iba a pronunciar parecieron congelarse en sus labios. Aunque Miguel seguía hablando en inglés, nada de lo que decía tenía sentido.

—¿Qué? —repitió ella.

—Guerrero no me está amenazando. En todo caso, fue el más sorprendido por estos acontecimientos.

Mientras lo observaba, Miguel varió su expresión. El cambio comenzó por sus cejas y fue descendiendo por su rostro hasta llegar a sus labios carnosos y rosados. Pareció que cada uno de sus músculos se tensaba y fortalecía. Una transformación impactante y aterradora.

—Miguel…

—Supongo que no me conoces, *querida*. No importa. No te juzgo. Lo cierto es que nadie me conoce de verdad. Pero ahora estás aquí y yo estoy de humor para compartir —divagó con un gesto expansivo—. Así que te diré esto: lo que le pasó a mi hermano es exactamente lo que yo esperaba. Fui «yo» quien planeó cada uno de los pasos.

—Pero tú…

—… siempre te parecí el pobre hermano servil. Lo entiendo. Pero yo fui el confidente original. Fui yo quien puso al FBI tras la pista de mi hermano. También fui yo quien metió en su cabeza la idea de que debíamos diversificar nuestro producto. Me di cuenta de que los jóvenes se estaban enganchando al cristal y al fentanilo y supe que triunfaríamos con eso.

«Esto debe de ser algún tipo de pesadilla».

Miguel inhaló hondo y luego, soltó su fétido aliento con lentitud.

Susan cerró los ojos y luchó por contener las náuseas.

—Fui yo quien convenció a mi hermano de que era necesario expandir nuestras operaciones a los Estados Unidos y también fui el que encontró a Moore. Conseguí que pensase que era todo idea suya. Mi hermano, ya ves, no es un hombre muy inteligente.

«Todo este tiempo había un monstruo frente a nosotros y no fuimos capaces de verlo».

—¿Sabías que el FBI iba tras la pista de tu hermano desde el principio?

—Sabía muchas cosas, como que había un agente infiltrado. Me llevó un tiempo averiguar que era Jay. Desde luego, no sabía nada de ti —dijo él. Exhibió una amplia sonrisa, como si hubiera disfrutado del desafío—. Eres una buena actriz, *querida*. En otra vida, podríamos haber hecho algo grande juntos.

Susan se pasó la lengua por los labios secos.

—Miguel, *escucha*. Ahora puedes ser libre. No necesitas perpetuar…

—No quiero ser libre.

—¿Qué quieres? Déjame ir, Miguel, y te ayudaré.

Miguel rompió a reír; una risa fuerte, convulsa.

—No lo entiendes. Tengo justo lo que quiero. Lo que siempre he querido. Tengo todo lo que tenía Ernesto.

«Está loco».

«Completa y absolutamente loco».

—Debería darte las gracias por lo mucho que me has ayudado, *querida*. En cambio, he de castigarte, y lo lamento. Pero tengo que demostrar mi fuerza. Tengo que mostrar a mis hombres que el insulto a mi hermano no ha sido olvidado y que los cerdos que se lo llevaron lo pagarán caro. Tengo que hacer todo eso para proteger el nombre de Mendoza, y luego, tomaré el relevo allí donde él lo dejó.

Extendió la mano para rozar el rostro de Susan. A su pesar, ella se encogió.

—No. Por favor —suplicó.

—No quieres que te toquen. Lo entiendo. —Su voz adoptó un tono amenazante—. Pero vas a ayudarme, Susan.

Esas dos sílabas pronunciadas con suavidad —su nombre en sus labios— fueron su punto de ruptura. Tembló de la cabeza a los pies. Tiró de la cadena, sin importarle que sus muñecas empezaran a sangrar.

Miguel la observó con calma, con una expresión casi paciente, como si tener a una mujer encadenada a una pared en el sótano fuera algo cotidiano para él.

Finalmente, Susan se desplomó en el suelo, exhausta.

—Vas a ayudarme a demostrar a mis hombres que un Mendoza nunca olvida un insulto.

Mientras sollozaba, la golpeó un pensamiento repentino, lo bastante fuerte para abrirse paso a través de su confusión.

«Al menos, James no está aquí».

El pensamiento disipó un poco el miedo y le dio fuerzas para mirar a Mendoza. Se sentía agradecida de que la hubieran encontrado a ella pero no a James.

«Pase lo que pase conmigo, Mendoza no puede hacerle daño».

—¿En qué estás pensando, *querida*? Justo ahora, te ha dado esperanza. —Olisqueó el aire—. Puedo olerlo. Dime, ¿acaso piensas que puedes escapar?

Susan negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres, Miguel? Dímelo ya, a menos que el plan sea decirles a tus hombres que me mataste de aburrimiento —dijo, fingiendo una valentía que no sentía.

—Empezaremos pronto. Solo hay que esperar un poco más.

—¿A qué estamos esperando? —gruñó ella.

—A tu novio, por supuesto.

A Susan se le heló la sangre.

«No es cierto».

«Está jugando contigo».

—James no está aquí.

—Vendrá pronto.

—No —susurró Susan—. No podrás engañarlo. Es demasiado listo.

Miguel se encogió de hombros con delicadeza.

—Le envié una foto tuya.

—¡No! ¡No! —gritó Susan, levantándose y lanzándose contra Miguel todo lo que le permitió la cadena que la sujetaba a la pared.

Miguel la esquivó con elegancia.

—Relájate, *querida*, o acabarás haciéndote daño.

28



James

James estiró las piernas mientras contaba los minutos hasta que el piloto lo avisara de que iban a aterrizar.

Pasar seis horas en aquel pequeño avión preocupado por Susan lo habían hecho sentir como una bestia enjaulada.

«¿Y si está muerta?».

«¿Y si murió en esa caja?».

«En ese caso, encuentra su cuerpo y tráela de vuelta».

«Y mata a ese cabrón».

Marcó otra vez el teléfono de Lorraine. Habían hablado varias veces mientras volaba y, en defensa de su compañera, no había intentado convencerlo de que se detuviera y los esperara ni una sola vez. Podía imaginársela ahora, con sus cosas esparcidas por la sala de reuniones de la comisaría de Sharp's Cove. Lorraine la habría convertido a toda prisa en una sala de operaciones.

—Casi hemos llegado. El piloto sabe que debe dejarme allí y despegar de inmediato.

Ya había mantenido aquella difícil conversación.

—Hay dos personas del equipo técnico trabajando con nosotros. Están rastreando tanto tu teléfono como el localizador implantado en tu brazo. No olvides las gafas de sol que hay en la bolsa negra; también tienen un localizador.

—Lo haré. ¿Cómo vamos con las autorizaciones?

—Estuvimos liados con el tema de la fianza durante un tiempo sin llegar a ninguna conclusión. Nadie quería admitir que se había equivocado, pero por fin pude contactar con otro juez distinto. Parece que fue Miguel Mendoza quien pagó la fianza.

«Interesante».

«Así que Miguel está vivo».

«¿Ahora trabaja para Guerrero?».

—Que Guerrero haya salido de la cárcel por un error burocrático es una vergüenza para nosotros —continuó Lorraine—. No nos lo podemos permitir, y eso nos ayudará a conseguir las autorizaciones.

James sabría que Lorraine no dejaría de agitar el avispero hasta recibir la ayuda que necesitaba.

—Gracias, Lorraine. Por todo.

—Necesito unas horas más, James —dijo Lorraine, que ahora sonaba muy seria—. Tienes que conseguirme esas horas.

—Un vuelo de seis horas y encima un puñado de horas. Eso es un día completo, Lorraine.

—Es verdad. Estoy trabajando tan rápido como…

—Lo sé. Y no sabes lo agradecido que estoy. ¿Tú también vendrás?

—Sabes que sí.

—Bien. Ya sabes cuál es la prioridad.

Esperó a que ella lo dijera.

Lorraine soltó un pequeño suspiro.

—Susan. Susan es la prioridad. Pero haremos todo lo posible para traeros a ambos sanos y salvos de vuelta a casa.

James tragó lo que casi parecía una bola de pelo.

—No podría haber pedido una compañera mejor, Lorraine.

—Por favor, no hagas eso.

—Hablaremos pronto —se despidió él, tragando con fuerza.

James colgó. Se dirigió a la cabina abierta, lo que violaba media docena de protocolos, y se acercó al piloto para recordarle su acuerdo.

—Recuerda, me sueltas y despegas inmediatamente. Nada de retrasos.

Buck asintió. Se conocían desde hacía mucho tiempo.

—Joder, Ramsay, sabes que lo haré. Pero eso no significa que me guste la idea.

James miró por encima del hombro del piloto justo cuando aparecía una única pista de aterrizaje en mal estado.

—¿Estás seguro de que es ahí?

—¿Qué esperabas? ¿El JFK? Ve a abrocharte el cinturón y deja de molestarme. —Un momento después, todo rastro de humor había abandonado su voz—. Hay un coche acercándose, Ramsay. Un comité de bienvenida. Parece que tus amigos tienen un contacto en la Agencia Federal de Aviación Civil de México.

James fue a su asiento y se abrochó el cinturón.

—¿Seguro que quieres que aterrice? Última oportunidad.

—Sí. Necesito ir, Buck. Es cuestión de vida o muerte.

—¿No es siempre igual con vosotros?

James apuró la botella de agua que había en el bolsillo frente a su asiento. Hizo lo mismo con una segunda botella. No creía que Guerrero fuera a ofrecerle una bebida fría cuando lo viera.

Sacó sus gafas de lectura del bolsillo y las dejó con cuidado en el asiento contiguo. No las iba a necesitar. Luego, se quitó la cartuchera con la pistola. Titubeó durante un momento, pero acabó dejando la tobillera en su sitio. Lo más probable era que se la quitaran, pero valía la pena arriesgar.

Cogió una profunda bocanada de aire y se puso las gafas de sol.

Antes de que el avión dejara de moverse, James había abandonado su asiento y estaba junto a la puerta. Dio las gracias a Buck y bajó sin mirar atrás. Lo tranquilizó ver que el aparato aceleraba de inmediato y despegaba de nuevo.

James se sacudió los vaqueros y levantó la mirada justo cuando tres hombres salían del todoterreno. Se alegró de llevar gafas de sol, pues confiaba en que disimularan su sorpresa cuando vio salir primero a Miguel Mendoza, flanqueado por dos hombres bajos y corpulentos con la piel curtida y los dientes podridos. En su cabeza, James los bautizó como Mario y Luigi.

—No esperaba verte aquí —comentó con ligereza.

—Imagino que no, porque seguro que esperabas que estuviera muerto. —Mendoza rio—. Eso me está resultando bastante útil, la verdad.

James estudió al hombre que tenía frente a él y observó cambios sutiles: cómo se erguía mucho más ahora, con los hombros delgados echados hacia atrás y la barbilla levantada. También la forma en la que Mario y Luigi se mantenían un poco por detrás de él.

«Mierda».

«Es él quien ha tomado el control».

—James. Puedo llamarte James, ¿verdad? Quería estar aquí cuando aterrizaras para darte la bienvenida a mi país en condiciones. Después de todo, somos amigos, ¿no?

—No somos amigos, Mendoza. ¿Dónde está Susan?

Los ojos de Mendoza se entrecerraron.

—Tu teléfono.

James se lo entregó y no reaccionó cuando Mendoza lo aplastó con la bota.

«Ahí va uno de los localizadores».

—Quítate la ropa —le ordenó Mendoza.

—¿Es realmente necesario? —preguntó James con desgana. Mario y Luigi se pusieron tensos. Mario sacó una pistola de aspecto antiguo del cinturón y le apuntó al pecho.

—Ya que has venido hasta aquí… —dijo Mendoza con lógica—. Quítate la ropa ahora o te juro que nunca volverás a ver a la chica.

James se quitó primero las botas y los calcetines, luego, su camiseta *henley* y, por último, los vaqueros. Encogió los dedos sobre la pista polvorienta. Al menos, aún no era verano; de lo contrario, sabía que estaría dando saltitos para no quemarse.

El hombre a quien James había bautizado como Luigi se arrodilló y le quitó la pistolera del tobillo. Parecía muy contento con el hallazgo; James estaba bastante seguro de que nunca volvería a ver ni la pistolera ni el arma.

—*Las gafas*. Quítaselas también. Quiero ver sus ojos.

Luigi se acercó de nuevo y se las arrancó, sonriendo con suficiencia. Se las entregó a su compañero, Mario.

Mario se las puso y sonrió, mostrando unos dientes amarillentos que no habían visto nunca un dentista.

—Ahora son mías.

«Cuento con ello».

Eran unas buenas Ray-Ban; nadie en su sano juicio las tiraría a la basura, por eso eran ideales para ocultar un dispositivo de rastreo.

James agarró la cinturilla de los calzoncillos.

—¿Queréis que siga?

Mendoza negó con la cabeza con expresión enfadada.

—*Comprobad toda la ropa*.

James se quedó quieto mientras los matones sacudían su ropa y pasaban cada prenda a través de un dispositivo con forma de cubo. Por fin, proclamaron que estaba limpio.

—Vístete. Vamos.

Aunque el tono lo irritó, James no necesitó que se lo dijeran dos veces. En treinta segundos, se había vestido otra vez y se había puesto las botas, aunque todavía no se las había atado.

—¿Qué te importa más, agente especial Ramsay? ¿Tu ego o Milena? Perdón, todavía no me he acostumbrado a llamarla Susan.

James no dudó.

—He venido por ella.

—Bien. Espero por su bien que estés diciendo la verdad —dijo Mendoza con formalidad—. Ahora, escúchame, porque solo lo diré una vez. Si intentas algo contra mí o mis hombres, aunque sea una mirada que no me guste, me aseguraré de que antes de cortarle la garganta, ella sepa que ha sido culpa tuya.

James luchó contra las náuseas.

—Póntelas. El espectáculo va a empezar, como dirían ustedes, los americanos.

Mendoza le lanzó unas esposas. James se las puso, pero no las apretó demasiado.

—No me busques las cosquillas —gruñó Mendoza, cerrando las esposas hasta que James apretó los dientes. Luego, dio dos vueltas con la llave.

Con lo que confiaba que fuera una mirada cansada, James se dejó empujar hacia el coche.

«Idiotas».

Le habían esposado las manos por delante en vez de por detrás.

Tanto Mario como Luigi eran demasiado bajos para alcanzar su cabeza, así que tiraron de su hombro para meterlo en el todoterreno. Olía a sudor, polvo y cuero. Era una combinación intensa.

—*No es tan duro, el gringo* —comentó Luigi, ocupando el asiento del conductor.

—*Espera a que vea lo que le espera* —replicó Mario.

James ni siquiera se molestó en traducirlo. Sabía que nada de lo que dijeran aquellos hombres importaba. Mantuvo la mirada fija en la ventana, prestando mucha atención a cada curva y cada cambio de dirección. Necesitaba saber lo lejos que iban.

Mendoza se sentó a su lado y le clavó la pistola con fuerza en la parte baja de la espalda.

—Por si acaso se te ocurre alguna idea.

—No voy a ir a ninguna parte sin Susan. —Hizo una pausa—. Dejarás que se marche, ¿verdad? Ahora me tienes a mí. Nada de todo esto fue culpa suya.

—Cállate o te disparo ahora mismo —amenazó Mendoza, enseñando su dentadura impoluta.

James se recostó en el asiento y miró por la ventana. El crepúsculo llegó con rapidez. La jungla que había fuera parecía oscura y amenazadora. Pronto no sería capaz de ver nada a dos metros de distancia. No era que importara. Había estado contando los minutos y los cambios de sentido. Tenía que ser capaz de regresar al aeródromo si tenían la oportunidad.

La jungla dio paso a un gran claro artificial con una estructura redonda amurallada en el centro. La única iluminación la proporcionaban unas tenues luces amarillas.

—¿No has pagado la factura de la luz, Mendoza? —bromeó James.

—En mi línea de negocio, es mejor no estar en el punto de mira. —Ladeó la cabeza—. Pensé que tú, precisamente, lo entenderías.

—¿Entonces, esto es un laboratorio?

—¿Todavía me estás investigando, agente? Puede que no vinieras solo por la mujer, después de todo.

James sacudió la cabeza.

—Estoy aquí por Susan. Si la dejas ir, puedes hacer conmigo lo que quieras.

Mendoza rio, una carcajada estruendosa y contagiosa, extraña en alguien tan delgado. James se dio cuenta de que nunca antes lo había escuchado reír. Sonreír, sí; pero nunca reír.

—Puedo hacer contigo lo que quiera de todos modos. No lo olvides. Vamos, sal del coche.

Las botas de James aterrizaron en el suelo embarrado. Después de estar sentado en un coche con el aire acondicionado a tope, enfrentarse a una humedad ambiental del ochenta por ciento fue duro. Tenía que coger el doble de aire para conseguir que la mitad llegara a sus pulmones.

A su lado, Mendoza parecía feliz como un cerdo en una pocilga. El único indicio de que lo afectaba la humedad era el pañuelo que sacaba a cada rato para secarse la frente con delicadeza, pero parecía más bien un acto reflejo.

James dedicó un momento a examinar la estructura. Los muros parecían sólidos. Permanentes. Los techos de los edificios estaban pintados de verde. Desde arriba, quizás no se distinguiría bien del resto de la jungla.

«Una puta fortaleza».

Los dos hombres de Mendoza flanquearon a James. Mario olía como si hubiera estado chupando un ajo mientras su amigo conducía. El olor pungente se le escapaba por los poros.

—Bienvenido a mi hogar —dijo Mendoza con un gesto grandilocuente, sonriendo cuando se abrió la puerta. James lo siguió dentro del complejo.

Detrás había una segunda puerta, más pequeña, fabricada con hierro corrugado industrial. James frunció el ceño. La doble puerta podría ser un problema.

Mendoza agitó la mano otra vez y la segunda puerta se abrió, revelando un patio. A James, este también le recordó a una fortaleza medieval, incluyendo las pequeñas hogueras en torno a las cuales había hombres preparándose la cena. Contó veinte personas allí. Todas armadas hasta los dientes.

Inspiró por la nariz y soltó el aire por la boca.

«Lo único que tienes que hacer es aguantar durante un día».

Las puertas se cerraron de golpe tras ellos, pero James apenas escuchó el sonido. Sus ojos estaban clavados en un punto concreto del patio.

En el centro, atada a una columna como una virgen en un antiguo sacrificio, estaba Susan. El pelo oscuro que caía sobre sus hombros y su piel morena destacaban contra el vestido blanco y casi transparente que llevaba puesto. No era ninguna sorpresa que la mayoría de los hombres del patio —tipos con aspecto duro y cansado— la estuvieran mirando.

De no haber estado aterrado, le habría entrado la risa ante la teatralidad de Mendoza.

Pero no podía reírse. Un miedo desconocido atenazaba su corazón.

Se sobrepuso con esfuerzo, obligándose a mantener una expresión tranquila.

Mendoza se sentiría atraído por el miedo como un tiburón a una gota de sangre.

De camino allí, James había estado dándole vueltas a la información que tenía sobre Mendoza. Gracias a su memoria casi perfecta, no le resultó difícil acordarse de todo lo que le había oído y comprender lo idiota que había sido. Mendoza había estado presente en cada conversación con Moore, había participado en todas las decisiones.

Lo habían entendido mal desde el principio. La relación con Moore…, la expansión a los Estados Unidos… Todo había sido un complot para deshacerse de su hermano.

Mendoza lo debía tener todo planeado desde el principio, y a James lo había engañado como a un bebé.

Susan levantó la mirada del suelo. Sus ojos se cruzaron. Su expresión demudó en horror.

James miró a Mendoza y confirmó que estaba disfrutando del pánico de Susan.

—¡No! ¡No! —gritó Susan con voz grave—. ¡No estás aquí! ¡No puedes estar aquí!

Los labios de James se curvaron en lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora, una que transmitiera a Susan que la sacaría de allí o moriría en el intento.

Aquello solo la hizo llorar más fuerte.

Susan

Hasta ese instante, Susan habría pensado que despertar encerrada en una jaula para perros sería para siempre el peor momento de su vida. Ahora sabía que no era así.

Ver a James entrar en el patio con las manos esposadas, flanqueado por Mendoza y dos de sus hombres, fue mil veces peor.

No había querido creer a Mendoza cuando le dijo que James estaba de camino, pero ahora ya no podía negarlo. James estaba allí y ella sabía perfectamente cuál había sido el cebo que lo había empujado.

«Yo».

James curvó los labios en una pequeña sonrisa, solo para ella. Si pensaba que así iba a lograr tranquilizarla, no la conocía.

No comprendía que el hecho de que estuviera allí era insoportable para ella. Que pensar que James estaba a salvo era lo único que la había mantenido cuerda.

No quería verlo morir. Habría deseado que viviera una vida rica y plena, incluso si ella no estaba allí para acompañarlo. Y ahora, los dos iban a morir.

—¿*Qué estás haciendo, Miguel*? —gritó en español. Su voz sonaba ronca tras tantos llantos y gritos.

Se sentía débil —había estado allí fuera casi todo el día, sin comer ni beber— y al mismo tiempo llena de energía.

Miguel se recreaba en su pánico. Era como si se alimentara de ello, casi un afrodisíaco para él. Solo por eso, deseaba contenerlo, pero, por supuesto, no podía.

James no ofreció resistencia cuando los hombres que lo flanqueaban lo arrastraron a un segundo poste que se alzaba junto al suyo. Pasaron una cadena entre sus esposas. Era gruesa —más que la de Susan—, del tipo que se usaría para tirar de un coche.

Miró a su alrededor. Ahora que había caído la noche, la única iluminación provenía de las antorchas y los faroles colgantes dispuestos por el patio.

«Miguel Mendoza es un *showman*».

«Y nosotros somos el espectáculo».

Los hombres que habían estado vagabundeando por el patio, cocinando la cena o charlando con sus colegas, se acercaron a ellos. Formaron un círculo a su alrededor, concediéndoles a ambos un amplio margen.

«Como en un *ring*».

El estómago de Susan se contrajo y sintió náuseas, pero no tenía nada en el estómago.

De los edificios salieron más hombres que se acercaron a ellos. Debía de haberse corrido la voz de que el espectáculo estaba a punto de empezar.

Miguel esperó pacientemente.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —preguntó James.

Susan lo miró como si viniera de otro planeta.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —dijo con voz ronca—. ¿No te das cuenta de que lo estás empeorando todo?

La sonrisa de James vaciló.

—No tenía otra opción. No la tenía —susurró.

—¿Te envió alguien?

Quizás el FBI lo había obligado. Tal vez querían a Mendoza y…

—No me ha enviado nadie —confesó en voz baja—. No tenía opción porque te quiero.

Susan se quedó sin aliento. Pensaba que ya no tenía lágrimas que derramar, pero se equivocaba, porque empezaron a resbalar por sus mejillas.

—Yo también te quiero —susurró—. Por eso no quiero que estés aquí.

James se pasó la lengua por los labios con una expresión torturada. Estaba mirando su vestido blanco.

—¿Te han hecho daño?

Susan sabía a qué se refería.

—No. Nadie me ha tocado.

James se relajó un poco.

—Tienes que aguantar. Sé fuerte por mí.

Algo chisporroteó en el aire. Una energía que antes no estaba allí.

Luego, Mendoza comenzó a hablar en español, dirigiéndose a lo que parecía un auditorio a rebosar: al menos, cuarenta hombres rudos con las miradas clavadas en él.

—¿Qué está diciendo? —preguntó James en voz baja—. Solo entiendo unas cuantas palabras.

—Está hablando de su hermano como si estuviera muerto. Que era un gran hombre, blablablá y cuánto lo echarán todos de menos.

James asintió.

—Quiere que se olviden de Ernesto. Le habría gustado que el FBI lo hubiera matado en la redada, pero mantenerlo en prisión durante toda la vida funciona igual de bien, siempre que la gente se olvide de él.

Mendoza continuó. Estaba plantado estratégicamente cerca de una de las luces. Su rostro brillaba mientras hablaba. En la penumbra, parecía más grande de lo que era. Más grande y en control de la situación.

—Está diciendo que es hora de llevar las cosas al siguiente nivel. No estoy segura de lo que quiere dar a entender con eso.

—Seguro que él tampoco —se burló James—. Está echándose un farol. Trata de mantener a sus hombres entretenidos.

El discurso de Mendoza siguió y siguió.

—¿Qué vamos a hacer, James? Por favor, dime que tienes un plan —le suplicó Susan.

Sus ojos se levantaron para contemplar los suyos. En aquella mirada azul detectó su agotamiento, su miedo, su preocupación, y también su amor.

«No tiene ningún plan».

«Ha venido porque está dispuesto a morir contigo».

Una parte de ella se rebeló contra la idea. Aquello no podía ser el final; no ahora, no cuando acababan de encontrarse.

—Lorraine encontrará una forma de llegar hasta aquí. Solo necesita algo de tiempo.

Tiempo… Eso era algo que quizás no tenían.

—No quiero que estés aquí.

—Tomo nota, cariño.

—Pero tu presencia me hace sentir… más valiente.

James tragó saliva. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas, pero las contuvo.

—Eres valiente. La mujer más valiente que conozco. Solo te pido que uses ese coraje increíble un poco más.

Mendoza parecía estar terminando su discurso. Se dio cuenta, por la expresión de sus

hombres, de que lo había alargado demasiado. Sus expresiones habían cambiado y continuaron cambiando bajo la luz intermitente de las hogueras y las linternas. Sus cuerpos se acercaban al centro del círculo, buscando… algo.

«Emoción».

«Sangre».

«Algo fuera de lo común».

Mendoza los había convertido en el enemigo. No, ni siquiera en el enemigo. A los ojos de aquellos hombres, se habían transformado en algo que ni siquiera era humano, algo de lo que podían deshacerse.

James todavía parecía tranquilo, como si controlara la situación. Los miraba como si aquello no tuviera nada que ver con él y fuera un mero observador. Pero Susan se dio cuenta de que sus brazos se tensaban hacia ella. Estaba tan cerca como le permitían sus ataduras.

Si sus propios brazos no estuvieran atados a su espalda, podría alargarlos y tocarlo.

James pensaba que era valiente, pero no era cierto. Al contrario, se había meado de miedo en aquella caja y hubiera vuelto a hacerlo si no llevaran privándola de líquidos todo el día.

Pensó en Miguel Mendoza, el hombre de modales suaves que había conocido en Maine. De hecho, le «caía bien». Había sentido pena de él. En realidad, solo había visto la máscara que llevaba, la que quería que viera la gente.

Mendoza pidió a sus hombres que eligieran.

«Uno o dos».

«Uno».

«Dos».

No explicó la elección, pero parecían saber lo que quería decir. Por eso estaban tan emocionados.

«Han hecho esto antes».

Susan imaginó que así debían de sentirse los esclavos en el coliseo romano.

—*¡Dos!* —rugió la multitud. Fue unánime.

Mendoza se volvió hacia ellos. Lucía la sonrisa más grande que había visto nunca.

Susan tembló y dio un paso atrás; se hizo un ovillo muy a su pesar. Intentó humedecer sus labios, pero renunció cuando se dio cuenta de que su boca estaba completamente seca.

«Este es el final».

«Así es como moriremos».

James gruñó junto a ella. Sus brazos se tensaron contra la cadena que lo ataba al poste y sus músculos se hincharon bajo la luz rojiza de las antorchas.

—¡Pelea, Mendoza! —gritó James—. ¡Que vean la clase de hombre que los lidera!

Susan comprendió lo que pretendía James. Quería sacar de quicio a Mendoza para que cometiera un error. También vio, por la forma en que se estrecharon los ojos de Mendoza, que no iba a funcionar.

—Mis hombres saben lo que sois. Traidores, lo peor de lo peor. Os habría cortado la cabeza y habría dejado vuestros cuerpos pudriéndose en la selva. Pero mis hombres han votado por la opción dos.

—¿Cuál es la opción dos, maldito demente? —preguntó James. ¿Estaba perdiendo el control? Por el motivo que fuera, Mendoza veía en los ojos de James algo que parecía nutrirlo.

—La opción dos —se recreó Mendoza, volviéndose hacia Susan— es *ella*.

James gruñó de nuevo.

—¿Qué estás haciendo, Mendoza? Dijiste que la dejarías ir. Dijiste…

—Dije que podrías salvar su vida si venías. Dije la verdad.

—La opción dos —repitió James con voz átona—. Dinos qué significa.

—Tu chica es el premio. Permanecerá donde está para que todos la vean. Y tú lucharás por ella.

—¿Luchar por ella? ¿Así? ¿Atado?

—Shhh. No seas ridículo, no somos salvajes. Te soltaré cuando llegue el momento.

—¿Contra quién lucharé? —preguntó James. Miró a su alrededor y Susan comprendió que estaba buscando al más fuerte. Lo cual era ridículo, porque muchos de aquellos hombres parecían luchadores.

—Esa es la mejor parte. Decidirán mis hombres. Pelearás contra los que quieran luchar por ella. Y el ganador… El ganador se la quedará. Podrá hacer *lo que quiera* con ella.

Susan habría caído rendida al suelo si no fuera por James. Él todavía estaba de pie y sabía que, si perdía los papeles, solo le complicaría las cosas.

—¿Qué pasa si gano?

—Si vences a todos los hombres que quieren pasar un rato con ella —explicó Mendoza con cuidado—, entonces, puedes llevártela de aquí. Nadie te detendrá.

James asintió. Su rostro manifestaba una tranquilidad absoluta. No miró en su dirección.

—¿Cuándo luchamos? ¿Mañana?

Mendoza se rio y algunos de sus hombres también. Aquellos que entendían inglés.

Luego, sonrió enseñando los dientes.

—Ya conoces el dicho: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

29



James

James no se atrevía a mirar a Susan.

Era él quien la había metido en eso. Había calculado mal; no se había dado cuenta de qué clase de persona era Miguel en realidad. Nunca había indagado sobre quién era el informante que los había alertado sobre Moore.

Ahora, Susan podía pagar aquellos errores con su vida.

O con algo peor que su vida, a juzgar por el brillo en los ojos de Mendoza.

Cualquiera de aquellos hombres le haría desear la muerte antes de concedérsela.

James estaba dispuesto a todo para evitarlo; daría hasta la última gota de su sangre.

Quería hacérselo saber, pero, al mismo tiempo, no podía permitirse mirarla. Porque el miedo de Susan podía dejarlo fuera de combate.

—Las reglas son simples, agente —dijo Mendoza—. Cada pelea es a muerte o hasta que uno de los contendientes no se levante. Vamos a quitarte las esposas. Si corres o intentas luchar contra cualquier persona que no sea el contrincante que está frente a ti, te dispararemos y mis hombres compartirán a tu mujer aquí mismo en el patio. Será lo último que veas mientras te desangras en el suelo. ¿Entiendes lo que digo?

James pensó en el localizador que llevaba en su cuerpo y en las gafas de sol que le había robado el hombre de Mendoza. Lorraine aparecería. Su compañera nunca los dejaría allí abandonados.

«Solo necesito ganar algo de tiempo».

Tensó los músculos.

—Empecemos.

Mendoza gritó algo. Alguien le trajo un sombrero, que dejó bocarriba en el suelo. Los hombres vitorearon. Un gigante bronceado y cubierto de tatuajes dio un paso al frente. Se quitó un anillo y lo tiró en el sombrero. Otro hombre —corpulento, con cuello de toro y cicatrices en la cara y las muñecas que indicaban que había estado encarcelado en algunas de las más horribles instituciones penitenciarias del país— avanzó y tiró algo más. Era demasiado oscuro para que James viera lo que era. Luego, un tercer hombre hizo lo mismo y así, sucesivamente, hasta que James comprendió que aquellos objetos determinarían el orden en el que se enfrentarían a él.

Muy a su pesar, un escalofrío recorrió su espalda.

James nunca había rechazado una pelea; incluso de niño, la gente decía eso de él, que peleaba como si no tuviera nada que perder.

«Imprudente».

«Temerario».

Tenían razón, porque su propia vida no significaba nada para él por aquel entonces. A los quince años, en su noveno hogar de acogida, con los nudillos callosos por los abusos a los que los había sometido, estaba bastante seguro de que moriría en una pelea. Si no hubiera conocido a su padre adoptivo, el hombre que lo llevó por buen camino y cuyo apellido adoptó, habría ocurrido más pronto que tarde. Deseó que Paul Ramsay hubiera vivido lo suficiente para conocer a Susan.

James centró su atención de nuevo en la pelea. Esa vez no solo tenía algo que perder: podía perderlo todo.

A su lado, Susan gimió. James habló sin girarse.

—Aguanta, cariño. Todo va a ir bien. Nadie va a tocarte.

—No, James, no. —La intensa angustia de su voz lo afectó—. No luches contra ellos. Dile a Mendoza que no vas a luchar. Elevó la voz—. ¡No va a luchar! *¡No va a luchar!*

James se encogió de hombros en un gesto universal que venía a decir algo así como: «mujeres, ¿qué le vamos a hacer?». Contuvo una sonrisa. Estaba seguro de, si sobrevivía a esa noche, Susan lo mataría por ese comentario.

—¿Quién es el primero? *¿Quién es el uno?* —preguntó en su español roto. Para hacerse entender mejor, lo acompañó haciendo un gesto para que se acercara.

La multitud rugió y luego cayó en un silencio tan absoluto que pareció que la selva se había adueñado del patio. Mendoza metió la mano en el sombrero y sacó un único objeto. Una cadena delgada de plata con una cruz en un extremo.

Un hombre se adelantó para reclamarla. James le sacaba unos pocos centímetros. La luz se reflejaba en sus brazos y en su pecho, coronados por enormes músculos. Músculos que no eran el producto de sesiones de gimnasio. Cuando la multitud de hombres malolientes empezó a entonar su nombre, los flexionó.

—¡Raúl! ¡Raúl!

Luigi y Mario se acercaron y le quitaron a James las apretadas esposas.

James se plantó delante de Susan.

«No voy a dejar que nadie la toque».

«Pase lo que pase».

James no esperó. Atacó con el puño derecho, lanzándolo contra el ojo de su oponente. Si tenía suerte, le abriría la ceja. Una ceja que sangrara lo bastante —hasta el punto de no poder ver al contrincante— era una de las formas más simples de terminar una pelea. Y en aquel momento, James necesitaba soluciones simples.

Raúl era rápido, más de lo que James pensaba. Lo esquivó y el golpe con el que James pensaba acabar el combate se convirtió en una mera caricia en la sien.

James esquivaba y giraba, buscando un hueco en la defensa para atacar. Vio venir el puño de Raúl y se agachó, ofreciendo la parte superior de su cabeza.

El dolor irradió por su cráneo, pero el rugido de Raúl y la forma en que se frotó el puño derecho con la mano izquierda le dieron toda la información que necesitaba.

«El cráneo humano es muy duro, sobre todo, por arriba».

Raúl cayó de rodillas, aullando. James pudo ver cómo dos de sus nudillos se habían hundido; no iba a golpear nada con esa mano en un tiempo.

—¡Levántate, Raúl! —gritaron varias voces desde los márgenes.

James barrió el *ring* con la mirada y distinguió una figura familiar.

«Guerrero».

A diferencia de sus hombres, que estaban concentrados en la pelea, Guerrero miraba a Susan. Aunque su rostro duro parecía impasible, algo brillaba en sus ojos oscuros.

«¿Ira?».

«¿Preocupación?».

James se guardó esa información para el futuro.

Por fin, alguien se acercó a Raúl para arrastrarlo fuera del improvisado *ring*.

Volvió a celebrarse el ritual del sombrero. Esta vez, le tocó al gigante que había sido el primero en introducir el anillo.

Susan había estado callada durante un rato, pero ahora alzó la voz.

—¡Basta, James! ¡No quiero que te hagan daño!

«Yo tampoco quiero que te hagan daño a ti».

La mirada del grandullón atravesó a James para concentrarse en Susan. Su expresión era de gran satisfacción.

«Le gusta verla asustada».

—*Primero lo voy a matar, y luego gritarás mi nombre*.

James no necesitaba saber español para entender que aquello era una amenaza.

—No vas a ponerle las manos encima.

El hombretón atacó primero con un puñetazo a su cabeza, pero lo bastante lento como para que James no tuviera problemas en esquivarlo. Eso dejó su riñón al descubierto y James lo golpeó allí. Fue un golpe fuerte, y confiaba en que caería de rodillas, pero su oponente apenas se inmutó.

El hombre agarró a James por el cuello y lo lanzó al suelo. Durante un instante, James se quedó sin aliento, pero aún le quedaba suficiente aire en sus pulmones para retroceder como un cangrejo y levantarse de nuevo.

Se sacudió, enfadado. No podía permitir que su oponente lo agarrara así otra vez.

En las gradas, Mendoza sonreía plácidamente, como si estuviera viendo un partido de fútbol.

«A ese cabrón solo le faltan las palomitas».

James y su oponente intercambiaron unos cuantos golpes más, lo bastante fuertes como para aturdirlos, pero ninguno tan bueno como para provocar un nocaut. Al final, su oponente encontró un hueco y lo agarró de nuevo del cuello.

James contuvo una sonrisa.

Aquello no iba a funcionar con él dos veces.

Se fijó en el espacio que se abría entre los brazos de aquel hombre y lo golpeó en la mandíbula con un gancho que habría derribado a un árbol. Lo siguió con su mejor golpe de izquierda, rezando para que fuera suficiente.

Al principio, su oponente permaneció en pie.

«No».

Lentamente, como en un sueño, se derrumbó y cayó de bruces al suelo.

La multitud se quedó en silencio hasta que Mendoza chasqueó los dedos y señaló a alguien para que fuera a recoger al hombre caído.

James cogió aire con dificultad y se limpió el sudor y la sangre de la frente. Quería apoyar las manos en las rodillas y descansar un momento, pero no podía permitirse mostrar debilidad.

«Mierda».

Estaba cansado.

«Y todavía quedan muchos objetos en ese sombrero».

Se irguió, tratando de parecer indemne, mientras el tercer hombre se plantaba frente a él. Aunque este era más joven, no había nada infantil en sus músculos hinchados. Tenía vello en todas partes salvo en la cabeza, afeitada al ras. En el lateral, lucía la serpiente *coralillo* del cártel Mendoza.

El hombre miró a Susan y se relamió.

A James se le revolvió el estómago.

Como si pudiera leerle la mente, el hombre se volvió hacia él y sonrió. Luego, dijo algo muy rápido en español. La multitud rugió en respuesta.

«No te molestes. No entiendo una palabra de lo que estás diciendo, amigo».

—Quiere matarte, James —advirtió Susan en voz baja detrás de él.

—Que lo intente —dijo James, y enseñó los dientes.

—Gómez, Gómez —coreaba la multitud.

La esperanza de que su tamaño lo ralentizara murió cuando el hombre lanzó la primera combinación de golpes. Los asestó rápido y con mucha fuerza, y todo lo que James pudo hacer fue agacharse, esquivar e intentar evitar lesiones graves.

Hasta que no fue suficientemente rápido. El puño de su oponente se estrelló contra su mandíbula. Su cuerpo se sacudió con el impacto estremecedor.

James contraatacó con lo que tendría que haber sido un fuerte golpe en la nariz, pero calculó mal y terminó golpeando el pómulo de su contrincante.

«Mierda».

El dolor recorrió su brazo desde la mano hasta el hombro, lo bastante intenso como para hacerle pensar que se había dislocado los nudillos.

Le entraron arcadas, pero no podía permitir que aquello lo detuviera.

James sabía que podía golpear con un nudillo dislocado, incluso roto. Solo era cuestión de seguir adelante.

«Seguir adelante».

Se había pasado la vida haciendo justo eso. Superando la ira y el miedo. Manteniendo siempre el control.

Pero ahora el control no lo ayudaría. Tenía que olvidarse de él, como una serpiente que se deshace de la piel que ya no necesita.

Fue más fácil de lo que esperaba. Hacía mucho tiempo que Susan le había hecho perder el control y la idea de que acabara en manos de aquellos animales bastó para eliminar cualquier rastro de él. Haría cualquier cosa, lo que fuera, para protegerla. Superaría todo aquel dolor. Se bañaría en la sangre de sus oponentes si era necesario.

Su oponente se burló —él también sabía reconocer un nudillo dislocado—, pero sus ojos se abrieron con sorpresa cuando James continuó golpeándolo con la mano herida. De pronto, ya no sonreía.

James golpeó, se agachó y se movió. Perdió la cuenta de a cuántos oponentes se enfrentaba. Sus caras solo eran un borrón frente a él. Alguien golpeó su pecho y sintió sus costillas —que aún no se habían curado de todo— fracturarse de nuevo. En respuesta, aplastó su palma contra el tímpano de alguien, vio cómo salpicaba la sangre, y siguió golpeando.

Susan llevaba un rato callada. James le echó un vistazo. Necesitaba ese contacto visual para comprobar que estaba bien.

«¿Bien?».

«Nunca va a estar bien después de esto».

Susan le devolvió la mirada. Ya no gimoteaba. Ya no lloraba. Sus ojos oscuros brillaban con algo desconocido para él.

James rugió.

Los mataría a todos si era necesario.

De repente, algo brilló en la oscuridad frente a él. La hoja afilada de un cuchillo de aspecto japonés.

James vio a Mendoza asentir sombríamente desde las gradas y se dio cuenta de que faltaba poco para vaciar el sombrero. Nunca habían tenido la intención de dejarlos marchar.

Susan gritó. Su voz aguda estaba llena de angustia.

El hombre agitó el cuchillo de un lado a otro.

«Idiota».

«Las hojas de los cuchillos Tanto están hechas para apuñalar, no para cortar».

James saltó hacia atrás con la mala suerte de que no vio una raíz que sobresalía del suelo.

Para cuando logró ponerse en pie, el cuchillo alcanzó su brazo. Sintió cada centímetro de la hoja, cortándole desde el codo a la muñeca; por suerte, fue por la parte exterior y no dañó ninguno de los grandes grupos musculares que necesitaba para que su brazo funcionara.

James jadeó y apretó los dientes.

Cuando su oponente se acercó para cortarle de nuevo, James le lanzó un golpe al plexo solar por debajo de su línea de visión. Impactó en el centro del pecho, cargando todo su peso detrás, como si quisiera llegar hasta la médula espinal.

James sintió cómo el diafragma de su adversario se encogía en un espasmo. Después, el luchador se encorvó hacia delante y cayó al suelo, aturdido y sin aliento, apenas consciente.

«No importa lo fuerte que seas. Si no puedes respirar, estás acabado».

James le propinó un codazo en un lado de la cabeza y el hombre se derrumbó.

Saltó sobre él y agarró el cuchillo. Se dio la vuelta para enfrentarse a la multitud, que de repente se había quedado en completo silencio. Solo se oían los sonidos de la selva.

—Suelta el cuchillo, James —ordenó Guerrero. Su voz, aunque tranquila, resonó con una autoridad inesperada.

James gruñó y apretó el cuchillo con más fuerza, sacudiendo su cabeza para despejarse, reemplazando la confusión con una ráfaga de dolor lo bastante intenso como para concederle una lucidez momentánea.

Mendoza no iba a dejarlos marchar. Iba a matarlos, a él y a Susan.

Solo había una cosa que James pudiera hacer con el cuchillo.

No confiaba en su mano derecha, así que lo sostuvo con la izquierda, equilibrando el mango entre el índice y el pulgar. Con la siguiente exhalación, alzó la mano con un movimiento rápido y fluido. Fue un lanzamiento instintivo, de poca solidez técnica, pero encontró el blanco.

Mendoza cayó de rodillas con el cuchillo profundamente hundido en su cuello, a la altura de la nuez. Todo el patio miró, aturdido, cómo el hombre tiró para extraerlo. De la herida brotó una sangre oscura y roja. Lo que parecían litros y litros de líquido carmesí tiñeron la tierra.

En cuestión de segundos, la piel de Mendoza adquirió la palidez de la muerte: un lustre verdoso que daba a entender que no había salvación posible. Momentos después, cayó de espaldas, muerto.

Nadie se acercó para ayudarlo.

«Tampoco podrían haber hecho nada».

Fue una muerte rápida y silenciosa.

«Ya es más de lo que merecía».

James sintió un sabor metálico en la boca. Cada vez que tomaba aire, sentía una profunda agonía. La sangre de la herida goteaba por su brazo y caía al suelo. Abrió las piernas, tratando de adoptar una postura que lo mantuviera en pie mientras en la periferia de su visión lo veía todo borroso.

Quería tumbarse, cerrar los ojos, pero no podía mostrar debilidad. Aún no.

—¿Quién es el siguiente? —gruñó, abriendo los brazos de par en par.

El patio estaba en completo silencio.

Por fin, un hombre se adelantó.

«Guerrero».

—Deberíamos matarte —dijo con una expresión despiadada.

—Podrías haberme matado ya —replicó James. Estaba bastante seguro de que una de sus costillas rotas le había perforado el pulmón. Su brazo palpitaba. Con aquella temperatura, sabía que la herida no tardaría mucho en infectarse—. Pero ella no tiene nada que ver con esto.

James se estaba arriesgando mucho. En el pasado, Guerrero había querido proteger a Susan. Pero no sabía hasta donde llegaría esa protección ahora que sabía que Susan había estado suplantando a la hermana de su amigo.

Guerrero ladeó la cabeza, como dando a entender que el grado de inocencia de Susan era discutible.

—Milena… —dijo, finalmente. Su voz se quebró.

—No le hicimos daño —explicó Susan con suavidad—. Milena no fue capaz de dejar las drogas. Murió de una sobredosis unos días antes de que salieras de prisión. Por favor, déjanos ir. Olvidaremos dónde está este lugar. No es nuestro problema.

James decidió no confirmar ni negar aquella declaración.

Los murmullos a su alrededor aumentaron cuando Guerrero dio un paso al frente y entró en el círculo. James cuadró los hombros, aunque sabía que aquella era una pelea que no podía ganar.

Guerrero pasó por delante de él y se dirigió hacia Susan. La liberó de sus esposas, que cayeron al suelo con un golpe.

—Luchaste bien —dijo Guerrero—, y nosotros cumplimos nuestras promesas. Llévala hacia el sur, es donde tendréis más posibilidades. —Añadió algo en español, más fuerte. Al principio, no hubo respuesta. Y luego, de repente, aquellos hombres comenzaron a corear el nombre de Guerrero.

Guerrero le entregó una linterna y una pequeña navaja de bolsillo.

James guareció a Susan en el lado izquierdo de su cuerpo y asintió en dirección a Guerrero.

—*¡Abrid la puerta!*

Susan apretó su mano. Juntos caminaron con paso inestable hacia la primera puerta.

30



Susan

James se estaba debilitando rápidamente. Se habían detenido para envolver su antebrazo con un trozo de su vestido, pero en cuestión de minutos el vendaje estaba empapado en sangre.

—¡James, para! ¡James!

Tuvo que insistir un par de veces para que la escuchara.

—¿Estás bien, Susan?

Sus ojos estaban vidriosos.

—Lo estoy… gracias a ti, James.

Aún no le había dado las gracias.

«¿Cómo le das las gracias a alguien que lo ha arriesgado todo por ti?».

«Hallmark no vende tarjetas para eso».

Susan miró la sangre que comenzaba a filtrarse por el vendaje improvisado y resbalaba hacia su palma. En la selva, con aquel calor…, era muy mala noticia.

—Tenemos que parar, James. Estás perdiendo demasiada sangre.

—No. Debemos seguir adelante —susurró con determinación—. Lorraine nos encontrará.

Parecía que le costaba respirar. Había muchas probabilidades de que tuviera lesiones internas que no podía ver.

—¿Cómo?

—El localizador. Aún tengo el mío. Sabrá dónde estoy. Tenemos que seguir adelante. Por favor.

Como no iba a conseguir que cambiara de opinión, Susan se colocó a su izquierda y le pasó un brazo por encima, cargando con su peso tanto como pudo. Las alpargatas típicas de México que llevaba le quedaban algo grandes. Con cada paso que daba, sus dedos rozaban la tela. Susan tomó una profunda inspiración e intentó pensar en otra cosa.

Susan siguió caminando. No porque pensara que Lorraine los encontraría, sino porque James creía que así sería, y Susan quería mantener viva su esperanza durante el mayor tiempo posible; la esperanza de que sus colegas aparecerían y todo acabaría bien.

Caminaron varios kilómetros hasta que a James le fallaron las piernas y cayó de rodillas. Arrastró a Susan consigo, porque no estaba dispuesta a soltarlo.

—Necesitamos parar un poco —dijo ella. Luego, se detuvo a escuchar. El único sonido a su alrededor era el de la respiración agitada de James. Era evidente que algo no iba bien. Su torso estaba moteado de moratones.

Su brazo seguía sangrando.

—No sabemos qué había en ese cuchillo, James. Tenemos que limpiar la herida. —Le daba la impresión de que su lengua era de papel de lija.

—¿Limpiarla con qué, cariño?

—Encontraremos un arroyo. Herviremos un poco de agua. —Se dio cuenta de lo ridículas que eran sus palabras. No había ningún arroyo y, aunque pudiera encontrarlo, no tenían una olla, ni algo con lo que hacer fuego, ni nada limpio que pudieran usar para vendarle el brazo.

La respiración de Susan se aceleró. No había nada que pudiera hacer para ayudar a James.

«Su brazo se va a infectar, y luego…».

—Susan, tienes que calmarte. Estamos mucho mejor que hace una hora. Lorraine nos encontrará. Solo tenemos que seguir caminando. —Se levantó y le ofreció la mano. Su voz bajó una octava—. ¿Puedes hacer eso por mí?

Susan tomó su mano y dejó que la levantara. Estaba dispuesta a correr una maratón con aquellas alpargatas si hacía falta. Haría cualquier cosa por James.

Con el paso del tiempo, sin embargo, los pasos de James comenzaron a ralentizarse. Susan soportaba cada vez más peso, tanto como pudo, hasta que la enorme figura de James se apoyó por completo en ella. Ahora era su turno de apretar los dientes. Levantó la mano para pedirle que se detuvieran y luego, se desplomó sobre sus rodillas. Esta vez no intentó levantarse de nuevo.

—Tienes que seguir adelante. Tienes que alejarte más de esos hombres.

Susan le pasó las manos por la frente. Estaba húmeda, pero no sabía si por el esfuerzo o por la fiebre.

—¿Qué? No te voy a dejar aquí, James.

—Guerrero nos ha dejado marchar, pero sus hombres podrían cambiar de opinión y volver a por nosotros. Probablemente, estén discutiéndolo mientras hablamos y no hemos ocultado nuestro rastro.

Susan negó con la cabeza.

—No escucho nada, James. Creo que aquí solo estamos nosotros.

«Nosotros y la selva».

Intentó no pensar en el tipo de animales salvajes que podían esconderse en aquella oscuridad; animales que aparecían con frecuencia en las historias que su madre le contaba para dormir cuando era pequeña. Arañas que podían escupir suficiente veneno para paralizar un buey. Jaguares de ojos brillantes que se escondían de sus presas hasta el último momento.

Pensó en sus padres y en sus hermanos. La noticia de su muerte los iba a devastar. Igual que a Natalie y a Rob. Se preguntó si durante los últimos meses había estado tomando las decisiones correctas.

Miró a James y se dio cuenta de que no habría cambiado nada si eso implicaba volver a su vida anterior, una en la que no estaba con él.

—Susan, Susan —la instó James, casi sin aliento—. En mi bolsillo. Coge el cuchillo que me dio Guerrero…

Susan lo encontró y se lo entregó, pero él se lo devolvió.

—Vas a tener que sacarme el localizador.

Susan abrió la boca. Cuando comprendió lo que quería decir, se sintió enferma.

—¿Estás loco?

James negó despacio con la cabeza.

—Está aquí —dijo, tocándose el hombro izquierdo justo donde ella había llevado el suyo. Jadeó de dolor—. Muy cerca de la piel. Lo haría yo mismo, pero…

—No voy a cortarte, James. Nos quedaremos aquí los dos juntos. —Agarró su mano izquierda. Estaba caliente y se preguntó si tendría fiebre.

—No puedo seguir, pero quiero que tú lo hagas, Susan —pidió James, jadeante. Nunca antes lo había visto llorar, pero ahora las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que intentara detenerlas—. Si vienen, haré todo lo posible para detenerlos. Pero tienes que irte.

—James —le suplicó—. James, escúchame. Creo que Guerrero va a tomar el mando del grupo, pero incluso si no es así, incluso si vienen a por nosotros, no voy a dejarte solo.

«No te voy a dejar».

«Pase lo que pase, no te voy a dejar».

—Susan…

Susan lo interrumpió con un beso. Lo besó con intensidad. Con los labios y la lengua; con todo su cuerpo. Y sabía que no era el momento adecuado para un beso así, pero no podía

evitarlo. El suyo era el tipo de amor del que están hechos los cuentos de hadas. Salvo porque, si de verdad estuvieran viviendo un cuento de hadas, ya habrían sido rescatados. No estarían recorriendo la selva, solos, preguntándose si aquel era el final.

James le devolvió el beso con suavidad. Cuando se apartó, su expresión denotaba una tristeza infinita.

Susan apretó la mandíbula, dispuesta a defender sus argumentos, cuando oyó un ruido detrás de ellos. No lo bastante sigiloso para un jaguar.

James se incorporó en un instante y se colocó delante de ella para protegerla, aunque podía ver lo mucho que temblaba su cuerpo. Como si todo lo que pudiera hacer fuera mantenerse en pie.

«No».

«Ahora me toca a mí protegerte».

Susan apretó el cuchillo con más fuerza y abandonó la cobertura que le ofrecía James. Se puso a su lado, con el hombro izquierdo rozando el suyo.

De pronto, un hombre grande surgió entre los árboles. Vestía ropa táctica negra y gafas de visión nocturna.

Susan dio un pequeño paso al frente, colocándose delante de James.

Entonces una segunda figura, más delgada, apareció bajo la luz de la linterna. La figura se quitó las gafas, revelando su rostro. Aunque estaba oscurecido con pintura negra, Susan reconoció a la agente federal.

—Lorraine —jadeó.

Sus rodillas temblaron.

«¿Es una alucinación?».

Lorraine corrió y agarró a Susan, atrayéndola para darle un abrazo. Luego, se volvió para hacer lo mismo con James, pero Susan la detuvo.

—Espera, está herido.

El primer hombre se acercó.

—¿Son ellos? —le preguntó a Lorraine. Su voz era grave, pero no desagradable. Dijo algo en un tono más bajo, no destinado a sus oídos.

—Por favor, ayúdalo —rogó Susan.

El hombre se adelantó justo a tiempo para atrapar a James mientras caía.

31



James

Recobró la conciencia de golpe. Reconocía las vibraciones bajo su cuerpo, pero no podía recordar cómo había subido a aquel avión. Su último recuerdo era estar en la selva con Susan, y luego… todo se volvió negro.

«Susan».

Giró la cabeza y estuvo a punto de vomitar por el dolor.

—Quédate quieto, James —ordenó una voz familiar. James parpadeó.

—¿Lorraine?

La mujer se acercó para que James pudiera verla. No la había imaginado. Estaba allí. Los había encontrado.

—Susan —gimió. El dolor de su pecho había empeorado. Era tan intenso que podía calificarse de agónico—. ¿Dónde está…?

—Está bien. La están atendiendo. James, ¿ellos…?

James negó con la cabeza. Tenía que dejar de hacer ese gesto.

—No la tocaron.

—Vale. Bien. Bien.

James tomó un respiro tembloroso. Miró la vía en uno de sus brazos. Los nudillos de esa mano ya se habían hinchado de forma grotesca. Su otro brazo tenía un vendaje limpio.

Durante un segundo, ninguno de ellos dijo nada.

—Relájate, James. Estamos hablando con nuestros colegas en Texas para que sepan que vamos para allá.

—¿Texas? —Su cabeza también estaba embotada.

—Tienes un neumotórax y puede que otras lesiones internas. Necesitamos llevarte a un hospital.

Susan caminó con torpeza hacia ellos. Alguien le había dado una sudadera gris para que se la pusiera sobre el vestido pero, aun así, James se dio cuenta de que tenía frío.

—Ven aquí —pidió.

Susan se apoyó en el borde del asiento.

—James. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Viniste a por mí.

—Lo haría mil veces más.

Quería decir más cosas, pero no parecía el momento ni el lugar adecuados.

Miró a Lorraine, casi esperando que se riera de ellos, pero la expresión de su compañera resultaba extrañamente tierna.

Detrás, en la zona delantera del avión, podía ver a un grupo de hombres vestidos de negro. El tipo grande que había visto en el bosque alzó la vista, como si sintiera su mirada, y asintió con la cabeza.

«El Equipo de Rescate de Rehenes del FBI».

—Te has esforzado, Lorraine.

Ella se rio.

—No iba a dejar que desollaran vivo a mi compañero. Aunque parece que estuvieron cerca. —Su expresión se ensombreció—. Lamento haber tardado tanto…

En esta ocasión, James recordó a tiempo el dolor y no sacudió la cabeza.

—Sabía que vendrías, Lorraine.

—Nos salvaste la vida —dijo Susan. Entrelazó los dedos con los de su mano sana. James se

preguntó cómo se le había ocurrido pensar alguna vez que podía vivir sin ella.

—Guerrero quiere tomar el mando del cártel —comentó James con voz ronca.

Susan asintió.

—Sabemos dónde están. Podemos preocuparnos por eso más tarde.

«No mucho más tarde».

«Guerrero conoce a Moore».

«Podrían reiniciar las operaciones».

Aquellos pensamientos oscuros lo sumieron en un sueño inquieto.

32

Susan

Por supuesto, tendrían que celebrar una fiesta.

Natalie estaba fuera de sí cuando Susan la llamó desde el hospital. Quería volar a Texas para estar con ella y solo pudo detenerla con la ayuda de Lorraine. Para entonces, ya sabían que James se iba a recuperar.

El primer día en el hospital había sido el peor. James estuvo inconsciente casi todo el tiempo mientras le hacían una prueba tras otra. A Susan nadie le decía gran cosa porque no era un pariente cercano. Al menos, le permitieron quedarse con él en la habitación; en teoría, descansando en la cama que había a su lado. En realidad, pasó toda la noche despierta, escuchando la respiración entrecortada de James, deseando que hubiera algo, cualquier cosa, que pudiera hacer.

En total, pasó tres días en el hospital con un tubo torácico. Tuvo suerte de no necesitar cirugía. «Suerte» parecía la palabra de la semana, pues se repitió muchas veces durante el tiempo que pasaron en el hospital. «Suerte» de que los hematomas internos por los golpes recibidos no fueran más serios. «Suerte» de que el cuchillo no hubiera cortado los tendones de su brazo. «Suerte» —y esto se aplicaba a ambos— de que las ampollas de sus pies fueran recientes y no hubieran llegado a infectarse.

Ambos habían recibido todo tipo de antibióticos.

«Solo por si acaso».

A James le habían dado cuatro semanas de permiso; el tiempo necesario para que sus costillas rotas se curaran bien. Él había hecho caso omiso y había vuelto directamente al trabajo en cuanto le dieron el alta en el hospital.

Susan estaba dolida. No era que James hubiera sido frío con ella *per se*; demonios, cada vez que sostenía su mano sentía la misma corriente eléctrica que le daba a entender que lo suyo no había terminado, ni mucho menos.

Pero también sabía cuáles eran sus prioridades en aquel momento. Desde que recuperó por primera vez la consciencia, solo había pensado en el cártel. Y Susan podía comprender y respetar lo mucho que necesitaba terminar la misión. Pero una parte de ella quería empezar a gritarle; habían escapado con vida a duras penas y no debería tentar la suerte de nuevo.

—Me ocuparé de que no le pase nada —le había dicho Lorraine—. Y esta vez tendrá un equipo a su lado.

Susan volvió al presente. Habían pasado tres días y no había sabido nada desde entonces. Solo podía rezar para que James y Lorraine estuvieran bien.

Sonrió de oreja a oreja. Luego, contuvo un poco la sonrisa, mirando al espejo retrovisor que tenía delante.

«Mejor».

«Pero todavía no es perfecto».

Nunca había necesitado practicar una sonrisa antes.

Aunque tampoco había pasado por algo así. Aún no le había relatado a nadie la historia completa. Lo básico, sí. Cómo había estado encerrada en una jaula y encadenada a una pared. Que no le habían hecho daño, al menos, físicamente, si no contaba el hecho de que la habían dejado sin agua y sin comida.

Pero no había hablado con nadie sobre el miedo y no sabía si estaría lista para hacerlo alguna vez. Miedo con eme mayúscula; miedo a morir allí y a que nadie encontrara nunca su cuerpo;

miedo a no tener nunca la oportunidad de decirle a James cómo se sentía.

Al principio, también había tenido miedo de que Mendoza la volviera a meter en la jaula, solo porque podía, para verla sufrir.

Luego, cuando vio a James, había deseado volver a la jaula. Cualquier cosa para detener lo que sabía que iba a pasar. Cualquier cosa para no tener que ver cómo le hacían daño.

Susan suspiró y volvió a sonreír; lo comprobó de nuevo en el espejo. Era una sonrisa mejor que la anterior, así que la mantuvo mientras salía del coche. Con suerte, sería lo bastante convincente y sus amigos no notarían nada.

Estaba claro que era un día magnífico para una fiesta. Una soleada tarde de primavera, lo bastante cálida para llevar manga corta, pero no tanto como para que al final del día acabaran con la ropa pegada al cuerpo por el sudor.

Susan inhaló profundo antes de abrir la puerta del patio de Hunter y Natalie. Ya podía oler la parrilla donde se cocinaría la comida.

Natalie corrió hacia ella en cuanto llegó.

—¡Susan! ¡Has llegado!

Su jefa y amiga la abrazó como si llevara años sin verla, lo que no era cierto, pues la había recogido en el aeropuerto hacía dos días para llevarla a casa. También la había llamado unas veinticinco veces desde entonces, solo para saber cómo estaba.

Detrás, Hunter sostenía al bebé entre sus grandes brazos. Los ojos de Susan se detuvieron en el bebé… que ya no era un bebé.

—¿Qué? ¡Pero si tiene pelo! —exclamó Susan, sin poder contenerse.

Hunter se rio.

—Sí que lo tiene. También está gateando. Si la dejamos en el suelo, llegará hasta esa puerta en un parpadeo.

—Es muy mona. Siempre fue muy mona —Susan se corrigió—. Pero ahora más todavía.

A medida que la gente se daba cuenta de que estaba allí —y había muchas personas—, se iban acercando a ella.

Darryl y Jessy llegaron primero. La científica de tiburones vestía de negro, como siempre, pero su top era más holgado de lo normal. Susan se planteó si…, pero, no, no iba a preguntar. Si había algo que compartir, Jessy y Darryl lo harían a su debido tiempo.

Jessy la abrazó con fuerza.

—Susan, hemos estado muy preocupados por ti. Me alegro de verte.

Darryl asintió, pero no se acercó para abrazarla. Apoyó su manaza en su brazo y apretó con suavidad. Momentos después, llegaron Rob y Emma. También se detuvieron a unos metros para no invadir su espacio. Susan agradeció que fueran tan considerados.

Había dado muchas explicaciones durante los últimos días. Primero, a Lorraine y a sus colegas del FBI, que necesitaban saber todo lo que había visto mientras la tenían de rehén.

Luego, tras reunir el coraje necesario, había llamado a sus padres. Los había informado vagamente de lo ocurrido en los últimos meses, omitiendo todo lo que haría que su madre quisiera subir al primer avión para ir a verla. Aun así, había sido difícil. La mera mención de un cártel bastaba para infundir verdadero miedo en el corazón de cualquier mexicano; incluso en su madre, que había vivido durante décadas en los Estados Unidos.

Al final, solo había conseguido quitarse a su madre de encima asegurándole que estaría en Sharp’s Cove esperándolos cuando su avión aterrizara dos semanas más tarde.

Susan aceptó la cerveza que le ofreció Rob.

—Gracias.

—De nada. —Hizo una pausa y tomó un largo trago de su propia cerveza—. ¿Cómo estás de verdad, Susan?

Rob era uno de los hombres más considerados que había conocido. Había sido amable con ella desde que empezó a trabajar en la comisaría. Sin él, Susan no se habría convertido en la agente que era hoy. También era perspicaz y supuso que no podía limitarse a eludir su pregunta.

—Estaré bien —le aseguró. Era la respuesta más honesta que podía ofrecerle—. Estoy preocupada por James.

Los ojos de Rob se abrieron.

Susan no pudo contener las palabras.

—Si le pasa algo... —Se limpió una lágrima.

—Tienes que ser fuerte, Susan. Estoy seguro de que pronto tendremos noticias.

Agradeció que Rob no intentara endulzarle las cosas.

Cuando llegó la hora del almuerzo, a Susan le dolían los labios de sonreír tanto. Se comió agradecida la hamburguesa, pues sabía que eso, al menos, le daría un respiro y podría dejar de sonreír. Y quizás después del almuerzo podría escaparse y…

—Susan —la llamó una voz grave.

Susan se giró tan rápido que estuvo a punto de tirar la hamburguesa al suelo. Apretó el pan para sujetarla, tan fuerte que se le llenaron los dedos de kétchup. Se quedó inmóvil, observando a James.

Lo devoró con la mirada. Estaba vestido con un traje oscuro y una camisa blanca almidonada, como las primeras veces que lo vio. El traje hacía que sus hombros parecieran aún más anchos, y la corbata azul oscuro hacía juego con sus ojos. Aún parecía pálido, pero estaba allí, y de una pieza.

James extendió la mano y cogió la hamburguesa mientras le ofrecía una servilleta con la otra. Un vendaje asomaba por debajo de una manga y cubría sus nudillos.

Susan usó la servilleta para limpiarse con fuerza. Sus ojos se llenaron de lágrimas; demasiadas para contenerlas. En cualquier caso, la servilleta no estaba lo bastante limpia como para usarla así.

—Hola, Susan —dijo James en voz baja. Cogió la servilleta manchada de kétchup y se la guardó en el bolsillo.

—Te mancharás el traje —protestó Susan.

—Ven aquí, cariño.

De pronto, Susan estaba en sus brazos, abrazándolo con fuerza, hasta que sintió que se tensaba y escuchó un agudo suspiro.

En su mente, todavía podía verlo magullado y sangrando, interponiéndose entre ella y el peligro a pesar de todo.

—Lo siento, lo siento —dijo mientras lo soltaba.

—No pasa nada. Yo también me alegro de verte. —Sus ojos azules brillaban de emoción y Susan se preguntó cómo había podido llegar a pensar que eran fríos.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—No estaba seguro de a qué hora llegaría. Lorraine —hizo un gesto a su compañera, que también llevaba traje pero parecía relajada y tenía una cerveza en la mano— logró cambiar la ruta del avión para hacer una parada en Sharp’s Cove.

—¿Podéis hacer eso?

James se encogió de hombros.

—En realidad, no. Quizá solo esta vez.

Susan rio.

—Estoy muy contenta de que estés aquí.

Se puso seria al pensar en las preguntas que quería hacer a continuación; no sabía si podía hacerlas o si él podría responder.

James pareció leerle la mente.

—Se acabó, Susan. Capturamos a la mayoría de los hombres, arrasamos el campamento y estamos colaborando con las autoridades mexicanas para asegurarnos de que no puedan reanudar sus operaciones. Es año de elecciones en México y no les conviene este tipo de publicidad.

—¿Y el dinero de Mendoza? —Susan sabía que la mayoría de las veces se trataba de un asunto de dinero. Si alguien tenía ese dinero, podrían…

—Todo está en cuentas en el extranjero. Va a llevarnos meses desenredar ese lío, pero los expertos en finanzas están trabajando en ello y son como perros detrás de un hueso. No se darán por vencidos.

Susan asintió, asimilando la información.

—¿Y Guerrero?

—Cuando llegamos allí, ya no estaba. —James adoptó una expresión pensativa—. Pero atrapamos a tantos hombres de Mendoza que no tiene importancia. Dijeron que se fue justo después de que nosotros lo hiciéramos, pero en otra dirección.

—No intentaba convertirse en el líder.

—No, en efecto.

—Salvó nuestras vidas.

—Así es. —James se sacudió, incómodo—. No creo que yo sea la persona adecuada para perseguirlo. Lorraine tampoco quiere hacerlo. Es posible que desaparezca del mapa, sin más.

Susan asintió. Llenó sus pulmones de aire y comprendió que lo que sentía era alivio.

—Estás guapa con esa blusa —comentó James. Definitivamente, ya no la miraba a la cara.

Susan sintió que sus mejillas se sonrojaban.

—La tengo desde hace mucho tiempo.

—La llevabas la segunda vez que te vi. La primera vez, ibas de uniforme.

—¿Te acuerdas de eso? —preguntó, atónita.

—Recuerdo lo que llevabas el día que te conocí. Y lo que te has puesto todos los días desde entonces.

«Seguro que es verdad. Tiene ese tipo de memoria».

—No tiene nada que ver con mi memoria eidética —dijo, veloz—. Está mucho más relacionado con lo que siento por ti.

Susan bajó la mirada.

—Lo que dijimos en aquel momento…

—No —interrumpió James con expresión de dolor—. Si vas a retractarte, no lo hagas.

—Pero yo…

—Te amo, Susan. Te amaba cuando pensé que nos quedaban minutos de vida. Y te amo igual hoy, cuando espero que nos queden cincuenta años por delante.

Las defensas de Susan se derrumbaron.

«Me quiere».

«De verdad».

James se detuvo un segundo, luego prosiguió.

—No sé cómo sucedió, Susan. Todavía no creo que me merezca tu amor…, pero sé que te amo más de lo que puedo expresar.

La sensación cálida y dulce que Susan estaba experimentando fue reemplazada por algo muy parecido a la ira.

—¿Merecer? ¿Merecer? —Susan echó su cabello hacia atrás—. No quiero volver a oírte decir eso. Eres el hombre más noble que he conocido. Te he amado desde que te vi ayudando a ese niño a alimentar a un gatito lleno de pulgas. Y nunca voy a dejar de amarte.

James sostuvo sus manos con delicadeza.

—Entonces, me quieres.

«Qué hombre tan exasperante».

—Por supuesto que te quiero…

El beso impidió que terminara la frase. Sus labios eran cálidos y fuertes y sabían ligeramente a menta; como si se hubiera lavado los dientes en el avión justo antes de aterrizar. Fue un beso que podría haber durado para siempre, salvo porque…

James debió escuchar las risas y los gritos un instante antes que ella, porque la soltó y permaneció a su lado, con el brazo izquierdo alrededor de su hombro, delante de sus amigos.

—Ya veo por qué lo llamas «James» ahora —gritó Rob. Su prometida le dio un fuerte codazo en las costillas.

—Genial, compañero. Me alegra que por fin hayas sacado la cabeza del culo —bromeó Lorraine. Tomó un largo trago de cerveza—. Encantada de verte de nuevo, Susan.

—Gracias por cuidar de él —dijo Susan.

Lorraine asintió, sonriendo.

—Recibí una llamada de la Asociación Americana de Medicina Veterinaria.

James se animó.

—¿En serio?

—Intentaron contactarte, pero parece que tu teléfono aún está apagado. Han logrado organizar el piloto del programa extraescolar.

—¿Programa extraescolar? ¿De qué va eso? —preguntó Susan.

Lorraine miró a James, que se encogió de hombros, incómodo.

—No quería dejar al niño solo así.

Lorraine terminó la historia por él.

—El FBI y la Asociación Americana de Medicina Veterinaria trabajan juntos en un programa que pone en contacto a niños de barrios desfavorecidos con animales. Se ha probado en varias ciudades y tiene mucho éxito manteniendo a los niños alejados de los problemas. James convenció a nuestro jefe de proporcionar fondos adicionales para iniciar un programa piloto en Redham.

—Comenzando con la escuela de Dom —adivinó Susan, que asintió al comprenderlo. Se alegró de que alguien fuera a cuidar de aquel niño—. ¿Y su padre?

—Está en prisión por posesión de drogas. No saldrá en mucho tiempo. La madre lo sabe. No se lo ha dicho a los niños, aunque Dom, al menos, se sentiría mejor si lo supiera.

—Me alegro. ¿Y qué hay de Pia y su hija?

—Aún están en el programa de reubicación de testigos.

—¿Hará falta que testifique?

—Depende de cómo vaya el juicio. Sabremos más durante los próximos meses. Pero esto va a ser una oportunidad para mejorar su vida.

Una gran figura se detuvo a su lado. Era un par de pulgadas más alto que James.

—Adrian —murmuró Susan, sorprendida al ver su ceño fruncido.

—Conozco a Susan durante mucho tiempo —dijo Adrian—. Más te vale cuidar de ella,

Ramsay. —Su rostro se iluminó con una gran sonrisa—. ¡Y hacerla feliz!

Las mejillas de Susan enrojecieron de vergüenza.

—Lo haré —prometió James, muy serio—. Y si no, espero que me patees el trasero, Walsh.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Natalie a James.

Hunter agarró su mano con suavidad.

—Nat, ¿es realmente el momento…?

A Susan le dio un vuelco el corazón.

No lo habían hablado.

Ni siquiera se había atrevido a pensar en ello.

Su trabajo estaba allí y el de James, a tres horas de distancia. A ambos les encantaba su trabajo.

«¿Cómo vamos a conseguir que una relación a distancia funcione?».

James entrelazó los dedos con los suyos. Levantó ambas manos y besó el dorso de la de Susan.

—Ya he hablado con Lorraine y con nuestro supervisor. Me voy a mudar a Sharp's Cove. Trabajaré desde casa de martes a jueves. Todavía tendré que viajar, pero…

El corazón de Susan comenzó a latir con más fuerza. Él había sabido, sin que ella tuviera que decirlo, lo importante que era su trabajo para ella, y había buscado una manera de estar juntos.

—Haremos que funcione.

Y lo decía en serio.

Se quedaron en la fiesta durante otra media hora. Todos querían hablar con ellos.

—Tienes muchos amigos —susurró James en su oído. Susan se giró y se dio cuenta de lo pálido que estaba. La presión de su mandíbula daba a entender que todavía estaba dolorido. Susan lo conocía bien y asumió que no tomaba ningún analgésico.

—Espera a conocer a mi familia —respondió ella en voz baja—. Mis padres vuelven en un par de semanas. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí?

—¿Estás segura? No me importa esperar. Puedo sentarme allí y…

Ella negó con la cabeza.

—Vamos. Llevo mucho tiempo queriendo meterte en mi cama y parece que esta es mi oportunidad.

James

La puerta apenas se había cerrado detrás de ellos cuando Susan lo empujó contra la pared. Su cuerpo se estremecía por el deseo.

James hundió la cara en su cabello y respiró, sofocando un gemido ante la perfección del olor que desprendía.

Susan malinterpretó el gemido y se retiró, alarmada.

—Lo siento —susurró. Rozó suavemente su mejilla.

—No me has hecho daño —dijo él.

Miró su apartamento y titubeó. La última vez que había estado allí, había compartido el lugar con media comisaría. Habían estado investigando la desaparición de Susan y él se había preguntado si alguna vez volvería a verla.

—¿James? ¿Estás bien? Vuelve conmigo —dijo Susan.

James apartó el pensamiento de su mente. Susan estaba de vuelta, estaba bien, y tenían toda la vida por delante.

—Ven. —James dejó que lo llevara hacia el sofá y sonrió cuando Susan lo empujó para que se sentara.

—¿Vas a venir tú también? —preguntó él.

—Enseguida. Hace bastante calor aquí, ¿no te parece? —Su mano recorrió su cuerpo. Con un contoneo de cadera, comenzó a desabotonar su blusa.

A James se le aceleró el corazón. Toda la sangre fluyó hasta su entrepierna. Inhaló con dificultad.

Susan sonrió, complacida con su reacción. Por fin, su camisa estaba abierta hasta la cintura, revelando un sujetador de seda negro. James tuvo que hacer gala de todo su control para no levantarse y arrancarle la camisa.

Sin embargo, se dio cuenta de lo mucho que Susan necesitaba mantener esa sensación de control. James se lo concedería.

Las manos de Susan descendieron por sus pechos, cruzaron su firme estómago y se detuvieron sobre sus vaqueros. Desabrochó el botón y bajó la cremallera, riéndose del sonido que esta produjo. Luego, se los quitó. Se quedó de pie frente a él con un conjunto de sujetador y tanga de seda a juego, cubierta solo por la blusa blanca que colgaba de sus hombros. Un instante más tarde, la camisa se deslizó hasta el suelo.

A James se le secó la boca. Su polla presionaba la tela de sus pantalones.

—Cariño —suplicó, incapaz de pronunciar ninguna otra palabra.

Susan enganchó el pulgar en la tira del tanga y tiró hacia abajo. El sujetador le siguió un momento después.

Era tan hermosa que James se quedó sin aliento. Jadeó cuando Susan se sentó a horcajadas sobre él, frotándose contra sus pantalones.

—Podría correrme así —susurró, moviendo las caderas para presionar su clítoris con más fuerza.

—Serías capaz de conseguir que lo hiciéramos ambos —James gimió—. Pero sería un engorro.

Ella se apiadó de él y se apoyó sobre las rodillas. Cogió la hebilla del cinturón y liberó su polla.

—¿Estás lista? —preguntó James. No quería hacerle daño.

En respuesta, Susan introdujo el índice en su sexo. Gimió de placer, pero lo sacó segundos después para llevárselo a la boca.

—¿Ves lo mojada que estoy? Estoy lista para ti, James. Llevo lista todo el día.

Susan agarró su pene erecto y lo guio.

—Susan, espera, no llevo…

—Estoy tomando anticonceptivos, James. Ambos nos hacemos pruebas cada pocos meses. No quiero que nada se interponga entre nosotros.

James gimió en respuesta. Asintió con brusquedad y Susan comenzó a moverse de nuevo. Su miembro desapareció en su interior con lentitud, tan despacio que pensó que podría morir.

El placer era increíble. James siempre había sido una persona muy visual y sabía que su cerebro podía almacenar imágenes mentales completas por tiempo indefinido. Pero en aquel momento quería recordar todas las sensaciones. El peso de sus piernas sobre él. El calor de su sexo. Los dulces y jadeantes gemidos que emitía Susan cada vez que él llegaba hasta el fondo. La forma en que brillaban sus ojos, transmitiendo su placer… y su amor.

James gimió. Sus manos se posaron sobre sus caderas y la ayudó a encontrar el ritmo mientras ella cabalgaba sobre él, llevándolo al límite, hasta que este se convirtió en algo tan inminente que saltar juntos, de la mano, fue la única opción.

Después, se trasladaron al dormitorio. James sostenía a Susan en los brazos, preguntándose qué había hecho para merecerlo, para ser tan afortunado de poder pasar el resto de su vida con ella.

EPÍLOGO

James

James respiró hondo. Una vez. Dos veces. Y una vez más, hasta estar seguro de que controlaba su respiración. Se secó las palmas sudorosas en los pantalones del traje, abriendo y cerrando las manos un par de veces por si acaso. No estaba acostumbrado a estar tan inquieto.

—¿Estás nervioso? —preguntó Susan sonriendo.

Él negó con la cabeza como diciendo «por supuesto que no».

Algo cambió en la pantalla que tenía frente a él.

—El vuelo acaba de aterrizar —dijo mientras su respiración se aceleraba de nuevo.

Aquella situación era inusual para él en muchos sentidos. Aunque había pasado la mitad de su vida adulta en aviones, nunca había tenido a nadie que lo esperara al llegar, ni tampoco había esperado a nadie, a menos que contara a Lorraine. Pero eso era distinto.

«Era trabajo».

«Esto es personal».

Nada en su vida le había parecido tan «personal» como eso.

James no era el tipo de persona que necesitaba que la gente lo quisiera. No le importaba que pensaran que era un imbécil arrogante. Pero sabía lo importantes que eran los padres de Susan para ella. «Necesitaba» caerles bien.

Tenía que causar una buena primera impresión.

La alternativa era impensable.

«Pusiste la vida de su hija en peligro».

«¿Crees que eso se va a arreglar con un firme apretón de manos?».

—¿Estás seguro de que debería estar aquí? Quizás…

—Les vas a gustar mucho, James.

«Lo dudo mucho».

—Van a quererte porque verán lo mucho que yo te quiero.

Aún le sorprendía oír a Susan decir eso.

«¿Cómo has podido tener tanta suerte?».

¿Qué había hecho para merecer toda aquella felicidad, para merecerla a ella?

—Estoy seguro de que ya saben que estoy enamorada de ti, en cualquier caso.

—¿Se lo has dicho? —preguntó él con la boca seca.

—Mis padres son personas inteligentes. Saben que no traería a cualquiera al aeropuerto a conocerlos.

—Te amo, Susan. —Le pasó el brazo por encima, atrayéndola. Su presencia lo ayudó a centrarse. No era un hombre paciente, pero, con ella entre sus brazos, no le importó esperar durante media hora.

Los pasajeros del vuelo de México comenzaron a salir del avión. Algunos llevaban mantas mexicanas dobladas e incluso sombreros mexicanos sobre la maleta. James se preguntó qué planeaban hacer con todo eso cuando llegaran a casa.

Susan se levantó y corrió a saludar a una pareja de mediana edad. James la siguió. El hombre, alto y de cabello plateado, empujaba un carrito con dos maletas grandes mientras la mujer caminaba a su lado, hablando animadamente.

«Ese podría ser el aspecto de Susan dentro de treinta años».

Susan se lanzó a los brazos de su padre y luego se volvió hacia su madre. Era un par de

pulgadas más alta que ella, pero, aun así, la mujer logró envolverla en su abrazo. Fue un gesto natural que daba a entender que habían hecho lo mismo miles de veces antes. El hombre rodeó a ambas con sus brazos.

James sintió que se le cortaba la respiración.

Se dio cuenta de que no importaba si les caía bien o no. James ya los quería a ambos, le encantaba lo afectuosos que eran entre ellos y con Susan.

Por fin, Susan rompió el abrazo.

—Papá, *mamá*, hay alguien a quien quiero que conozcáis —dijo casi sin aliento—. Este es James Ramsay. James, estos son mis padres, Ray y Serena.

James dio un paso al frente y extendió la mano.

—Es un placer conocerlo, señor.

El padre de Susan se la estrechó con sencillez.

—Llámame Ray.

James se volvió para estrechar la mano de la madre de Susan, pero descubrió que ella extendía los brazos. Se inclinó para devolverle el abrazo.

—*Bienvenido a la familia*, James —le dijo.

Incluso con su pobre español, James lo entendió.

Detrás de ellos, Susan sonreía.

—¿Estás segura de que estás bien, *mija*? —preguntó su madre.

Susan asintió rápidamente.

—Ahora todo va bien, *mamá*. Seguro que estáis cansados. Os llevaremos a casa. Podemos hablar por el camino.

-- -- -- -- -- -- --

Gracias por leer la historia de Susan y James. Espero que hayas disfrutado con ella tanto como yo escribiéndola. Si te ha gustado, por favor, dedica un minuto a dejar una reseña rápida para que otros lectores puedan descubrir mi trabajo. Leo todas las reseñas y las agradezco muchísimo.

Si tienes ganas de más, a continuación, encontrarás un adelanto del primer libro de la serie Mont Blanc Rescue. Acción, aventura, romance… en el corazón de los Alpes.

Sigue leyendo para conocer el primer capítulo, y apúntate aquí a mi lista de correo para recibir información sobre nuevos libros y promociones especiales.

Feliz lectura,
JR

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que me habéis apoyado mientras escribía este libro. ¡Que no pueda mencionaros a todos no significa que no vaya a intentarlo por lo menos!

A mis lectores y lectoras, por animarme y apoyarme mientras escribía los libros de la serie de Sharp's Cove. Esta novela existe porque muchos de vosotros me pedisteis la historia de Susan y James. ¡Espero que hayan tenido la historia que se merecen y que hayáis disfrutado con su lectura!

Para ver mis otros libros y mantenerte al día de los nuevos lanzamientos, por favor, apúntate aquí (https://www.jrpace.com/suscribete/)

A mi traductor y mis correctoras, como siempre, gracias por vuestra dedicación y por usar vuestra magia con mi historia. Cualquier error que persista en el texto es culpa mía, como siempre.

A mi familia, ¡por tener paciencia cuando me tocó trabajar durante las vacaciones! Si tuviera que daros las gracias por todas las veces en las que me habéis apoyado, esta sección sería más larga que el propio libro. Así que, simplemente…, gracias.

ADELANTO: LIBRO 1 DE LA SERIE MONT BLANC



Damien

Damien Gray se levantó y se estiró para desentumecer los músculos del cuello y los hombros. Llevaba una temporada sin dormir bien y pasar el día sentado frente al escritorio no ayudaba.

Se preguntó si debía cambiar su cama por un modelo Super King. En los últimos meses su hijo Jamie, que tenía seis años, se había acostumbrado a meterse en la cama de Damien entre las tres y las cuatro de la madrugada. El niño solía dormirse minutos después, pero para entonces Damien ya estaba completamente despierto.

A menudo se pasaba una hora tumbado junto a su hijo, viendo su pecho diminuto subir y bajar con suavidad, antes de darse por vencido y salir de la cama. Dormido, Jamie parecía aún más pequeño. Le recordaba a aquel día, cuatro años atrás, en el que la madre del chico se había presentado con él en su puerta.

Damien miró el reloj; eran casi las cinco de la tarde y aún no había pasado por el supermercado de camino a casa. Jamie y él iban a enseñarle a Tess, la niñera, a cocinar fajitas de pollo.

Como siempre que pensaba en Tess, una punzada de deseo completamente inapropiada recorrió su cuerpo.

«Déjalo estar».

«Tiene veinticinco años y se lleva genial con Jamie».

«No lo jodas».

Damien apagó el ordenador y alineó los papeles sobre el escritorio. Mañana tendría que venir temprano a terminar un par de informes, pero merecía la pena con tal de pasar la tarde con su hijo.

Ya había apoyado la mano en el picaporte de la puerta cuando sonó el móvil.

—Gray —contestó, obligándose a controlar su impaciencia.

—¿*Commandant*? —La palabra fue pronunciada con un acento canadiense, rítmico y sonoro.

Damien y Drake Jacobs, su segundo al mando en el Chamonix *Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne* —PGHM para acortar—, habían trabajado juntos el tiempo suficiente como para saber, cuando escuchó la seriedad en su voz, que los planes para la cena tendrían que esperar.

—Acabamos de recibir una llamada desde Cosmiques. Dos escaladores salieron a primera hora de la mañana. Los esperaban de vuelta para el almuerzo, pero aún no han regresado.

—¿Dónde estás?

—En el coche, de camino a la oficina.

—¿Puedes recogerme?

—Claro. Llegaré en tres minutos, *commandant*.

En el pasado, Damien solo habría tenido que coger la cazadora de su uniforme y la mochila que tenía siempre lista, pero eso había sido antes de convertirse en padre.

Volvió a sentarse tras el escritorio, sintiendo el peso de sus treinta y seis años. Suspiró con suavidad y cogió el teléfono. Sonó tres veces antes de que alguien respondiera al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¿Tess? Soy Damien. ¿Estás con Jamie?

La respiración de Tess parecía ligeramente acelerada.

—Está debajo del sofá, y yo bajo la mesa de la cocina. Jugamos a ser ballenas.

A su pesar, Damien sonrió. La imaginación de su hijo no dejaba de fascinarle; desde luego, no la había sacado de él.

—¿Quieres que se ponga? —prosiguió en su suave acento de Oxfordshire.

—No, por favor. —No se entendía bien por teléfono con Jamie. Quizá era porque sus únicas interacciones por ese medio tenían lugar cuando Damien cancelaba planes con su hijo; algo que pasaba con demasiada frecuencia—. Ha ocurrido algo… No voy a llegar a la cena.

Tess se quedó en silencio. Sabía lo mucho que la cena de aquella noche significaba para Jamie.

—Lo siento —prosiguió Damien—. Necesito subir a la estación de Aiguille du Midi. No sé a qué hora llegaré a casa. Por favor, dile a Jamie…

—No pasa nada, no tienes por qué dar explicaciones —le interrumpió con tranquilidad. Después, alzando la voz, añadió—: Jamie y yo estábamos pensando en ir a visitar a John. Igual nos prepara raclette para cenar.

—¡Raclette! —gritó una vocecita aguda—. *Papaw* nos va a preparar raclette.

—¡Sí! Voy a llamarle para ver si está en casa —dijo Tess. Aún tenía el teléfono pegado a la oreja, pero estaba claro que ya no hablaba con Damien.

Sintió una opresión en el pecho. Tess lo había conseguido otra vez. Había logrado distraer a Jamie para que no se diera cuenta de que Damien le había fallado de nuevo. Sabía que aquello dejaría de funcionar pronto, cuando el chico fuera demasiado mayor para ser engañado tan fácilmente. Pero no hoy.

—Gracias —murmuró.

—Estaremos aquí cuando vuelvas —le dijo—. Ten cuidado.

El teléfono de Damien silbó cuando recibió un mensaje de Drake.

«Estate listo en dos minutos».

Damien se puso la cazadora del uniforme y las botas, asegurándose de meter el forro de los pantalones por dentro. Incluso en pleno verano hacía frío en las montañas.

Envió a su padre un mensaje rápido para decirle que iba a recibir una llamada de Tess. Lo hizo en inglés. Aunque Damien había nacido en Francia y había vivido allí toda su vida, su padre americano siempre le había hablado en inglés, y Damien se sentía cómodo expresándose en ambas lenguas. A veces le parecía que, aunque hubieran pasado cuarenta años desde que se mudó a Chamonix, su padre chapurreaba el francés como si acabara de llegar.

Pese a que eran muy diferentes y se habían distanciado desde la muerte de la madre de Damien, sabía que siempre podía contar con su padre en lo que respectaba a Jamie. Más importante aún, si algo le ocurriera a él, estaba seguro de que John cuidaría bien de Jamie. Siendo un padre soltero, aquel era el único motivo por el que podía hacer lo que hacía; de lo contrario, el riesgo habría sido demasiado alto.

Envió el mensaje y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Su atención se centró por completo en los escaladores desaparecidos.

El gerente del albergue de montaña se encogió de hombros.

—Normalmente no habríamos advertido su desaparición hasta la noche, pero el señor Reeds insistió mucho en que les sirvieran el almuerzo a las dos de la tarde en la terraza de arriba.

—¿Sabe el motivo? —preguntó Damien. El Refuge des Cosmiques era muy popular entre montañistas y esquiadores, pero no era precisamente famoso por ofrecer servicios especiales.

El gerente le miró con impaciencia.

—Por supuesto que sé el motivo. Iba a pedir en matrimonio a *mademoiselle* Lefevre cuando volvieran. Había planeado una petición muy bonita.

«Y seguro que también te dio una buena propina por las molestias».

—¿Y está seguro de que se dirigieron a La Rébuffat?

—Lo estoy. —El gerente resopló—. Anoche no hablaban de otra cosa. La mujer ha hecho ese ascenso muchas veces en el pasado.

Damien echó un vistazo a sus notas.

—Así que *mademoiselle* Lefevre es una escaladora competente.

—Más competente que él, desde luego. Cada vez que pensaba en ello, el pobre señor Reeds parecía un manojo de nervios. Mencionó que iba a ser su primera vía de varios largos.

—¿Fueron solos?

El gerente asintió.

—Salieron a las cuatro y media de la mañana.

Un músculo palpitó tras la mandíbula de Jake, y Damien supo que su amigo estaba pensando lo mismo que él.

«Esos dos no deberían haberse acercado a La Rébuffat; al menos, solos».

—Gracias por su ayuda, *monsieur* Lagarde.

—Jacques. Por favor, llámenme Jacques. Y díganme si puedo ayudar de alguna forma.

Damien y Drake caminaron de vuelta al helicóptero, donde les esperaba la teniente Kat Barreau, la piloto. Tras ella aguardaban dos hombres fornidos y esbeltos. Uno de ellos tenía el cabello oscuro; el otro, tan rubio que era casi blanco.

—Gael —dijo Damien, dirigiéndose al hombre de piel morena y cabello oscuro—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que era tu día libre.

Gael se giró para mirarlos. Con su metro ochenta de altura era algo más bajo que Damien y Drake. Al sonreír, se formaron arrugas en las comisuras de sus ojos verde oscuro. Señaló a los packs de escalada que había en el suelo junto a ellos.

—Esto es lo que hago en mi tiempo libre, *jefe* —dijo Gael, pronunciando la última palabra en español. Era el escalador más experimentado de su equipo—. Rémy y yo estábamos haciendo montañismo por la zona, así que hemos venido a ayudar.

Damien inclinó la cabeza en dirección a Rémy, un guía de montaña de St. Gervais que también trabajaba en la predicción de aludes y que a menudo prestaba servicios voluntarios en el PGHM. Damien sabía que Gael y Rémy solían acometer rutas de escalada imposibles juntos.

—¿Qué tal va mi equipo de la OTAN favorito? —preguntó Rémy, mostrando unos dientes muy blancos.

—No nos llames así —le pidió Gael, lanzando un suspiro dramático.

Damien rio. Rémy hacía referencia a las múltiples nacionalidades que componían el equipo de Damien. Solo Kat y él habían nacido en el país, y Damien era medio francés. El resto habían llegado a Chamonix desde otros sitios. Todos hablaban un francés al menos decente —o no podrían haber formado parte del PGHM— pero cada uno de ellos destacaba en otras áreas de su entrenamiento.

Drake Jacobs, su segundo al mano canadiense, era por supuesto bilingüe. También uno de los hombres más fuertes que Damien había conocido; tanto física como mentalmente. Hiro Tabu, el hijo de una famosa modelo japonesa y de un hombre de negocios francés que había llegado al país poco después de la pubertad, era el mejor adiestrador de perros que Damien se había encontrado jamás. Gael, un rastreador y escalador de renombre mundial de ciudad de México,

había llegado un verano a Chamonix para practicar la escalada y se había quedado para siempre. Jens Melkopf, el médico del equipo, se había unido a ellos tras pasar una década en las fuerzas especiales alemanas. Y, por supuesto, Kat Barreau era la clase de piloto que podría aterrizar un helicóptero sobre una moneda en mitad de una tormenta.

—Yo también me alegro de verte, Rémy. Es una suerte teneros a ambos aquí —dijo Damien, poniéndose serio—. Creo que vamos a necesitar tu ayuda.

Drake les hizo un resumen de la situación.

—Los escaladores perdidos, un hombre y una mujer, salieron a primera hora de la mañana a La Rébuffat. Era la primera vía con varios largos que iba a hacer el hombre. Todavía no han vuelto. Solo nos quedan un par de horas de luz para encontrarlos.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo Gael.

Damien comprendía la urgencia del joven; a pesar de que su trabajo se basaba en atemperarla con cautela, él también la sentía. Los rescates de montaña eran una experiencia intensa. El subidón era similar al que se experimentaba al coronar un pico difícil, pero encima estabas ayudando a alguien en el momento más aterrador de su vida.

—Ya he preguntado en la estación de Aiguille du Midi y nadie que encaje con su descripción ha cogido el teleférico para bajar a lo largo de la tarde —dijo Kat—. Subid, haremos un par de pasadas sobrevolando La Rébuffat para buscarlos.

Sintió el flash de la cámara de alguien en la cara. Damien entornó los ojos y subió al helicóptero, contento de escapar de la creciente multitud. Era algo que ocurría con frecuencia, pues el aspecto de su equipo solía llamar la atención de los visitantes. En particular, la presencia del helicóptero alimentaba la curiosidad morbosa de la gente, que susurraban entre ellos, preguntándose qué habría ocurrido.

El vehículo se elevó velozmente en el aire. Las montañas se alzaban al otro lado de la ventana, altas y majestuosas. Damien no podía imaginarse viviendo en ningún otro sitio; eso, y la enfermedad de su madre, eran los dos motivos por los que había vuelto justo cuando acabó la universidad.

Uno podía caminar durante varios kilómetros por las montañas sin encontrarse con otro ser humano y, aun así, nunca sentirse solo. El olor seco de las rocas, el aroma húmedo de los árboles en verano y de la fría nieve en invierno, y las voces de la gente con la que había escalado esas montañas en el pasado; todo aquello le acompañaba siempre allí arriba.

Unos cuantos minutos después, Kat habló a través de los auriculares que llevaban puestos.

—Mirad a la derecha, ahí está La Rébuffat.

Además de ser una piloto excelente, Kat conocía la región como la palma de su mano.

—¿Es un 6a? —preguntó Damien.

Gael y Rémy asintieron.

—Sí, es un 6a, pero se trata de una vía larga y muy técnica.

—Al parecer, uno de los escaladores nunca había hecho una vía con varios largos antes —dijo Drake.

Gael sacudió la cabeza.

—¿Y eligieron La Rébuffat como bautismo? Tiene nueve o diez largos.

Damien no dijo nada. Si seguían insistiendo, tendría que recordar a su equipo que su trabajo no era juzgar las acciones de los demás, sino ayudarles a tomar las correctas y, cuando ya no era posible, hacer lo que pudieran para ayudarles si estaban en apuros. Pero nadie añadió nada.

—¿Sabemos qué equipo llevaban? —preguntó Rémy.

—Dejaron casi todo en el refugio. Iban a pasar allí dos noches más antes de volver a casa.

Kat les interrumpió a través de los cascos.

—Estoy viendo algo ahí, en la cara sur.

Al principio, Damien no distinguió nada. Kat había puntuado un 20/10 en agudeza visual con el test de Snellen, así que no era sorprendente. Tuvieron que acercarse algo más para que también pudiera verlo: dos figuras pequeñas apiñadas en un saliente.

Drake sacó un par de binoculares.

—Son ellos. Un hombre y una mujer. El hombre nos está haciendo señales.

—Deben de llevar tres largos.

Damien se dirigió a Kat a través de los auriculares para que todos pudieran oírlo.

—¿Puedes aterrizar en ese claro de ahí, Kat?

Ella asintió.

—Por supuesto. ¿Qué vas a hacer?

—Escalaremos hasta allí para ver si podemos moverlos. Prepárate para despegar, puede que tengamos que llevarlos al hospital.

—¿Y quién va a escalar? —dijo Gael mientras se frotaba las manos.

—¿Te estás ofreciendo voluntario?

—Siempre, *jefe*. Ya lo sabes.

—Yo también me ofrezco, *commandant* —dijo Rémy—. Hemos traído un montón de cuerda.

Damien miró a ambos hombres y asintió. Habían pasado el día en las montañas, probablemente practicando escaladas difíciles, y aun así allí estaban, ofreciéndose a ascender de nuevo.

Drake no dijo nada. Todos los miembros del equipo conocían sus puntos fuertes. Drake era un atleta increíble, pero, dado que pesaba más de cien kilos, la escalada no era su especialidad.

—Gael y yo subiremos para evaluar la situación —decidió Damien—. Drake y Rémy se quedarán abajo para ayudarnos durante el descenso.

Kat posó el helicóptero con suavidad.

—Tened cuidado, chicos.

Los cuatro hombres descendieron del aparato llevando consigo todo el equipo que iban a necesitar. Tras estimar la distancia que les separaba de los escaladores, Damien enrolló el tramo de cuerda estática de mayor longitud alrededor de la parte superior de su cuerpo. Aunque sería incómodo para subir, si existía la posibilidad de bajar a la pareja de esa forma, necesitarían una cuerda lo bastante larga.

Vaciaron sus mochilas de todo lo que no fuera esencial, pero dejaron las botellas de agua, la ropa y el equipo de primeros auxilios. No sabían lo que iban a encontrarse al llegar.

Gael, que era el mejor escalador, dirigió el ascenso, mientras Damien le aseguraba durante el primer largo.

—Me hice esta vía yo solo hace unas semanas —dijo Gael sin darle importancia mientras comenzaba a trepar. Damien sabía que a Gael le gustaba el riesgo, pero oírle hablar con tanta calma sobre la escalada en solo integral, donde ni siquiera se usaban cuerdas y cualquier error era, por definición, fatal, le molestó.

—Me da igual, Gael. Sigue enganchando esos mosquetones —le advirtió Damien.

—Tranquilo, *jefe*. Sé lo que hago, y estamos trabajando. No voy a correr ningún riesgo ni con tu vida ni con la de ellos.

Damien se percató de que Gael no había dicho nada sobre correr riesgos con respecto a su propia vida, pero decidió no mencionarlo.

El mexicano llegó al final del primer tramo y se afianzó contra la pared de roca. Damien

esperó a recibir la señal con el pulgar hacia arriba antes de empezar a trepar. Los músculos tirantes de su hombro protestaron. Apretó los dientes. Si el dolor no remitía, iba a tener que visitar al fisioterapeuta en algún momento.

Alcanzó a Gael y siguió avanzando; él era el encargado de abrir el segundo largo. Habían hecho esto tantas veces antes que ni siquiera necesitaban hablar. Una vez Damien se hubo asegurado, Gael empezó a escalar de nuevo. Damien no pudo menos que admirar la facilidad con la que se movía. Era como si formara parte de la roca por la que estaba trepando.

Por fin, Gael le alcanzó y siguió avanzando, liderando el ascenso del tercer —y último— largo.

Tras casi una hora de escalada, Damien llegó al saliente donde habían visto a la pareja. Agradecido, se puso en pie y estiró los brazos y las piernas. Al contrario que Gael, que ni siquiera estaba sudando, a Damien le pesaban cada uno de los treinta y seis años que había cumplido.

Gael se había asegurado ya a la pared, y Damien se apresuró a hacer lo mismo. Estaban a más de noventa metros del suelo; era mejor no pensar en lo que les ocurriría si se caían desde esa altura.

El saliente era más ancho de lo que parecía desde el helicóptero, lo bastante como para que Damien pensara que sería un lugar magnífico para un picnic. Sin embargo, ahora no era el momento de admirar las vistas.

Damien se acercó con rapidez a Gael y a la pareja que estaba en el suelo. Tuvo que hacer esfuerzos para recordar sus nombres: el señor Reeds y la señorita Lefevre.

Gael estaba hablando con ellos, empleando un tono tranquilo.

—Mi novia está herida —le interrumpió a gritos el hombre—, mi teléfono no funciona, ¡llevamos horas aquí!

«¿Por qué la gente asume que su teléfono va a funcionar aquí como si estuvieran en mitad de la ciudad?».

Damien contuvo su irritación y se arrodilló frente a la escaladora postrada en el suelo. Las comisuras de sus labios estaban curvadas, pero tenía una mirada tranquila. Advirtió con alivio que estaba sujeta a la pared de roca con un mosquetón.

«Una cosa menos de la que preocuparse».

—Estamos aquí para ayudar, señorita Lefevre. ¿Puede contarnos qué ha pasado?

—Aline —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Aline —repitió Damien, que aceptó tratarla por el nombre de pila sin protestar.

—Estábamos escalando y haciendo una marca muy buena. Al menos para nosotros, que no nos dedicamos a la competición. Apoyé el pie en un asidero y de pronto sentí que se torcía. Oí un «pop» bastante característico que venía de la parte externa del tobillo… No he podido cargar ningún peso sobre él desde entonces.

Damien y Gael intercambiaron una mirada rápida. Aunque ambos mantenían una expresión neutra, estaban aliviados.

«Puede que no disfrute del viaje de vuelta, pero podemos moverla».

Sin embargo, el tiempo era de vital importancia, pues pronto se haría de noche.

El hombre miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Solo estáis vosotros dos? —preguntó, oteando por encima del borde como si esperara la visita de una plataforma voladora que los llevara mágicamente hasta casa.

—Solo nosotros. No se preocupe, señor Reeds, sabemos lo que hacemos —dijo Damien con confianza. Luego volvió a concentrarse en la mujer—. Aline, voy a levantar la pernera de los

pantalones para mirar tu tobillo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y apretó los dientes para prepararse. Como esperaba, el tobillo estaba hinchado y completamente amoratado. Era una torcedura de grado III por lo menos, pero serían necesarios unos rayos equis para descartar una fractura de tobillo.

—Bien, genial —dijo para animarla. Hurgó en su kit de primeros auxilios—. No hay mucho que podamos hacer aquí arriba para que estés más cómoda, pero voy a ponerte una férula de aire en el tobillo para inmovilizarlo.

Aline no emitió ningún sonido mientras Damien deslizaba la férula sobre su bota de escalada, pero sus fosas nasales se dilataron de forma evidente. Le dolía mucho.

—Tranquila, ya casi está. —Hizo esfuerzos por mantener un tono de voz suave y amigable. Hablar con las personas rescatadas era todo un arte. Era importante encontrar el tono adecuado para tranquilizar e inspirar confianza, pero sin sonar condescendiente.

Con el tobillo inmovilizado, cerró la férula con cuidado y bajó la cabeza para soplar por el tubo de inflado. Aline inhaló con fuerza, pero ignoró el gesto; no quería hacerle daño, pero esto haría más soportable el descenso.

—¿Podéis bajarnos? —preguntó Aline, clavando los dedos en su brazo.

—Vamos a hacerlo, sí —le confirmó.

Tras él, Gael hablaba con el hombre con suavidad, mientras le pasaba una segunda cazadora por encima de los hombros. Damien se dio cuenta de que había estado tan concentrado en la mujer que no había prestado la suficiente atención a su pareja, cuyo errático comportamiento era, de hecho, compatible con un caso leve de hipotermia. Debía de haberse quitado su propio abrigo para dárselo a su novia en algún momento; solo Dios sabía cuánto tiempo había estado allí sentado en camiseta.

Damien cabeceó hacia Gael.

—De acuerdo. Vamos a enganchar esta cuerda a vuestro arnés y vamos a bajaros de uno en uno. No tendréis que hacer nada; a partir de ahora, nosotros nos encargaremos de todo. Simplemente, relajaos y utilizad los brazos para alejaros de las rocas si veis que os acercáis demasiado.

—No puedo… No creo que pueda hacerlo. —La nuez del hombre subió y bajó.

—Sé que puede, señor Reeds. Y tiene que ser ahora. Son las siete y media. Pronto estará demasiado oscuro para intentarlo y no tenemos el equipo necesario para pasar la noche aquí arriba.

Como si Damien lo hubiera orquestado, de pronto se levantó el viento. En cuanto se ocultaba el sol empezaba a hacer frío en las montañas.

—¿No podéis recogernos en helicóptero?

Damien sacudió la cabeza con paciencia.

—No hay ningún lugar para aterrizar, ni manera de subiros a uno con las medidas mínimas de seguridad. El helicóptero ya está esperándoos abajo para llevaros al hospital.

—Confíe en nosotros, señor Reeds —dijo Gael, que alzó la vista. Estaba preparando las cuerdas—. Hemos hecho esto antes.

—Todo va a ir bien, cariño —dijo la mujer. Pese al dolor, se había dado cuenta de que su novio lo estaba pasando aún peor en el interior de su cabeza—. Tú irás primero.

Su pareja reaccionó a estas palabras sacudiendo de inmediato la cabeza.

—No, no. Estás herida. Tú irás primero. Yo estaré bien.

«No tenemos tiempo para esto».

—Vamos a prepararte, Aline —dijo Gael, agarrando el rollo de cuerda estática que habían

traído y enganchándolo a su arnés.

—¿No es demasiado delgada para ser cuerda de escalada? —preguntó el hombre.

—Es cuerda estática —le explicó Gael con paciencia—. Nos viene mejor para esta situación.

—¿Estás lista?

Damien usó la radio para hablar con Drake, que estaba abajo.

—Vamos a hacerles descender, Drake. Prepárate. Aline irá primero. Tiene una torcedura bastante fea en el tobillo izquierdo. Lo hemos inmovilizado, pero no puede apoyar peso.

—Entendido. Rémy y yo estaremos listos para recibirla.

Trabajando juntos, Damien y Gael bajaron primero a Aline y luego a su novio. Para cuando ellos culminaron el descenso, había oscurecido. Damien deseaba haber traído consigo una capa extra de ropa.

La pareja ya estaba acomodada en el helicóptero, envuelta en mantas Mylar. Se susurraban cosas al oído con las manos entrelazadas; Damien recordó las palabras del gerente del albergue y confió en que la pareja pudiera contar aquella historia a sus hijos y nietos.

«O quizá rompan la semana que viene».

En cualquier caso, no importaba. Lo único que le preocupaba era que ambos pudieran tomar esa decisión. Esa era la razón más importante, y en el fondo la única, por la que él y su equipo hacían lo que hacían.

Damien miró el reloj. Probablemente su hijo ya se estaba preparando para irse a la cama.